SYLVIA DAY

No me tientes

Por la autora de la exitosa serie
«Crossfire»

GS
Libro cuatro



esencia

Índice

Portada
Prólogo
Prólogo 2
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Prólogo

París, Francia 1757

Agarrándose desesperada al tocador que tenía delante, Marguerite Piccard estaba experimentando el placer más auténtico que había sentido nunca. Se le erizó el vello de los brazos, y se mordió el labio inferior para acallar el gemido que ansiaba escapar de sus labios.

—No te contengas —le pidió su amante con voz ronca—. Me vuelve loco oírte.

Los azules ojos de ella se entrecerraban de pasión, pero se esforzó por mantenerlos abiertos para observar su reflejo en el espejo y buscar la mirada del hombre que se estaba moviendo a su espalda. Las patas del tocador crujían cada vez que él movía las caderas, haciéndole el amor allí de pie.

Los famosos y sensuales labios del marqués de Saint-Martin esbozaron una sonrisa de satisfacción al ver lo alterada que estaba su amante. Le sujetó los pechos con las manos y guió el cuerpo de ella para que se moviese al mismo ritmo que el de él.

Los dos se tensaron, tenían la piel empapada de sudor, con el torso subiendo y bajando con dificultad. A Marguerite le ardía la sangre de tal modo, sentía tal deseo por su amante, que lo había abandonado todo —familia, amigos, su brillante futuro— para estar con él. Y sabía que él la amaba con la misma intensidad. Se lo había demostrado con cada caricia, con cada mirada.

—Eres tan hermosa... —susurró en ese momento, mirándola en el espejo.

Cuando Marguerite le sugirió con timidez que la poseyera en aquel lugar, él se rio, encantado por la idea.

—Estoy a tu servicio —le contestó, y empezó a desnudarse, mientras la seguía hacia el tocador.

El modo en que caminó y la miró hizo que ella se excitase todavía más. Para él, el sexo era algo innato. Lo exudaba por todos sus poros, lo anunciaba con cada sílaba que pronunciaba, con cada movimiento que hacía. Y era el mejor.

Cuando lo vio por primera vez hacía un año, en el baile de Fontinescu, al que Marguerite había ido con el único objetivo de conocer al famoso Philippe de Saint-Martin, se quedó prendada del más que atractivo rubio, que llevaba un traje de seda roja que captaba sin ningún esfuerzo por su parte todas las miradas.

Sus hermanas mayores contaban a escondidas historias de lo más escandalosas sobre él, decían que lo habían pillado in fraganti seduciendo a mujeres en distintas ocasiones. Era un hombre casado y, sin embargo, sus amantes despechadas lo acechaban sin ningún reparo; lloraban desconsoladas frente a su casa, desesperadas por que volviese a prestarles atención.

Marguerite no podía reprimir la curiosidad por saber qué clase de hombre habitaba dentro

de aquel caparazón tan atractivo y perverso.

Y Saint-Martin no la decepcionó. Lo único que podía decir era que jamás había anticipado que pudiese ser tan... masculino. Los hombres que sucumbían a los excesos raramente eran viriles, y, sin embargo, él lo era más allá de lo imaginable.

Marguerite nunca había conocido a ningún otro que tuviese un efecto tan devastador para la inteligencia de una mujer. El marqués era magnífico, poseía un físico impresionante y una altivez prácticamente irresistible. Era rubio y de piel clara, como ella, y era comprensible que lo deseasen todas las mujeres de Francia. Había algo en él que prometía placeres indescriptibles. Su mirada hablaba de lo prohibido y desprendía tal intimidad que atraía a cualquiera que se perdiera en ella. Doblaba los dieciocho años de Marguerite y tenía una esposa tan bella como él. Pero ni lo uno ni lo otro consiguió mitigar la inmediata e intensa atracción que la joven sintió por él. Ni la que el marqués sintió por ella.

—Tu belleza me ha convertido en tu esclavo —le susurró al oído la noche que la conoció. Se detuvo a su lado en un extremo de la zona de baile y se apoyó indolente en una columna—. Tengo que seguirte o sufrir por la distancia que nos separa.

Marguerite mantuvo la mirada fija al frente, a pesar de que se le erizó la piel al oír tal atrevimiento. Le costaba respirar y tenía mucho calor y, aunque no podía verlo, sentir su mirada sobre ella la afectó de un modo alarmante.

—Conoce a mujeres más bellas que yo —le contestó.

—No. —Bajó el tono de voz, lo que casi hizo que el corazón de Marguerite se detuviera. Y entonces se lo aceleró—: No conozco a ninguna más bella que tú.

Parecía sincero y, en contra de lo que le dictaba el sentido común, ella lo creyó. Y guardaba ese convencimiento dentro de su corazón cuando su madre la mandó llamar a la mañana siguiente.

—No te hagas ilusiones con Saint-Martin —le dijo la baronesa—. Vi cómo te miraba anoche, y cómo le devolvías la mirada.

—Todas las damas lo admiraban, tú incluida.

La baronesa apoyó el brazo en el respaldo de la butaca donde Marguerite estaba sentada. A pesar de que era relativamente temprano, la mujer ya llevaba puesta la peluca empolvada y tenía los labios pintados y las mejillas con colorete. Su salón privado estaba decorado en tonos blancos y plateados que resaltaban la belleza helada de la baronesa, algo que no sucedía por casualidad.

—Tú eres mi hija menor y tu destino es convertirte en esposa. Y dado que el marqués ya está felizmente casado, tienes que fijarte en otro.

—¿Cómo sabes que Saint-Martin es feliz? Es un matrimonio de conveniencia.

—Y el tuyo también lo será si no me haces caso —replicó la baronesa en tono amenazador —. Tus hermanas supieron elegir muy bien, con lo que puedo permitirme darte un poco más de libertad. Pero te aconsejo que la utilices con cautela, o de lo contrario te elegiré marido sin consultártelo. ¿Qué te parece el vizconde Grenier? Se rumorea que es tan fogoso como Saint-Martin, si es eso lo que estás buscando, pero es más joven y, por tanto, más maleable.

—*Maman*!

—Tú no estás preparada para lidiar con un hombre como el marqués. Éste toma niñas inocentes como tú para desayunar y después se desquita con damas mucho menos refinadas.

Marguerite se mordió la lengua, consciente de que, en realidad, su madre no sabía nada de aquel hombre, sólo lo que decían los rumores.

—Mantente alejada de él, *ma petite*. Bastaría con la insinuación de un escándalo para

destrozar tu reputación.

Marguerite sabía que eso sí era verdad, y asintió con la intención de seguir el consejo de su madre.

—Estoy convencida de que ya se ha olvidado de mí.

—*Naturellement* —convino la baronesa, sonriéndole con cariño. Marguerite era su preferida y la que más se parecía a ella, tanto en el físico como en carácter—. Sólo quería hablar contigo para asegurarme de que sabías cómo funcionan las cosas.

Pero Saint-Martin demostró ser mucho más tenaz de lo que ambas habían previsto. A lo largo de las semanas siguientes, Marguerite se lo encontraba dondequiera que fuese. Circunstancia que le impedía olvidarse de él. Empezaron a circular rumores sobre por qué Saint-Martin había dejado de estar interesado en sus libidinosas actividades, y Marguerite se preguntó si se debería a que quería estar con ella. Incapaz de seguir soportando el suspense, y dado que esa preocupación le impedía centrarse en buscar marido, decidió preguntárselo directamente.

Se escondió detrás de una enorme maceta y esperó a que él pasase por allí. Intentó respirar hondo para ver si así lograba calmarse, pero sólo consiguió marearse. Igual que la primera vez, cuanto más cerca estaba Saint-Martin de ella, más extraña se sentía. No podía verlo y, sin embargo, podía sentir cada paso que daba. «Se acerca... se acerca...»

Cuando Saint-Martin pasó por delante de su escondite, Marguerite le espetó:

—¿Qué es lo que quiere?

El marqués se detuvo y giró la cabeza, con su peluca empolvada, buscándola.

—A ti.

Marguerite se quedó sin aliento.

Él giró sobre sus talones para quedar frente a ella y se acercó con la elegancia propia de un depredador; entrecerró los ojos y la recorrió con la vista de la cabeza a los pies. Su mirada se deslizó lentamente, oscureciéndose a medida que lo iba haciendo, y los pechos de Marguerite temblaron cuando él se detuvo con descaro en el escote.

—Basta —le ordenó, abriendo el abanico a modo de barrera. A pesar de la constricción del corsé, sintió que se le erguían los pezones como cuando tenía frío—. Causará un escándalo.

Él apretó la mandíbula.

—¿Y tu preciosa reputación quedará hecha añicos y ya no podrás casarte?

—Sí.

—Eso a mí no me parece un inconveniente.

Ella parpadeó atónita.

—Pensar en que vas a casarte con otro me vuelve loco —masculló.

Marguerite se llevó una mano a la garganta.

—No diga nada más —susurró, suplicando aturullada—. Carezco de la sofisticación necesaria para mantener este duelo de ingenios.

Saint-Martin no dejó de avanzar.

—Te estoy diciendo la verdad, Marguerite—. Ella abrió los ojos al oír que la llamaba por su nombre—. Carecemos del tiempo necesario para mantener conversaciones absurdas.

—No podemos esperar nada más.

Su cercanía la obligó a dar unos pasos hacia atrás hasta chocar con la pared. Lo único que los ocultaba de las miradas ajenas eran las delicadas hojas de la planta. Estaban solos, al menos durante un segundo.

Él se quitó un guante y le acarició la mejilla. Sentir el tacto de su piel la hizo arder y su

aroma estremeció partes innombrables de su cuerpo.

—Tú también lo sientes.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes negar que existe algo entre los dos —contestó él—. El modo en que tu cuerpo responde al mío es irrefutable.

—Tal vez estoy asustada.

—Tal vez estás excitada. Si existe un hombre capaz de distinguir la diferencia, ése soy yo.

—Por supuesto —sentenció ella con amargura, odiándose por sentir celos.

—Me he preguntado —murmuró Saint-Martin, con la mirada fija en los labios separados de ella— cómo sería hacerle el amor a una mujer como tú; bella, sensual y tan inocente que carece de experiencia para utilizar sus atributos como armas.

—¿Igual que hace usted? ¿Utiliza su belleza como un arma?

Levantó la comisura del labio a modo de sonrisa. A ella se le detuvo el corazón al ver desaparecer el cinismo de los ojos del marqués.

—Me hace feliz descubrir que te parezco atractivo.

—¿Acaso hay alguna mujer a la que no se lo parezca?

Él tuvo la elegancia de encogerse de hombros.

—Sólo me importa tu opinión.

—No me conoce. Tal vez mi opinión no tenga importancia.

—Me gustaría conocerte. Necesito conocerte. Desde el instante en que te vi, he sido incapaz de pensar en otra cosa.

—Es imposible.

—Si encuentro la manera de hacerlo posible, ¿me dejarás intentarlo?

A Marguerite le costó tragar, sabía cuál era la respuesta que debía darle y, sin embargo, le resultó imposible pronunciarla.

—La lujuria se le pasará —consiguió decir al fin.

Saint-Martin dejó de tocarla y se apartó con la mandíbula apretada.

—Esto no es lujuria.

—Entonces ¿qué es?

—Obsesión.

Ella lo observó mientras se ponía el guante con movimientos deliberadamente lentos, dedo a dedo, como si necesitase esos segundos para recuperar el control. ¿Podía creer que a él le afectara tanto como a ella la atracción que parecía existir entre los dos?

—Encontraré la manera de tenerte —murmuró con voz ronca, antes de hacerle una reverencia y desaparecer.

Ella se quedó mirándolo sin dejar de temblar, anhelando su presencia.

A lo largo de los meses siguientes, la perseverante intensidad de Saint-Martin eliminó la resistencia de Marguerite. Se le acercaba siempre que podía y le preguntaba cosas sobre ella y sobre su vida, dejándole así entrever que de verdad estaba interesado por su mundo.

Hasta que la madre de Marguerite se impacientó y cumplió su amenaza de elegir al vizconde Grenier como futuro esposo de su hija. Unos meses atrás, a Marguerite esa elección incluso le habría gustado. El vizconde era joven, guapo y muy rico. Sus hermanas y sus amigas proclamaban a los cuatro vientos lo afortunada que era, pero su corazón pertenecía ahora a Saint-Martin.

—¿Quieres a Grenier? —le preguntó el marqués con voz grave, una noche en que

coincidieron en un baile.

—No deberías preguntarme eso.

Philippe se detuvo detrás de ella frente a un espejo; el rostro de él era duro y serio.

—Él no es para ti, Marguerite. Lo conozco bien. Hemos coincidido más de una noche en establecimientos de dudosa reputación.

—¿Me estás aconsejando que me aleje de un hombre que es igual que tú? —Suspiró al oír que gruñía furioso—. Sabes que no tengo elección.

—Entrégate a mí.

Ella se tapó la boca para acallar el grito que escapó de sus labios cuando el marqués la abrazó.

—Pides demasiado —susurró ella escudriñando su rostro en busca de la mentira—. Y no puedes ofrecerme nada a cambio.

—Mi corazón —respondió Saint-Martin en voz baja, acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Tal vez no tenga mucho valor, pero te pertenece a ti y sólo a ti.

—Mentiroso —replicó Marguerite, para vengarse del dolor que le causaba la llama de esperanza que avivaban esas palabras—. Eres un seductor consumado y yo he logrado resistir tus encantos. Lo único que te motiva es ver que has perdido frente a uno de tus amigos.

—No crees nada de lo que estás diciendo.

—Sí, sí que lo creo. —Y diciendo esto, se apartó de él y huyó del salón.

Unas cuantas noches más tarde, hizo todo lo humanamente posible para evitar a Saint-Martin y ver si así disminuía un poco la fascinación que sentía por ese hombre al que jamás podría tener. No sirvió de nada. Fingió estar enferma tanto tiempo como pudo, pero al final tuvo que salir de su escondite.

Y cuando volvieron a verse, Marguerite se asustó al ver lo cambiado que estaba. Tenía las atractivas facciones más marcadas, los labios apretados y estaba muy pálido. Se le encogió el corazón al verlo. Él se quedó mirándola fijamente largo rato y después se apartó furioso.

Preocupada, Marguerite se detuvo adrede en una esquina del salón y esperó a que se le acercase.

—Tú me perteneces —le dijo Philippe en voz baja cuando se detuvo detrás de ella—. No me obligues a suplicarte.

—¿Lo harías? —La pregunta fue sólo un susurro, el nudo que tenía en la garganta le estrangulaba la voz.

Tenerlo tan cerca le erizaba la piel y las oleadas de placer que le sacudieron el cuerpo contrarrestaron el vacío que había sentido a lo largo de la última semana. Aquellos breves encuentros habían llegado a significar tanto para ella que le daba incluso miedo. Pero la aterrorizaba pensar que pudiera perderlos.

—Sí. Ven conmigo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Marguerite abandonó el mundo que conocía y se fue con Saint-Martin, que se la llevó a la residencia que ocupaba en esos momentos, una casa de reducidas dimensiones en un vecindario respetable.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí? —le preguntó, mientras admiraba el elegante interior, decorado con tonos blancos y marrones.

—Tú eres la primera. —Le besó la nuca—. Y la última.

—¿Tan seguro estabas de que cambiaría de opinión?

Él rio en voz baja, un sonido ronco y muy sensual.

—Hasta hace una semana, este lugar estaba destinado a algo mucho menos agradable.

—¿Qué?

—Una historia para otro día —le prometió, con la voz impregnada de deseo.

Esa casa se convirtió en el hogar de Marguerite, el lugar donde se refugió de la censura de la alta sociedad, que la condenó por haberse convertido en la amante del marqués.

—*Je t'adore* —gimió Philippe, moviendo las caderas más deprisa y con más fuerza.

Su miembro creció dentro de Marguerite y la inundó de placer. Ella suspiró y él la abrazó con más fuerza, empujándola hacia delante para poder penetrarla mejor. Su fuerte cuerpo la tenía arropada mientras le besaba la oreja.

—Córrete, *mon coeur* —susurró Saint-Martin.

Colocó una mano entre las piernas de ella y, con dedos expertos, excitó su clítoris con precisión. Esas caricias tan hábiles, junto con los rítmicos movimientos de su miembro, hicieron que el clímax de Marguerite fuese irresistible. Gritó al alcanzar el orgasmo y llevó las manos hacia atrás para sujetarle las nalgas. Su sexo se apretó alrededor del de él con cada contracción y lo obligó a eyacular hasta llenarla por completo.

Y, como hacía siempre que saciaba su pasión, Philippe la abrazó con todas sus fuerzas y, con los labios entreabiertos, le llenó el cuello y las mejillas de besos.

—*Je t'aime* —susurró ella, frotando la mejilla sudorosa contra la de él.

Philippe salió de su cuerpo y la cogió en brazos. Él tenía mechones rubios pegados al cuello y las sienes a causa el sudor, lo que acentuaba el tono rosado de su piel y el brillo de satisfacción de sus ojos. La llevó hasta la cama con la fuerza propia de un hombre acostumbrado al trabajo físico, una afición que también era la responsable de su magnífico cuerpo. Marguerite jamás habría podido imaginarse el atractivo que ocultaba bajo toda aquella ropa. Philippe escondía su verdadero yo tras aquella fachada de noble disoluto.

Alguien llamó a la puerta justo cuando iba a tumbarse encima de Marguerite.

Soltó una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado.

—Tiene visita, milord —contestó el mayordomo, cohibido.

Marguerite miró el reloj que había encima de la repisa: eran casi las dos de la madrugada.

Philippe le acarició la mejilla y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Sólo tardaré un segundo.

Ella le sonrió, consciente de que le estaba mintiendo, pero no dijo nada. Cuando Philippe le confesó que trabajaba como espía en un cuerpo llamado Secret du Roi, un grupo de agentes cuya misión consistía en llegar donde no podía llegar la diplomacia, Marguerite se quedó sin habla, pues le costó reconciliar esa imagen con la de seductor despreocupado que se encargaba de cultivar el marqués entre la alta sociedad. ¿Cómo era posible que un hombre famoso por dedicarse sólo a disfrutar de los placeres de la vida en realidad la estuviese arriesgando para proteger a su rey?

Pero a medida que el amor fue abriéndose paso entre la lujuria, su relación física se convirtió en una unión espiritual. Marguerite descubrió todas las capas que tenía su amante y lo

bien que se le daba enmascararlas. La cantidad de examantes que tenía no era mentira, evidentemente, pero Philippe nunca había sido un crápula sin corazón. Y se sentía culpable por haberla hecho caer en desgracia ante los suyos y haber destrozado su reputación.

Cuando un día Marguerite le confesó que sentía lo mismo por haberlo alejado de su esposa, Philippe le contó una historia sorprendente: la marquesa de Saint-Martin —a la que todo el mundo compadecía por los excesos de su esposo— también tenía multitud de amantes. El suyo era enteramente un matrimonio de conveniencia y a los dos les parecía bien llevar vidas separadas.

Marguerite lo observó mientras se ponía el batín de seda negra para salir.

—Te echaré de menos —le dijo—. Y si tardas mucho, saldré a la calle y no pararé de llorar hasta encontrarte.

Philippe se detuvo en el umbral y arqueó una ceja.

—*Mon Dieu*, no me digas que te has creído esas tonterías. Eso sólo lo hizo una mujer, y estaba mal de la cabeza.

—Pobrecita. Aunque, claro, dudo que fuera su cabeza lo que te atrajo de ella.

—Espérame despierta —le pidió él, fingiéndose enfadado.

—Tal vez...

Philippe le lanzó un beso y se fue.

Dejó de sonreír en cuanto cerró la puerta. Se ató el cinturón del batín con firmeza y descendió la escalera que conducía al piso inferior. A esas horas nunca se trataba de buenas noticias, así que iba a recibir a su visitante con mucha cautela. Todavía olía a sexo y a Marguerite, obligándolo a reconocer lo vital que era la presencia de su amada en su vida. Ella lo mantenía conectado a su humanidad, algo que temía haber perdido después de tantos años fingiendo ser quien no era.

La puerta del salón estaba abierta y entró directamente, sus pies descalzos pasaron a la cálida alfombra desde el frío mármol del vestíbulo.

—Thierry —saludó sorprendido al visitante, tras reconocerlo—. Se suponía que esta noche tenías que reunirte con Desjardins.

—Y lo he hecho —le contestó el joven, con las mejillas todavía sonrosadas por la cabalgata —. Por eso estoy aquí.

Philippe le indicó al chico que ejercía de correo que se sentase en el sofá, mientras él ocupaba una de las sillas más cercanas.

Thierry, consciente de que su atuendo conservaba la suciedad del viaje, tomó asiento en un extremo. Philippe le sonrió para agradecerle su cuidado con el recién tapizado sofá de terciopelo rojo. Durante el periodo en que aquella casa sirvió como sede del Secret du Roi, ninguno de ellos se había preocupado demasiado por el mobiliario, pero al final cambiaron de punto de encuentro para no despertar sospechas y la casa quedó abandonada. Hasta que Saint-Martin la adecuó con todos los lujos imaginables para satisfacer al amor de su vida.

—Lamento molestarte —se disculpó el joven, cansado—, pero tengo órdenes de volver a partir mañana por la mañana y no podía correr el riesgo de no verte.

—¿Qué es tan importante?

—Está relacionado con *mademoiselle* Marguerite Piccard.

Philippe se tensó de inmediato y se echó hacia delante.

—¿Sí?

—Cuando llegué a casa de Desjardins, éste estaba atendiendo una visita y me pidieron que

lo esperase fuera de su despacho. Me temo que no es consciente de lo bien que viajan sus palabras en el aire.

Philippe asintió preocupado. Siempre le había gustado que un hombre tan menudo tuviese una voz tan potente, lo que no le gustaba tanto era que hubiese estado hablando de Marguerite. Se asustó, porque, pura y llanamente, su cordura dependía de tenerla a ella a su lado. El conde de Desjardins era un hombre joven y ambicioso, que ansiaba llamar la atención del rey. Y esas cualidades lo convertían en una amenaza para cualquiera que se interpusiera en su camino.

—He oído el nombre de Piccard —dijo Thierry en voz baja, como si tuviera miedo de que alguien pudiese oírle—, y, aunque he intentado pensar en otra cosa, no he podido evitar prestar atención.

—Es comprensible. Nadie puede culparte por haber oído una conversación que se mantenía prácticamente a tu lado.

—Sí, exacto. —El joven correo le sonrió agradecido.

—Y ¿qué decían de *mademoiselle* Piccard?

—Dejardins decía que últimamente pareces muy preocupado y se preguntaba cómo solucionarlo. Su interlocutor ha sugerido que la culpable de dicha preocupación y de tu decreciente participación en la agencia es *mademoiselle* Piccard.

Philippe se golpeó una rodilla con los dedos.

—¿Sabes quién era?

—No, lo siento. El visitante ha debido de abandonar la casa por otra puerta mientras yo esperaba frente al despacho.

Philippe soltó el aliento y desvió la vista hacia las brasas que seguían ardiendo en el hogar. Aquel salón era considerablemente más pequeño que el de la residencia que compartía con su esposa, y sin embargo él lo consideraba su hogar. Porque Marguerite estaba allí.

¿Quién iba a decir que cuando aceptó a regañadientes aquella invitación de Fontinescu iba a cambiarle tanto la vida?

Imágenes de Marguerite llenaron su mente y sonrió para sí. Hasta que ella apareció, no fue consciente de la cantidad de cosas que estaban afectando negativamente a su vida.

«Estás muy tenso —le señaló ella una noche, masajeándole los músculos del cuello y los hombros con sus manos menudas—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?»

Durante un breve instante, Philippe se planteó olvidarse de todos sus problemas practicando sexo salvaje durante horas, pero en vez de eso empezó a contarle cosas que nunca le había revelado a nadie. Marguerite lo escuchó y después analizó con él varios temas y lo ayudó a sopesar sus distintas soluciones.

«Eres muy lista», la halagó él, riéndose.

«Lo bastante como para irme contigo», contestó ella, también con una sonrisa.

Philippe no tenía ninguna duda de que, a pesar de que ahora sabía lo mucho que le había afectado conocer a Marguerite, no cambiaría nada de lo sucedido. Su belleza lo dejaba sin aliento y le proporcionaba un placer infinito, pero fue su corazón puro y su inocencia los que lo conquistaron. El amor que sentía por ella lo llenaba de felicidad, una emoción que antaño había creído que no significaba nada para un hombre como él. Su dicha era casi completa y lo único que lamentaba era no poder ofrecerle la seguridad de su apellido y de su título.

Inspiró profundamente y volvió a mirar a Thierry.

—¿Algo más?

—No. Eso es todo.

—Te estoy muy agradecido.

Philippe se puso en pie y se acercó al escritorio que ocupaba una esquina del salón. Lo abrió y sacó una pequeña bolsa de monedas que el joven aceptó con una sonrisa de agradecimiento antes de partir. Philippe salió al vestíbulo detrás de él y le dijo al mayordomo que podía volver a acostarse.

Instantes más tarde, regresó al lado de Marguerite. Ésta estaba acurrucada, con sus sensuales rizos rubios esparcidos sobre la almohada e intentando mantener abiertos los ojos, azules como zafiros. A la única luz de la lamparilla que había en la mesilla de noche, su piel brillaba como marfil. Tendió una mano hacia él y a Philippe le dolió el pecho al verla allí esperándolo tan cariñosa. Otras mujeres le habían dicho que lo amaban, pero ninguna con el fervor de Marguerite. Ese afecto tan sincero no tenía precio. Nada ni nadie en el mundo iban a arrebatársela.

Se quitó el batín y rodeó la cama para meterse bajo las sábanas junto a su amada. Le pasó un brazo por la cintura y entrelazó los dedos con los de ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó Marguerite.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Tú lo estás, puedo notarlo. —Se volvió entre los brazos de él—. Puedo sonsacarte la información —le recordó seductora.

—Mala. —Philippe le besó la punta de la nariz y gimió al notar que enredaba las piernas con las suyas. Le contó la conversación con Thierry y le acarició la espalda desnuda cuando ella se tensó—. No te alarmes. Sólo es un incordio, nada más.

—¿Qué piensas hacer?

—Desjardins tiene grandes aspiraciones y necesita sentir que todos los hombres con los que trabaja están tan entregados a la causa como él. Y yo no lo estoy, tal como demostró mi negativa a aceptar aquella misión en Polonia.

—Por mí.

—Tú eres mucho más interesante que los polacos, *mon amour*. —La besó en la frente—. Y hay agentes de sobra que pueden ofrecerle a Desjardins la clase de dedicación que busca.

Marguerite se incorporó y se apoyó en un codo para mirarlo.

—¿Y dejará que te vayas sin más?

—¿Qué puede hacerme? Además, si de verdad cree que mi efectividad ha bajado tanto que incluso ha empezado a preocuparse por mi vida privada, entonces no le importará que dimita.

Ella le colocó una mano en el pecho.

—Ten cuidado. Prométeme que tendrás mucho cuidado.

Philippe le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Te lo prometo.

Entonces tiró de Marguerite y devoró sus labios, eliminando sus temores con el fuego de la pasión.

El grupo de amigos íntimos y de amistades políticas que se habían reunido en el comedor del conde de Desjardins era de lo más escandaloso. Él mismo estaba riéndose y pasándoselo en grande cuando alguien apareció cerca de la puerta del vestíbulo y llamó su atención.

El conde se disculpó con sus invitados y, fingiendo indiferencia, se acercó al sirviente que

lo estaba llamando con discreción.

Salió al pasillo de mármol y aisló el ruido de sus invitados detrás de la puerta cerrada. Arqueó una ceja al ver al hombre que lo esperaba oculto entre las sombras.

—He hecho exactamente lo que me pediste —le dijo Thierry.

—Excelente —sonrió *le comte*.

El mensajero tendió la mano y le entregó una carta sin remitente, cerrada con lacre negro. Clavado en él había un rubí redondo y perfecto, que brilló bajo la luz de la lámpara.

—Me han interceptado en mitad de la calle y me han pedido que te diese esto.

Desjardins se quedó completamente quieto.

—¿Has visto quién era?

—No. Era un carruaje sin escudo y con las cortinas echadas. Quien me ha entregado la carta llevaba guantes. Es lo único que he podido ver.

Igual que las otras veces. La primera misiva había llegado meses atrás a través de un correo que pasaba casualmente por el lugar, así que Desjardins dedujo que quien se las enviaba también era miembro del Secret du Roi. Si pudiera averiguar su identidad y por qué odiaba tanto a Saint-Martin...

Tras coger la carta, despidió a Thierry, se alejó del comedor y se dirigió a la cocina, pero entonces lo pensó mejor y bajó la escalera que conducía a la bodega, donde guardaba las botellas de vino. Llevaba la nota guardada en el bolsillo. Dentro no habría nada escrito. Después de haber recibido doce misivas idénticas a aquélla, estaba seguro de lo que se encontraría.

Un sello rasgado para evitar que se pudiese reconocer el escudo y una única frase: «L’Esprit». El rubí era un regalo a cambio de su cooperación, igual que los paquetes que recibía de vez en cuando con más gemas. Un método de remuneración muy inteligente, porque la esposa de Desjardins adoraba las joyas, y las piedras preciosas sin montar no eran rastreables.

El sonido procedente de la cocina se convirtió en un murmullo cuando Desjardins cerró la puerta de la bodega. Giró al llegar al final de una de las estanterías de madera, del suelo al techo, y encontró la diminuta puerta que conducía al sótano. Estaba entreabierta.

—Detente ahora mismo. —La voz producía escalofríos, como dos trozos de cristal al frotarlos el uno con otro.

Desjardins se detuvo.

—¿Está hecho? —preguntó la voz.

—La semilla está plantada —dijo *le comte*.

—Bien. Ahora que Saint-Martin se siente amenazado, todavía se aferrará más a ella.

—Yo creía que a estas alturas ya se habría aburrido de tener siempre a la misma mujer en la cama —farfulló Desjardins.

—Te advertí que Marguerite Piccard era distinta. Y a ti te ha ido muy bien que lo sea, es el motivo de nuestra lucrativa asociación. —Hizo una dramática pausa y prosiguió—: De Grenier la quiere para él. Es un hombre joven y muy atractivo y seguro que a Saint-Martin le dolería muchísimo que su amada lo dejase.

—Entonces me aseguraré de que el vizconde la consiga.

—Sí. —La determinación en el tono de voz de L’Esprit hizo que Desjardins diese gracias a Dios por no ser su enemigo—. Saint-Martin no tiene derecho a sentir ni un segundo de felicidad.

Prólogo 2

—El vizconde Grenier ha venido a visitarla.

Marguerite bajó el libro que estaba leyendo y se quedó mirando al mayordomo. Era mediodía, todo el mundo sabía que a esas horas Philippe no estaba en casa. Y únicamente los otros miembros del Secret du Roi se atreverían a ir a buscarlo allí, aunque sólo si se tratara de un caso de suma urgencia.

—El marqués no está en casa —contestó Marguerite, más para sí misma que para el sirviente, que obviamente ya lo sabía.

—Ha solicitado verla a usted, *mademoiselle*.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

Como era de esperar, el mayordomo no dijo nada.

Ella frunció el cejo y, tras cerrar el libro, se puso en pie.

—Dígale a Marie que venga, por favor.

Marie era su doncella, no quería estar a solas con el vizconde.

Cuando llegó la joven, Marguerite bajó acompañada de ella hasta el piso inferior y entró en el salón. De Grenier se puso en pie al verla e inclinó la cabeza con elegancia.

—*Mademoiselle* Piccard —la saludó con una sonrisa—, me dejáis sin aliento.

—*Merci*. Usted también tiene buen aspecto.

Se sentaron el uno frente al otro y Marguerite esperó a que el *vicomte* le aclarase el motivo de su visita. Tal vez tendría que haberse negado a recibirlo. Ella era la amante de otro hombre. Además, si hubiese cumplido los deseos de su madre, ahora sería la esposa de Grenier. Y, a juzgar por el rubor que teñía las mejillas de éste, él también se había dado cuenta de ese detalle.

El vizconde era joven, apenas unos años mayor que ella. Era algo y delgado, de rostro atractivo y ojos amables. Llevaba un traje de montar, y el marrón oscuro del atuendo contrastaba con el tono azul pálido del salón. Marguerite le sonrió sincera y algo divertida por el encuentro.

—*Mademoiselle* —empezó él tras carraspear y removiéndose nervioso—, os ruego que me disculpéis por esta inesperada visita y por la información que voy a daros, pero no se me ha ocurrido otra manera de hacérosla llegar.

Marguerite dudó un instante, insegura de cómo debía proceder. Miró a Marie, que estaba sentada en una esquina, cosiendo.

—Últimamente he descubierto las ventajas de ser directa —dijo al fin.

El modo en que Grenier le sonrió le recordó por qué siempre le había gustado ese caballero. Era encantador y lograba que todo el mundo se sintiese bien a su lado.

La sonrisa del vizconde desapareció.

—Saint-Martin tiene entre manos ciertos asuntos muy delicados —murmuró en voz baja—. Y yo también estoy al corriente de ellos.

Marguerite se quedó sin aliento al comprender lo que estaba insinuando. ¿Cuántos agentes tenía el Secret du Roi?

—¿Ha sucedido algo? —le preguntó, flexionando nerviosa los dedos en su regazo.

—Temo por vuestra seguridad.

—¿Por mi seguridad?

De Grenier se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Saint-Martin ha demostrado ser un hombre muy valioso para la Corona. Además, goza de mucho respeto y cuando hay que recurrir a ciertas tácticas... digamos más íntimas, no tiene igual. Y se lo echa de menos.

A Marguerite se le encogió el estómago de celos. No le extrañaba que las mujeres que habían estado con Philippe en la intimidad lo añorasen y quisieran recuperarlo. Pero ¿bastaría eso para poner en peligro su relación?

—¿Qué me estáis diciendo exactamente?

—Saint-Martin se ha retirado del servicio activo y sólo participa en misiones que no lo alejen de vuestro lado. Y hay quienes no se sienten cómodos con el cambio.

El vizconde entrelazó los dedos y bajó la voz hasta susurrar, obligando a Marguerite a inclinarse también hacia delante si quería oírlo.

—El rey ha empezado a presionar a Desjardins para que obligue a Saint-Martin a volver al trabajo. De momento, sus esfuerzos han sido en vano, pero la frustración de Desjardins va en aumento y su mal carácter también, y eso me preocupa. El otro día le oí mencionar vuestro nombre en una charla con uno de sus socios. Sospecho que tiene intención de eliminaros. Os ve como un obstáculo, y, cuanto más intenta separar a Saint-Martin de vos, más se opone el marqués a dejaros.

Marguerite desvió la mirada hacia Marie y después la dirigió hacia el cuadro que colgaba encima de la chimenea apagada. Era su retrato. Saint-Martin lo había encargado poco tiempo después de que se convirtieran en amantes. Las pinceladas de color habían retratado para siempre su inocencia y su juventud, y sus ojos azules rebosantes de amor y de deseo.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó.

—Abandonarlo.

Marguerite se rio con tristeza.

—Sería más fácil que me pidierais que me arrancase el corazón con las manos.

—Lo amáis.

—Por supuesto. —Volvió a mirar a De Grenier—. Me ha repudiado toda la sociedad. Si no lo amase más que a mi vida, jamás podría haber sobrevivido a algo así.

—Yo estoy dispuesto a aceptaros.

Marguerite se quedó estupefacta y lo miró confusa.

—¿Disculpad?

Los labios del vizconde esbozaron una mueca.

—Os deseo. Os aceptaría a mi lado.

Ella se puso en pie de inmediato.

—Tenéis que iros.

De Grenier se puso en pie también y rodeó la mesilla redonda que ejercía de barrera entre los dos. Marguerite retrocedió y él se detuvo.

—No quiero haceros daño.

—A Saint-Martin no le hará ninguna gracia que hayáis venido. —Le tembló la voz, pero se obligó a mantener la cabeza bien alta.

—Cierto. —El vizconde entrecerró los ojos—. Siempre ha existido cierta rivalidad entre

nosotros. Él sabe que estáis en peligro, pero no hace nada para evitarlo, porque sospecha lo que yo siento por vos.

—¿Qué clase de peligro?

—Los planes de su majestad son tremendamente importantes y secretos y si Desjardins cree que tenéis que desaparecer, lo hará. Si Saint-Martin os amase tanto como vos a él, acabaría con esta relación para protegeros.

—No me importan esos planes. —Se llevó una mano al estómago. Su opinión no valdría de nada frente a la del monarca—. Sería muy desgraciada sin él. Prefiero permanecer a su lado y disfrutar del tiempo que sea que tengamos, a irme y quedarme sin nada.

—Yo podría devolveros todo lo que habéis perdido. —Dio un nuevo paso hacia ella.

—He ganado mucho más que lo que he perdido.

—¿De verdad? —Apretó la mandíbula—. Habéis perdido a vuestra familia, a vuestros amigos, vuestro estatus social. No tenéis vida fuera de estos muros, os pasáis el día esperando que vuelva un hombre que sólo os utiliza como distracción sexual cuando le apetece. He visto lo que les pasa a sus mujeres cuando las abandona y no podría soportar ver que os sucede a vos.

—Vos me estáis ofreciendo lo mismo —soltó ella.

—No, yo os estoy ofreciendo mi apellido.

La habitación le empezó a dar vueltas y Marguerite tuvo que apoyarse en el respaldo de madera de la butaca.

—Fuera de aquí ahora mismo.

—Estoy dispuesto a casarme con vos —le dijo sincero en voz baja—. Me envían a Polonia una temporada y podríais venir conmigo. Allí estaríamos a salvo y podríamos empezar una nueva vida.

Marguerite negó con la cabeza y se le escapó un gemido de dolor.

—Fuera. Por favor.

De Grenier cerró los puños con fuerza a los costados y después le hizo una breve y elegante reverencia.

—Partiré dentro de una semana. Si vuestros sentimientos cambian, venid a verme. —Echó los hombros hacia atrás, captando en ello la mirada de Marguerite—. Mientras, pedidle a Saint-Martin que os cuente la gravedad de la situación en la que os encontráis. Si lo conocéis tan bien como creéis, veréis en sus ojos que no os estoy mintiendo.

Y dicho esto, abandonó el salón con paso firme y decidido, mientras Marguerite se desplomaba agotada en el sofá. Segundos más tarde, su doncella le tendió una copa de coñac, que ella aceptó con una sonrisa de agradecimiento.

Todos los sirvientes de la casa habían sido elegidos escrupulosamente por su discreción, aunque Marguerite no tenía ni idea de cómo sabía Philippe que podía confiar en ellos. Claro que para ella todo lo relacionado con el Secret du Roi era un misterio.

—*Mon coeur*.

Aturdida, levantó la vista y vio a Philippe entrar corriendo en el salón. Todavía llevaba puestos el sombrero y los guantes, y el aire que flotaba a su alrededor olía a caballos y a tabaco.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, poniéndose en cuclillas delante de ella.

Marguerite desvió la vista de él a la ventana y observó que las sombras y la luz se habían desplazado.

Había pasado el tiempo sin que se diese cuenta, perdida como estaba en su angustia y confusión.

—Marguerite, ¿qué quería Grenier? ¿Qué te ha dicho?

Miró a su amante y aflojó los dedos de la mano derecha, con la que sujetaba la copa, para poder acariciarle la mejilla. Él buscó su tacto, y sus ojos azules se oscurecieron de preocupación.

—Me ha dicho que Desjardins está decidido a separarnos —explicó asustada— y que corro peligro. No ha concretado si física o emocionalmente, y hasta hace unos segundos no me he dado cuenta de que tendría que habérselo preguntado.

Philippe apretó la mandíbula.

—Todo esto es una locura.

—¿El qué? —Marguerite alargó el brazo y dejó la copa en la mesilla que tenía al lado—. ¿Qué está pasando? Grenier me ha insinuado que me estás ocultando algo. Si es así, quiero que me lo digas.

—No lo sé. —Se puso en pie furioso y se quitó el sombrero, los guantes y la capa. Lo lanzó todo encima del sofá con evidente frustración—. Nada de esto tiene sentido. Tú no tienes nada que ver con nada.

Marguerite sabía que era una tontería enfadarse por esa frase, pero por primera vez desde que había conocido a Philippe sintió que era insignificante. Una diversión. Un pecadillo.

—Por supuesto que no —susurró, poniéndose en pie.

La falda beige con flores rojas bordadas que llevaba se balanceó pesadamente alrededor de las piernas, que no le dejaban de temblar. Sintió un hormigueo en la punta de los dedos de los pies cuando la sangre le volvió a circular.

¿Cuánto tiempo llevaba allí sentada, intentando imaginarse su vida sin Philippe? Se había pasado el último año viviendo con la ilusión de que siempre estarían juntos. Esa tarde era la primera vez que se había planteado la posibilidad de que no fuera así.

—Me has malinterpretado —murmuró él, abrazándola—. Tú lo eres todo para mí, pero para ellos no significas nada. No tienen ningún motivo para fijarse en ti. Creo que en realidad están interesados en otra cosa, en algo que creen que está en tu poder.

—¿Tú?

Philippe negó con la cabeza.

—Yo ya me he ofrecido a Desjardins. Le he dicho que estoy dispuesto a ir a cualquier parte del mundo, siempre que sea como máximo durante un periodo de tres meses, igual que hacía antes. Aunque la verdad es que no sé cómo seré capaz de sobrevivir tres meses sin ti, cuando tres horas sin verte ya son una tortura.

Apoyó la mejilla en la frente de Marguerite y a ella la reconfortó sentir el tacto familiar de su barba incipiente.

—Lo único que le pedí a cambio fue que se asegurasen de que estuvieras a salvo y bien atendida. Pero se negó a aceptar mi ofrecimiento. Me dijo que cree que estoy distraído y que prefiere no encargarme ninguna misión.

—No entiendo por qué no puede encontrarte un sustituto —se quejó ella, observando el rostro de Philippe en busca de claves para entenderlo—. A pesar de tus múltiples talentos, seguro que hay otros hombres dispuestos a ofrecer la misma clase de servicios que tú.

Él apretó tanto los labios que se le pusieron blancos.

—¿Crees más a Grenier que a mí?

—¿Tengo que elegir entre sus palabras y tu silencio?

—Sí.

Durante un segundo, a Marguerite la enfureció su arrogancia, pero después se rio en voz

baja.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó, negando con la cabeza.

Philippe capturó un rizo empolvado entre el pulgar y el índice y se lo acarició con cariño. Y cuando habló, su voz sonó íntima y cariñosa:

—¿El qué?

—Convertirte en indispensable. Me he pasado la tarde entera sermoneándome por haberme metido en esta situación tan precaria. No tengo a nadie en el mundo excepto a ti y nada ni nadie puede asegurarme que estarás a mi lado siempre. Y ahora hay alguien que quiere separarnos y yo soy incapaz de hacer nada para impedírselo o detenerlo. —Apoyó las manos en el torso de Philippe y pasó los dedos por el borde de la chorrera. Estaba guapísimo así, medio vestido y medio desnudo—. Y aquí estás tú, empeñado en guardar tus secretos, y no puedo hacer nada para dejar de amarte.

—Yo no tengo secretos contigo. Te lo cuento todo. —Le cogió una mano y entrelazó los dedos con los de ella. Luego se volvió hacia la puerta y tiró de Marguerite para que lo siguiera.

—No me habías dicho que seguían insistiendo en que me dejaras.

—Porque es una estupidez.

Entraron en su salón privado y Philippe la soltó. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas para mirar fuera. Estaba oscureciendo, pronto sería de noche. Un año atrás, la puesta del sol marcaba el momento en que tenían que empezar a prepararse para asistir a algún acto social. Ahora lo único que tenían que hacer era cenar y pasar la noche en casa. A Marguerite le bastaba con eso. ¿Y a él?

—Puedo oírte dudar desde aquí —le dijo Philippe dándose la vuelta para mirarla—. ¿Qué te ha ofrecido?

En el año que llevaba viviendo como su amante, ella había aprendido muchas cosas sobre cómo tratar a un hombre. Y uno de los descubrimientos más útiles y valiosos era que él no podía negarle nada cuando estaba desnuda.

Le dio la espalda y, de reojo, lo vio acercarse echando chispas por los ojos.

—Mejor di qué no me ha ofrecido.

Los dedos de Philippe empezaron a desabrochar la hilera de botones que le recorría la espalda.

—Como quieras, ¿qué no te ha ofrecido?

—Su corazón.

Se quedó inmóvil y Marguerite lo oyó exhalar.

—Podría contratarte. Podría reducir nuestra... relación... a un intercambio comercial. Quizá entonces te sentirías más segura.

—O quizá entonces me sentiría como una prostituta.

—Y es por eso mismo por lo que no te lo había sugerido hasta ahora. —Posó las manos en los hombros de ella y ejerció un poco de presión para indicarle que se diera la vuelta. Se quedó mirando el rostro de Marguerite. El de él reflejaba pura agonía, sus ojos negros rebosaban de emociones que ella era incapaz de identificar.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó en voz baja—. ¿Cómo puedo luchar si no sé contra quién me estoy enfrentando?

—¿No puedes dejar que yo me ocupe de luchar por los dos? —Le dio un beso en la frente —. No puedo creer que todo esto tenga algo que ver con lo nuestro, ni siquiera un poco. Pero si hace unos meses Grenier mismo me sugirió que dimitiese del todo y Desjardins estuvo a punto

de aceptar mi dimisión. Este cambio tan súbito no tiene sentido. Hay algo raro detrás de todo esto y voy a descubrir qué es.

—*Je t'aime* —susurró Marguerite, odiando el miedo que había hecho que le sudase la palma de las manos.

Le tembló el labio inferior de los nervios y él le pasó la lengua por encima, y después profundizó la caricia y la convirtió en un beso. Philippe la dejó sin aliento con su experiencia y estremecida pegada a su cuerpo.

—Yo también te amo y no voy a perderte —le juró, abrazándola con fuerza.

Esa vez fue Marguerite la que se apartó. Sin soltarle la mano, lo llevó al dormitorio, donde juntos lograron olvidarse de sus problemas durante unas horas.

El *comte* Desjardins entró en la bodega y se detuvo en el mismo lugar donde lo obligaba a detenerse L'Esprit siempre que iba a verlo.

—No creo que Grenier haya conseguido seducir a *mademoiselle* Piccard. —La voz de L'Esprit pareció arañar la espalda de Desjardins y éste sintió un escalofrío.

—Es demasiado pronto para asegurarlo.

—No. Lo vi abandonar la casa, salía abatido y derrotado. Piccard lo ha dejado todo por ese hombre, ya no tiene nada que perder.

—Excepto a Saint-Martin.

—Exacto —sonrió L'Esprit—. Piccard no lo abandonará para salvarse a sí misma, pero estoy seguro de que sí lo hará para salvarlo a él.

Desjardins negó con la cabeza. No tenía ni idea de qué había hecho Saint-Martin para provocar la ira de L'Esprit, pero sentía lástima de él. Sospechaba que L'Esprit no se detendría hasta haberle arrebatado todo lo que amaba.

—¿Qué quiere que haga?

—Me ocuparé yo mismo —contestó L'Esprit—. No quiero verlo muerto, no sufriría lo suficiente.

—Como desee.

—Tendrá noticias mías si vuelvo a necesitar sus servicios.

Desjardins dio media vuelta y, tras abrir la puerta de madera, abandonó la bodega y subió a la cocina. Se sobresaltó al oír que se cerraba la verja detrás de la que se escondía L'Esprit.

Le parecía muy apropiado que ese hombre siempre saliese de las fauces del infierno. L'Esprit desprendía furia y locura, y el conde se arrepentía muchísimo de haber empezado a hacer negocios con él.

Una joya para su esposa, fuera del tamaño que fuera, no valía tanto como su alma.

Los pensamientos de Philippe estaban tan centrados en Marguerite que no disfrutó del precioso atardecer parisiense. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no se percataba de nada de lo que sucedía a su alrededor, excepto de que algo muy importante se le estaba pasando por alto. Se dirigía a caballo hacia la casa de Marguerite y el sonido constante de los cascos del animal lo sumió en una especie de trance.

Los transeúntes sonreían a su alrededor, y saberse acompañado le dio una falsa sensación de

seguridad.

Pero Philippe no estaba a salvo. Y si durante un segundo se hubiese planteado la posibilidad de que podían utilizarlo a él en contra de Marguerite y no sólo al revés, habría tenido más cuidado. Pero no lo tuvo, y, cuando dobló una esquina, recibió un fuerte golpe en el pecho del que no pudo defenderse.

Cayó hacia atrás mientras su montura perdía el equilibrio hacia delante, se tambaleó y terminó golpeando el suelo con la espalda. El aire abandonó sus pulmones y la caída lo dejó mareado e incapaz de moverse.

El cielo se oscureció encima de él y lo único que vio fue a varios hombres rodeándolo. Una bota le golpeó el costado rompiéndole una costilla, y el nítido sonido del hueso al quebrarse llenó el aire. Más patadas. Gritos. Risas. Dolor.

Agonía.

Philippe suplicó tener las fuerzas necesarias para acurrucarse en forma de ovillo, pero su cuerpo se negó a obedecerlo. La violencia aumentó. La visión de Philippe disminuyó.

Y entonces, gracias a Dios, se desmayó.

—El correo de la tarde, *mademoiselle*.

Marguerite levantó la vista de la mesa a la que estaba sentada planeando los menús de la semana y vio al mayordomo en la entrada. Le indició que entrase y dejó los menús a un lado.

—Gracias —dijo, cogiendo el sobre que había encima de la bandeja de plata que le acercó el sirviente.

Lo hizo de forma maquinal, pues no podía dejar de pensar en lo ausente que estaba Philippe. Ella estaba literalmente presa en su propia casa y ni siquiera podía salir de paseo por la ciudad. Los sirvientes también estaban obligados a quedarse allí para protegerla. La poca correspondencia que recibía era el único contacto que tenía con el mundo exterior.

De repente, se fijó en el lacre negro del sobre.

Mantenía correspondencia con muy poca gente. Su madre y su padre la habían repudiado, sus hermanas sólo le escribían esporádicamente y aun entonces se limitaban a mandarle una breve nota. Y a pesar de todo, el nombre que había escrito en aquel sobre tan grueso era el suyo y no el de Philippe.

Lo abrió con cuidado y leyó confusa la agresiva caligrafía.

Saint-Martin tiene dos opciones: seguir con vos o seguir con vida.
Yo sé qué elegirá. La cuestión es: ¿qué elegiréis vos?

L'ESPRIT.

Marguerite frunció el cejo y llamó al mayordomo.

—¿Quién ha entregado esto? —le preguntó cuando llegó.

—Me lo ha dado uno de los lacayos. Puedo preguntárselo.

Ella asintió y esperó, releyendo aquel mensaje tan críptico e inspeccionando el sello. El mayordomo volvió pasados unos minutos.

—No se acuerda.

—Hum...

—Hay un mensajero en la puerta, *mademoiselle*, solicita veros.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marguerite. Dobló la carta con cuidado y la depositó encima de la mesa. Un lacayo le apartó la silla y, tras ponerse en pie, se alisó la falda de seda con cuidado. Dudó un instante, llevaba días sintiéndose extraña. Y lo que estaba sucediendo sólo empeoraba las cosas.

Rodeó la mesa y salió al pasillo para dirigirse al salón donde recibía las visitas.

Con cada paso que daba se sentía más cansada y asustada. Se le erizó el vello de la nuca. Se sentía amenazada, lo que la sorprendió, y supo que Philippe lo percibiría también. Si pudieran averiguar cuál era el origen de los problemas...

—*Mademoiselle* Piccard.

Inclinó la cabeza para devolverle el saludo al correo y se detuvo en lo alto de la escalera, a varios metros de distancia de su visitante.

—Buenas tardes.

—Me manda el conde Desjardins.

—Ah, ¿sí? —Se le encogió el estómago.

El hombre echó los hombros hacia atrás y esa muestra de nerviosismo la puso a la defensiva. También vio otras señales: el mal estado de su atuendo, una mancha oscura en los pantalones, el pelo alborotado.

—El marqués de Saint-Martin ha sido atacado hace unas horas —le dijo.

—No... —El peso del miedo le dobló las rodillas. Con una mano se sujetó de la barandilla.

—Está gravemente herido. Lo han trasladado a su casa, donde llevan atendiéndolo desde entonces, pero su estado es muy grave. El conde Desjardins ha pensado que querríais saberlo.

La habitación le empezó a dar vueltas y Marguerite fue incapaz de coger aire; la opresión que sentía en el pecho amenazaba con hacerle perder la conciencia.

—Que querría saberlo... —repitió ella, y pensó en la carta que había dejado encima de la mesa.

Todos sus instintos le pedían a gritos que fuese al lado de Philippe, que estuviese con él y lo abrazase, que lo ayudase a ponerse bien.

Pero no era posible. Su esposa se encargaría de atenderlo, tal como era su derecho.

Dios santo...

Marguerite se derrumbó en medio del charco de seda amarilla de su falda. Las lágrimas le nublaron la visión. El mayordomo corrió a ayudarla, pero ella levantó una mano y lo detuvo.

—¿Su primo todavía trabaja en la residencia de Saint-Martin?

—Sí, *mademoiselle* —contestó el hombre, comprendiendo al instante las intenciones de su señora—. Enviaré a alguien para que averigüe todo lo posible sobre el señor.

—Dígale que se dé prisa.

El mensajero dio un paso hacia atrás, dispuesto a irse, y el movimiento desvió la atención de Marguerite hacia él. La furia le dio fuerzas para ponerse en pie.

—Y en cuanto a usted —dijo entre dientes, avanzando con los puños cerrados—, vuelva con Desjardins y dele un mensaje de mi parte.

—Sí, *mademosielle*. —Se movió nervioso.

—Dígale que si el marqués no sobrevive, él tampoco lo hará.

El hombre le hizo una reverencia y se marchó de allí dejando la vida de Marguerite destrozada. Ella se quedó inmóvil durante varios segundos, casi sin respirar.

¿Cómo podría sobrevivir sin Philippe?

Una mano se posó con cautela en su brazo y, al volverse, descubrió a Marie a su lado.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó la doncella.

—Nadie puede hacer nada —contestó Marguerite con voz ronca—. Ahora todo está en manos de Dios.

—Quizá el vizconde Grenier podría ayudaros.

La sugerencia pilló por sorpresa a Marguerite. No podía pedirle ayuda a nadie. Tal vez a sus hermanas, pero ellas no podían hacer nada, y seguro que creerían que aquél era el destino que se merecía por haberse convertido en una cualquiera.

—¿Por qué iba a ayudarme? —le preguntó a Marie.

Ésta se encogió de hombros.

—De acuerdo. Manda a alguien a su casa —ordenó Marguerite, diciéndose que lo más probable era que Grenier ya estuviese al tanto de lo sucedido.

La joven le hizo una reverencia y se fue corriendo.

Pasaron unas horas hasta que llegó Grenier. Entró en el salón detrás del mayordomo, con el pelo despeinado por el viento e increíblemente guapo a pesar de que tenía los labios apretados y en sus ojos la rabia era más que evidente.

Marguerite se levantó de la butaca y se esforzó más de lo habitual por ignorar el horrible nudo que se le hacía en el estómago cada vez que veía a aquel hombre.

—Milord.

—He venido tan rápido como me ha sido posible —le dijo él, acercándose para cogerle las manos.

—Os estoy agradecida.

—Antes me he detenido en casa de Desjardins para averiguar qué sabía del ataque.

Ella le señaló un sillón para que se sentase y De Grenier ocupó justo el que quedaba a su lado.

—¿Os ha contado algo? —le preguntó Marguerite entonces.

—Lo ha sorprendido que yo estuviese al corriente, y después se ha puesto a la defensiva. Creo que la desesperación lo ha llevado a sincerarse conmigo sin querer.

Ella entrelazó nerviosa los dedos en su regazo y susurró:

—¿Desesperación?

El vizconde soltó un suspiro que evocó tal sensación de fatalidad que Marguerite sintió náuseas.

—Yo siempre había creído que, a pesar de su juventud, Desjardins era tan inamovible como una montaña. En mi opinión, hay muy pocas personas en el mundo que estén por encima de la coacción y Desjardins es una de ellas.

—¿Coacción? —repitió ella, con la boca tan seca que la palabra se le pegó al paladar.

—Sí. —De Grenier hizo una pausa—. Marguerite...

—¡Decídmelo de una vez, maldita sea!

—Circulan rumores de que Saint-Martin ha ocultado unos papeles de vital importancia en esta casa.

—¿Dónde?

—No lo sé. Desjardins ni siquiera sabe si esos rumores son ciertos. Lo único que sabe es que alguien lleva tres meses amenazándolo con que os va a eliminar a vos y a Saint-Martin si no le devuelven lo que quiere.

Confusa, Marguerite miró por el salón, como si así pudiese encontrar esos papeles.

—Qué equivocados estábamos.

—¿Disculpad?

—Saint-Martin creía que yo lo estaba distrayendo de sus deberes como agente del Secret du Roi y que por eso todo el mundo estaba enfadado con él. Ninguno de los dos entendía qué importancia podía tener una amante para el rey, pero no logramos dar con ningún otro motivo.

—Vos no lograbais dar con ningún otro motivo —le señaló el vizconde con ternura—. Saint-Martin sabía que estaba en posesión de esos papeles y decidió no contároslo.

Marguerite percibió lo satisfecho que se sentía de sí mismo por haber hecho ese descubrimiento que podía abrir una brecha entre los dos y separarlos. Pero esas maquinaciones no iban a servir de nada con ella. Marguerite era una mujer práctica a la que no le parecía raro ni rebuscado que Philippe le hubiese ocultado ese detalle que, en el fondo, tenía que ver con su trabajo como espía. Lo único que habría conseguido él si se lo hubiese contado habría sido preocuparla por algo respecto a lo que no podía hacer nada.

—¿Qué puedo hacer ahora? —le preguntó a De Grenier—. ¿Quién es el desconocido que está buscando esos papeles y qué tiene contra Desjardins que puede coaccionarlo?

—No lo sé. —El vizconde se inclinó hacia delante—. Lo único que sé es que no podéis permanecer aquí.

—Por supuesto que no. Si quieren algo de esta casa, pueden quedárselo. No voy a poner en peligro la vida de Saint-Martin.

—También os quieren a vos.

—¿Por qué? —Parpadeó confusa.

—Es obvio que el hombre que está detrás de todo esto siente una gran animadversión hacia Saint-Martin. Quiere que pierda todo lo que ama, incluida vos. A Desjardins lo ha conmocionado la brutalidad del ataque, teme que Saint-Martin vaya a perder la vida, a pesar de que el chantajista le dijo que no quería matarlo directamente, porque entonces no sufriría lo suficiente.

Marguerite se puso en pie sin ocultar que estaba llorando.

—¿Le contó algo de todo esto a Phillipe? ¿O acaso Desjardins no lo advirtió de estas amenazas?

De Grenier también se levantó.

—No lo sé ni me importa. A mí sólo me importáis vos. No tenéis nada que ver con todo esto y, sin embargo, vuestra vida corre peligro por estar al lado de Saint-Martin.

—Mi vida es Philippe.

—Y ¿qué haréis cuando muera? —le espetó él, tenso de frustración—. ¿Qué haréis entonces?

—¿Estáis insinuando que si abandono a Philippe su vida dejará de correr peligro?

—Podría ser. Desjardins cree que si os vais podrá disuadir a L'Esprit, que es como llama al hombre que está amenazando al marqués, y que tendrá tiempo para encontrar los papeles y ponerle punto final a todo esto.

—L'Esprit... —Marguerite se dio media vuelta y salió corriendo al pasillo en dirección al comedor, donde seguía estando la carta que antes había dejado sobre la mesa. Volvió a leer el misterioso mensaje y sintió náuseas. Dejó caer los brazos a los costados, con el papel arrugado entre los dedos.

Unas manos fuertes se posaron en sus hombros y le dieron un ligero apretón.

—Dejad que os ayude.

—Ya lo habéis hecho y os lo agradezco. —Lo miró—. No puedo contraer ninguna deuda más con vos.

Las atractivas facciones de De Grenier se suavizaron y levantó una mano para acariciar la mejilla de Marguerite.

—Si os vais, no tendréis los medios necesarios para subsistir por vuestra cuenta.

—Tengo algunas joyas...

—*Mon Dieu*! —se burló él —. No podéis sobrevivir indefinidamente con tan poco.

—No —convino ella—, pero tengo suficiente para mantenerme hasta que Saint-Martin se recupere y aparezcan esos papeles.

—Será un milagro si pasa de esta noche.

Marguerite notó que se le iba la sangre de la cabeza y se mareó. Se sujetó con fuerza al respaldo de la butaca, pero el vizconde la cogió por el brazo y la obligó a sentarse.

—No estáis bien —dijo.

—Sólo necesito descansar. Supongo que, después de todo lo que ha pasado esta tarde, entenderéis que esté agotada.

La miró como si fuera a discutir, pero le hizo una reverencia.

—Mi oferta de antes sigue en pie.

Entonces se sentó a su lado y le cogió las manos, que ella había apoyado encima de la mesa. Marguerite lo miró a los ojos y en ellos encontró compasión.

—No puedo hablar de esto ahora. —Se le removía el estómago sólo con pensarlo. ¿La vida sin Philippe? ¿La vida al lado de otro hombre? Le resultaba sencillamente inconcebible.

Y el día, ya de por sí atroz, empeoró todavía más.

Alguien golpeó frenéticamente la puerta y cuando Marguerite se volvió a ver quién era, descubrió a Marie retorciéndose el delantal.

—*Mademoiselle*, necesito hablarle, por favor.

Ella salió al pasillo y vio que la joven estaba muy alterada. El miedo le heló la sangre y la hizo temblar.

Los ojos claros de Marie estaban ahora rojos, y también su nariz respingona.

—La cocinera había preparado estofado con las sobras. Yo he llegado tarde y...

Marguerite tenía los nervios a flor de piel y ya no le quedaba paciencia para aguantar aquella clase de tonterías. Cogió a Marie por el brazo y la zarandeó.

—¿Qué ha pasado? ¿Philippe ha muerto?

—¡Han muerto todos! —gritó la doncella—. La cocinera... los lacayos... ¡Están todos muertos! Todos...

De Grenier salió corriendo del comedor, iba tan rápido que incluso resbaló en el suelo de mármol del pasillo en su intento por llegar cuanto antes a la parte trasera de la casa. Marguerite lo siguió a pesar de las súplicas de Marie; el corazón le latía tan rápido que temía que fuera a explotarle en el pecho. El vizconde entró en la cocina unos instantes antes que ellas. Soltó una maldición y giró sobre sus talones con suma rapidez para cortarle a Marguerite el paso e impedir que entrara.

—Veneno —sentenció adusto junto al oído de ella, mientras la retenía entre sus brazos.

El suelo cedió bajo los pies de Marguerite y la pegajosa oscuridad de la inconsciencia la engulló.

1

París, Francia 1780

Era la clase de hombre que podía esclavizar a una mujer con una mirada.

Y era exactamente lo que estaba haciendo con ella.

Lynette Baillon observó al famoso Simon Quinn con el mismo descaro con que él la estaba observando a ella y la fascinó lo negro que tenía el pelo y lo brillantes y azules que eran sus ojos.

Quinn estaba apoyado en una de las columnas fasciculadas del salón de baile de la baronesa Orlinda, con los brazos cruzados sobre el pecho y los tobillos entrelazados en una pose que proclamaba indolencia. Parecía relajado y alerta al mismo tiempo, una dicotomía que ella ya había percibido la primera vez que lo vio caminando bajo la luz de la luna por las calles de París. El traje que llevaba esa noche combinaba tonos azul oscuro y gris, una mezcla elegante que a Lynette le resultaba extremadamente atrayente.

En medio de la decoración que la baronesa había elegido para aquella reunión tan íntima —velas con aroma de especies exóticas, butacas escondidas en medio de un bosque artificial y sirvientes vestidos con atuendos muy atrevidos—, Simon Quinn resultaba austeramente atractivo. Su contenida intensidad le gustaba mucho más que el descaro del resto de los caballeros invitados.

Esa noche, para meterse en el papel que representaba, Lynette había elegido un espectacular vestido blanco con lazos color crema y bordados plateados. Si al vestido se le sumaba su piel blanca, la melena tan rubia y el antifaz rojo rubí, el resultado final conseguía atraer muchas miradas.

Consiguió atraer la de él.

Nunca los habían presentado. Lynette había averiguado su nombre escuchando conversaciones ajenas, prestando suma atención a las historias susurradas que circulaban sobre lo buen amante que era y sus orígenes humildes. Quinn vivía al límite y solo.

Las mujeres lo deseaban por los mismos motivos por los que lo despreciaban los hombres; lo único que Quinn tenía para abrirse camino era su reputación como amante, y no poseía título, fortuna o código moral que lo redimiera de sus pecados.

La baronesa viuda disfrutaba escandalizando a la alta sociedad, lo que explicaba la presencia de ese hombre en la fiesta. Él era la novedad y no parecía importarle desempeñar ese papel.

Lynette estuvo muy tentada de ir a su lado y compartir su soledad.

Quinn era muy alto y corpulento. Tenía la mandíbula muy marcada y la nariz afilada. Las cejas le daban un aire arrogante, mientras que las pestañas largas y espesas aportaban cierta ternura a su rostro. Pero para Lynette, el mejor atributo de aquel hombre tan atractivo eran sus labios. Eran perfectos, ni demasiado gruesos ni demasiado finos, y cuando sonreía... resultaban irresistibles. Le daban ganas de lamerlos, morderlos, sentirlos deslizándose por su piel.

—Tú te pareces mucho más a mí que tu hermana —le había dicho su madre en una ocasión —. Eres apasionada y de sangre caliente. Reza para no sucumbir a tus deseos.

En ese momento sí que se notaba la sangre caliente. El pecho le subía y bajaba a toda velocidad porque él la estaba mirando. Se le había acelerado el corazón. Que un desconocido pudiese provocar tal respuesta en su cuerpo, a pesar de estar rodeada de gente y de la distancia que los separaba, sólo sirvió para que se excitase todavía más.

Entonces Quinn se apartó de repente de la columna y se acercó a ella cual depredador que dispone de todo el tiempo del mundo. Sus fuertes y musculosas piernas recorrieron la distancia que los separaba sin inmutarse por la gente que tuvo que apartarse a su paso. Lynette exhaló y notó que le sudaban las manos dentro de los guantes.

Cuando Quinn se detuvo a su lado, por fin pudo apreciar lo atractivamente salvaje que era. Ella respiró hondo y el aroma de él, una mezcla de tabaco y cuero, la embriagó. Era una esencia primitiva y deliciosa y Lynette necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no ponerse de puntillas y acercarle la nariz al hueco del cuello para olerlo mejor.

—*Mademoiselle*.

Lynette se estremeció cuando su sensual acento la envolvió como los brazos de un amante.

—Señor Quinn —lo saludó con voz grave e insinuante.

Él entrecerró los ojos y la observó con detenimiento. Luego, sin previo aviso, la cogió del codo y tiró de ella, alejándola de la pared. A Lynette el gesto la sorprendió tanto que fue incapaz de decir nada.

O eso se dijo a sí misma. Todavía no estaba dispuesta a reconocer que quería que un hombre como aquél la hiciese suya. Un hombre de aspecto exterior impecable e interior viril y masculino.

Quinn la llevó entre la multitud hasta llegar al pasillo y después la encerró con él en una habitación. El interior estaba muy oscuro comparado con la impresionante iluminación que proporcionaban las lámparas de araña del salón y Lynette no vio nada durante unos segundos.

Sus ojos fueron adaptándose poco a poco a la suave luz de la luna que se colaba por las ventanas y, cuando por fin pudo ver, dio un paso hacia la amplia librería. El olor a cuero y pergamino saturó su olfato y le hizo desear todavía más que él la poseyera.

Oyó girar la llave y se sobresaltó, tenía los nervios a flor de piel. Las risas y la música procedentes del salón se desvanecieron y lo único que percibió era que estaba a solas con Simon Quinn.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó éste bruscamente.

—Te estaba mirando —reconoció, dándose media vuelta para quedar frente a él. Prefería tener la luz a su espalda, porque así su rostro quedaba oculto entre las sombras y el del hombre no—. Igual que el resto de las mujeres de la sala.

—Pero tú no eres como ninguna de esas mujeres, ¿no es así? —señaló él, dando un paso hacia ella.

Así pues... Simon sabía quién era. Eso sí la sorprendió. Su madre había insistido en ocultar sus verdaderas identidades. No habían ido a su casa y se habían instalado en la de unos amigos bajo otro nombre. Su madre le dijo que así su padre no se enteraría de que se habían desviado de su destino —España— y no se enfadaría. Lynette habría accedido a hacer cualquier cosa con tal de ir a París. Nunca había estado allí.

Claro que si Quinn realmente sabía quién era, ¿por qué la había sacado del salón delante de toda aquella gente?

—Tú eres quien se ha acercado a mí —le recriminó ella—. Podrías haber mantenido las distancias.

—Estoy aquí por tu culpa. —La sujetó por los codos y la pegó a él—. Si hubieses podido evitar volver a hacer de las tuyas, a estas horas yo ya llevaría días lejos de Francia.

Lynette frunció el cejo. ¿De qué estaba hablando? Se lo habría preguntado si él no la hubiese tocado. Ningún hombre se había atrevido nunca a ser tan directo con la hija del vizconde Grenier. Lynette apenas podía creerse lo que Quinn estaba haciendo y, sin embargo, era incapaz de apartarse, porque la reacción que le había causado tenerlo tan cerca la había dejado petrificada. Era tan fuerte como el acero. Jamás habría sido capaz de imaginárselo así.

Se le aceleró la respiración y notó que se inclinaba hacia él para presionar el pecho contra el suyo. Quinn era un desconocido y parecía estar muy enfadado con ella.

Pero a pesar de todo, se sentía a salvo con él.

Durante un largo instante, el hombre no se movió. Y entonces tiró de ella hacia la ventana y descorrió bruscamente la cortina para poder mirarla a la cara. Movió los dedos con seguridad y le quitó el antifaz, que cayó al suelo, dejándole el rostro al descubierto. Lynette se sintió desnuda, aunque no lo suficiente. Se sentía atrevida, la quemaba el impulso de quitarse todas y cada una de las prendas de ropa mientras él la miraba. Era adictivo saberse objeto de una mirada tan ardiente, despertar el interés de un hombre tan atractivo.

Él la miró confuso y furioso y apretó los labios.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó entonces.

Ella tragó saliva.

—¿Cómo?

Quinn suspiró exasperado, soltó la cortina, y cogió a Lynette por la cintura.

—Como si quisieras meterme en tu cama.

—Es usted un hombre muy guapo, señor Quinn.

—Conque señor Quinn, ¿eh? —susurró, recorriéndole la espalda con aquellas manos tan grandes que la hacían sentirse pequeña y delicada. Conquistada—. Siempre he sabido que estabas loca.

Lynette sacó la lengua para humedecerse el labio inferior y él se quedó paralizado y le ardieron los ojos.

—¿A qué estás jugando? —le volvió a preguntar.

Esta vez Lynette notó algo más en su tono de voz. Algo más oscuro. Innegablemente excitante.

—Yo... creo que los dos nos hemos confundido —le dijo.

Él se acercó más y, con una mano, la sujetó por la nuca y con la otra por la cintura, pegándola por completo a su cuerpo.

—Pues claro que me he confundido, maldita seas.

La apretó tanto que Lynette tuvo que arquear la espalda hacia atrás para poder moverse un poco.

Respiraba cuando él respiraba. Cada movimiento la excitaba más, sus cuerpos estaban pegados en una danza muy sensual. A ella le ardía la sangre, un fuego que había prendido cuando ese hombre la miró por primera vez en el salón.

—¿Quieres que te eche un polvo? —le preguntó Quinn, inclinando la cabeza hasta que sus labios rozaron la mandíbula de ella. La caricia fue delicada y atrevida al mismo tiempo y Lynette se estremeció—. Porque lo estás pidiendo a gritos y yo estoy lo bastante alterado como para

echártelo.

—Yo... yo...

Él ladeó la cabeza y la besó con fuerza, presionándole la boca con la suya. Fue un beso sin delicadeza, sin ternura y a Lynette le dolieron los labios por la violencia y el ardor de Quinn. Tendría que haberse asustado, él parecía estar a punto de perder el control y pasaba de la furia al deseo a cada instante.

Pero en cambio gimió y levantó las manos para sujetarlo por las solapas y acercarlo a ella. Le encantó su sabor y le lamió los labios. Entonces él también gimió y movió las caderas desesperado contra las de ella. Lynette se rindió y, al notarlo, Quinn suavizó el beso y las caricias.

—Dime qué estás tramando —le dijo, mordiéndole el labio inferior.

—Estar contigo —confesó ella, ladeando la cabeza para volver a besarlo.

Se sentía como si hubiese bebido, la habitación daba vueltas a su alrededor y sospechaba que si Quinn no estuviese sujetándola se caería al suelo.

Él se movió y se sentó en una butaca que tenía cerca. Lynette perdió el equilibrio y quedó atrapada entre las piernas separadas de Quinn.

—¿Por qué ahora? —le preguntó éste, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Ella le pasó los brazos alrededor de los hombros, dándole acceso a su cuello desnudo. Los ardientes labios de él se posaron en su piel y Lynette gimió de placer.

—Señor Quinn...

Él se rio y la calidez de ese sonido la sorprendió.

—¿Quién iba a decir que eras tan ardiente detrás de esa gélida fachada?

—Bésame otra vez —le suplicó ella. Ahora que los había probado, los labios de Quinn le gustaban todavía más.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que te levante la falda y te posea aquí mismo.

—No...

Él le atrapó el labio inferior entre los dientes y Lynette se relajó y se humedeció.

—Pues entonces tenemos que encontrar un lugar que nos proporcione cierta intimidad, Lysette. Antes de que la lujuria me impida pensar.

«Lysette.»

Lynette se quedó petrificada. Su corazón se detuvo al oír aquel nombre, y por fin comprendió horrorizada todas las preguntas que le había hecho Simon Quinn: él conocía a su hermana. A su hermana gemela. A la mejor amiga que había tenido nunca y cuya pérdida todavía lloraba.

Lysette estaba muerta, su precioso cuerpo estaba enterrado en una cripta, en Polonia.

Pero si eso era cierto, ¿cómo era posible que Quinn le hablase como si estuviese viva?

2

Costa de Francia, tres días antes...

Lysette Rousseau, asesina sin igual, aspiró el aroma del mar a través de la ventanilla de su camarote y se preguntó por qué no la asustaba saber que estaba a punto de morir. Su profesión la había obligado a observar a muchas personas en el momento de enfrentarse a la muerte. La gran mayoría estaban aterrorizadas y suplicaban piedad. Ella intentó sentir algo igual, el impulso de aferrarse a la vida, pero no pudo. La muerte sería un alivio, era lo único que podía experimentar.

El barco en el que estaba prisionera atracaría en algún lugar de la costa de Francia por la mañana y no sabía lo que se encontraría allí esperándola. La habían capturado cuando iba de camino a Inglaterra para ocuparse de una misión y se habían quedado con otros dos espías franceses como medida de presión. Otras dos muertes más que se le podían atribuir. Teniendo en cuenta los desastrosos resultados de la misión, era incluso posible que aquélla fuese su última noche en la Tierra. Y saber eso no la afectaba lo más mínimo.

Ella no era la clase de mujer que analizaba demasiado sus sentimientos, pero no podía evitar preguntarse si perder la memoria no le habría arrebatado también la *joie de vivre*. Lysette no recordaba nada de su vida pasada, excepto los dos últimos años. Todo lo anterior era un misterio. Y como no tenía raíces ni nadie a cuyo lado regresar, estaba perdida. Sin rumbo. Tal vez a alguien le parecería raro que llevar una existencia dominada por el poder de otros fuese tan extenuante, pero para ella lo era.

El cerrojo se abrió y apareció su carcelero.

—Te he traído la cena —le explicó Simon Quinn, con aquella voz que podía conducir a cualquier mujer a la perdición. Su timbre ronco y sensual no era fingido, sino completamente natural.

Lysette se dio media vuelta para mirarlo y vio que iba en mangas de camisa; su atuendo, combinado con el pelo negro suelto, le daba un aire de pirata. En realidad, Simon Quinn era un mercenario que se había pasado los últimos años trabajando al servicio de la Corona de Inglaterra, lo que lo convertía más o menos en su enemigo, pero la verdad era que Lysette nunca se había sentido tan a salvo con ningún hombre como con él. Quinn no sentía la más mínima atracción sexual por ella, algo que había quedado más que patente a lo largo de los meses que llevaban juntos. En una ocasión, incluso llegó a ofrecérsele, pero él declinó la invitación. Esa falta de interés era la causa de que a Lysette casi le gustase Simon. Casi.

—No tengo hambre —le dijo, mientras él dejaba el plato con carne salada y galletas duras en la mesa que había en una esquina.

Él arqueó una de sus perfectas cejas negras y la recorrió de la cabeza a los pies con sus ojos azules. Simon era irlandés, como evidenciaban su físico y su acento, y era también arrolladoramente atractivo y peligrosamente encantador. Podía ofrecerle el mundo a cualquier mujer en un sola sonrisa... con la advertencia de que se trataba de un ofrecimiento temporal.

Simon no estaba destinado a convertirse en el hombre definitivo de la vida de nadie y esa temporalidad era un afrodisíaco muy potente. Lysette había visto infinidad de mujeres caer rendidas a sus pies sin que él tuviese que hacer el menor esfuerzo.

—Tienes que comer —le ordenó.

—El balanceo del barco me ha revuelto el estómago.

Simon se pasó una mano por el pelo, un gesto que evidenciaba frustración. Fue un movimiento elegante, que le marcó los bíceps. Tenía el físico de un hombre que trabaja, lo que atraía a más mujeres de las que ahuyentaba. Lysette lo observó con el mismo interés con el que había estado contemplando su propia muerte.

—¿Estás... preocupada por lo que sucederá mañana cuando lleguemos? —le preguntó él.

—¿Te empieza a pesar la conciencia?

El modo en que Simon la fulminó con la mirada la hizo reír.

Ella sabía que le parecía rara. Él era de las pocas personas que presentían la dicotomía que existía en su interior por culpa de su pérdida de memoria, a pesar de que no estaba al corriente del incidente. Lysette consideraba que no recordar su propio pasado era su punto débil y había aprendido —del peor modo posible— que las mujeres no podía permitirse el lujo de tener más puntos débiles de los que ya se les suponían.

—Ni siquiera intentas caerme bien —comentó Simon.

—No —convino ella, sentándose en la única silla que había en el camarote; una silla de madera con respaldo de varillas.

—Mañana te librarás de mí.

—¡Ja! —Simon se sentó en un extremo del colchón y se quitó las botas. Él dormía en una hamaca que colgaba en la esquina más alejada de la cama. La hamaca se balanceaba con los movimientos del barco y, si la miraba, Lysette soñaba con un futuro mejor—. Me habría librado de ti en Inglaterra si no te hubieses comportado como una embustera o si hubieses dejado de causarme problemas.

—Así me gano la vida, *mon amour*.

—Pues pronto te la ganarás atormentando a otro desgraciado.

—Tu hipocresía es impresionante.

Él la miró enfadado.

—Presenté la dimisión antes de abandonar Inglaterra. Sólo te acompaño a Francia por respeto a mis hombres. Si no fuera por ellos, te aseguro que estaría en cualquier otra parte. Lejos de ti.

—Ah.

Aunque Lysette le sonrió sarcástica, en su interior admiraba la lealtad y el sentido de la responsabilidad de Quinn. La docena de hombres que habían trabajado en secreto para él estaban ahora prisioneros en Francia y los iban a utilizar para negociar la entrega de Lysette. Si había dimitido, Quinn ya no tenía ninguna obligación de velar por su seguridad y, sin embargo, se la estaba jugando por ellos.

—Y todavía está por ver si me libraré de ti mañana. Yo no lo tengo tan claro. El intercambio no será nada fácil. —La sorprendió con su sinceridad—. Primero quiero ver a mis hombres. Si alguno está herido, tendremos que esperar a que se recupere antes de seguir adelante. Además, aún está pendiente la negociación por Jacques y Cartland. Todo depende de lo cooperador que se muestre el conde Desjardins.

—¿Y si no recuperas a todos tus hombres?

Simon la miró.

—Entonces tu gente no te recuperará a ti.

—En ese caso, quizá tengas que seguir cargando conmigo.

—Esa opción no te gustaría demasiado, créeme —le advirtió él.

—Oh, me temo que te equivocas. Eres bastante agradable a la vista, y tu brusquedad y antipatía me resultan encantadoras.

La gran mayoría de los hombres habrían convertido su vida en un infierno, en cambio Simon se había ocupado de cuidar de ella y de su bienestar, aunque no le hiciera demasiada gracia. El extraño y anticuado sentido del honor de ese hombre la tenía fascinada. Durante el tiempo que llevaban juntos, Lysette había intentado averiguar qué era lo que lo impulsaba. Si lo descubría, podría utilizarlo a su favor.

—Bruja —masculló Simon ante la provocación de ella.

Lysette colocó un pie encima del taburete de madera y suspiró en silencio. Pensó en ella. ¿Tendría familia? ¿Habría alguien que la echaba de menos? ¿Alguien sufriendo por su desaparición?

No tenía ni idea de qué podía motivar a un hombre como Simon, qué caminos había seguido en la vida para acabar convirtiéndose en un mercenario. Sí sabía lo que la motivaba a ella: el deseo de averiguar su identidad. Y para lograrlo necesitaba dinero y ser capaz de matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Cuando partió rumbo a Inglaterra en busca de Simon, se imaginó una vuelta a casa muy distinta a la que estaba viviendo. El conde Desjardins le había prometido que la dejaría ir si averiguaba la identidad del hombre que había ordenado a Simon que espiase en Francia. En vez de eso, volvía convertida en prisionera.

—Come —le ordenó Simon, señalando la mesa.

Lysette se planteó volver a negarse, pero entonces decidió que no quería pasarse la última noche que le quedaba de vida discutiendo con la única persona que le caía bien en el mundo.

Así que obedeció y se obligó a dejar de pensar en lo que le sucedería al día siguiente.

3

Alguien llamó a la puerta de la casa parisina de Simon Quinn exactamente a las once de la noche.

El reloj de pie que daba las horas ocultaba un pasadizo secreto, una de las muchas vías de escape que él encargó construir cuando compró aquella casa tres años atrás.

Simon percibió el intercambio de palabras que se produjo entre la inesperada visita y su mayordomo, y, cuando oyó que las voces se acercaban al despacho donde él estaba esperando, se levantó.

Habían desembarcado esa misma mañana y se había pasado el día atareado con los preparativos de aquella misión, que sería la última; estaba impaciente por empezar su vida. Nada más llegar, le mandó una larguísima carta a Desjardins pidiendo que le permitiese visitar a sus hombres para comprobar su estado de salud. Si todos estaban bien, organizaría el intercambio para la mañana siguiente.

Llevaba un traje de montar y había dejado la chaqueta en el respaldo de la butaca de piel que había cerca de la puerta. Tenía una daga atada al muslo y un espadín le colgaba de la cintura. No tenía intención de utilizar ninguna de las dos armas, pero era importante mantener las apariencias, y así también distraería a sus adversarios. El arma que mejor sabía utilizar Simon eran sus puños; la única que había tenido a su alcance para protegerse cuando era pequeño.

Estaba listo en todos los sentidos y muy seguro de sí mismo.

Cuando bajó del barco para dirigirse a su casa, lo hizo acompañado de una figura encapuchada. Una hora más tarde, la verdadera Lysette fue trasladada disfrazada a otro lugar, para evitar que alguien intentase llevársela por la fuerza y truncar así el intercambio.

—Señor Quinn.

Simon estudió al hombre que apareció en la puerta. Era delgado y fibroso y su rostro evidenciaba la mala vida que llevaba. Muy pocos se atreverían a insinuar que alguien como él tuviese algo que ver con el elegante y adinerado conde Desjardins, pero así era. De lo contrario, ese sujeto no habría entrado en casa de Simon.

El hombre no encajaba en el sofisticado interior de la residencia. Aunque Simon se había criado en las durísimas calles de Dublín y de Londres y había tenido que pelearse por cada comida y por encontrar un lugar donde dormir, su atractivo y el destino lo llevaron a conocer a la bella y adinerada lady Winter y a vivir durante unos años con ella en calidad de amante. Ella le había enseñado muchas cosas, entre otras, la importancia de las apariencias. Gracias a Maria, sabía que lo que más lo favorecía era un estilo sobrio y elegante, porque un hombre con su físico no debía llevar colores llamativos. Y aplicaba el mismo criterio a todas sus posesiones, empezando por los caballos y los carruajes y terminando por sus casas. Nadie cuestionaría jamás su riqueza, y tampoco su buen gusto.

—¿Procedemos? —le preguntó el hombre, imitando el tono nasal de un caballero.

—Yo ya estoy listo —contestó Simon, acompañándolo hacia la salida, donde cogió la chaqueta.

Abandonaron la casa cada uno montado en su caballo. Había dos esbirros más que los seguían de cerca, pero Simon sabía que podía ocuparse de los tres sin problemas, llegado el caso. Además, si la vida de Lysette de verdad valía tanto como para intercambiarla por doce hombres, entonces no tenía nada que temer.

Lo que le planteaba un nuevo dilema.

El *comte* estaba dispuesto a liberar a doce hombres sólo a cambio de Lysette, lo que significaba que los Illuminés, el grupo de individuos para los que trabajaba Desjardins, se quedarían sin nada con lo que negociar el regreso de Jacques y Cartland, los dos que retenía lord Eddington, el antiguo superior de Simon, en Inglaterra. Algo no encajaba.

Fuera lo que fuese, ya no le tocaba a él intentar averiguarlo y, aunque su curiosidad innata no dejaba de suscitarle preguntas, se dispuso a ignorarlas. Estaba ansioso por dejar esa vida de espía atrás. Ese último viaje a Inglaterra y la visita, no romántica, que le había hecho la ahora casada Maria le habían recordado la época en que se había sentido feliz consigo mismo. Y era totalmente opuesta a la angustia que llevaba sintiendo en los últimos años. Señal de que había llegado el momento de hacer un cambio radical. Bueno o malo, pero necesitaba cambiar de vida. Seguir en aquella profesión no era una alternativa.

Los cascos de los caballos resonaban contra los adoquines y la brisa de la noche acariciaba suavemente las mejillas de Simon. Pasaba algún carruaje de vez en cuando y los peatones caminaban deprisa. Simon tenía por costumbre fijarse en todo y en todos los que lo rodeaban. Su existencia había llegado a depender de su capacidad de estar alerta, y observar el entorno era algo innato en él.

Al principio había creído que esa profesión no iba a pasarle factura, pero ahora, cuando pensaba en que en el futuro no iba a tener que estar constantemente pendiente de si su vida corría peligro, no podía evitar sonreír.

—Ya hemos llegado.

Siguiendo a los jinetes que lo acompañaban, guio su montura por un callejón hasta detenerla en un poste para caballos. Después de atar las riendas, lo llevaron a través de una verja que conducía a un cementerio.

—Tengo que vendarte los ojos —le dijo el esbirro.

—No. —Simon desenvainó la daga.

—Sólo hasta la tumba —le aseguró el tipo con una sonrisa que le heló la sangre.

—Tengo muy mala memoria —se burló él—. No temas, no me uniré al resto de los espectros que te persiguen.

—O te pones la venda o volvemos por donde hemos venido —insistió el otro.

Simon los observó e intentó averiguar qué pretendían en realidad. Incluso fingió irse, pero cuando echó a andar hacia donde había dejado su caballo, los hombres de Desjardins lo siguieron, demostrándole que no iban a ceder.

Finalmente enfundó la daga y accedió a sus condiciones.

—Sólo durante unos minutos. Y mis manos se quedan como están.

—*Mais oui*.

Le vendaron los ojos y dos de los tipos tiraron de él, uno en cada codo. Cruzaron un campo de hierba húmeda y después descendieron unos escalones. El aire se enrareció y el suelo se desniveló. Simon tropezó y soltó una maldición, mientras sus acompañantes se reían de él.

—*Arrêtez* —le ordenó uno de ellos instantes más tarde.

Simon se detuvo y se quitó la venda. Parpadeó y comprobó con desagrado que estaba en

una de las catacumbas que había debajo de la ciudad. De las paredes colgaban antorchas a intervalos separados, por lo que dedujo que aquellos sujetos utilizaban aquel pasadizo con frecuencia. Cogió una para ver mejor y también para tener un arma a mano. Cuando los hombres lo miraron con suspicacia, Simon aceptó el desafío arqueando una ceja. El cabecilla se encogió de hombros y echó a andar sin decir nada.

Recorrieron bastante distancia, adentrándose en el laberinto de pasadizos. Por fin llegaron a una estancia cavernosa que habían modificado para convertirla en una especie de prisión. Simon vio a sus hombres encerrados en tres celdas distintas, cuatro en cada una, algunos estaban tumbados en el suelo y otros sentados con la espalda apoyada en los barrotes. Había varios guardias vigilándolos, aunque en ese preciso instante estaban jugando a las cartas.

—¿Estáis bien? —les preguntó a los suyos, recorriéndolos con la mirada.

Estaban sucios y malnutridos, tenían mal aspecto y la ropa hecha jirones, pero se los veía centrados e ilesos. Los doce se aferraron tensos a los barrotes y lo miraron con ojos llenos de esperanza.

—Necesito un baño —le comentó uno.

—Y yo una copa —añadió otro.

—¿Y una mujer? —sugirió Simon con una sonrisa.

—¡Sí!

—Os liberarán mañana —les explicó, dando un paso hacia ellos—. Me gustaría que fuese ahora, pero quería asegurarme de que todos estabais bien antes de darles lo que quieren y que sigue en mi poder.

Un hombre llamado Richard Becking le tendió una mano sucia entre los barrotes y Simon se la cogió sin dudarlo.

—Gracias, Quinn —le dijo Richard emocionado.

—Gracias a ti, amigo mío —contestó él, estrechándole la mano con vigor y pasándole a escondidas una nota.

Richard entrecerró los ojos un brevísimo instante para decirle que la tenía. En la nota, Simon explicaba cómo tenía planeado realizar el intercambio y la señal que quería recibir para asegurarse de que ellos estaban bien antes de liberar a Lysette.

Satisfecho por lo que había logrado, les dijo adiós y volvió a la superficie del mismo modo en que la había abandonado, medio a oscuras. Se despidió de los hombres de Desjardins en cuanto llegaron al lugar donde los esperaban sus monturas y cabalgó hacia su casa.

Las calles estaban menos concurridas que antes y sólo se cruzó con un carruaje. Lo observó al pasar por su lado y se fijó en la enguantada mano femenina que se apoyaba en la ventana y en el escudo de armas de la puerta. Ambos le confirmaron que tanto el carruaje como la pasajera carecían de importancia y que, por tanto, podía olvidarlos.

El hombre que pasó a caballo por su lado era tan atractivo que le robó la capacidad de pensar.

Lynette Baillon se incorporó en el interior del carruaje y se inclinó hacia delante para mirar al jinete por la ventana, pero él ya había desaparecido.

Cabalgaba con la espalda completamente recta y sujetaba las riendas relajadamente, sólo con una mano. La otra descansaba como al descuido encima de la empuñadura de la espada, pero

Lynette no se dejó engañar: aquel hombre estaba pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor. Había observado con detenimiento el carruaje al pasar por su lado, que era cuando ella, dado que él no llevaba sombrero, había podido ver su impresionante y hermoso rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó su madre, que iba sentada en el otro banco.

—Estaba admirando a un hombre muy guapo —respondió Lynette, apoyándose de nuevo en el respaldo.

—Eres una desvergonzada —la riñó la vizcondesa—. ¿Y si te hubiese pillado mirándolo embobada?

—Está demasiado oscuro —le aseguró Lynette—, no me has dejado encender las lámparas.

—Los peligros acechan por todas partes. —Su madre suspiró y se frotó las sienes—. Tú no lo entiendes.

—Porque te niegas a explicármelo.

—Lynette...

El cansancio que teñía la amada voz de su madre hizo que la joven diese el tema por zanjado, igual que había hecho años atrás. Ahora que su hermana no estaba, se sentía obligada a consolar a su madre. Y era un papel que no encajaba demasiado con su modo de ser. Lysette era la buena de las dos, la pacífica, mientras que ella, Lynette, era la descarada, la escandalosa, la que siempre estaba tramando algo que las metía a las dos en problemas.

—Perdóname, *maman*.

—No tengo que perdonarte nada, Lynette. Ha sido un viaje muy largo.

La vizcondesa poseía una belleza muy delicada, su melena rubia casi blanca y sus elegantes facciones, que habían heredado sus hijas, recibían siempre mucho halagos. La edad no la había hecho menos atractiva, seguía siendo tan etéreamente hermosa como siempre. A pesar de su aspecto, no era frágil en absoluto. Marguerite Baillon, vizcondesa Grenier, era una mujer extremadamente fuerte. Cuando decidía algo, nada la hacía vacilar.

Excepto si se lo pedía una de sus dos hijas.

A ellas nunca había sido capaz de negarles nada y, tras la pérdida de una de ellas, todavía consentía más a la otra. Eso era lo único que explicaba por qué estaban en ese momento en París.

Lynette siempre había querido visitar la famosa ciudad, así que cuando su madre sugirió que viajar a España tal vez las animaría a ambas, ella le suplicó que se detuviesen en Francia. Aunque a Marguerite no le gustaba París, y en las últimas dos décadas apenas había pisado suelo francés, accedió de mala gana a los deseos de su hija.

La vizcondesa bostezó.

—Tengo ganas de darme un baño de agua caliente y de pasarme dos días en la cama.

—Pero ¡si has dicho que sólo podemos quedarnos una semana! —se quejó Lynette—. No puedes pasarte dos días durmiendo.

—Estoy bromeando, *ma petite*. Tu padre va a llegar a la ciudad dentro de siete días por negocios —le recordó su madre—. Y ninguna de las dos queremos que nos riña por habernos desviado de la ruta original.

Su padre se preocupaba tanto por ella como su madre, e insistía en saber dónde estaban a todas horas.

—No, por supuesto que no.

Lynette miró por la ventana y observó la ciudad. La alegría del viaje estaba empañada por no tener a Lysette a su lado. Las dos habían sido inseparables desde la concepción y, aunque ya hacía dos años de su muerte, Lynette todavía la añoraba con la intensidad con que sólo se echa

de menos a un hermano gemelo. Sentía como si le faltara una parte de sí misma y como si nunca fuese a superar esa carencia.

«Disfrutaré de esta aventura por las dos, Lysette —pensó, llevándose una mano al corazón —. Visitaré todos los lugares de los que hablábamos, incluso los que te dije que no quería ver. Fingiré que estás conmigo, que me estás enseñando a mirar el mundo con tus ojos.»

—La echo de menos —susurró, con el dolor y la angustia cerrándole la garganta—. Muchísimo.

—Viviremos por ella —murmuró la vizcondesa—. Cada día.

Por raro que pareciera, en aquel preciso instante volvió a pensar en el jinete de antes. Ese hombre le había parecido tan vital, tan lleno de energía incluso desde la distancia... Le hablaría de él a Lysette si su hermana estuviera allí.

«¿Has visto alguna vez a un hombre tan guapo?», le preguntaría Lynette.

«Los hombres así traen problemas —le habría contestado ella—. Es mejor buscar a alguien tranquilo que comparta tus mismas aficiones y en el que puedas confiar. Los hombres atrevidos no se casan. Por eso son atrevidos.»

El carácter impulsivo de Lynette siempre se había mantenido a raya gracias a la inquebrantable lógica de Lysette. Su hermana era su ancla y sin ella iba a la deriva.

Lynette daría lo que fuera y haría cualquier cosa con tal de tenerla de vuelta. Pero la muerte se la había arrebatado y ahora ella no tenía más remedio que aprender a vivir sola.

El conde Desjardins estaba en la bodega, buscando un borgoña en particular, cuando un sonido chirriante le advirtió que alguien abría la verja. Al oírlo, se tensó y se le heló la sangre en las venas.

—Milord.

Desjardins suspiró aliviado al oír aquel acento conocido y la tensión que había aparecido en sus hombros se aflojó levemente. A esas alturas incluso aquello era una bendición, aunque nadie podía relajarse del todo cuando se pasaba la vida bailando al son que tocaban otros.

Se dio media vuelta para mirar al individuo que estaba en la puerta y desvió la vista un segundo hacia la escalera de piedra que conducía a las catacumbas. Seguía buscando al diablo, aunque hacía años que L'Esprit no se ponía en contacto directo con él.

Ahora sólo recibía cartas.

Levantó las cejas y el otro hombre asintió. No hizo falta decir ni una palabra. El intercambio con Quinn iba a producirse por la mañana y la bella Lysette, sin duda alguna su mejor agente, volvería a estar con él.

A Desjardins todavía le costaba creerse que la hubieran hecho prisionera. En los dos años que llevaba trabajando para él nunca había cometido el más mínimo error. ¿Quizá alguien la había reconocido? Esperaba que no, porque necesitaba urgentemente la ayuda de una mujer hermosa. Una que pudiera mentir y matar con la misma facilidad. Por desgracia, esa clase de damas eran muy difíciles de encontrar.

El esbirro volvió a meterse en el túnel y Desjardins subió la escalera hacia la cocina, donde pasó entre los sirvientes que preparaban diligentemente la cena para la familia y sus invitados. Dejó la botella de vino en la encimera y regresó al salón.

Era la estancia que menos le gustaba de la casa. Su esposa la había decorado en tonos

blancos y azules tan claros que parecía completamente blanca. Los detalles de metal eran todos plateados, lo que convertía el lugar en una especie de caverna de las nieves, o al menos eso le parecía a él. La única nota de color la ponía el retrato de Benjamin Franklin que colgaba en una de las paredes.

Al conde le gustaba el señor Franklin, sentía un profundo respeto por él. Era un hombre encantador, brillante y Gran Maestre de la logia de Les Neuf Soeurs.

Y el último objetivo de L'Esprit.

Desjardins había recibido otra maldita carta hacía una semana. Negarse a seguir aceptando una compensación económica no había logrado poner punto final a esa relación. Ahora trabajaba para L'Esprit a cambio de que su familia estuviese a salvo.

Y por eso se alegraba de que Lysette no hubiese conseguido llevar a cabo la misión. Con ella, Desjardins pretendía averiguar quién estaba detrás de la aparición de Simon Quinn en Francia, porque quería utilizar dicha información como señuelo para atrapar a L'Esprit. Sin embargo, el interés que éste había desarrollado por Franklin hacía que siguiera necesitando a Lysette. L'Esprit quería estar al corriente de todas las reuniones de Franklin, de sus conversaciones y de su correspondencia. Quería saberlo todo de él, no sólo los rumores que circulaban.

—La he encontrado —dijo, cuando se detuvo al lado del hombre que se había convertido en una pieza primordial de su plan.

Edward James apartó la vista del cuadro de Benjamin Franklin y saludó con la cabeza al recién llegado. El *comte* nunca había visto sonreír al otro hombre.

—Lamento las molestias —le dijo James—, aunque le agradezco que haya dedicado tanto tiempo a buscar el vino del que tan bien me ha hablado, para que pueda catarlo.

—No ha sido ninguna molestia —contestó Desjardins, mientras pensaba que compartir aquel vino con él era lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta lo que probablemente le acontecería al caballero en las próximas semanas.

James trabajaba como secretario de Benjamin Franklin, un cargo de prestigio que, sin él saberlo, se había convertido en su maldición. Edward James acompañaba a Franklin a todas partes y conocía hasta el detalle más nimio de la vida del hombre. Detalles que L'Esprit le había exigido al conde que averiguase. Era un trabajo pesado, que le llevaba mucho tiempo y esfuerzos comparado con lo que obtenía a cambio. De momento, mantenía a L'Esprit satisfecho, pero Desjardins no quería que estuviese satisfecho. Quería que estuviese muerto. Y para lograrlo necesitaba alguna clase de información que le proporcionase cierta ventaja.

Las mujeres hermosas eran increíbles a la hora de sonsacarles información a los hombres

—Tiene una casa preciosa —comentó James.

—*Merci*.

El secretario de Franklin era un hombre alto y delgado, de pelo castaño. Sus ojos negros estaban enmarcados por unas gafas y acompañados por una mandíbula fuerte. No era propiamente guapo, pero Anne, la hija de Desjardins, se había quedado prendada de la «intensidad» del secretario y hablaba de él sin cesar. Anne había asistido a un sinfín de excursiones campestres a las que también iba James y se había fijado en todos los detalles, sabía incluso cómo tomaba el té. Gracias a ella, Desjardins sabía perfectamente qué clase de hombre era y tenía intención de proporcionarle esa información a Lysette para que se convirtiera en la mujer perfecta para él.

—¿Qué planes tiene para el resto de la semana? —le preguntó.

Escuchó atento la respuesta de James, catalogando en su mente los puntos más importantes, para anotarlos luego en los papeles que le entregaría a Lysette. Ojalá el secretario disfrutase del tiempo que iba a pasar con la bella dama rubia que estaba muy por encima de su clase social.

Ella le costaría el trabajo y la reputación y tal vez también algo más valioso. Como la vida, por ejemplo.

4

—Nuestros caminos por fin se separan —murmuró Lysette.

Simon sonrió. Si se estuviese despidiendo de una amante, habría fingido un poco más de emoción y melancolía. Pero no era el caso con Lysette y no tuvo que aparentar nada.

—Mira qué contento estás.

Una extraña sonrisa se dibujó en el rostro de ella y él se percató de hasta qué punto cambiaba su aspecto. Lysette era realmente la mujer más guapa que había visto nunca. En su melena rubia se mezclaban mechones de todos los tonos de dorado e incluso algunos castaños claros. Tenía la piel como el marfil y los ojos azules como el cielo en verano, los labios carnosos y sensuales y el rostro en forma de corazón. Era pequeña y de curvas perfectas. Ni demasiado voluptuosa ni demasiado delgada.

A Simon lo sorprendía que, a pesar de ese físico tan perfecto, él no la hubiese deseado ni un segundo después de conocerla. Incluso ahora, después de pasarse semanas a su lado y en plena abstinencia, ni siquiera se le había pasado por la cabeza acostarse con ella.

—Supongo que tú también te alegras de perderme de vista —le dijo tranquilo.

—Por supuesto.

La dureza regresó a los ojos de la joven y Simon suspiró cansado. Cada vez que sentía un atisbo de debilidad hacia ella, Lysette se encargaba de recordarle por qué no le gustaba. No tenía nada que ver con que por su parte no estuviese interesada en él, sino con que fuese tan cambiante. A veces parecía una niña confusa y otras una mujer con demasiado mundo para su gusto. Simon sospechaba que Lysette estaba mal de la cabeza, y a lo largo de los años había aprendido a mantenerse alejado de los enfermos mentales. Eran un peligro para sí mismos y para los demás.

En cuanto el carruaje se detuvo frente a una casa en una calle tranquila, Simon abrió la puerta y descendió del vehículo. Le tendió una mano enguantada a Lysette y la ayudó a bajar.

Lo primero que se vio salir del coche fue el ala de su sombrero y después ella levantó la cabeza para observar la residencia que tenían delante.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó él.

—Mi hogar.

Simon la estudió sin disimulo. Parecía pensativa y melancólica y sus ojos azules se llenaron de secretos que él no quería conocer.

Lysette Rousseau era una de las personas más sedientas de sangre con las que había tenido la desgracia de toparse; pertenecía a esa clase de gente que disfruta con el infortunio ajeno. A Simon, a menudo le costaba conciliar su frágil aspecto con la dureza que sabía que habitaba en su interior. La había visto matar a un hombre con furia, un acto que siempre era más impactante cuando lo llevaba a cabo una bella mujer. Y, sin embargo, la joven poseía la clase y la elegancia de una dama de clase alta. Aquella mezcla de buenos modales y crueldad era de lo más discordante.

Si era sincero consigo mismo, Simon tenía que reconocer que estaba impaciente por librarse de ella y del misterio que representaba. Estaba cansado de analizar la vida de los demás en nombre de un rey que no le importaba lo más mínimo. Quería vivir su propia vida y por fin tenía el dinero suficiente como para hacerlo. Ya no dependería de la voluntad de otros. Tenía el mundo a su alcance, lo único que le faltaba era intercambiar a Lysette por Richard y los demás.

Giró sobre sus talones y la cogió del brazo.

—¿Lista? —le preguntó.

Ella inspiró profundamente y asintió.

Simon se percató de ese gesto destinado a armarse de valor y se preocupó por ella durante un instante. Estuvo a punto de preguntarle si necesitaba ayuda, pero al final se mordió la lengua. Aunque la caballerosidad innata que quedaba en él le ordenaba que saliese en auxilio de cualquier damisela en apuros, la cruda realidad era que Lysette tenía que asumir las consecuencias de sus actos. La única obligación que tenía Simon era para con los doce hombres que trabajaban para él. A pesar de esa cínica disertación, consiguió decirle unas palabras amables.

—Me quedaré en París durante un mes, tal vez un poco más.

No era una proposición romántica y Lysette lo sabía. Le estaba ofreciendo un puerto temporal en medio de la tormenta. Ella lo miró tan sorprendida que durante un segundo Simon pudo ver a la Lysette de verdad. Y durante ese instante, ella resplandeció desde su interior con algo similar a la esperanza y la inocencia.

Y después el brillo desapareció.

Simon se preparó para recibir una respuesta cortante, una burla, como había hecho la joven siempre que él intentaba ser amable. Pero, en vez de eso, los labios de Lysette se curvaron un poco y asintió para comunicarle que le había entendido.

Subieron juntos los escalones y entraron en la casa. Cuando llegaron al vestíbulo, fueron recibidos por las notas de un piano. Una enorme e impresionante lámpara de araña colgaba del techo iluminando el suelo de mármol con vetas doradas, y los jarrones repletos de flores contribuían a crear una fantástica bienvenida.

Lysette lo guio hasta un salón decorado en tonos amarillos y dorados. En medio de esos tonos tan suaves, era imposible que el atuendo verde esmeralda del *comte* Desjardins pasase desapercibido.

—*Bonjour*, señor Quinn —lo saludó el conde, apartándose del piano para levantarse.

—Milord.

A Simon volvió a sorprenderlo que un hombre tan bajito y menudo tuviese esa voz tan potente que seguro que en ningún caso podía reducirse a un susurro, lo cual era absurdo, teniendo en cuenta que el emisor de dicha voz era tan pequeño que prácticamente podía salir volando por los aires si soplaba el viento.

—Lysette, *ma petite*. —Desjardins se acercó a ella con una mirada repleta de orgullo y afecto. Le cogió las manos y la besó en la mejilla—. *Comment vas-tu*?

—Bien, *merci*.

La respuesta de ella fue mucho menos efusiva que la del conde y no desprendía ningún afecto. Al caballero no pareció importarle que no se alegrase de verlo ni de volver a su lado.

—Excelente. —Desjardins se dio media vuelta hacia Simon—. ¿Le apetece tomar una taza de té, señor Quinn?

—No, gracias. —Simon levantó ambas cejas. Lo incomodaba que Desjardins se hubiese

apropiado de la casa de la joven con tanta facilidad—. Prefiero concluir nuestra transacción y seguir mi camino.

—¿Qué pasa con Jacques y Cartland? —preguntó Lysette.

El conde le indicó que se sentase.

—Ya nos ocuparemos de ellos.

Ella miró a Simon, que contestó a la pregunta no formulada arqueando las cejas. Lysette frunció el cejo tan confusa como él.

—Sus hombres han sido liberados en cuanto usted ha llegado aquí, señor Quinn —le explicó el conde—, tal como le prometimos.

Simon se acercó a la ventana y miró hacia fuera, tras comprobar de reojo la hora en el reloj que había sobre la repisa.

—Me quedaré unos minutos más a disfrutar de su compañía, si no les importa.

Lysette esbozó una sonrisa. Todos sabían que Simon no se iría hasta que estuviese seguro de que sus hombres estaban sanos y salvos, tanto si les importaba como si no.

—Como desee —accedió el conde, encogiéndose de hombros—. Quédese tanto como quiera. Le agradezco que me haya devuelto a *mademoiselle* Rousseau en un estado tan saludable.

—Yo no disfruto haciéndole daño a la gente —declaró Simon—. No podría exigirle que me devolviese a mis hombres ilesos si yo no estuviera dispuesto a devolverle la mercancía en perfecto estado.

—Es muy civilizado de su parte. Dígame, ¿qué planes tiene ahora? —le preguntó Desjardins balanceándose sobre los talones y sonriendo como si nunca hubiera roto un plato.

—No es asunto suyo —contestó él, que se enfurecía más a cada segundo que pasaba al ver la diversión de Desjardins—. No se ofenda, milord.

—No me ofendo.

Unos golpes secos en la puerta anunciaron la llegada del té y una ama de llaves tan anciana como el mayordomo que les había abierto la puerta entró en el salón. Los dos sirvientes tendrían que llevar años retirados.

Lysette empezó a quitarse los guantes y Simon volvió a mirar por la ventana. En el otro extremo de la calle vio una luz roja. Sonrió y se dio media vuelta.

—Creo que ha llegado el momento de irme —les dijo.

—¿Lo ve? —se burló Desjardins—. Soy un tipo de fiar.

Simon se rio. Se acercó a Lysette y ella le tendió la mano desnuda.

—*Au revoir, mon amour* —le dijo con voz seductora.

Él se inclinó y le besó los nudillos, mirándola a los ojos.

—Intenta no meterte en más líos.

—Y ¿qué haré para divertirme? —Aunque intentó bromear, Simon vio las líneas que se marcaron alrededor de los ojos y los labios de ella y que contradecían esa despreocupación.

Fulminó a Desjardins con la mirada y le molestó descubrir que no era capaz de dejar allí a Lysette si ella corría peligro. Pero el conde la estaba mirando con cariño. El afecto que se veía en sus ojos y en su sonrisa era sincero. Que la joven no correspondiese a éste sólo hablaba mal de ella. Aquella mujer siempre caería de pie, de eso Simon estaba absolutamente seguro. Y si tenía algún problema, ya le había dicho dónde podía encontrarlo.

Le apretó la mano una vez antes de soltársela y, tras hacerle una reverencia a Desjardins, abandonó la casa. Sentía que caminaba más ligero de vuelta al carruaje.

Cuando se abrieron los barrotes que retenían a sus hombres, a él también lo habían liberado.

Ahora ya no respondía ante nadie y ni nada podía retenerlo.

Lysette observó a Desjardins mientras servía el té. El conde estaba die pie frente a la ventana, mirando marcharse a Simon. Estaba más delgado y demacrado, ofreciendo un aspecto en verdad perturbador. Pero cuando se dio media vuelta y la vio, pareció alegrarse de verdad de tenerla allí.

—Tienes buen aspecto —le dijo él, contemplándola con atención.

—Tan bueno como cabe esperar, teniendo en cuenta las circunstancias. —Echó una cantidad generosa de azúcar y leche en la taza del conde y la colocó en un platito para ofrecérsela.

Él dio un paso hacia ella y la cogió.

—Cuéntame lo que pasó.

Lysette irguió la espalda. Su última misión había ido terriblemente mal, a pesar de lo sencillo que le había parecido el plan en un principio. El socio más próximo a Quinn, Colin Mitchell, había dejado el trabajo con intención de volver a Inglaterra. El objetivo de Jacques era entablar amistad con Mitchell para averiguar así la identidad del superior de Quinn, el hombre que comunicaba los secretos de Francia directamente al monarca inglés.

Por desgracia, la noche en que Mitchell y Jacques iban a zarpar, otro de los agentes de Quinn, un inglés llamado Cartland, asesinó a un hombre muy cercano al agente-general Talleyrant-Périgord. Cartland fue capturado y acusó a Mitchell del crimen. Para ayudar a demostrar su inocencia, Cartland reveló los nombres de dos hombres más que trabajaban para Quinn y con ello descubrió prácticamente toda la red de espionaje inglés.

Llegados a ese punto, tendrían que haber abandonado a Mitchell y esperar otra oportunidad, pero la desesperación de Lysette por acabar para siempre con la obligación que tenía con Desjardins la llevó a hacer una proposición muy arriesgada: se uniría a Quinn y salvaría la misión y a cambio Desjardins la liberaría de seguir trabajando para él.

—Poco después de llegar a Inglaterra —le explicó—, el señor Mitchell nos descubrió y pudimos entorpecer sus avances. Teníamos la esperanza de que tarde o temprano pediría ayuda a su superior y entonces descubriríamos la identidad del hombre que estamos buscando.

El conde se sentó en una butaca de terciopelo dorado.

—Parece un buen plan.

—Lo habría sido si Mitchell no hubiese estado tan bien conectado. No le hizo falta pedirle ayuda a nadie.

—Vaya... —Desjardins la observó por encima del borde de la taza. Cuando bajó las manos, le sonrió de un modo que a Lysette le heló la sangre—. Es un relato muy interesante.

—Es la verdad —afirmó, encogiéndose de hombros—. Nada más y nada menos.

—¿Lo es?

—Por supuesto —dijo como si nada, a pesar de que se le erizó el vello del brazo—. ¿Qué crees que te he contado?

—¿Un cuento chino?

—*Absurde* —se burló ofendida—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—No tengo ni idea, *ma petite*. —La sonrisa desapareció de sus labios y se le endureció la mirada—. Pero has pasado mucho tiempo en compañía del señor Quinn, famoso por su poder de

seducción con las mujeres. Tal vez hayas sucumbido a sus encantos.

Lyssete se puso en pie furiosa y su falda de flores revoloteó a su alrededor.

—¿Y se supone que ahora voy a traicionarte?

—¿Vas a traicionarme? A Quinn le has dicho tu verdadero nombre. ¿Por qué?

—Porque se suponía que él iba a ser mi última misión, el último favor que iba a hacerte.

—Un modo curioso de reclamar tu independencia.

—Entonces mátame —lo desafió con la cabeza bien alta—. No puedo demostrar la falsedad de tus acusaciones.

Desjardins se levantó cruelmente despacio y dejó la taza de té en la mesa.

—¿Igual que tú mataste a François Depardue, el hombre que trabajaba para proteger los intereses del agente-general?

Lysette notó un familiar y helado nudo en el estómago.

—Se lo merecía. Sabes que se lo tenía merecido.

—Sí, era un animal. Una bestia sanguinaria que sólo se juntaba con gente de su calaña.

El conde se acercó a ella y la rodeó con sus brazos esqueléticos. Lysette tembló asqueada, pero no se apartó. Desjardins se la había llevado de casa de Depardue y le había dado ropa, la había alimentado, la entrenó para que pudiera sobrevivir.

—Te ayudaré —dijo, pasándole las manos por la espalda como haría un buen padre—. Nadie se enterará jamás de que tuviste algo que ver con su muerte. A cambio, tú vas a ayudarme una última vez.

Su vida era una pesadilla sin fin.

—¿Qué quieres? —le preguntó cansada, abatiendo los hombros.

—Quiero presentarte a alguien.

—¿A quién quieres ver muerto ahora?

Se apartó de ella y esbozó una sonrisa sincera.

—Para esta misión necesito a otra clase de *femme fatale*.

Esa frase le dio más miedo que si le hubiese ordenado un asesinato.

—Estoy muy preocupada por ella, Solange —reconoció Marguerite con tristeza, llevando a cabo los movimientos necesarios para bordar gracias al hábito y no a su actual estado mental—. Ha cambiado drásticamente desde que murió Lysette.

—Me he dado cuenta.

Marguerite levantó la vista y miró a su amiga del alma, una cortesana a la que había conocido años atrás, durante una tarde de compras. Solange Tremblay era morena y preciosa y poseía una sonrisa juvenil que la mantenía siempre de moda. A primera vista tenían muy poco en común. Solange era una mujer hecha a sí misma, que había logrado escapar de su destino de doncella. Marguerite había caído desde lo más alto. Solange era morena. Marguerite era rubia. Y, sin embargo, en el fondo, eran muy afines. Las dos habían soportado la censura del resto del mundo por haberse atrevido a vivir la vida como ellas querían.

Tras el trágico fin de su romance con Philippe, Marguerite se casó con un hombre de fiar, De Grenier, y viajó con él a Polonia con la intención de no volver nunca más a Francia... Hasta entonces. Había conservado y cultivado la amistad con Solange a base de correspondencia y, ahora que volvían a verse en persona, era como si no hubiese pasado el tiempo.

—Siempre la describías como una niña muy vital —murmuró Solange, bebiendo un poco de brandy con delicadeza. Estaba tumbada en una butaca de terciopelo rojo que tenía en su escandaloso *boudoir*, sus piernas desnudas sobresalían por debajo del negligé de seda blanca—. Siempre que me hablabas de tus hijas, de lo distintas que eran a pesar de ser gemelas, la pequeña era la más sensata, la más estudiosa. Si no supiera la verdad, diría que es Lysette la que te acompaña en este viaje, no Lynette.

—Eso es exactamente lo que me preocupa —contestó Marguerite, dejando a un lado el tambor de bordado—. Es como si intentase ser Lysette.

—Tal vez lo único que pasa es que no quiere preocuparte. Tal vez sea su manera de consolarte.

Marguerite cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca, para aliviar el peso que la depresión y el cansancio habían ido acumulando en sus hombros desde que había abandonado París con Grenier hacía veintitrés años.

—No me consuela verla tan apagada y tan infeliz —susurró—. Es como si la vida que bullía en su interior se hubiese apagado al morir Lysette. Con la edad que tiene ya debería estar casada. Tener hijos. Y sin embargo no muestra ningún entusiasmo cuando un caballero la corteja, y todos acaban por fijarse en otra.

—Antes solía flirtear, ¿no?

—Mucho, pero ya no. Ha cambiado. Antes me preocupaba por su futuro, porque nunca se tomaba nada en serio. Ahora es demasiado solemne a todas horas.

—No puedo imaginarme cómo tiene que ser perder a la persona que se ha pasado toda la vida contigo. Una persona idéntica a ti. Tal vez haya perdido de verdad una parte de sí misma.

Lágrimas ardientes empezaron a brotar entre las pestañas de Marguerite.

—No puedo perder a mis dos hijas. No podría soportarlo.

—*Mon amie*...

Marguerite oyó que Solange dejaba la copa encima de la mesa y la seda del batín que se deslizaba por el sofá cuando su amiga se acercó a ella. Aceptó agradecida el abrazo y la reconfortó su calor humano. Llevaba tanto tiempo sola... El alumbramiento de sus hijas le destrozó la matriz, impidiendo que volviera a concebir. Su esterilidad produjo una brecha infranqueable en su matrimonio, que aumentaba con cada año que pasaba.

—Tú todavía estás de luto, ¿te sorprende que Lynette siga echando de menos a su hermana? —Solange le acarició el pelo con una de sus pequeñas manos —. Una de las dos tiene que volver al mundo de los vivos para que la otra la siga.

—Y ¿crees que voy a ser yo? —le preguntó Marguerite, secándose las lágrimas—. Hace muchos años que dejé de vivir.

—Has vuelto a París. Es un comienzo.

Pero no estaba siendo nada fácil. Había sido relativamente feliz en Polonia, a pesar del distanciamiento que existía entre ella y De Grenier. Allí no había fantasmas, ni tentaciones, ni remordimientos. En París en cambio había demasiadas cosas que la perseguían.

Se incorporó y cogió la copa que había dejado su amiga, para beberse desesperada el carísimo contenido. Tragó con fuerza y dejó que el calor del alcohol le quemase las entrañas y después volvió a mirar a Solange.

—Dime qué puedo hacer.

—Para empezar, puedes asistir a una fiesta. —Una pícara sonrisa transformó el bello rostro de la mujer. La combinación de madre francesa y padre italiano la había dotado de un atractivo

tan exótico que hacía que siempre estuviese muy solicitada—. Te advierto que no es una de esas fiestas aburridas de la alta sociedad. A la baronesa Orlinda le encanta organizar fiestas escandalosas y provocativas.

—¡No puedo llevar a mi hija a una orgía! —protestó Marguerite, con los ojos abiertos como platos.

—*Mon Dieu*! —Solange se rio como una niña—. ¡He dicho provocativa, no que fuese una orgía!

—No te creo. Además, no podemos correr el riesgo de que alguien se entere de nuestra presencia en París. Es demasiado peligroso.

—¿Después de todos estos años todavía tienes miedo?

—Si hubieras visto los horrores de ese día, tú también lo tendrías.

—¿Todavía lo amas?

—Todo lo que he hecho desde ese día ha sido por el amor que siento por Philippe.

Se levantó y deslizó la vista por las paredes cubiertas de damasco rojo. Aquella estancia, con sus complementos dorados y las velas de olores exóticos, había sido diseñada para escandalizar y seducir a sus ocupantes. Lo extraño era que a Marguerite la relajaba estar allí. En aquella habitación no existía la falsedad. Estaba claro para qué servía y qué pretendía, igual que Solange.

Marguerite cogió la copa vacía y se acercó al aparador donde había varios decantadores de cristal.

—Creo que él todavía está enamorado de ti —le dijo su amiga.

Ella detuvo en el aire la mano con la que se estaba sirviendo, que empezó a temblarle violentamente por culpa del impacto que le causó oír eso.

—¿Qué clase de mujer soy si te digo que deseo con todas mis fuerzas que así sea? —le preguntó en voz baja.

—Una mujer honesta.

Marguerite exhaló profundamente y terminó de servirse la copa.

—Soy una mujer casada. Respeto mis votos matrimoniales y a mi marido. Por eso De Grenier no tiene que enterarse de nuestra visita a la ciudad. Él ha sacrificado muchas cosas por mí y no quiero que piense que le he sido infiel con mi antiguo amante.

—Lo entiendo. Por eso mismo te he sugerido que vayamos a la fiesta de la baronesa, que, dicho sea de paso, no es más escandalosa que mi *boudoir*. Dudo que allí coincidas con tus viejas amistades. Puedes presentarte con otro nombre y llevar un antifaz como protección adicional.

—Pero ¡sigue siendo inapropiado que lleve a mi inocente hija a una fiesta de libertinos! —Marguerite le devolvió la copa a Solange y puso los brazos en jarra.

—Lynette está atrapada en el dolor y lleva así ya dos años. ¿Crees que llevarla a museos te ayudará a despertarla? —Levantó una mano enjoyada para detener la respuesta de su amiga—. ¿Por qué no le preguntas si quiere ir?

—¡Todo esto es ridículo!

—¿En serio? Si dice que no, no vas a la fiesta y asunto zanjado. Pero si dice que sí, ¿no te alegrará ver que parte de la antigua Lynette sigue estando en su interior? ¿Acaso no vale la pena saltarse las normas sobre lo que es apropiado para recuperar a tu hija?

Marguerite negó con la cabeza.

—Piénsalo esta noche —le sugirió Solange—. Tal vez veas las cosas de otro modo después de dormir un poco.

—Tal vez logre recuperar la cordura si descanso.

—Según la alta sociedad, la cordura está sobrevalorada, ¿no?

Durante un segundo, Marguerite se planteó seguir discutiendo, pero se lo pensó mejor y fue a servirse otra copa.

5

—Señor Quinn.

Una mano cautelosa y helada tocó el hombro de Simon. Los años que se había pasado viviendo en circunstancias extremas hacían que fuese incapaz de no oír los andares sigilosos de su ayuda de cámara, pero esa noche estaba tan exhausto que se quedó en la cama sin moverse.

Abrió un ojo y vio el cejo fruncido del sirviente. El hombre se estaba sonrojando. Probablemente porque Simon tenía una mujer en la cama. Aunque él tenía la cabeza ladeada y no podía afirmarlo con certeza, era más que posible que aquella preciosa morena llevase incluso menos ropa dormida que despierta.

—Tiene visita, señor Quinn.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—Maldita sea. —Cerró los ojos, pero por desgracia ya estaba despierto. A él no lo visitaba nadie para hablar de tonterías—. A no ser que haya estallado un infierno o que tengamos un montón de heridos desangrándose por la casa, dígale a mi desconocido visitante que se largue y que vuelva a una hora decente.

—Lo he intentado, pero él ha empezado a entrar baúles y a colocarlos en una de las habitaciones de invitados.

Simon abrió los ojos del todo y levantó la cabeza.

—¿Qué ha dicho?

—El conde de Eddington ha venido a vivir aquí. Insiste en que usted jamás toleraría que se instalase en otra parte.

—¿Eddington? ¿Qué diablos está haciendo en París?

Con cuidado de no despertar a su acompañante, Simon salió del lío de sábanas. Se sentó en un extremo del colchón y esperó a que la habitación dejase de dar vueltas a su alrededor. Se había pasado tantas horas bebiendo y fornicando como un animal que apenas le había dado tiempo de dormir.

El ayuda de cámara negó con la cabeza y miró por encima del hombro de su señor.

Simon giró la cabeza y vio que su compañera de cama seguía en la misma postura en que la había dejado él al bajar de encima de ella: con las piernas separadas y los dedos apretando las sábanas.

Al parecer, no era el único que estaba exhausto.

Se levantó y cogió la colcha que había resbalado desde la cama hasta acabar encima del baúl de madera que había en los pies de la misma.

—Necesito un baño —dijo, mientras tapaba a la mujer.

—Me encargaré de preparárselo. —El sirviente le hizo una reverencia y le preguntó—: ¿Qué le digo a su señoría?

Simon estiró la espalda.

—Dígale que es jodidamente temprano y que estoy de mal humor porque no me ha dejado dormir. Y que lo considere una advertencia.

El hombre se atragantó y salió apresurado del dormitorio.

Una hora más tarde, recién bañado y llevando únicamente un batín de seda color zafiro, Simon abandonó sus aposentos y bajó la escalera hacia el vestíbulo.

La suave luz de la mañana se colaba por la vidriera que decoraba la parte superior de la puerta principal, y los destellos que se reflejaban en la lámpara de araña se esparcían por el suelo de madera. Tenía el pelo mojado y los pies descalzos y los sentía fríos a pesar de la alfombra Aubusson que cubría los escalones. Aquella falta de comodidad lo mantenía alerta y eso era justo lo que Simon pretendía. Eddington no era su amigo. No había ningún motivo que explicase la repentina e inesperada visita del conde, justo después de que Simon dejase de prestarle sus servicios.

O, mejor dicho, no había ningún buen motivo que lo explicase.

Al acercarse, oyó el sonido de unos cubiertos entrando en contacto con un plato de cerámica, en el preciso instante en que un lacayo le abría la puerta del comedor.

—Milord —Simon saludó a Eddington nada más entrar.

El conde levantó la vista para mirarlo y le sonrió.

—Buenos días, Quinn.

—¿Lo son? —Simon se acercó al aparador de nogal donde conservaban los platos calientes. Por un segundo, se preguntó qué habría pensado la cocinera del cambio de menú. No recordaba la última vez que había disfrutado de un desayuno, pues su rutina solía empezar al mediodía—. No suelo estar despierto a estas horas, así que no tengo ni idea de si el día es bueno o malo.

Eddington le sonrió y volvió a comer, tan tranquilo y relajado como si estuviese en su propia casa. Como la gran mayoría de los miembros de la aristocracia, daba por hecho que tenía el control de todo lo que sucedía a su alrededor.

—Personalmente —respondió el conde—, si me despierto con una mujer atractiva a mi lado, me parece que el día es espectacular.

Simon se rio y se sentó en una silla sin servirse nada. El olor a huevos y a higadillos le estaba revolviendo el estómago. Pidió que le sirvieran sólo una taza de té.

—¿Por qué está aquí?

—¿Puedo desayunar primero? La comida del barco dejaba mucho que desear.

Simon deslizó la mirada por el mantel y por el resto del comedor, mientras se preguntaba por qué, de todos los lugares del mundo, Eddington había elegido ir a su casa. Frunció el cejo al descubrir el estampado floral adamascado del papel dorado que cubría las paredes. No lo había visto antes y ahora que lo había hecho no sabía si le gustaba.

—¿No puede comer y hablar al mismo tiempo?

—No si quiero mantener mi dignidad —contestó el conde.

Simon optó entonces por observar a su invitado. Poseía cierto poder en Inglaterra, era considerado un hombre atractivo y de un gusto exquisito. Las mujeres revoloteaban a su alrededor y él cultivaba su reputación de libertino con dedicación. Esa fachada de superficialidad era perfecta para alejar de él cualquier sospecha. Resultaba muy difícil de creer que un hombre tan preocupado por su aspecto físico tuviese tiempo para dirigir una organización de espías de

élite en Inglaterra.

—Entonces volveré a la cama —respondió Simon molesto. Ya no tenía que esperar que nadie le diese permiso.

—Está bien —suspiró Eddington, dejando los cubiertos en la mesa—. Necesitamos hablar en privado.

Simon miró al sirviente que acababa de servirle el té y el hombre desapareció. Los dos lacayos que había en la entrada también retrocedieron y cerraron la puerta al salir.

—Desde que dejó a Jacques y a Cartland en mis manos —empezó el conde—, hemos tenido la oportunidad de interrogarlos largo y tendido. Ambos caballeros han resultado ser muy habladores y Jacques en concreto nos ha ofrecido cierta información muy interesante.

—Me alegro por usted —replicó él sarcástico.

—Sí, pero esa información nos ha generado muchas preguntas. Intercambiaron a *mademoiselle* Rousseau por una docena de hombres. E incluso sacrificaron a Jacques y a Cartland. Necesitamos saber por qué ella es tan importante para los Illuminés.

«Lysette.»

Simon arqueó una ceja. Aquella mujer siempre le seguiría creando problemas.

—Usted necesita saberlo —corrigió a Eddington—. A mí no me importa.

—Le importará —dijo el conde— cuando entienda qué está en juego.

—Lo dudo mucho. Y creo que debería instalarse en otro lugar. Preferiblemente en casa de alguien que no sea famoso por haber ayudado a la Corona británica.

—Pero si estoy aquí puedo serle de ayuda —dijo el otro, apoyándose con insolencia en el respaldo de la silla.

—¿Con qué? —Simon apretó los dedos en el reposabrazos de la suya—. Mi único objetivo es seguir practicando sexo y le aseguro que puedo hacerlo perfectamente solo.

Eddington ignoró la provocación.

—Pasó mucho tiempo en compañía de *mademoiselle* Rousseau, ¿no es así?

—Demasiado.

—¿Se cansó de ella?

—Nunca fuimos amantes, si es eso lo que está preguntando.

—Tengo entendido que es muy guapa.

—Es muy hermosa —reconoció Simon— y está mal de la cabeza. Me gusta que mis compañeras de cama sean salvajes pero cuerdas.

—Interesante. —El conde entrecerró sus ojos azules—. ¿Tal vez podría ignorar su mente y fijarse sólo en su cuerpo?

—Tal vez podría follársela usted —soltó Simon—. No olvide, milord, que ya no trabajo para la Corona.

El conde le sonrió.

—No lo he olvidado.

—Me alegro. —Dado que su mal humor aumentaba por momentos, Simon apartó la silla de la mesa y se levantó. De repente le pareció de vital importancia colocar varios kilómetros de distancia entre Eddington y él. Había pocas cosas más peligrosas que un hombre ambicioso con aspiraciones políticas—. Disfrute de mi casa. Creo que voy a irme de Francia y a instalarme en España.

—Se le recompensaría generosamente —dijo el conde.

—No lo entiende. —Simon colocó ambas manos encima de la mesa—. Lysette no es idiota.

Sabe que la desprecio. Si me acercase a ella con intención de llevármela a la cama, enseguida se daría cuenta de que pretendo algo más. Es imposible que confíe en mí.

—Podría llegar a hacerlo, si usted le cuenta que sus antiguos superiores lo han traicionado. Podría decirle que tienen bloqueado su dinero y que quiere vengarse de ellos y recuperarlo.

—Y ¿por qué diablos iba a creerse tal estupidez?

—¿Porque es la verdad?

Simon se quedó tan sorprendido que fue incapaz de reaccionar durante unos segundos y luego rugió furioso:

—No me diga que se han atrevido a hacer tal temeridad.

—Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. —El conde mantuvo su postura relajada, pero Simon detectó que se tensaba. Eddington sabía que acababa de crearse un enemigo—. Inglaterra está rodeada por todas partes. Y estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para protegerla.

—Ahórrese las excusas. Esto no tiene nada que ver con el bien de Inglaterra, tiene que ver con usted y con sus aspiraciones políticas.

—¿Qué tiene de malo que mi aspiración sea ayudar a mi país y evitar que le suceda nada malo?

Simon dio un puñetazo en la mesa y todo lo que había encima se tambaleó. El conde retrocedió un poco.

—¿Que qué tiene de malo? —repitió él gritando—. Me está obligando a jugarme la vida, cuando esta misión podría llevarla a cabo usted mismo. Como hombre no está nada mal, ¿por qué no seduce usted a *mademoiselle* Rousseau?

—Porque estoy en desventaja desde el principio. A la señorita Rousseau y a mí no nos han presentado, así que tendría que pasarme meses trabajando el terreno. Y cualquier otro de los candidatos que he considerado tendría el mismo problema. Usted es la única opción que tengo.

—¿Y yo no tengo nada que decir? —soltó Simon furioso—. Intenta involucrarme en sus problemas con una sonrisa de oreja a oreja.

Eddington intentó ponerse serio, pero era demasiado tarde. Nunca había visto a Quinn tan furioso.

Todas y cada una de las decisiones que éste había tomado en su vida habían venido marcadas por la necesidad, hacía lo que tenía que hacer si quería sobrevivir. Pensar que por fin iba a ser libre era como un sueño para él. Ya no tendría que cubrirse las espaldas, viviría sin temor a que lo descubrieran y ya no tendría nada que ocultar.

Y ahora el conde iba a meterlo de nuevo en ese mundo de mentiras en contra de su voluntad.

Comprendió entonces que nunca había tenido ningún poder.

Tendría que haber seguido el ejemplo de Mitchell... coger el dinero, cambiarse de nombre y viajar a tierras lejanas.

Pero a pesar de que había comprendido demasiado tarde que había cometido un error, Simon siempre se había ganado la vida con su ingenio: no volvería a cometer el mismo error por segunda vez. Eddington había conseguido atarlo de nuevo con su correa, pero no sería así por mucho tiempo. Cuando todo aquello terminase, Simon se aseguraría personalmente de no volver a estar nunca más a merced de nadie.

Y Eddington se arrepentiría de haber puesto ese maldito plan en marcha.

Apartó la silla y volvió a sentarse.

—Cuénteme todo lo que sepa.

Lynette giró una y otra vez sobre sus talones frente al espejo.

—No estoy segura de poseer el aplomo necesario para llevar un vestido así —le dijo a Solange, buscando la mirada de la cortesana a través del espejo.

—*Absurde*. Eres como una aparición. —La mujer estaba detrás de ella, colocándole bien las múltiples capas de encaje de seda azul verdoso—. Me recuerdas a tu madre cuando la conocí.

Antes a Lynette nada le gustaba más que ir de compras, excepto flirtear, tal vez. Las facturas de su modista eran exorbitantes y su padre solía reñirla a menudo por eso. No podía evitarlo, solía decir ella para defenderse, y entonces le explicaba que los colores llamativos y las telas que la favorecían eran más caras que las de tonos pastel que elegía Lysette.

En esa época, el vestido que se estaba probando ahora le hubiese parecido una delicia. El color era maravilloso y las capas de seda y encaje dorado lo hacían brillar, el corte le resaltaba la cintura y los pechos. Y cuando se volvió de un lado al otro sin parar, una areola rosada estuvo a punto de insinuarse por el escote. Era el vestido perfecto para una mujer seductora, un papel que antes le habría encantado representar.

Ahora no podía evitar sonrojarse y no paraba de subirse el escote para taparse los pechos y quedar menos insinuante. No dejaba de recordar la voz de Lysette diciéndole que el cerebro era un órgano mucho más sexual que los pechos y las caderas.

«Eres mucho más que una mujer guapa, Lynette», le habría dicho su hermana.

«Tú eres la lista de las dos», contestaría ella, sin reprocharle nada. Lynette quería demasiado a su hermana como para competir con ella. Las cosas eran así y punto. Lysette era una criatura razonable y muy lógica, Lynette era más sensual y emotiva.

O lo había sido. Ahora ya no era esa chica.

Después de la muerte de su gemela, Lynette empezó a leer todos los libros que había dejado pendientes, porque la reconfortaba hacer algo que sin duda habrían hecho juntas. Y también la consoló entender lo que significaba la mortalidad y madurar. A Lysette le habían quedado muchas cosas por hacer y Lynette, que siempre se había dedicado a frivolidades, comprendió que el tiempo era finito y que quería pasar el suyo haciendo algo más que ir de fiesta en fiesta flirteando.

—Conociste a *maman* un día en la modista, ¿no es así? —le preguntó a Solange mientras le hacía una seña a la doncella de su madre, Marie, para que la ayudase a desvestirse.

—Estaba dando vueltas frente a un espejo igual que tú ahora —contestó la cortesana, acercándose al armario para elegir otro vestido—. Aunque la prenda que eligió esa noche era sólo para los ojos de su amante.

Por un instante, Lynette se planteó la posibilidad de hacerle más preguntas, pero se lo pensó mejor y calló. No quería imaginarse a su madre y a su padre en la cama.

—¿Qué me dices de éste? —le preguntó Solange, mostrándole un vestido blanco. Era precioso y más recatado, con mangas hasta los codos y lazos de seda—. Lo encargué para ganar una apuesta.

—¿Una apuesta?

—Uno de mis amantes se quejó en una ocasión de lo caros que eran mis vestidos; me dijo que él prefería verme desnuda y que por tanto no iba a pagarme la ropa. Le entregó el vestido a

Marie—. Yo me puse este vestido para demostrarle que la ropa puede producir distintos efectos, dependiendo de cuándo te la pongas y cómo.

Lynette observó el vestido mientras se lo ponía y se quedó prendada de las perlas que lo adornaban.

—Es precioso.

—Yo también lo creo. Aunque sólo me lo puse esa vez. —Solange se acercó a Lynette y le puso las manos en los hombros—. El blanco te favorece mucho. La gran mayoría de las mujeres con tu tono de piel no pueden ponérselo porque las hace parecer demasiado pálidas. Pero a ti te queda muy bien, resalta tu rubor.

—Gracias.

Pensó que era la clase de vestido que se habría puesto su hermana. Y el suspiro de tristeza que oyó cuando Marguerite abrió la puerta se lo confirmó.

Lynette se dio media vuelta y le dio un vuelco el corazón al ver que su madre estaba pálida. Aun así, la mujer consiguió esbozar una sonrisa.

—Estás preciosa, Lynette.

—Parezco Lysette.

—*Oui*. Es cierto. —Marguerite se le acercó y el elegante vestido color berenjena que llevaba se balanceó entre sus piernas mientras miraba a su hija de pies a cabeza—. ¿Te gusta el vestido?

—Por supuesto que sí, *maman*. Si no, no lo habría elegido.

—De acuerdo, pero quiero que estés contenta —le dijo Marguerite. Y entonces se rio un poco—. Me está costando acostumbrarme a esta nueva mujer en la que te has convertido.

—No es tan distinta —señaló Solange con cariño—. Está impaciente por asistir al baile de la baronesa.

Lynette asintió y sonrió de oreja a oreja, con la esperanza de aliviar la melancolía de su madre.

—No me lo perdería por nada del mundo. He oído muchas historias sobre esa clase de bailes, pero jamás creí que pudiera asistir a uno.

—*Mon Dieu*! —exclamó Marguerite—. De Grenier creerá que me he vuelto loca si se entera de esto.

—No se enterará —afirmó Lynette, acercándose a la cama de Solange, cubierta de máscaras. Las había de todos los colores, con lazos y con plumas. Las recorrió con la mirada y la detuvo en un antifaz de seda roja. Lo cogió y se lo mostró—. Me taparé la cara con esto.

Por un instante se quedaron en silencio, hasta que el rostro de la vizcondesa se iluminó con una sonrisa.

—¡Es exactamente la que habría elegido para ti!

Solange alargó el brazo y apretó la mano de Marguerite.

—Las tres lo pasaremos muy bien. La baronesa tiene un gusto excelente para los hombres.

Marguerite se rio.

—Ningún hombre que asista a esa clase de eventos es el adecuado para mi hija.

Lynette ocultó una sonrisa y pensó en el hombre que había visto el otro día montando a caballo y en los otros que había conocido como él a lo largo de los años. Hombres sombríos y peligrosos. Deliciosos. El dolor la había cambiado profundamente, pero en eso seguía siendo la misma de antes.

—He visto esa sonrisa —la acusó su madre.

Pero en los ojos azules de Marguerite reapareció un brillo que llevaba años ausente.

Lynette sintió un agradable calor en su interior. Tal vez por fin habían empezado a superar el dolor.

Oculta entre las sombras del interior del carruaje parado, Lysette espió al hombre que caminaba alegremente por la calle.

El flujo de peatones era constante y a menudo le bloqueaba la vista. A pesar de eso, no le resultó difícil seguir la pista a los andares briosos del señor Edward James. Se movía entre la multitud con elegancia y facilidad y se llevaba los dedos al ala del sombrero para saludar a los conocidos que se cruzaban con él.

Era alto y delgado y poseía el típico aspecto de un hombre estudioso, aunque también tenía unas piernas largas y musculosas. Su pelo era castaño y no destacaba en él ningún rasgo extraordinario ni lamentable. El traje verde oscuro que llevaba era práctico y nada extravagante. Se lo habían hecho a medida y se notaba que lo cuidaba, aunque la tela no era cara. En resumen, Edward James era un hombre normal, que llevaba una vida normal... con la única excepción de la identidad de su superior.

—¿Te has estudiado la información que te proporcioné? —le preguntó Desjardins, sentado en el otro banco.

—*Naturellement*.

El señor James llevaba una vida tranquila. Cuando tenía tiempo libre, leía o lo pasaba con sus amigos. En ocasiones esporádicas había acompañado al señor Franklin a algún evento de alto nivel, pero siempre se había comportado con discreción y educación, y nunca había dado muestra alguna de afán de protagonismo o ambición política.

—James no parece tener ninguna aspiración —dijo el conde con desdén—. Es difícil tentar a un hombre a cometer un pecado sin saber qué lo mueve.

—Estoy de acuerdo.

—Por eso mismo tenemos que darle una motivación.

Lysette observó cómo el caballero desaparecía de su vista al entrar en una tienda.

—Y ¿cuál va a ser?

—El amor.

Ella arqueó ambas cejas y lo miró fijamente.

—¿Hacia mí?

—Por supuesto.

—Tu fe en mí es conmovedora —dijo entre dientes—, pero injustificada. A mí nunca me ha amado nadie.

—Yo te amo —se burló Desjardins, y ella se rio—. Además, no puedes estar segura de que eso sea así realmente, ¿no? Has perdido la memoria.

—Si alguien me amase, habría venido a buscarme. —Apretó los puños—. No habría parado hasta dar conmigo.

—He liberado a catorce hombres a cambio de recuperarte, *ma petite*. ¿Acaso eso no es amor?

Por sí mismo, tal vez. Ella sólo era un medio para conseguir un fin, nada más.

—¿Estamos aquí por algún motivo en concreto? —le preguntó enfadada, al comprender que

la consideraba meramente un peón—. ¿O sólo hemos venido a espiar?

—Quiero que te cruces con él. —Desjardins golpeó el techo del carruaje para darle la señal al cochero.

—¿Y después? —La fascinaba presenciar cómo trabajaba la mente del conde. Era lo único que admiraba de él.

—Después, tú seguirás tu camino y yo entraré en escena. Y le sugeriré un lugar donde deleitarse con la mujer que lo ha dejado tan fascinado.

La puerta del carruaje se abrió y Desjardins fue el primero en bajar para luego tenderle la mano y ayudarla.

—¿Fascinado? —preguntó ella desde la puerta.

—Contigo. Después de verte, no podrá dejar de pensar en ti durante todo el día. Estará desesperado por volver a verte.

—Y ¿dónde le vas a sugerir que se produzca el encuentro? —Aceptó la mano del conde y bajó con cuidado a la calle.

—La baronesa Orlinda celebra una fiesta esta noche.

—Pero... —Abrió los ojos asustada—. ¿Qué pasa con los socios de Depardue? ¡Sabes que no puedo correr el riesgo de que alguien me vea!

—Será un encuentro muy breve y no nos interesa que te vea nadie. Queremos que James vaya detrás de ti, que le resulte difícil encontrarte.

—No es de la clase de hombre que asiste a esos bailes —señaló Lysette—, si tus notas están en lo cierto.

Se alisó la falda e intentó imaginarse a un hombre tan tranquilo como Edward James en una fiesta tan escandalosa como las que organizaba Orlinda, y no pudo. Entonces intentó sentirse culpable por lo que iba a hacer y tampoco pudo, lo único que encontró en su interior fue pura determinación. James era el último obstáculo que se interponía entre ella y su libertad. Desjardins le había prometido que la dejaría irse si conseguía sonsacarle información sobre Franklin al secretario.

—No, seguro que se sentirá incómodo... y tú también —sonrió Desjardins—. Le sugerirás que quieres irte y James, que después del encuentro de esta mañana ya estará enamorado de ti, se las ingeniará para sacarte del baile. Así empezaréis a tener recuerdos juntos y estableceréis las bases de vuestro romance.

—O eso es lo que tú esperas que suceda.

—Confía en mí. —El conde le dio un beso en la frente junto con un leve empujoncito—. Me reuniré contigo dentro de unos minutos.

Lysette echó los hombros hacia atrás para hacer acopio de fuerzas y, tras mirar hacia ambos lados, se abrió paso entre los carruajes que circulaban por la transitada calle. Entrecerró los ojos cual cazadora que va en busca de su presa. Por culpa de esa concentración, no se fijó en el irlandés que se apoyaba descaradamente en la puerta medio escondida de una tienda cercana.

Claro que él, Simon Quinn, se había pasado prácticamente toda la vida perfeccionando el arte de confundirse con las sombras. Era un don que le había salvado el pellejo en infinidad de ocasiones.

—Pobre bastardo —masculló ahora, sintiendo lástima del infortunado señor James.

Esperó a que Lysette se colocase como si nada frente al escaparate de la tienda y entonces se fue. Desde su escondite había oído lo suficiente como para llevar a cabo su propia cacería. Se colocó bien el tricornio y pasó por delante del carruaje sin escudo de Desjardins en dirección a la

residencia de la baronesa Orlinda. Meses atrás había coincidido con la bella baronesa en una partida de cartas y habían flirteado un poco. Seguro que a la dama le alegraría saber que había regresado a Francia.

Y que tenía muchas ganas de asistir a su baile.

A través del cristal del escaparate, Lysette vio que el señor James caminaba hacia ella. Iba distraído, con la cabeza gacha, y movía los labios como si estuviese hablando solo. Debajo de un brazo llevaba un paquete que le habían envuelto y levantó la otra mano para colocarse bien las gafas.

Lysette esperó a que pasase por detrás y entonces retrocedió bruscamente para meterse en su camino. James chocó con ella como si fuese un saco de arroz, pesado y contundente. Lysette gritó sorprendida y se tambaleó, fingiendo que estaba a punto de caerse. Oyó que él soltaba un maldición en voz baja y acto seguido la sujetó con tanta fuerza que ella incluso se quedó sin aliento.

—¿Está bien, *mademoiselle*? —le preguntó, sorprendiéndola con su voz ronca y profunda.

Lysette se sujetó a los fornidos antebrazos del señor James y, cuando se apartó el sombrero con una mano, se quedó absorta mirando el rostro de él.

Edward James tenía el cejo fruncido y recorría la calle de arriba abajo con la vista. A pesar de que no le hacía caso, el perfil del hombre la cautivó. Tenía una mandíbula fuerte y cuadrada y la piel morena por el sol. El nudo de su pañuelo era sencillo y perfecto al mismo tiempo.

Y, para empeorar el estado de estupefacción de Lysette, a él no parecía afectarle lo más mínimo que se estuviesen casi abrazando en público. A decir verdad, cualquiera diría que se había olvidado por completo de que ella estaba allí. James dio un paso hacia atrás y la soltó, y el gesto le permitió a Lysette ver que había dejado caer el paquete que llevaba para poder sujetarla.

Presintió que se le estaba acabando el tiempo para llamar su atención y actuó por puro instinto; deslizó una mano dentro de la chaqueta de él y se la colocó encima del chaleco, justo donde le latía el corazón.

—Discúlpeme —le dijo sin aliento—. Soy tan torpe...

Con una mano, James le cogió la muñeca al instante y giró la cara para mirarla con aquellos inteligentes ojos castaños, tras unas gafas con montura de cobre. Lysette notó el instante exacto en que él se dio cuenta de que había chocado con una mujer y no con un individuo cualquiera.

Mientras observaba sus sensuales pestañas, Lysette también se dio cuenta de lo fuerte que era el torso que estaba tocando. Apretó los dedos con cautela y notó que él gruñía quedamente al sentir la caricia.

—Es culpa mía, no miraba por donde iba —le dijo el caballero apartándole la mano para acercársela a los labios y besarla—. Edward James.

—Corinne Marchant —se presentó Lysette con una sonrisa.

James se sonrojó y ella se tranquilizó.

—Es un placer conocerla —dijo él—, aunque habría preferido presentarme de un modo más refinado.

En cualquier otra circunstancia, Lysette habría flirteado con más descaro, quizá incluso se habría atrevido a decirle que había merecido la pena chocar con él si era el único modo de conocerlo. Pero el señor James no era la clase de hombre que se sentía atraído por ese tipo de

mujeres. Era demasiado... intenso para ese tipo de juegos. Y también carecía de los atributos que atraían a las mujeres que flirteaban de esa manera para llamar la atención de un hombre: trabajaba y no era muy guapo.

Así que Lysette retrocedió hasta colocarse a una distancia prudencial y se concentró en ponerse el sombrero en el ángulo adecuado.

—Soy una cabeza hueca, no tendría que haberme quedado embobada mirando esos zapatos.

James entrecerró los ojos para mirarla y después dirigió la vista al escaparate en busca de los zapatos que ella había mencionado. Eran de un color rosa pálido y estaban adornados con brillantes; la labor del artesano que los había confeccionado era impecable.

—Nadie se fijaría en unos zapatos tan extravagantes si se los pusiera una mujer tan hermosa como usted —la halagó vergonzoso—. Porque nadie le miraría los pies.

Lysette le sonrió. Era evidente que no estaba acostumbrado a piropear, lo que hacía que su atrevimiento tuviese mucho más significado.

—Gracias.

No sabía por qué James no se había movido de donde estaba. En sus ojos no aparecía el brillo masculino que ella solía ver en un hombre cuando la miraba. No, la estaba observando como si fuese una anomalía pendiente de clasificar. El paquete que llevaba bajo el brazo seguía en el suelo y él no parecía tener ninguna prisa por recuperarlo. La gente seguía pasando y los esquivaba al llegar a su lado y, sin embargo, James parecía no ver a nadie.

Temerosa de que su escrutinio terminase por despertar sus sospechas, Lysette ladeó la cabeza y dijo:

—Espero que pase el resto de la tarde sin sufrir más percances.

Él respondió con una leve reverencia:

—Lo mismo digo.

Se despidieron y, mientras se alejaban, ella no sintió que la estuviese observando. Intrigada por su falta de interés, se detuvo y se dio media vuelta para mirarlo, tal vez así conseguiría despertar su curiosidad. Sin embargo, Edward James seguía caminando con paso firme y seguro hacia delante.

Resignada, se encogió de hombros y volvió al carruaje de Desjardins. Ahora sólo podía esperar.

6

La baronesa Orlinda era famosa por sus extravagantes bailes. Aunque Simon sospechaba que la audacia y la imaginación del de esa noche, ambientado en la mitología, iba a ser difícil de superar.

El salón estaba lleno de árboles y arbustos en macetas, para crear la sensación de que estaban en un bosque. Los cuatro ventanales que daban al balcón estaban abiertos de par en par para que la brisa de la noche y el sonido de la fuente se colasen en la velada. Determinadas columnas, elegidas todas con meticulosidad, estaban forradas de tela azul para simular el cielo del atardecer e improvisadas cortinas ocultaban detrás alguna que otra otomana. Incluso los sirvientes iban vestidos para la ocasión con sábanas blancas y coronas de laurel en la cabeza. El aire, en el que resonaban las risas insinuantes de los invitados, estaba impregnado por el perfume de unas velas exóticas.

A Simon la fiesta le pareció divertida, una distracción, pero no participó en ella. Él no era de esos hombres que sienten placer ofreciendo espectáculo a los demás, y seguía teniendo el mismo mal humor que por la mañana. No le resultaba nada agradable sentirse como un títere en las manos de Eddington. Ahora más que nunca ansiaba empezar una nueva vida y encontrar una vocación, una pasión que le llenase el alma.

Tal vez se estaba haciendo viejo. Antes su profesión y la falta de rutina de la misma le habían parecido liberadoras, ahora, sin embargo, lo sofocaban. No tenía un hogar, no tenía raíces, no tenía familia. Los dos últimos puntos de la lista no podía remediarlos, pero podía comprarse una casa. Irlanda siempre lo había atraído, igual que al resto de los hijos de esas tierras. Si conseguía recuperar su fortuna y quitarse a Eddington de encima, podría volver a sus costas esmeralda y plantar las raíces que había arrancado su padre.

Una risa femenina captó su atención y dirigió la vista hacia una alcoba donde dos damas observaban a una pareja haciendo uso de una de las otomanas escondidas. Seguía buscando a Lysette, Desjardins o al desventurado señor James. La multitud de colores que pululaban por el salón era desconcertante, igual que las excéntricas máscaras de los invitados. Era extraño que un objeto tan pequeño lograse crear tal sensación de anonimato, pero era innegable que funcionaba. La gran mayoría de los presentes habría demostrado más recato si hubiesen llevado el rostro descubierto. Y más autocensura.

Los ojos de Simon se dirigieron a la entrada del salón y se quedó petrificado. Detrás de un helecho se escondía un ángel. Llevaba un vestido color perla que brillaba bajo la luz de las velas.

Ella lo estaba mirando.

La dama se tensó en cuanto notó que él también la observaba y salió de su escondite parcialmente para desafiarlo.

«Tal vez me has pillado —decía su actitud—, pero no me avergüenzo de haberte estado mirando.»

Simon apretó los dientes.

«Lysette.»

Ella no llevaba peluca y él reconocería aquel cabello rubio y su sensual silueta en cualquier parte.

Pero entonces frunció el cejo confuso.

Parecía... distinta. No sabía qué era exactamente, pero había algo en ella, una emoción, una expectación, que Simon podía detectar desde el otro extremo del salón. Él sólo la había visto desmoronarse por dos cosas: la muerte y la tragedia. Y en ambos casos la reacción de la joven se había parecido mucho al morbo.

Y el antifaz que llevaba...

Rojo. Vibrante. Él jamás habría elegido ese color para ella. Durante los meses que habían pasado juntos, siempre se había vestido con colores pastel u oscuros. A Lysette no le gustaba llamar la atención, un gran acierto cuando alguien se gana la vida comerciando con secretos y mentiras.

Intrigado por el cambio, se acercó a una columna próxima al lugar que ocupaba ella y se apoyó allí como si nada. Sonrió y la joven se quedó petrificada. A Simon le pareció que se había quedado sin aliento, y ver que abría los labios para coger aire se lo confirmó. Su reacción y la emoción que desprendía avivaron más su curiosidad.

Lysette se sentía atraída por él.

Simon vio que le sostenía la mirada abiertamente y eso sí que no lo sorprendió. Ella siempre lo había retado y había intentado provocarlo. Sin embargo, ésos no parecían ser los motivos de aquella mirada. Se pasaba nerviosa las palmas de las manos por la falda del vestido, mientras el pecho le subía y bajaba con rapidez de lo mucho que le costaba respirar. Y entonces se lamió el labio inferior igual que haría una amante. Todo ello sin dejar de mirarlo y sin apenas parpadear, como si estuviera en trance.

Pasaron largos minutos durante los cuales Simon fue incapaz de apartar la vista. Lysette era una visión sacada directamente del cielo y del infierno, un ángel caído que al parecer podía fascinar a los hombres a voluntad.

La pregunta era: ¿por qué había decidido intentarlo con él en ese momento?

Y no había ninguna duda de que él estaba fascinado.

La sonrisa de Simon se alteró y todo su cuerpo se tensó. Maldita fuera, ¿qué le estaba haciendo aquella mujer? Y lo más importante, ¿por qué se lo estaba haciendo a él? Ella le había ofrecido sexo directamente en una ocasión y él no había sentido el menor interés. Y, sin embargo, ahora tenía que contenerse para no estrecharla entre sus brazos y devorar aquella boca que antes sólo había conseguido ponerlo furioso.

Lysette siempre llevaba puesta una especie de capa invisible que frenaba cualquier intento de acercamiento. «Mantente alejado de mí», decía esa capa y Simon le había hecho caso encantado de la vida. Sin embargo ahora la capa era sensual. «Sorpréndeme —le susurraba—. Sedúceme.» El cambio era drástico. El recelo se había convertido en deseo.

Su actitud lo estaba seduciendo. Ella lo estaba seduciendo.

Lo estaba recorriendo con la mirada y a él le había empezado a arder la piel. Quería moverse para aliviar la presión, pero se negó a hacerlo.

Se suponía que Lysette había ido a aquella fiesta para seducir al señor James. Maldita fuera, ¿por qué lo estaba seduciendo a él?

El único modo de averiguarlo era preguntándoselo.

Se apartó de la columna bruscamente y se dirigió hacia ella con tanta determinación que los

invitados que encontró en su camino se apartaron para dejarlo pasar.

—*Mademoiselle*.

La voz le salió más ronca, más íntima, de lo que pretendía, y Lysette se estremeció, una prueba más de que también era consciente de aquella repentina atracción sexual entre ellos.

—Señor Quinn —lo saludó, también con voz grave y sensual.

A Simon se le espesó la sangre y entrecerró los ojos. La cogió por el codo y tiró de ella hacia la salida. La joven tuvo el buen tino de no quejarse.

Avanzó entre la multitud en dirección al pasillo y después abrió una puerta para encerrarse con Lysette a solas en una habitación. El interior estaba oscuro y durante un segundo, con aquel vestido blanco, ella le recordó a un ángel.

Lysette avanzó unos pasos y se adentró en la biblioteca. Simon la siguió. El exótico perfume que desprendía su piel lo excitaba, era una fragancia desconocida que no había olido nunca en ella.

Lo enfureció que Lysette lo afectase de ese modo. A pesar de que seguía cuestionándose la salud mental de la joven y de desconfiar de sus intenciones, la deseaba. Sintió como si estuviese reaccionando en contra de su voluntad y le recordó demasiado a lo que le había pasado con Eddington.

Cerró la puerta y echó la llave.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó entre dientes.

Los inconfundibles sonidos de una pareja practicando sexo llegaron a sus oídos y Lysette dejó de utilizar el abanico para ocultarse y lo movió para ver si así se refrescaba las mejillas.

Estaba de pie en una esquina del salón de Orlinda, con la espalda apoyada en la pared y un helecho ocultándola del resto de los invitados. Era un escondite magnífico. Desde allí podía ver la entrada del salón sin que nadie la descubriese, a no ser que se acercasen a donde estaba. El único motivo por el que Edward James asistiría a una fiesta como ésa sería para verla. Y en ese caso la buscaría... Si es que al final se presentaba.

Lysette dudaba de que lo hiciera. Cuando Desjardins le contó cómo había transcurrido la conversación con el secretario, no sintió el menor optimismo. James le había dicho al conde que esa clase de fiestas no le interesaban y que estaba demasiado ocupado como para perder el tiempo con eso. Desjardins estaba convencido de que sólo lo había dicho para disimular y había insistido en que el hombre estaba nervioso y alterado.

«Creo que es su estado habitual —contestó Lysette—. Yo tuve la sensación de que me observaba igual que observaría a una mariposa que le pareciese bonita: con curiosidad pero sin el menor interés.»

«Ya veremos —afirmó Desjardins seguro de sí mismo—. No suelo equivocarme con esta clase de cosas.»

Así que allí estaba ella, escondida en una esquina del salón para evitar llamar la atención de quien no debía y atrapada oyendo a una pareja en pleno ataque de pasión.

Aunque sabía que para muchos hacer el amor era algo agradable, Lysette no opinaba lo mismo. Le parecía doloroso y degradante. De mal gusto. Una invasión, un acto de dominación. No podía entender que a algunas mujeres les gustase, pero suponía que lo soportaban porque un hombre feliz se convertía a menudo en un hombre generoso.

A medida que los gemidos aumentaron, también lo hizo su malestar y empezó a sentirse incómoda en su piel, a pesar de que llevaba su vestido amarillo preferido. Las mangas eran demasiado largas y el escote más alto de lo que dictaba la moda, pero a Lysette le parecía precioso. Lo había elegido con la esperanza de que mantuviese alejados de ella a los hombres que buscaban sexo fácil, aunque, al parecer, asistir a ese baile equivalía a decir que estabas interesado en ello.

—*Mademoiselle* Marchant.

La voz ronca y profunda de James la envolvió como agua caliente.

Lysette se volvió con los ojos muy abiertos, sorprendida al ver que él se había acercado con tanto sigilo. Hacía mucho tiempo que nadie la pillaba desprevenida.

Le dedicó una sonrisa sincera.

—Señor James, qué sorpresa tan agradable.

Él llevaba un traje de terciopelo azul marino tan oscuro que casi parecía negro. El pañuelo, anudado de nuevo con un nudo sencillo y sin embargo perfecto. También llevaba peluca, pero era de las más simples.

La contemplaba con la boca apretada y mirada dura. Lysette tendría que haberse sentido intimidada por ser el objeto de tanta severidad e intensidad, pero sintió algo completamente distinto. Algo más cálido y perturbador.

—¿Por qué está aquí? —le preguntó él.

Ella parpadeó confusa.

—¿Disculpe?

—Usted no quiere estar aquí.

—¿Qué le ha dado esa impresión?

—Me he pasado los últimos diez minutos observando lo incómoda que está.

A Lysette se le escapó una risa.

—¿Por qué no se ha acercado a hablar conmigo?

—Antes conteste a mi pregunta.

—Tenía que venir.

Él entrecerró los ojos detrás de las gafas. Lysette sonrió, empezaba a gustarle que la estudiase con tanta atención. A aquel hombre lo confundía sentirse atraído por ella, y también le molestaba, o eso supuso Lysette.

—Yo no tengo ni idea de por qué estoy aquí —murmuró James.

—¿Quiere que nos vayamos? —sugirió Lysette, preguntándose si de verdad iba a resultarle tan fácil la misión.

Tal vez Desjardins había acertado con el señor James.

—Y ¿qué haríamos? —Había algo peligroso en la voz de él, una advertencia.

—Ha dado por hecho que nos iríamos juntos.

El sonrojo se extendió por los pómulos del hombre.

—¿Qué relación tiene el conde con usted?

—¿Me está interrogando? —Bajó la voz.

—¿Es su amante?

Lysette se tensó.

—Es usted demasiado atrevido. —Se dio media vuelta con el corazón acelerado, confiando en que él la siguiera.

Lo hizo.

El repiqueteo de las suelas de James sonó impaciente y furioso. La cogió por el brazo y tiró de ella para ocultarla detrás de un helecho. Cuando ella abrió los labios sorprendida, él apretó los suyos furioso.

—¿Por qué Desjardins se ha tomado tantas molestias para que usted y yo coincidiéramos en este baile?

Lysette arqueó ambas cejas.

—Tal vez crea que necesito un administrador para que se ocupe de mis asuntos, ahora que mi esposo ha fallecido.

James la fulminó con la mirada.

—Yo no estoy en venta.

—Qué afirmación tan extraña.

El corazón de Lysette estaba latiendo desbocado. El informe de Desjardins no la había preparado lo más mínimo para enfrentarse a Edward James.

—Extraña pero cierta —sentenció él, apretando las manos alrededor de los antebrazos de ella.

—Es un alivio que me lo haya aclarado —susurró Lysette con voz ronca, porque el aire que había entre los dos había subido de temperatura.

—Yo tengo otra teoría —la provocó James—. Una que encaja mucho mejor con el lugar donde nos encontramos.

—¿Cree que quiero oírla? —Se estaba quedando sin aliento y dio un paso atrás, temerosa de que él fuese a retenerla.

La frustración y determinación que desprendía aquel hombre eran imposibles de negar. Pero el miedo de Lysette demostró ser infundado, pues él la soltó al notar que ella quería apartarse.

—No soy lo que usted quiere que sea.

Lysette se obligó a esbozar una sonrisa.

—Esto cada vez se pone más misterioso.

—No soy un semental —le aclaró James furioso.

—Bueno —ella tragó saliva—, me alegro. Teniendo en cuenta que sus técnicas de seducción dejan mucho que desear, se moriría de hambre si tuviese que ganarse la vida con eso.

El brillo de los ojos de James tendría que haberla advertido, pero ni se le pasó por la cabeza que él pudiese cogerla y besarla hasta dejarla sin sentido. Y cuando el hombre hizo exactamente eso —le echó la espalda hacia atrás y cubrió el cuerpo de ella con el suyo—, Lysette se quedó inmóvil durante demasiado tiempo, aturdida, sin saber qué hacer al notar los firmes labios de él sobre los suyos. A pesar de la rudeza del acercamiento, el beso no fue brusco. Fue un beso tan perfecto y deliberado como el traje que llevaba.

Entonces Lysette sí se asustó. Se le cerraron los pulmones y se quedó sin aire. Forcejeó con él y lo empujó por los hombros, mordiéndole finalmente el labio inferior.

James la soltó mascullando una maldición; tenía las fosas nasales dilatadas y le sangraba el labio. Desprendía deseo y una increíble necesidad de dominar cuanto estuviese a su lado, dos cosas que eran muy peligrosas cuando se mezclaban, y Lysette lo sabía mejor que nadie.

Lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—Si alguna vez vuelve a ponerme una mano encima —lo amenazó—, se la cortaré.

La bofetada no hizo que James girase la cara, a pesar de que los dedos de ella le quedaron marcados en la mejilla y se le desplazaron las gafas.

Lysette salió corriendo y, apartando a todo el que se entrometía en su camino, atravesó el

salón en diagonal para salir de allí cuanto antes.

Esa vez James no la siguió y cuando llegó a la galería suspiró aliviada. Giró sobre sus talones y se dirigió al vestíbulo con intención de pedirle a un lacayo que fuese a buscarle un carruaje. El lugar estaba poco iluminado para crear un ambiente más sensual y a Lysette la reconfortó el anonimato que le proporcionaba la oscuridad.

—Lysette.

Se detuvo al oír su nombre. Sólo fue un murmullo, pero le llegó por encima de su respiración entrecortada. Se volvió asustada y vio a Desjardins abandonando el salón; los candelabros del interior enmarcaron la silueta del conde en el pasillo.

—¿Adónde vas?

—A casa. Será mejor que te busques a otra para seducir al señor James. Preferiblemente alguien a quien le gusten los malos modales y la falta de delicadeza.

Para su vergüenza, el conde echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—*Ma petite* —le dijo, acercándose a ella con una sonrisa de oreja a oreja—, eres un encanto.

Cuando llegó a su lado, entrelazó un brazo con el de Lysette.

—Estás demasiado alterada. Deberías descansar un momento mientras yo pido que te traigan mi carruaje.

Ella se quedó petrificada. No podía creerse que Desjardins no insistiera en que volviese a la fiesta.

—Vamos —le dijo el conde, llevándola del brazo por el pasillo hacia una de las habitaciones preparadas para que los invitados pudiesen descansar—. Sabes perfectamente que mi carruaje es más cómodo y más limpio que uno de alquiler.

Eso no podía discutírselo. Además, no había logrado cumplir la misión que él le había encargado. Tomó aire y asintió, y, soltándose del conde, recorrió sola el resto de la distancia. Tenía los nervios a flor de piel y avanzaba tan rápido que casi alcanzó a la pareja que caminaba delante, pero, como no quería volver a presenciar el encuentro amoroso de dos desconocidos, se metió en un recoveco del pasillo y esperó.

La pareja desapareció tras una puerta y Lysette observó durante un instante la belleza que emanaba la desconocida con aquel vestido blanco que brillaba a la luz de las velas. Era la clase de vestido que habría elegido ella, de corte discreto y con detalles muy femeninos. El hombre llevaba un traje oscuro y su silueta se confundía con las sombras, pero aun así vio que era muy corpulento. Lysette admiró a la desconocida por ser capaz de encerrarse en una habitación con un hombre así. Dios sabía que ella no sería capaz. Un simple beso la había hecho perder los nervios.

Cuando volvió a quedarse a solas, salió de su escondite y se dirigió hacia uno de los aposentos para recuperarse un poco antes de regresar a su casa.

Desjardins observó a Lysette mientras se alejaba y se rio en silencio. Nunca la había visto tan alterada. Y el señor James... Quién iba a decir que detrás de aquel exterior tan calmado bullía tanta pasión. Por eso le gustaba tanto espiar. Porque había muchas cosas que la gente hacía en privado que jamás harían en público.

Por desgracia, Depardue se había asegurado de que Lysette no pudiese disfrutar nunca de las caricias de un hombre. Y mucho menos de unas tan ardientes y apasionadas como las de

Edward James en el salón.

Pero todo tenía solución. Cuando alguien era amable con ella, la joven se sentía profundamente en deuda con esa persona. La cantidad de atrocidades que había cometido por él a lo largo de los últimos dos años para agradecerle que la hubiese liberado de Depardue y de sus hombres así lo demostraban. Si conseguía que James la salvase de algo realmente horrible, entonces ella se sentiría tan agradecida con él que le perdonaría su torpeza de antes. El problema era que tenía que ser algo dramático, algo muy grave para que los dos se sintieran tan unidos que terminasen acostándose.

Dado que corromper a James era de vital importancia para lograr lo que quería, Desjardins consideró que sus acciones estaban más que justificadas.

Cruzó el pasillo y se dirigió hacia la zona donde se encontraban los aposentos. El corredor estaba apenas iluminado por una lámpara de aceite. Miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie y entonces vació el aceite por la pared hasta formar un charco en el suelo que manchó la madera y empapó la alfombra roja y dorada. Prendió fuego a un extremo de su pañuelo y lo lanzó encima del charco.

Luego Desjardins se alejó silbando, felicitándose en silencio por su genial idea. Fingió sobresaltarse cuando el aceite prendió fuego y el sonido de la combustión se propagó por el silencio del pasillo. Corrió hacia el salón en busca de James, mientras las llamas anaranjadas iluminaban su carrera.

Simon no lograba entender cómo era posible que Lysette hubiese pasado de estar apoyada en la pared opuesta del salón a estar entre sus piernas, besándolo con el mismo fervor con que él la estaba besando a ella. No lograba entender por qué esa noche era tan distinta a todas las anteriores ni por qué a él le estaba afectando tanto.

Lo único que entendía era que nunca había estado tan excitado y que nunca había deseado tanto a nadie. Parecía que el corazón le fuese a estallar en el pecho y tenía la piel empapada de sudor. La deseaba con la misma intensidad con que alguien necesita comer o beber agua.

—¿Por qué ahora? —le preguntó, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Ella lo rodeó con los brazos y le ofreció el cuello. Simon se lo besó con los labios abiertos y después succionó con cuidado la piel de su garganta.

Lysette respondió gimiendo y acercándose más a la dolorosa erección de Simon, incrementando la lujuria de éste hasta límites insospechados.

—Señor Quinn...

Él se rio. Empezaba a gustarle ese juego.

—¿Quién iba a decir que fueras tan ardiente detrás de esa gélida fachada?

—Bésame otra vez —le suplicó con una voz tan sensual que Simon se la imaginó retozando en su cama y besándola en unos labios más íntimos que los que entonces ella le ofrecía.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que te levante la falda y te posea aquí mismo.

Si hubiese sentido un ápice menos de deseo, lo habría hecho allí mismo, en aquel mismo instante, así se le despejaría la mente y luego podría llevársela a casa. Pero Simon identificaba claramente la clase de deseo que estaba sintiendo por Lysette; a pesar de que nunca antes lo había sentido, era capaz de reconocerlo.

La deseaba tanto que cuando entrase dentro de ella no podría parar, la poseería toda la

noche.

—No...

Simon le succionó el labio inferior para acallar cualquier queja, y el cuerpo de ella se relajó y descansó en el de él.

—Pues entonces tenemos que encontrar un lugar que nos proporcione cierta intimidad, Lysette. Antes de que la lujuria me impida pensar.

Ella se tensó entre sus brazos al darse cuenta de la impaciencia de él. Se apartó y lo miró confusa; tenía los ojos completamente abiertos y brillaban en la oscuridad. Abrió la boca para decir algo, pero entonces giró la cabeza hacia la puerta.

—¿Hueles eso? —le preguntó, empujándolo por el torso para poner cierta distancia entre los dos.

Simon aspiró hondo en busca de su exótico perfume de azucenas, pero en su lugar encontró el acre olor del humo. Su mente, todavía presa del deseo, tardó un segundo en comprender el peligro que conllevaba ese hedor. Y en el mismo instante en que lo asimilaba, un grito proveniente del salón se lo confirmó.

—¡Por todos los infiernos! —Se puso en pie de un salto y le dijo a Lysette que lo siguiera, antes de salir corriendo hacia la puerta.

La luz anaranjada que se veía entre las rendijas no auguraba nada bueno. Tocó el pomo de cristal y apartó la mano al instante, mascullando una maldición.

—De no llevar guantes —dijo, volviéndose hacia Lysette, que se estaba atando el antifaz—, me habría quemado la mano. El fuego está justo detrás de la puerta.

—*Mon Dieu*! ¿Qué vamos a hacer?

A Simon le pareció muy raro que una mujer como ella, acostumbrada al riesgo, le hiciera esa pregunta, pero no tuvo tiempo de cuestionárselo demasiado.

—La ventana.

—¿Y los demás? —preguntó ella, siguiéndolo sin dudar.

—Pueden salir por la terraza que da al jardín.

Los gritos provenientes del salón demostraban que el resto de los invitados también habían visto las llamas.

Simon abrió la ventana y asomó la cabeza para asegurarse de que fuera estaba despejado. Un descuidado matorral de menta verde flanqueaba los parterres de flores de la casa y les proporcionaba un mullido espacio donde aterrizar. El aire era fresco y limpio, completamente opuesto al humo que iba saturando la biblioteca donde estaban.

—Dame la mano.

Miró detrás de él y levantó las cejas al ver que la joven tenía las manos bajo la falda del vestido. Sonrió cuando las enaguas y el miriñaque se arremolinaron en el suelo alrededor de los pies de ella. La pragmática Lysette. De repente, esa característica le pareció admirable y no sólo una prueba más de su sangre fría.

Lysette colocó una mano en la de él y consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Te parecerá raro si te digo que me alegro de haber estado contigo cuando ha empezado el incendio? —dijo.

Simon tiró de ella y le dio un beso fuerte y rápido en los labios.

—Después me demuestras cuánto.

La ayudó a salir por la ventana y la sujetó por las manos hasta dejarla en el suelo. Entonces sacó una pierna y se dispuso a seguirla. Sin embargo, el grito aterrorizado de una mujer lo detuvo

y le encogió el estómago.

Esa mujer tenía que estar atrapada cerca de donde estaba él y lejos por tanto del salón. Sí, estaba cerca de allí. Simon volvió a mirar hacia la puerta y se devanó los sesos en busca de una manera de llegar hasta ella.

No la había. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas y le quemaban los pulmones. Sólo había dos maneras de salir de aquella biblioteca: por la puerta, que ahora quemaba, y por la ventana, desde la que él estaba a punto de saltar. Tendría que hacerlo e intentar entrar por la puerta de la mansión.

Simon se soltó del alféizar y aterrizó en medio de la menta. Tras haber estado tanto rato inhalando humo, sintió un profundo alivio al respirar aire puro.

Buscó a Lysette con la mirada, pero había desaparecido; lo más probable era que estuviera con el resto de los invitados. Se alegró de que estuviese a salvo.

Ahora que ya no tenía que preocuparse de ella, salió corriendo dispuesto a rescatar a cualquiera que lo necesitase.

7

—Esa mujer va a volverme loco —farfulló Edward, mientras bajaba los escalones de la entrada principal de la mansión de la baronesa Orlinda. Creía poder olvidarse para siempre de Corinne Marchant, pero ella seguía metida en su mente, podía sentirla entre sus brazos, oler su perfume floral, y notar el escozor de la bofetada que le había dado.

Y el modo en que ella le había hablado...

—Es demasiado complicada.

Le temblaban los puños y la mandíbula, y se planteó volver andando a su casa o coger un carruaje. Caminar le iría bien para despejar la mente y disipar la lujuria, pero si iba en carruaje tardaría mucho menos tiempo en poner distancia entre aquella mujer y él. Una distancia que tal vez le serviría para recapacitar y volver a la fiesta para disculparse.

La necesidad que sentía de conquistarla y ganarse su respeto amenazaba con asfixiarlo.

Aunque sabía que el interés de ella no era sincero, él sí necesitaba volver a verla.

Era imposible que a Corinne le interesase de verdad. Era demasiado hermosa, demasiado rica, demasiado influyente como para sentir la menor curiosidad por él... a no ser que la sintiese por su trabajo con el señor Franklin.

No era la primera vez que alguien se le acercaba para acceder a Franklin, pero era la primera que Edward se planteaba seguirle el juego y obtener algo a cambio.

En cuanto sus pies tocaron el pavimento del camino de la mansión, aceleró el paso. Su mente le decía que se quitase de la cabeza la posibilidad de iniciar una relación sentimental con Corinne. Si la acosaba, seguro que ella no volvería a acercarse a él. Y, al pensar eso, sintió el aguijonazo de los remordimientos.

—Maldita sea.

Edward nunca había visto a una mujer tan hermosa. Tenía el rostro de un ángel y un cuerpo hecho para el pecado. Si alguien le preguntase cómo definiría la perfección, se limitaría a señalarle a Corinne Marchant. Pero ése no era el problema. Él podía resistir la simple atracción, su miembro no mandaba sobre su mente.

No, el problema no era que tuviese tantas ganas de echarle un polvo que estaba a punto de volverse loco, el problema eran los ojos de Corinne. Casi siempre estaban vacíos, como si hubiesen perdido por completo la capacidad de sentir. Pero había momentos en los que de repente se habían llenado de calidez y de ternura. Y una pequeña parte de Edward creía que era él quien había logrado que esa otra mujer saliera a la superficie. Eran esos instantes efímeros los que hacían que entonces tuviese ganas de verla, de verla de verdad.

Gruñó frustrado. Él estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería, porque era un hombre modesto y rara vez quería algo que estuviera fuera de su alcance. La atracción que sentía por Corinne desafiaba toda lógica. No tenían nada en común, ¿por qué diablos se gustaban?

Ella estaba herida. La mirada que había aparecido en sus ojos cuando él la había besado, indicaba que sus cicatrices eran muy profundas.

Alguien había abusado cruelmente de ella.

La furia hirvió dentro de Edward. El pasado de Corinne no iba a ser un impedimento. En realidad, sólo le hacía desearla todavía más. El instinto de protegerla era tan intenso como el de poseerla. Quería tener derecho a hacerlo todo con ella. O, mejor dicho, quería tener derecho a buscar al animal que le había hecho daño y entregarlo a la justicia para que recibiera su jodido merecido.

Eran unos pensamientos muy peligrosos, unos sentimientos muy peligrosos. Y no tenían cabida en su vida ordenada, como tampoco la tenía Corinne.

Un grito atravesó la noche, un grito de tal terror que Edward se quedó paralizado.

Se volvió hacia la mansión y al principio no vio nada extraño, aunque estaba seguro de que el grito había salido de su interior. Frunció el cejo y, mientras observaba la fachada, más gritos perturbaron la paz de la noche. Edward echó a correr como alma que lleva el diablo.

Los lacayos y el resto de los empleados de las caballerizas que estaban cuidando los carruajes abandonaron sus puestos y subieron corriendo la escalera de la mansión delante de Edward. En cuanto abrieron la puerta, una espesa columna de humo negro salió del interior. Los sirvientes se detuvieron boquiabiertos.

—¡Traed cubos de agua de los establos! —ordenó Edward.

Dos mozos bajaron corriendo y rodearon la casa en dirección a las cuadras.

Edward se plantó frente a los otros horrorizados sirvientes.

—Vosotros venid conmigo. Tenemos que asegurarnos de que todo el mundo sale.

Juntos se abrieron paso entre la cortina de humo. Los asaltó un calor insoportable al alimentarse las llamas con el aire que se había colado por la puerta abierta. Edward luchó contra las lágrimas que le nublaban la vista e intentó respirar entre los ataques de tos que le provocaba el humo que le entraba en los pulmones.

Cuando llegó al salón, apenas tenía resuello; el trayecto se había hecho eterno, porque tenía que apoyarse en la pared para ver por dónde iba. Se había separado de los sirvientes al llegar a la sala de baile y entre todos comprobaron que no quedara nadie detrás de una planta o de una columna. El humo lo llenaba todo como una nube malévola. A Edward se le aceleró el corazón, le sudaban las manos y las lágrimas le quemaban las mejillas.

Seguro que Corinne estaba a salvo. Seguro que se había ido antes que él. Seguro que ya estaba en su casa, insultándolo y mandándolo al infierno.

Gracias a Dios, porque si no se volvería loco al pensar que ella todavía pudiese estar allí.

—¡Señor James! ¡Señor James!

Edward se dirigió hacia la voz ronca e irreconocible que lo estaba llamando. De repente, vio aparecer al conde Desjardins entre la nube de humo y fuego. No paraba de sacudirse por culpa de la tos y tuvo que sujetarlo por los hombros.

—Corinne —jadeó el conde, con los ojos enrojecidos y brillantes por la histeria—. ¿Está con usted?

Edward sintió un horrible escalofrío recorriéndole la espalda a pesar del calor que hacía.

—No, se ha marchado de la fiesta.

—¿Está seguro? Se... se suponía que iba... a irse conmigo... —Desjardins tosió tan fuerte que una saliva negra le cubrió el labio inferior—. Hay que... mirar... los aposentos... vestíbulo... —siseó—... no la he visto...

—Dios santo.

Edward lo cogió del brazo y tiró de él hasta la terraza, donde estaban el resto de los

invitados que habían conseguido huir del fuego. Entonces dio media vuelta y corrió siguiendo la fachada de la mansión en busca de ventanas de las que saliera algo de luz, mientras luchaba por mantener bajo control el pánico que amenazaba con dejarlo paralizado.

Frente a una ventana abierta había una mujer vestida de blanco, rodeada por remolinos de humo negro.

—Vaya a ver las otras ventanas —le ordenó—. Las que dan al patio trasero.

Ella dudó un instante y lo miró con el rostro oculto tras una máscara.

—¡Ahora! —le gritó él con tanta autoridad y convicción que ninguna persona cuerda lo desobedecería.

La mujer asintió insegura y, tras levantarse la falda, corrió hacia la parte trasera de la casa. Edward oyó un grito femenino en el mismo instante en que la pierna de un hombre aparecía por el alféizar. Tras comprobar que el amante de la mujer de la máscara también estaba a salvo, se dirigió a la puerta del lateral.

Ni rastro de Corinne. ¿Dónde diablos estaba?

Corrió hacia la entrada de la mansión y entró por una apertura estrecha que conducía a la escalera de servicio, por donde se entregaban las mercancías. En ese momento, vio a Desjardins señalándole frenético una ventana.

—¿Está ahí? —le preguntó Edward, sintiéndose la garganta abrasada.

Entrecerró los ojos y observó la ventana. Se veía una sombra al otro lado del cristal.

Había demasiado humo. No podía ver qué había dentro.

—He visto movimiento —le dijo el conde con voz ronca—. Tal vez...

La ventana explotó, lanzando una lluvia de cristales que los obligó a cubrirse con los brazos. Una ancha butaca cayó al suelo con un golpe seco y el humo salió por el nuevo orificio. Un segundo más tarde, las llamas, que habían estado lamiendo el techo de esa habitación, salieron por la ventana y escalaron los muros de la mansión.

—¡Corinne! —gritó Edward.

La única respuesta que recibió fue el crujir del fuego devorando todo lo que encontraba a su paso. Tras la bocanada inicial de oxígeno, las llamas volvieron a retroceder hacia el interior de la habitación y Edward se puso en acción.

Dio media vuelta y cogió la butaca destartalada que había caído al suelo. Con un golpe seco le arrancó las patas traseras y apoyó el largo asiento contra la pared de la mansión. Luego se quitó la chaqueta y se la enrolló en el brazo antes de subirse a lo que quedaba de la butaca.

—¡Corinne! —gritó y sus destrozados pulmones se quejaron del esfuerzo.

Apartó la cara para poder protegerla de las llamas y con el brazo que llevaba cubierto por la chaqueta apartó los cristales rotos que quedaban en el marco de la ventana. Un trozo era tan afilado que atravesó la chaqueta y la camisa y se le clavó en el músculo. Él hizo una mueca de dolor, pero se negó a retroceder.

—¡Corinne!

El bello rostro de ella apareció manchado de hollín y de lágrimas. Tenía el pelo pegado a la piel, estaba completamente roja y empapada de sudor y la nariz no dejaba de gotearle.

Edward nunca había visto nada tan hermoso.

—Dios —masculló, mareado de alivio—. Sal de ahí.

—James —susurró ella, mientras intentaba ponerse en pie.

Sintió una profunda admiración por la joven, pues sabía lo mucho que debía de haberle costado levantar la butaca para romper el cristal.

—Sí, cariño, ven conmigo. —Y le tendió los brazos.

Ella se balanceó y se desvaneció, cayendo por la ventana como un peso muerto. La voluminosa falda del vestido se enganchó con una de las esquirlas de la ventana y la tela se desgarró con un sonido espeluznante.

Edward la cogió en brazos y perdió el equilibrio subido al asiento de la butaca. Ambos cayeron al suelo, aunque él giró para absorber el impacto del golpe con su espalda. Se quedó sin aliento y sus maltratados pulmones dejaron momentáneamente de funcionar. Las gafas le habían salido volando por los aires y, si no se equivocaba, en ese momento estaban aplastadas debajo de él. Pero Corinne estaba en sus brazos, viva... todavía.

Necesitaba atención médica de inmediato. Cada vez que tomaba aire, los pulmones le hacían un ruido burbujeante y escupía un hollín negro que le teñía los labios.

Edward tosió, y sólo aceptó la ayuda del conde para ponerse en pie, pero no soltó a Corinne, a la que siguió llevando en brazos, mientras caminaba decidido hacia la casa.

Simon corrió hacia la parte trasera de la mansión. Había comprobado todas las ventanas que se había encontrado a su paso, en busca de la mujer que había gritado antes. No podía llegar hasta ella a través de la puerta, pero quizá todavía tuviese tiempo de encontrarla por la fachada. Tenía que intentarlo.

El tañido de unas campanas anunció el incendio a la ciudad. La noche olía a chamusquina y a fuego, y los llantos que se oían contaban la historia de cómo una calamidad había puesto fin a una noche destinada a la diversión.

Simon llegó al patio trasero y vio a unos cuantos sirvientes corriendo de un lado a otro con cubos llenos de agua procedente de los establos. Los invitados que quedaban allí se habían reunido en pequeños grupos y estaban aterrorizados.

—¡Alto! —gritó él con fuerza, para que pudieran oírlo.

Los sirvientes se detuvieron intentando recuperar el aliento. Los cubos estaban medio vacíos por culpa de las prisas y de la distancia que tenían que recorrer para transportarlos del establo a la mansión.

Simon llegó a la terraza y saltó para subirse a la fuente de mármol.

—Ellos solos no pueden luchar contra este incendio —les dijo a los invitados, señalando a los criados—. ¡Si queremos acabar con él, necesitamos a todos los hombres disponibles! Dentro de la casa todavía queda gente atrapada que necesita ser rescatada.

Al principio nadie se movió. Simon escudriñó al grupo y detuvo la mirada en un joven que parecía estar en excelente forma física.

—Tú —le ordenó, señalándolo con un dedo—, ven aquí.

El elegido dudó un instante antes de acercarse. Iba a medio vestir, era obvio que se había metido la camisa dentro de los pantalones con prisas y llevaba el chaleco y la chaqueta sin abrochar. A juzgar por el estilo y la calidad del atuendo, pertenecía a la alta sociedad, pero a Simon no le importó lo más mínimo. Para él las clases sociales desaparecían cuando la vida de alguien estaba en peligro.

Cogió al joven por el codo y lo colocó delante de la puerta de la terraza. Entonces fue a por más hombres. Algunos desviaron la vista y otros se mostraron reticentes, pero al final formaron una fila que iba de la terraza a la fuente y poco a poco el nivel de entusiasmo fue aumentando.

Simon cogió el cubo de unos de los sirvientes, lo llenó de agua en la fuente y se lo pasó al primer hombre de la fila. El cubo fue pasando de uno a otro. Cada vez había más, formando una hilera que salía casi desde el interior de la galería, que seguía en llamas, hasta la terraza.

Los hombres iban cambiando de sitio sin necesidad de decirse nada: el primero de la fila vaciaba el cubo y caminaba hasta la fuente, donde soplaba aire fresco, con el cubo vacío y el segundo ocupaba su lugar, vaciaba el agua de su cubo y vuelta a empezar.

De ese modo, el agua empezó a llegar con un flujo constante a la mansión.

Simon miró hacia el descampado y vio a Lysette que, de pie al la do de otras dos mujeres, lo contemplaba fijamente a través de la máscara roja. Sintió un profundo alivio al comprobar que estaba sana y salva, con su vestido blanco brillando como una perla a la luz de la luna. Pero, en un instante, el alivio se convirtió en miedo.

Ver a Lysette le dolió como si lo hubiesen apuñalado en el costado. Era peligroso que la joven estuviese allí, y Simon no podía luchar contra el fuego si estaba preocupado por ella.

Abandonó su puesto sin pensárselo dos veces y, con los puños cerrados, se dirigió hacia el pequeño grupo de mujeres.

—Necesito que te vayas a casa —le dijo cuando llegó a su lado, saludando brevemente con una inclinación de cabeza a las otras dos damas, una con peluca y la otra morena.

La de la peluca cogió a Lysette por el codo.

—Yo le estaba diciendo lo mismo.

La joven abrió la boca para contestar, pero Simon se lo impidió:

—¡Ahora mismo! —le ordenó bruscamente—. No puedo pensar si estás aquí.

Y, dicho esto, echó a andar por el lateral de la mansión con pasos tan firmes y largos que las tres damas tuvieron que correr para alcanzarlo.

Cuando llegaron al camino de entrada, Simon silbó con tal ímpetu que llamó la atención hasta del último cochero. La dama de pelo negro entró entonces en acción y corrió deprisa hacia un carruaje, pidiéndoles a las otras dos que la siguieran.

Lysette le tendió una mano a Simon.

—Ven con nosotras —le suplicó.

Él le cogió la mano enguantada y le dio un beso.

—Aquí me necesitan —dijo y, apartándose del carruaje, cerró la puerta. Miró al cochero y le dio la orden de partir—. Ten cuidado —añadió, en dirección a Lysette.

El cochero hizo restallar el látigo y el vehículo se puso en marcha. Los otros carruajes se apartaron para hacerle sitio y en cuestión de minutos desapareció de la vista de Simon.

Simon sintió que el peso que le oprimía los hombros se aligeraba levemente. Ahora podía centrarse en la ardua tarea que tenía por delante.

Giró sobre sus talones y volvió corriendo a la casa.

—*Mon Dieu*! —exclamó Marguerite, mirando por la ventana la columna de humo que salía de la mansión de Orlinda—. ¿Quién era ése?

—Simon Quinn —contestaron Lynette y Solange al unísono.

Lynette miró a la cortesana con las cejas levantadas.

—Sería un error imperdonable por mi parte no saber el nombre de un hombre tan guapo —se justificó Solange con una sonrisa, y Lynette sintió el aguijón de los celos.

A juzgar por las conversaciones que había oído a escondidas, era evidente que el señor Simon Quinn despertaba una cantidad inusual de lujuriosas fantasías en muchísimas damas, pero ahora que lo había conocido íntimamente no quería compartirlo con nadie. Ni siquiera en sueños. Su pasión era adictiva y la quería sólo para ella.

Marguerite apartó la mirada de la ventana.

—Y ¿qué es Simon Quinn?

—Nadie lo sabe con certeza —contestó Solange encogiéndose de hombros—. Pero en una ocasión tuve un amante que era amigo íntimo de Talleyrand, el agente-general, y me dijo que estaban convencidos de que era un espía inglés.

—¡Es irlandés! —la corrigió Lynette.

—Es un mercenario —replicó Solange—. Su lealtad está en venta.

Tal vez esa frase debería haber mitigado la fascinación de Lynette, pero no lo hizo.

—¿Por qué te ha tratado como si te conociera? —le preguntó Marguerite en tono acusatorio.

Lynette se inclinó hacia delante.

—No me conoce a mí, conoce a Lysette.

Su madre palideció.

—¿Qué estás diciendo?

—Me ha llamado Lysette, *maman*, y me ha tratado como si me conociera muy bien.

—Eso es imposible.

—¿De verdad lo es? —Lynette se quitó la máscara—. Me ha mirado directamente a los ojos y me ha llamado Lysette. Es imposible que sea una mera coincidencia.

—¿Te has quitado el antifaz delante de él? —susurró Marguerite, con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno... —Lynette se sonrojó—, me lo ha quitado él.

—¡Lynette! —la riñó su madre, irguiéndose indignada—. ¿Cómo has podido dejarle? Tendría que haberte arrastrado conmigo a la cocina cuando ese torpe me manchó de vino. He confiado en ti, creía que ibas a portarte bien durante mi ausencia.

—Marguerite... —intentó tranquilizarla Solange.

—¡Y tú! —Marguerite fulminó con la mirada a su mejor amiga—. Venir aquí esta noche ha sido idea tuya. Tendrías que haberla vigilado.

—*Mon amie*. —Solange se rio—. Nadie puede detener a una mujer decidida.

—Eso no justifica tu falta de vigilancia.

—¿Acaso mi «vigilancia» sirvió de algo en tu caso? A mí me parece que la hija tiene el mismo gusto para los hombres que la madre.

Marguerite abrió la boca, pero la cerró de golpe y el rubor se extendió por sus mejillas.

Los ojos de Lynette iban de una mujer a otra sin entender nada. Su padre no se parecía en nada a Simon Quinn.

—Lo de Lysette... —retomó el tema con cuidado.

—¿Cómo es posible que la conociera? —preguntó su madre, cuyo mal humor iba en aumento.

—Eso es exactamente lo que tengo intención de preguntarle a Quinn —contestó Lynette.

—No —sentenció la mujer, con tanta autoridad que Lynette se sorprendió—. Vas a mantenerte lejos de él.

—¡Tenemos que saberlo! —protestó ella—. ¡Tengo que saberlo!

—¡He dicho que no, Lynette! Y no volveremos a hablar de este tema nunca más. Tu

hermana está muerta.

—Pero no me digas que no ha sido espectacular el modo en que nos ha sacado de la casa —susurró Solange.

Marguerite la fulminó con la mirada.

Lynette sabía que había llegado el momento de morderse la lengua y eso fue precisamente lo que hizo, pero la rotunda negativa de su madre la inquietó profundamente.

A pesar de ello, iría a ver al señor Quinn.

Quería averiguar si su hermana tenía algún secreto que ella desconocía y nada podría impedírselo.

Y mucho menos si ese secreto era Simon Quinn.

Edward James llegó a la verja de la entrada principal y se detuvo con Corinne inconsciente en sus brazos. La impaciencia y la preocupación batallaban dentro de él mientras esperaba que Desjardins apareciese y le arrebatase a la mujer a la que había salvado.

El conde se acercaba a él cuando se abrió la puerta y en el umbral apareció un hombre alto y moreno que se detuvo al verlos.

—Milord —saludó el hombre al conde con la voz ronca por culpa del humo.

—Quinn —contestó Desjardins.

Edward notó la tensión que emanaba del tal Quinn, lo que le hizo sujetar a Corinne con más fuerza. Ella, ya consciente, se acurrucó contra su torso.

Quinn miró la nuca despeinada de Corinne y después observó el destrozado vestido amarillo, ahora cubierto de hollín.

—¿Necesita ayuda?

—Ahora ya sólo puede ayudarla un médico.

Quinn asintió y se apartó para dejarlos pasar.

El conde apresuró la marcha y, frenético, le hizo señas a su cochero, que los estaba esperando junto a otros vehículos en la entrada de la verja. Cuando se percataron de que Edward llevaba a una mujer herida en brazos, iniciaron el arduo proceso de abrirles paso.

Al llegar al carruaje, el lacayo de Desjardins les abrió la puerta y Edward empleó las últimas fuerzas que le quedaban para entrar con Corinne en él. La tumbó con cuidado sobre la banqueta de piel y se dio media vuelta para irse, pero entonces descubrió al conde bloqueándole la salida.

Edward no dijo nada, se sentó junto a Corinne y dio las gracias en silencio por poder estar a su lado un poco más.

El carruaje se puso en marcha mientras él cerraba los ojos y, cansado, apoyaba la cabeza en el mullido respaldo. Las respiraciones doloridas y entrecortadas de los tres ocupantes resonaron en el pequeño interior del vehículo. Edward pensó en lo que había sucedido a lo largo de ese día, en lo completamente distinto que se sentía esa misma mañana. Sin responsabilidades. Completamente centrado.

Ahora, apenas unas horas más tarde, estaba irremediablemente involucrado en la vida de una mujer que seguro que sólo le iba a causar dolor.

Pero a esas alturas ya no podía evitarlo. Estaba fascinado con ella y él jamás había podido resistir la tentación de analizar cualquier cosa que lo fascinara.

Los misterios existían para que alguien los resolviera.

Simon observó a Desjardins y al señor James entrar en el carruaje con la mujer herida y se preguntó por qué y cómo era posible que los planes del conde hubiesen cambiado tan drásticamente en solo un día. Esa mañana, Desjardins había reclamado los servicios de Lysette para engatusar a James, pero luego Lysette había estado en sus brazos, por lo que no había podido seducir a James. A pesar de ello, el conde y ese hombre parecían llevarse a las mil maravillas.

La situación lo desconcertó y tuvo un mal presentimiento que le erizó el vello de la nuca. Algo no encajaba, y el repentino cambio de Lysette era muy sospechoso. Pero él había sentido tanta lujuria que no le había importado lo más mínimo. En lo único que podía pensar era en que quería meterse dentro de ella y quedarse allí hasta recuperar la capacidad de pensar.

Frustrado porque llegó a la conclusión de que se la estaban jugando, Simon gritó furioso y volvió corriendo a la mansión. Escudriñó cada ventana que se encontró a su paso en busca de alguien con vida en su interior, aunque confiaba en que todo el mundo estuviese sano y salvo y lejos del fuego. Sus ojos se detuvieron en los cristales rotos que había frente a una ventana, junto con una butaca destrozada. Todo ello contaba la historia de alguien desesperado por seguir con vida.

¿Cómo diablos había empezado ese incendio?

Simon llegó a la terraza y vio aliviado que la fila de cubos de agua seguía funcionando.

Se unió a ellos y se quedó hasta bien entrado el amanecer. Mientras, su mente no paró de darle vueltas al misterio que representaban Lysette, Desjardins y James.

8

—¿Qué diablos le ha pasado? —le preguntó Eddington cuando Simon entró agotado en su casa, poco después de las nueve de la mañana.

El olor fresco y limpio del interior de su hogar lo reconfortó, después de haberse pasado toda la noche oliendo a humo. Miró la ropa empapada de agua e impregnada de cenizas que llevaba y supo que iba a tener que tirarla. Jamás lograría quitarle el hedor a quemado. El conde, sin embargo, acababa de bañarse y llevaba un batín que parecía muy cómodo.

—Va a comprarme un vestuario nuevo —le avisó Simon, quitándose la chaqueta y manchando la alfombra de ceniza con ello.

Eddington arrugó la nariz.

—Dios santo, está hecho un desastre.

—La mansión de la baronesa Orlinda se ha incendiado durante el baile. —Simon pasó junto al conde y se dirigió directamente a la escalera.

—¿Por accidente? —Eddington se apresuró a seguirlo.

—Eso parece. Un quinqué mal sujeto en un pasillo.

—¿Qué probabilidades hay de que pase algo así?

Simon se rio.

—¿Ha habido heridos?

—Sólo inhalación de humo y quemaduras leves. Ha sido un milagro, teniendo en cuenta el estado en que ha quedado la mansión.

Abrió la puerta de su dormitorio y dejó que la sensación de volver al hogar lo reconfortase. Había comprado aquella casa amueblada y era más que evidente que al anterior propietario le encantaba dormir, porque la cama era enorme y muy cómoda, las cortinas pesadas y gruesas, mientras que los muebles de nogal creaban una atmósfera agradable y masculina.

—Pero eso no es todo —añadió Simon, bostezando y mirando ansioso el lecho.

Su ayuda de cámara adivinó sus intenciones y se apresuró a colocar una toalla en el taburete, para que él pudiese sentarse encima y quitarse las botas. Luego el sirviente los dejó solos y fue a prepararle el baño.

—¿Ha sucedido algo más? —preguntó Eddington, abriendo los ojos.

El elegantísimo conde cambió su asiento por una de las butacas que había frente a la chimenea y le sonrió a la guapa doncella que estaba avivando el fuego. Ella se sonrojó y le hizo una breve reverencia antes de salir de la habitación y dejar a los dos caballeros.

—*Mademoiselle* Rousseau ha intentado seducirme.

—¿Intentado? —El conde se rio y Simon lo fulminó con la mirada.

—Ayer por la mañana estaba decidida a seducir a Edward James y esta noche James y Desjardins no han parado de susurrarse confidencias mientras Rousseau intentaba seducirme a mí.

—Interesante —murmuró el conde—. ¿Qué cree que está pasando?

Simon arqueó una ceja y se quitó el chaleco y los tirantes.

—Creo que usted va a devolverme todo mi dinero, tanto si acepto seguir adelante con esta misión como si no. Si esa gente ha decidido convertirme en su objetivo, nada de lo que pase a partir de ahora podrá hacerme cambiar de opinión o renegociar las condiciones.

—Y ¿cómo piensa obligarme?

Él levantó las manos y le enseñó los puños.

—Entiendo —contestó Eddington, estremeciéndose.

Las increíbles dotes pugilísticas de Simon fueron lo que llamaron la atención del conde al principio. Lo había visto ocuparse de casi una docena de hombres él solo y salir de la escaramuza con dos únicos moratones. Pensó que alguien así podía serle muy útil y decidió contratarlo de inmediato.

Simon dejó de ser el amante de lady Winter cuando la dama contrajo matrimonio y fue entonces cuando aceptó la oferta de Eddington. En muy poco tiempo, demostró que era tan rápido con la mente como con los puños.

—¿Cree que están intentando involucrarlo? —le preguntó el conde, pensativo—. Si lo acusaran de cometer un crimen contra Franklin y se supiera que trabaja para la Corona de Inglaterra, seguro que tanto los franceses como los revolucionarios nos odiarían un poco más.

—Sí, supongo que es posible —convino Simon, quitándose la camisa por la cabeza para después empezar a desabrocharse los pantalones—. Pero esta noche han sucedido más cosas raras. Mientras Desjardins y James seguían hablando, Lysette estaba conversando con dos damas.

—¿Qué dos damas?

—No estoy seguro. La verdad es que no les he prestado demasiada atención, sólo me he fijado en que las dos parecían muy protectoras con ella, incluso maternales. Lysette no es de la clase de mujer que suele caer bien a las de su propio sexo, si sabe a qué me refiero.

—Curioso. —Eddington apoyó los codos en los reposabrazos y, pensativo, se acarició el labio inferior—. ¿Qué piensa hacer?

—Darme un baño y dormir un rato. —Simon se encaminó hacia el cuarto de baño, pues, gracias al borboteo del agua, dedujo que la bañera ya estaba lista—. Y después visitaré a *mademoiselle* Rousseau y le preguntaré directamente qué pretende.

—¿Cree que se lo dirá? —inquirió el conde, dubitativo.

—No, pero al menos sabrá que sé que están tramando algo.

—Tal vez debería pedirle ayuda a alguien.

—Tal vez lo haga. —Simon esquivó la sugerencia, porque ya lo había pensado y no quería compartir esa clase de información con él.

—Me encargaré del tema personalmente —se ofreció Eddington—. Le pedí a Becking que se quedase en Francia durante mi estancia, así que será mejor que le dé un poco de trabajo.

—Excelente, milord —contestó y cerró la puerta tras él.

Edward se despertó al oír un espantoso ataque de tos. Se incorporó en la butaca y miró a su alrededor y durante un segundo lo sorprendió descubrir que seguía en casa de Corinne. Lo último que recordaba era estar escuchando las órdenes del médico diciendo que debían refrescar a Corinne si le subía la fiebre y succionarle la boca y la nariz a intervalos regulares para que

pudiese respirar.

Miró el reloj que había en la repisa de la chimenea. Pasaban unos minutos de las nueve de la mañana.

Se puso en pie y estiró los brazos para recuperar el movimiento de los músculos, que se le habían quedado anquilosados después de pasarse la noche durmiendo en aquella butaca. Iba a llegar tarde al trabajo por primera vez en toda su vida.

Tendría que irse a su casa de inmediato, escribirle una nota a Franklin disculpándose por el retraso, bañarse y prepararse para el resto del día.

Miró a su alrededor en busca de sus cosas y después se acercó a la puerta que separaba el saloncito donde había pasado la noche del dormitorio de Corinne. Llamó a la puerta con suavidad y esperó a que ella le diese permiso para entrar, pero al no recibirlo entró de todos modos.

El salón adjunto estaba decorado en distintos tonos de beige y los muebles eran de madera clara, pero el dormitorio era mucho más femenino, pintado con colores rosa y rojizos, y la madera era blanca. Ambas habitaciones estaban impregnadas del perfume floral de la joven. Un perfume inocente, nada seductor, pero que a Edward lo atraía irremediablemente.

Entró en el dormitorio y no dejó de mirar ni un segundo a la mujer menuda que estaba acurrucada en medio de aquella enorme cama con dosel.

El pecho de Corinne subía y bajaba con rapidez, el aire silbaba al salirle por la nariz y en los orificios se le formaban unas burbujas de moco negro. Furioso, se acercó a la silla donde estaba sentada el ama de llaves, dispuesto a sermonearla, pero vio a la anciana dormida y completamente ajena a las necesidades de su señora. Tenía la cofia ladeada, de la que sobresalían unos rizos grises que le caían sobre la frente arrugada.

Edward suspiró frustrado y se acercó a la cama, donde succionó con mucho cuidado las fosas nasales de Corinne, dándose cuenta de que hasta entonces nunca había cuidado de nadie. Ni siquiera de sí mismo cuando se ponía enfermo. Él no tenía tiempo ni dinero como para permitirse dejar de trabajar si enfermaba.

Cuando terminó, empapó un paño en el agua que había en un cuenco encima de la mesilla y lo pasó con cuidado por el pálido rostro de la joven. A pesar de los efectos de la inhalación de humo, seguía siendo muy hermosa. Tenía la cejas perfectamente delineadas, una boca carnosa y sensual y pómulos marcados y elegantes.

Le dolía verla tan indefensa y sabía que el servicio de aquella casa —un ama de llaves y un mayordomo ancianos, y el hijo de ambos que ejercía de lacayo— no podían cuidar de Corinne como ésta necesitaba. Si quería que siguiera con vida, y era evidente que lo quería, tendría que cuidarla él. No podía contratar a nadie más, ni siquiera temporalmente, y no sabía qué clase de relación tenía ella con el conde Desjardins, ni, por tanto, si él se podía acercar al noble y pedirle ayuda.

Edward no podía hacer nada en nombre de Corinne. Ellos dos eran unos completos desconocidos.

—Maldita sea —masculló, agobiado por las complicaciones que ella representaba.

Corinne frunció el cejo al oír su voz y Edward le pasó el pulgar por la frente para tranquilizarla.

Después suspiró y salió del dormitorio, bajó los escalones de dos en dos y se dirigió apresuradamente a la cocina. Allí encontró al mayordomo y al lacayo hablando con un repartidor frente a la puerta del domicilio.

—Señor James —lo saludó el mayordomo con un pésima reverencia.

Pésima por culpa de la edad y también de la artritis, sospechó Edward. Dudaba de que aquel hombre pudiese ocuparse de la casa, por pequeña que fuese, sin la ayuda de su robusto hijo.

—*Madame* Fouché se ha quedado dormida arriba —contestó Edward cortante—. Me he ocupado de *mademoiselle* Marchant yo mismo, pero tiene que cuidarla alguien que esté despierto y que sea capaz de seguir las instrucciones del médico cada media hora.

—Sí, por supuesto. —El mayordomo se sonrojó avergonzado, pero no tuvo el sentido común de pedirle ayuda a Edward.

—Si usted se queda con ella durante el día, yo volveré y la cuidaré durante la noche —propuso él.

—Señor —empezó el mayordomo, irguiéndose tanto como pudo—, su ofrecimiento, aunque es muy generoso de su parte, no es necesario, se lo aseguro. No tiene por qué molestarse.

Edward sonrió forzado.

—Volveré esta noche; si para entonces sigue opinando igual, me iré.

Ante esa respuesta, la única salida que le quedaba al mayordomo era volver a quejarse, así que el hombre se limitó a hacerle otra extraña reverencia y a fulminar a su hijo con la mirada.

Edward se marchó con su habitual paso firme y decidido y se puso la chaqueta en el vestíbulo. Miró el reloj otra vez y, con un suspiro, abandonó la casa.

Odiaba llegar tarde.

La cortesana residía en una casa pequeña pero elegante, en una zona de la ciudad que sólo podían permitirse los comerciantes más ricos.

La procesión de carruajes y de jinetes a caballo era constante, pero fluía con normalidad. Lo que significaba que, si se quedaba observando la casa, no tardaría en ser descubierto. Por eso mismo no lo hizo. Una de las doncellas de Solange Tremblay se acercó al carruaje sin escudo que había al otro extremo de la calle a la hora prevista. No le resultó fácil, pues el ama de llaves no le quitaba ojo y la obligaba a hacer más de tres cosas a la vez. Pero ella era una chica con muchos recursos.

La doncella mantuvo la cabeza gacha y caminó un poco por la acera, después cruzó y deshizo parte del camino para llegar al carruaje negro. Se detuvo frente a la puerta.

—¿Y bien?

Las cortinas negras estaban echadas para evitar que viese el rostro de su interlocutor. A ella no le importaba lo más mínimo no verlo, lo único que le importaba era el dinero.

—No han hecho planes para irse.

—Comprendo.

Hubo algo siniestro en el modo en que el hombre del carruaje pronunció esa palabra, y la joven sintió un escalofrío.

Una mano enguantada apareció en la ventana con una bolsa llena de monedas. Ella la cogió e hizo una leve reverencia, aunque dudaba que él pudiese verla.

—*Merci beaucoup, monsieur*.

Siempre era mejor ser educado con la mano que te da de comer. La doncella no tenía ningún problema en discutir con el ama de llaves, pero a *madame* Tremblay siempre le sonreía. Si terminaban echándola del servicio por culpa de sus malos modos, L’Esprit ya no volvería a

contratarla y entonces perdería sus dos fuentes de ingresos.

Volvió a la casa del mismo modo que había venido, pero acelerando el paso para evitar que alguien se percatase de que no estaba en su trabajo.

L'Esprit observó a la mujer hasta que ésta desapareció por la verja lateral reservada a los miembros del servicio. Ella no se dio media vuelta para mirarlo, un detalle insignificante pero que él agradeció profundamente. Era muy difícil encontrar buenos trabajadores.

Se apoyó en el cojín del respaldo y dio unos golpes en el techo. El cochero silbó y el carruaje emprendió la marcha.

Marguerite había vuelto a París.

Ya se lo temía, por eso hacía tantos años que había contratado a esa doncella y la había infiltrado en casa de Solange. Era el modo más fácil y económico de tenerla vigilada y sabía que tarde o temprano recuperaría la inversión.

Nada ni nadie podría entorpecer el plan que había puesto en marcha hacía dos décadas.

Y mucho menos Marguerite Baillon.

A las cinco de la tarde, la casa de Corinne estaba tan silenciosa como una tumba.

Edward se sentó al escritorio de la dama y trabajó en silencio, mirándola de vez en cuando para comprobar su respiración. Había llegado pasadas las cuatro y la había encontrado ardiendo de fiebre y a los tres miembros del servicio exhaustos. El lacayo se había pasado todo el día subiendo y bajando agua y el ama de llaves había bañado a Corinne tantas veces que le dolían los brazos.

Cuando lo vieron llegar suspiraron aliviados y dejaron agradecidos que se encargase de ella. Él se había pasado todas esas horas averiguando cómo cuidar a alguien con las dolencias de Corinne.

Lo primero que hizo fue instalarla en la habitación de invitados. Después, *madame* Fouché le quitó el camisón empapado de sudor y Edward aprovechó para cambiar las sábanas de la cama por otras limpias. Ordenó que le diesen otro baño a la joven y que le humedeciesen las axilas, la parte interior de los brazos y la planta de los pies con vodka. Ahora Corinne olía como si estuviese borracha, pero le había bajado considerablemente la fiebre. El ama de llaves volvió a vestirla y Edward la llevó de nuevo en brazos hasta la cama recién hecha.

Como muestra de agradecimiento por su dedicación, les dijo a los Fouché que podían retirarse antes. El hijo, Thierry, que debía de rondar la treintena, como Edward, se quedó trabajando. Con sólo dos personas despiertas en la casa, el silencio era sepulcral, completamente opuesto al bullicio de una hora antes. Ese ambiente de tranquilidad permitió a Edward pensar en lo mucho que se estaba involucrando en la vida de Corinne y en lo poco que sabía de ella.

Y por eso suspiró aliviado cuando alguien llamó impaciente a la puerta. Era exactamente la clase de distracción que necesitaba.

Detuvo la pluma sobre el papel y aguzó el oído. Segundos más tarde, oyó voces, pero estaban demasiado lejos como para distinguir lo que decían. Convencido de que era Desjardins, esperó a que se abriera la puerta, pero cuando vio que no sucedía nada, se puso en pie y salió al pasillo.

Desde allí podía ver directamente el final de la escalera y el vestíbulo de mármol. Thierry estaba de pie frente a la puerta de la calle, hablando con alguien. Por fin terminó la conversación

y el sirviente cerró y volvió al interior de la casa.

Intrigado por ver quién más formaba parte de la vida de Corinne, Edward cruzó el rellano y entró en el salón de aquel piso. Se acercó a la ventana y apartó la cortina para ver la calle que pasaba por delante.

El hombre llamado Quinn estaba aflojando tranquilamente las riendas de un caballo que antes había atado a uno de los postes de la calle. El corte y la calidad de la tela de su atuendo dejaban claro que pertenecía a la clase rica y privilegiada, y su montura lo confirmaba.

¿De qué conocía a Corinne?

Quinn se detuvo justo antes de meter la bota en el estribo, levantó la cabeza y recorrió la casa con la vista hasta encontrarse con la mirada de Edward. La tensión que desprendía su musculoso cuerpo era palpable a pesar de la distancia que los separaba.

Por un instante, Edward se planteó dar un paso atrás y desaparecer de su vista. No tenía ningún derecho a inmiscuirse en la vida de Corinne. Ellos dos no eran nada, ni siquiera conocidos. Cuando se despertase, probablemente se pondría furiosa con él por haber cogido las riendas de su casa y de su vida con tanta arrogancia, mientras ella no podía hacer nada para evitarlo.

Pero otra parte de él que llevaba mucho tiempo escondida había salido a la superficie, y ésa quería conquistar a la bella Corinne, por lo que no había sido capaz de resistirse. Poseería a Corinne. Sólo así tendrían sentido todas las locuras que había cometido desde que la había conocido.

Contempló con detenimiento a ese hombre que tal vez fuera su rival. Eran dos polos completamente opuestos, excepto por la expresión de sus rostros. El de Quinn reflejaba a la perfección cómo Edward se estaba sintiendo: tenso, desafiado y malevolente.

¿Ése era el hombre que le había hecho tanto daño a Corinne? ¿El que la había convertido en una mujer asustada y la había dejado con la mirada vacía?

Edward apretó los puños.

—Averiguaré quién eres —lo amenazó en voz baja.

Quinn se tocó el ala del sombrero y le sonrió mostrando los dientes antes de montar.

Era imposible que lo hubiese oído o que le hubiese leído los labios, pero era evidente que aceptaba el desafío.

Una complicación más en aquel asunto ya de por sí tan extraño.

Edward soltó la cortina y volvió al lado de Corinne.

Simon entró en el vestíbulo de su casa y se quitó los guantes dedo a dedo, con movimientos deliberados y completamente simétricos. Lo hacía para calmarse, pero no estaba surtiendo efecto. Estaba tan furioso que tenía la respiración acelerada y le dolía el cuello de la tensión acumulada.

Edward James estaba con Lysette mientras se suponía que ésta estaba «indispuesta». El hombre había aparecido junto a la ventana sin chaqueta ni chaleco, como si estuviese en su casa, y había adoptado una actitud defensiva y posesiva.

Simon ya había jugado antes a ese juego: tener que competir con otro hombre para ganarse el interés de una dama. Era divertido y en muy pocas ocasiones le había importado el resultado. Si ganaba y se quedaba con la mujer, practicaba sexo salvaje con ella. Si perdía, aceptaba la derrota con una sonrisa y se buscaba a otra.

Pero esa vez estaba furioso. Quería pensar que era sólo una cuestión de honor, sin embargo, la realidad era mucho más preocupante. Durante los breves minutos que estuvo con Lysette en la biblioteca fue feliz. No estuvo meramente satisfecho, ni relajado, sino que fue feliz. Y saber que para ella no había significado nada lo dejaba con un sabor de boca más amargo de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Y tampoco podía ignorar la sensación que tenía desde ese encuentro de que se estaba volviendo loco. Hasta la noche anterior él odiaba a Lysette. Y ahora, de repente, tenía ganas de asesinar a cualquier otro hombre que quisiera estar con ella.

En aquel mismo instante.

Subió la escalera hacia el dormitorio refunfuñando, con intención de quitarse el traje de montar y ponerse un atuendo más adecuado para llevar a cabo las actividades nocturnas que tenía previstas para desquitarse. Si echaba un polvo, seguro que dejaría de pensar en ella. Se le despejaría la mente y podría ocuparse del asunto con profesionalidad.

—Señor Quinn, tiene visita.

Simon se detuvo a medio camino de quitarse el pañuelo de cuello. Se encontró la mirada de su mayordomo en el espejo que colgaba del interior de la puerta del armario.

—¿Quién es?

—La señorita no me ha dicho su nombre, señor.

Se tensó al oír que su visitante inesperado era una mujer.

—¿Es rubia y hermosa?

El hombre se mordió los labios.

—Sí, señor.

Simon tembló de rabia, y la frustración le hizo hervir la sangre. Tiró del pañuelo y lo lanzó al suelo. Seguro que Lysette había salido tras él al enterarse de que había ido a verla. Tal vez creía que el comportamiento posesivo de James había echado a perder los planes que tenía para él, fueran cuales fuesen.

Por un segundo se planteó la posibilidad de echarla de allí sin recibirla, sólo para ponerla furiosa, pero entonces recordó la amenaza de Eddington y se mordió la lengua. Cuanto antes averiguase qué pretendía Lysette, antes podría deshacerse de ella y de aquella pandilla de espías de tres al cuarto.

—¿Dónde está el conde? —le preguntó al mayordomo.

—Ha salido, señor.

Simon salió del dormitorio a grandes zancadas y bajó al piso inferior. Era vagamente consciente de que su mayordomo lo seguía, pero no le hizo ningún caso. No tenía intención de invitar a su «visita» a tomar el té ni nada por el estilo. Como mucho, se tomaría él solo una copa.

Se detuvo en la puerta que conducía al salón y vio a Lysette elegantemente sentada en el extremo de su butaca amarilla. Llevaba un vestido color borgoña que él jamás habría imaginado que pudiese llevar y que hacía resaltar mucho su piel blanca. En una esquina de la mesa baja descansaba un elaborado sombrero a juego con el ridículo que ella sujetaba nerviosa en el regazo.

Era la viva imagen de la elegancia y la aristocracia... hasta que lo miró con aquellos ojos azules que lo habían atraído sin remedio en el baile y lo habían impulsado a abrazarla.

Entonces, algo parecido a un hormigueo recorrió la piel de Simon, lo quemó, lo hizo estremecer, lo hizo sudar. El corazón le latió más deprisa y el pecho le subió y bajó descontrolado.

A medida que iba adentrándose en el salón, la inseguridad que había aparecido en el rostro de ella cuando lo vio entrar fue convirtiéndose en admiración. Lysette bajó la vista hasta el cuello desnudo de Simon y se pasó la lengua por el labio inferior.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, el deseo desnudo y carnal que Simon vio en las aguas cristalinas de sus ojos le tensó todos los músculos del cuerpo y la lujuria lo embargó. Hacía un cuarto de hora se había planteado vengarse de ella. Ahora, lo único que quería era levantarle la falda y poseerla hasta llevarla al orgasmo.

A un orgasmo tras otro.

Furioso, perdió los estribos.

—¡Bah! No vales la pena —le espetó y, girando sobre sus talones, abandonó el salón.

—¡Señor Quinn... espere!

Se volvió de nuevo y vio que lo estaba persiguiendo.

—Me llamo Simon y lo sabes perfectamente.

Ella se detuvo, tenía la respiración tan entrecortada como él.

—Por favor. Permite que me presente. Soy...

—Sé jodidamente bien quién eres, ¡y estás como una cabra!

—Lynette Baillon —prosiguió ella, decidida—, hija del vizconde Grenier. Creo que es posible que conocieras a mi hermana, Lysette Baillon. Y quizá íntimamente... a juzgar por lo de anoche.

Simon se quedó petrificado, ni siquiera podía parpadear.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tú a mí no me conoces —le dijo en voz baja—. Hasta anoche no nos habíamos visto nunca.

9

O aquella mujer estaba loca o era la respuesta a sus plegarias.

Simon entrecerró los ojos y se dispuso a examinar a Lysette —Lynette— desde sus cabellos dorados hasta el borde de su vestido, que rozaba el suelo. Se percató de las elaboradas puntillas que sobresalían por debajo de la falda, de la estrecha cintura, del pronunciado escote, que dejaba al descubierto unos tentadores pechos blancos. Era un vestido diseñado para potenciar los encantos femeninos, y Lysette jamás se vestía para provocar. En realidad, su estilo podía definirse como discreto.

Lynette. Lysette.

—Gemelas —dijo, mareándose al comprenderlo.

—Sí.

De todas las cosas que probablemente tendrían que haberle pasado por la cabeza a Simon en aquel momento, la única que cuajó fue que por suerte no se estaba volviendo loco. No odiaba y deseaba a una misma mujer con incontrolable vehemencia. Odiaba a Lysette. Deseaba a Lynette.

La cogió del codo para hacerla entrar de nuevo en el salón, cerró la puerta de una patada y le hizo dar la vuelta para que lo mirase a los ojos. Antes de que el sentido común volviese a asomar la cabeza, o de que ella tuviese tiempo de decirle lo enfadada que estaba, Simon atrapó su rostro con ambas manos y la besó con brutal intensidad.

Lynette se tensó un segundo y acto seguido se derritió. Descansó el cuerpo en el de él y le sujetó las muñecas con las manos. Gimió y se pegó a él, con lo que la voluminosa tela de la falda rozó su dura erección haciéndolo enloquecer de deseo.

Simon giró llevándola consigo y apretó a Lynette contra la puerta, dobló primero las rodillas y después se irguió para acariciarle todo el cuerpo con el suyo. Ella suspiró mientras él le deslizaba la lengua por el labio inferior, lamiéndola, saboreándola, absorbiéndola. A medida que la temperatura de Lynette iba aumentando con la pasión, su exótico perfume floral lo embriagó de deseo. Lynette era excepcional.

Le pertenecía.

—*A thiasce* —suspiró Simon en gaélico, perdido en ella.

Lynette le soltó las muñecas y lo rodeó por la cintura, y cuando él sintió sus menudas manos a través de la tela de la camisa, se estremeció y luchó por reprimir la necesidad de poseerla.

Nunca había estado tan desesperado por estar dentro de una mujer. E iba a estarlo. En aquel mismo instante. Nada podía impedírselo.

Giró la llave con dedos inseguros, le temblaban tanto las manos que ni siquiera podía cogerla. Soltó una maldición y echó la cabeza un poco hacia atrás para ver qué estaba haciendo la joven.

—¿Eráis amantes? —le preguntó ella con un susurro.

Simon la miró en cuanto la llave quedó echada. Lynette estaba sonrojada y despeinada, y dolorosamente hermosa. Aunque su rostro era el exacto reflejo del de Lysette, no se parecía en

nada a ésta. Lynette era suave y afectuosa, y se derretía en sus brazos, su perfume era seductor y no intimidante, y su pasión ardía con fuerza.

—No —contestó Simon, pensando en los cientos de preguntas que tenía que hacerle y dándose cuenta al instante de que no le importaban lo más mínimo las respuestas. Al menos, de momento.

—Entonces ¿por qué...?

—¿Por qué qué? —¿De qué diablos le estaba hablando?

Colocó la mano entre los dos y se buscó la trabilla de los pantalones.

Ella lo detuvo colocando ambas manos encima de la de él.

—¿Por qué eres tan... apasionado conmigo?

Simon se rio y le acarició la mejilla con la nariz.

—Qué manera tan elegante de decir que me estoy comportando como un animal en celo.

Lynette se sonrojó, pero no lo soltó.

—Normalmente suelo ser más delicado —le aseguró, mientras se obligaba a dar un paso atrás—. Pero hoy, por desgracia, estoy alterado.

—¿Alterado? ¿Tú? —Le sonrió y Simon notó una opresión en el pecho—. ¿El hombre que mantuvo la calma en medio de un incendio y sacó a todo el mundo de una casa en llamas?

—La lujuria quema con más fuerza que cualquier incendio. Y me muero de ganas por apagarlo.

—Es usted un hombre muy atrevido, señor Quinn.

Simon dudó entre seducirla allí mismo en el salón o llevársela a la cama, pero un soplo de tristeza pasó por el rostro de Lynette y consiguió lo que no había conseguido el sentido común: que fuese capaz de dominar su deseo.

Exhaló trémulamente y se pasó las manos por el pelo, para ver si así contenía las irrefrenables ganas de tocarla, de saborearla, de olerla. De estar con ella.

Le indicó que volviese a sentarse.

—¿De qué conocías a Lysette? —le preguntó ella al hacerlo, con la espalda recta y las manos en el regazo.

Le había dicho que era hija de un noble. Eso explicaría los buenos modales que Simon había detectado en su hermana.

Lo que no explicaba era cómo se había convertido Lysette en una asesina.

—Nuestra relación es difícil de explicar —murmuró—, pero te aseguro que no es de tipo romántico.

Lynette se sonrojó, pero no apartó los ojos de los de él.

—Anoche...

Simon sonrió avergonzado.

—Fue la primera vez que me sentí atraído por ella. Pensé que me había vuelto loco, era la única explicación que se me ocurrió para explicar un cambio tan drástico. No podía creerlo. Ni te imaginas el alivio que he sentido al descubrir que sois dos y no una.

—Entonces no sabes que Lysette se ha ido —dijo ella con suavidad.

Simon frunció el ceño.

—¿Ido adónde?

—Ido.

—Maldita sea. —Paseó nervioso y repasó los sucesos de la noche anterior. Desjardins. James. Éste llevando al carruaje del conde a una mujer inconsciente con un vestido amarillo.

James en la ventana en actitud protectora, no posesiva—. ¿Cuándo? ¿Esta tarde?

Lynette arrugó el ceño tanto como él.

—¿Disculpa?

—¿Cuándo ha muerto? —le preguntó despacio y un poco desorientado.

—Hace dos años.

—Eso no es posible, Lynette. Yo la vi ayer con mis propios ojos.

A Lynette se le retorció el estómago con violencia. Se sujetó del reposabrazos con fuerza para no caerse y de inmediato Quinn, Simon, se agachó delante de ella y la observó preocupado.

—Creo que hay demasiadas cosas que ni tú ni yo entendemos —le dijo, tranquilizándola con su acento irlandés—. Tal vez deberías contarme algo sobre tu Lysette y yo te contaré algo sobre la mía.

Lynette exhaló e inspiró despacio, para ver si así calmaba su pulso y su respiración. En cuestión de minutos, aquel hombre le había gritado, besado hasta dejarla sin aliento y ahora le decía que su hermana hasta el día anterior estaba vivita y coleando. Ella sabía que eso era imposible, tenía que haber un horrible error en algún lado, pero una diminuta parte de su ser saltó de felicidad. La parte que seguía sintiendo que Lysette estaba tan viva como cuando estaban juntas.

—Hace dos años —susurró—, mi hermana pereció en un accidente cuando el carruaje en el que iba volcó y se incendió por culpa de las lámparas.

Simon se levantó y se sentó a su lado.

—¿No tienes más hermanas?

—No. Ninguna más.

—¿Qué probabilidades hay de que exista una mujer tan parecida a ti y que no sea familia tuya?

—¿Y que además se llame Lysette? Ninguna. —Giró levemente la cabeza para mirarlo—. Tengo que verla.

Contempló el atractivo rostro de Simon y sintió que su presencia la calmaba. Era sorprendente que sintiera una conexión tan intensa con un desconocido, pero no dudaba de su sentimiento.

Él no dejaría que le pasara nada malo. De eso estaba completamente segura.

—Esa mujer no puede ser mi hermana. —Le tembló la voz y se aclaró la garganta—. Vi cómo la enterraban. Y no sólo eso, ella y yo estábamos muy unidas. Es imposible que haya estado dos años sin ponerse en contacto conmigo.

—No entiendo nada. —Se frotó la nuca—. Pero te aseguro que la Lysette que yo conozco no está... bien.

—¿Bien?

—De la cabeza.

—Oh... —Lynette se mordió el labio inferior—. ¿Cómo la conociste?

—No le conviene saber demasiado de mi vida, *mademoiselle*...

—Baillon.

Él frunció el cejo.

—Lysette se apellida Rousseau. ¿Te suena de algo?

—¿Rousseau? —Lynette intentó recordar si conocía a alguien con ese apellido y llegó a la conclusión de que no.

—*Mademoiselle*...

—Por favor —lo interrumpió ella—, sigue llamándome Lynette. Después de lo de anoche... y lo de antes. Tú casi... contra la puerta... —Se sonrojó.

Una de las grandes manos de Simon le acarició la mejilla con algo parecido a la devoción.

—Ni siquiera puedes decirlo, ¿verdad?

Lynette tragó saliva, la ternura que demostraba y el modo en que le estaba acariciando el pómulo la habían hipnotizado, y su caricia se extendía por todo su cuerpo.

La preciosa boca de él esbozaba una media sonrisa, lo que le provocó un cosquilleo en el estómago. Simon la recorrió con la mirada, de la cabeza a los pies.

—Has mencionado a tu padre, pero ningún esposo.

—No estoy casada.

—Por supuesto que no. —Negó con la cabeza—. Eres inocente. La hija de un noble.

El modo en que dijo esas palabras, tan resignado, impresionó a Lynette. Y entonces comprendió que no iba a hacerle el amor. Tendría que haberse sentido aliviada, pero se sintió muy decepcionada. Ella siempre había llevado la iniciativa con los hombres. Había coqueteado con ellos, se había burlado, había iniciado todas las conversaciones y las había llevado a donde había querido. En cambio con Simon él tenía el control y ella lo había perdido completamente. Era una sensación muy adictiva la de perderse en un hombre y saber que él estaba igual de perdido en ella.

—Dame algo de tiempo para investigar un poco más antes de hacer nada —le dijo él—. No tienes ningún motivo para confiar en mí, pero...

—Confío en ti.

—No deberías. —La sonrisa pícara volvió a aparecer en sus labios e, incapaz de evitarlo, Lynette se los acarició con los dedos.

A Simon le tembló un músculo de la mandíbula al sentir la caricia y sus ojos azules desprendieron tal ardor que ella se sonrojó.

Él le cogió la mano y le besó la palma. Sentir los labios de Simon en su piel la hizo estremecer.

—Yo nunca he sabido qué es la inocencia, Lynette. No sé qué hacer con ella, excepto corromperla.

—¿Qué es lo que me estás diciendo?

—Te estoy diciendo que si no te mantienes lo más lejos de mí que puedas y durante tanto tiempo como puedas, te seduciré y destrozaré tu reputación. —Su voz profunda añadió credibilidad a la amenaza—. Te meteré en mi cama y tu vida se convertirá en una telaraña de engaños, mentiras y peligros. Tu futuro será tan negro como ahora es brillante.

—¿Lysette Rousseau forma parte de esa vida, de este mundo que me estás describiendo? —le preguntó, al tiempo que levantaba el mentón.

—Sí.

—¿Eres un espía inglés? —Escudriñó el salón con la mirada, igual que había hecho al entrar. Volvió a fijarse en que tanto la decoración como los muebles eran caros. Predominaban los tonos rojos, que combinaban a la perfección con la madera más clara. Era un ambiente masculino y sin embargo acogedor.

—Lo era —contestó él como si nada. Pero cuando Lynette volvió a mirarlo, vio que él la estaba observando fijamente.

—¿Quieres saber cómo he obtenido esa información? —preguntó ella, y le sonrió—. Te aseguro que no he utilizado ningún método malvado. Una de las mujeres que estaba anoche

conmigo es cortesana. Uno de sus amantes, un hombre muy influyente, se lo comentó.

—¿Y cómo es que la hija de un noble se codea con una cortesana? —Simon posó la mano en el hombro de ella y con el pulgar le acarició la clavícula.

Ese gesto hizo que Lynette estuviese a punto de ronronear como un gato y que arqueara la espalda de placer.

—Mi madre la conoció hace años en la modista, cuando mis padres vivían en Francia.

—¿Y cómo es posible que la esposa de un noble tuviese cita con la modista a la misma hora que una cortesana? Lo habitual es que se procure evitar ese tipo de encuentros.

Lynette arrugó la nariz y se puso a pensar.

La mano de Simon la sujetó por la nuca sin previo aviso y tiró de ella para darle un beso en la nariz. Ahora que estaba cerca de él, su aroma se coló por sus fosas nasales, una mezcla muy sensual de cuero, y caballos y tabaco. Las imágenes de su último encuentro saturaron su mente... en la biblioteca... hacía pocos minutos contra la puerta...

Se excitó y gimió.

Simon soltó una maldición y se puso en pie al instante con un movimiento ágil y elegante.

—No puedo pensar cuando estás cerca de mí, y ahora necesito mi astucia más que nunca.

—Simon...

—¿Es posible que tu madre tuviese otra hija de la que no sepas nada?

Lynette bajó la mano que le había tendido a él para que la ayudase a levantarse.

—No. Cuando nos dio a luz a mi hermana y a mí quedó estéril.

—¿Y antes de vosotras?

—No.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Pero puedo preguntárselo si lo crees necesario.

—¿Y tu padre?

—El vizconde Grenier. Es muy moreno. Mi hermana y yo nos parecemos a nuestra madre. A veces nos preguntaban si también era nuestra hermana.

—¿De Grenier? —Simon se acercó al aparador que había en el extremo opuesto del salón, donde tenía varias botellas. Encima había un cuadro de un paisaje, el río azul y los prados verdes del mismo aportaban una nota de color al salón—. No lo conozco.

—Mis padres se fueron de Francia poco después de que nosotras naciéramos. Hemos vivido siempre en Polonia.

Simon se volvió con una pesada copa en la mano, apoyó la cadera en el mueble y posó la palma de la mano que tenía libre encima de la madera. Ahora había varios metros de separación entre ellos y Lynette, por extraño que pareciera, se sintió abandonada.

—¿Cuándo habéis vuelto a París?

—No hemos vuelto. —Se alisó la falda nerviosa. Simon la estaba mirando como un halcón, completamente concentrado, como si fuera a cazarla—. Mi madre sugirió que fuéramos de vacaciones a España para distraernos y superar la pérdida de mi hermana. Yo le supliqué que nos detuviéramos en París.

—¿Se lo suplicaste?

—A ella no le gusta la ciudad.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se levantó—. ¿Cuándo podré hacerte preguntas yo a ti?

—Cuando termine.

Simon levantó la copa y bebió, movió pesadamente la garganta al tragar. A Lynette le pareció algo muy erótico y se puso todavía más nerviosa. Estaba excitada, confusa y al mismo tiempo le molestaba la arrogancia de él.

—¿Tu madre era la otra mujer que estaba anoche contigo? —le preguntó con la voz ronca por culpa del licor.

—Sí.

—Me parece extremadamente raro que una vizcondesa lleve a su hija casadera a una orgía.

—No era una orgía.

—¡Pues claro que lo era, maldita sea! —le espetó él, mostrando aquella furia que ella ya había detectado antes—. Y tú estuviste a punto de perder la virginidad.

Lynette se mordió la lengua y se sonrojó.

—Tuve que convencerla —replicó petulante, porque la crítica le había escocido.

—No te costó demasiado.

—No. Y ¿quieres saber por qué?¿O prefieres seguir gritándome y asustándome con tu mal carácter? —le preguntó enfadada.

A él se le dilataron las fosas nasales.

—No estás asustada.

Dejó la copa y caminó hacia ella con deliberada lentitud, exudando sensualidad. Lynette se quedó sin aliento al ver el provocativo acercamiento del exespía. La reacción de su cuerpo le debió de encoger la ropa, porque de pronto el corsé y la ropa interior le empezaron a apretar.

—Si das un paso más —le advirtió ella—, te seduciré.

Simon se detuvo y abrió los ojos sorprendido por su atrevimiento y Lynette sonrió.

—Bruja —masculló.

—*Mon chéri* —se llevó una mano al corazón haciendo un mohín—, me ofendes.

Él esbozó una media sonrisa.

—Veo que te pareces un poco a Lysette Rousseau.

La sonrisa de Lynette se desvaneció.

—Pues aparte del físico que compartimos por nacimiento, ella y yo siempre fuimos muy distintas.

—Tú eras la tranquila y reservada —afirmó él sin dudarlo.

—No —lo corrigió Lynette—. Yo era la que siempre se metía en líos.

Vio lo mucho que se sorprendía y su reacción le suscitó un sinfín de preguntas.

—¿*Mademoiselle* Rousseau no es tímida y estudiosa?

—¿Tímida? —repitió él con sarcasmo—. Ni mucho menos. Aunque sí que me ha parecido estudiosa, y creo que le gusta leer libros de historia.

—¿Está casada o es viuda?

—Ninguna de las dos cosas. —Simon volvió de nuevo hacia el aparador, pero la pena que percibió en ella al verlo alejarse hizo que caminase más despacio. O eso creyó Lynette—. En una ocasión me dijo que no le gustaban las atenciones de los hombres.

—¿De verdad? Qué raro.

Lynette volvió a arrugar la nariz y Simon gruñó furioso.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella al oírlo enfadado.

—¿Tienes idea del efecto que tiene en un hombre ese gesto?

Lynette parpadeó confusa. A lo largo de los años le habían dedicado una cantidad más que importante de piropos, pero el modo en que arrugaba la nariz cuando pensaba nunca había

recibido ninguno.

La emocionó ver que a él le molestaba tanto encontrarla guapa y volvió a sonreír.

—¿Y tú tienes idea del efecto que causa en mí tu temperamento?

—Estás coqueteando con el peligro —le advirtió.

—Yo siempre coqueteo. Soy así.

—Ya no. —Le dio la espalda y vació la copa de un trago.

—¿Te estás poniendo posesivo, *mon chéri* ?

—Das por hecho que he dicho que no puedes flirtear con nadie. —Simon la miró con los brazos cruzados—. Tal vez no quiero que vuelvas a flirtear conmigo.

Lynette ladeó la cabeza.

—Eso sería muy aburrido, ¿no crees?

—Dudo mucho que la vida sea aburrida a tu lado.

Cuanto más lo provocaba Lynette, más aumentaba la sensación de peligro que él desprendía. Podía sentir cómo la lujuria le iba tensando los músculos con cada palabra que ella decía. Preparándose para atacar. Tal vez el alcohol lo había relajado un poco, pero no lo bastante como para convertirlo en un hombre inofensivo.

Simon Quinn jamás sería inofensivo.

Lynette volvió a dirigir la conversación hacia la misteriosa Lysette, consciente de que no estaba preparada para aquello.

—Dices que no le gustan los hombres.

—Eso me dijo —contestó él.

—¿Tú le gustaste?

—Lo dudo mucho.

—Entonces seguro que está mal de la cabeza.

—Seguro. —Simon sonrió—. Una mujer tiene que estar loca para no desearme.

Lynette se rio y notó que la tensión entre los dos se relajaba un poco. Aunque esa clase de tensión no era incómoda. Ni mucho menos.

—Deberías irte —le dijo él, descruzando los brazos—. Mientras todavía sea capaz de dejar que lo hagas.

—Y ¿qué me dices de *mademoiselle* Rousseau? Has dicho que me llevarías a verla.

—No. —Negó con la cabeza—. He dicho que me gustaría veros juntas. No que fuera a hacer algo para propiciar ese encuentro.

Lynette puso los brazos en jarras.

—¿Por qué no?

—Porque está chiflada y es peligrosa, igual que los hombres para los que trabaja. Y no sé cómo puede afectarle mentalmente verte a ti. Y no pienso ponerte en peligro por una tontería.

—¿Una tontería? —repitió incrédula—. ¿A ti te parecería una tontería averiguar que existe un hombre igual que tú en el mundo y que además vive en tu misma ciudad? Y si a eso le sumas que ese hombre podría ser tu hermano...

—Yo no tengo hermanos —la cortó él, apretando la mandíbula—. No tengo familia, mi nombre no vale nada y no tengo propiedades.

Lynette se quedó mirándolo y comprendió que sólo había un motivo por el que un hombre menospreciaba su valor en el mercado matrimonial.

—Eres un mercenario —murmuró, repitiendo las palabras de Solange.

—Sí —reconoció Simon, echando los hombros hacia atrás, desafiándola a que siguiese

deseándolo después de hacer tal descubrimiento.

Lynette seguía deseándolo, evidentemente.

—Te pagaré —le dijo.

—¡Ni hablar, maldita seas! ¿Por qué vas a pagarme?

—Por organizar un encuentro con Lysette. Podría esconderme dentro de un carruaje y...

Moviéndose de nuevo a aquella velocidad que tanto la desconcertaba, la cogió por los antebrazos y la pegó a él.

—Y ¿con qué piensas pagarme? —le preguntó entre dientes.

Ella se enfrentó a su mirada sin acobardarse.

—Sabes perfectamente qué puedo ofrecerte.

Simon la apretó con tanta fuerza antes de apartarse que Lynette se tambaleó cuando la soltó.

—Maldita seas. Estoy intentando hacer lo honorable.

—El honor es un compañero de cama más bien frío.

—¿Acaso valoras tan poco tu inocencia que estás dispuesta a entregársela a un hombre como yo?

—Tal vez valoro tanto a mi hermana que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por recuperarla.

—¿Está muerta o no? No puede estar ambas cosas. —Simon se puso en jarras, una postura que separó los dos extremos del cuello de la camisa y dejó al descubierto su piel morena.

—Yo fui a su entierro.

—¿Viste el cadáver?

Lynette negó con la cabeza.

—Quería verlo. Se lo supliqué a mi madre, pero me dijeron que había quedado carbonizada por el fuego. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó para retenerlas—. Mi madre la vio.

—¿Confías en ella? —Suavizó el tono y su atractivo rostro se relajó también.

—En algunas cosas. —A pesar de sus esfuerzos, le resbaló una lágrima y se la secó con el dorso de la mano—. Pero son muchas las que no sé y que ella se niega a contarme. Como por ejemplo por qué le tiene tanto miedo a París.

—¿Miedo? —Simon se puso increíblemente alerta de repente.

—Estamos en casa de Solange y nadie sabe que hemos venido. No puedo decirle a nadie cómo me llamo y...

—Lynette —murmuró, abrazándola con sus fuertes y musculosos brazos—, sabías que yo era un espía y a pesar de eso me has dicho quién eres. No sé si debería besarte o zarandearte hasta hacerte entrar en razón.

—Yo prefiero que me beses —susurró Lynette, sorbiendo por la nariz.

Simon se rio y apoyó la mejilla en la frente de ella, que lo abrazó y sacó fuerzas del cariño y el apoyo que le ofrecía.

—Anoche —confesó, apretando los brazos alrededor de la cintura de él—, Solange se dio cuenta de que tú y yo nos mirábamos y mi madre se enfadó.

—Una mujer lista.

—A lo que Solange le contestó: «A mí me parece que la hija tiene el mismo gusto con los hombres que la madre».

Lynette sabía que Simon estaba frunciendo el cejo, aunque no lo veía.

—¿Sabes qué significa? —le preguntó él.

—No. Y tampoco comprendo muchos de los comentarios que intercambiaron cuando creían que no las oía. —Se apartó y buscó su mirada—. ¿Y si esa mujer es realmente mi hermana? O peor aún, ¿y si todo esto forma parte de algún plan malvado? ¿Y si conoció a mi hermana y al notar su parecido decidió aprovecharse de ella?

—Lynette...

—No puedo explicarlo —soltó de repente, antes de perder el valor—, pero el vínculo que siempre he sentido con ella sigue vivo aquí dentro. —Cerró el puño encima del corazón—. No se ha apagado. ¿Por... por qué seguiría existiendo si ella... estu... estuviese muerta?

Simon exhaló agotado y le acarició el pelo con ambas manos, después le dio un beso en la frente.

—Tengo miedo de que el dolor te haga poner esperanzas donde no las hay.

—Pues demuéstrame que no puedo tenerlas —le suplicó.

Él echó la cabeza hacia atrás y miró al techo en busca de consejo.

Bajo las palmas de sus manos, Lynette sintió cómo el corazón de él latía firme y seguro. Y por primera vez desde la muerte de su hermana, sintió que su vida tenía sentido y que Simon le daría las fuerzas y el apoyo necesario para seguir adelante.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó él cuando volvió a mirarla.

—Espiando. —Le sonrió—. Creo que Solange está de tu parte. Esta tarde le ha descrito tu casa a mi madre con todo lujo de detalles. Ha elogiado efusivamente tu buen gusto y tu riqueza.

Simon cambió de actitud de repente y la determinación se hizo incluso visible en su rostro.

—De ahora en adelante —le dijo con firmeza—, quiero que le hagas caso a tu madre y que sigas escondida. No más fiestas. Nada de salir por ahí. —Le sujetó la cara con las manos y con la caricia suavizó la dureza de sus palabras—. Sean cuales sean los motivos por los que tu familia no quiere llamar la atención, ahora tienes que añadirles que no puedes correr el riesgo de que Lysette Rousseau, o las personas para las que trabaja, te vean. Tienes que evitarlo a toda costa, Lynette. En el momento en que has puesto un pie en mi casa es porque confiabas en mí. Y necesito que sigas confiando también cuando te vayas.

—¿Qué es Lysette?

—Una asesina. Y me temo que el asesinato no sea el peor de sus crímenes.

—*Mon Dieu*... —Lynette tembló de la cabeza a los pies, un escalofrío recorrió su cuerpo erizándole la piel. Levantó una mano y con gesto inseguro la acercó al rostro de él para acariciar su boca pecaminosa—. Me siento agradecida de haberte conocido y de que puedas guiarme.

Sacaba fuerzas de él y su presencia la reconfortaba. Por primera vez en dos años, volvía a sentir que era ella misma. Simon le había hecho ese precioso regalo.

—*A thiasce* —susurró él y se le oscurecieron los ojos—. Yo preferiría no haberte conocido nunca. Lo nuestro no acabará bien. Yo sólo puedo guiarte al infierno.

10

Era casi medianoche cuando Simon encontró a Richard Becking en una taberna del barrio más indeseable de la ciudad. El inglés estaba sentando en una esquina, con una voluptuosa camarera sentada en el regazo y un francés cantarín a su derecha. Richard sonreía de oreja a oreja y en cuanto lo vio levantó una mano para saludarlo.

—Richard —lo saludó también Simon, apartando la única silla que quedaba libre de la mesa. Miró el asiento, enarcó una ceja y decidió colocar un pañuelo antes de sentarse.

—¿Te das aires de grandeza, Quinn? —Richard se rio, y la camarera y el francés borracho lo imitaron, aunque Simon dudaba que hubiesen entendido ni una sola palabra.

—Ciertos sucesos recientes me han colocado en una difícil situación financiera —contestó él con una sonrisa ladeada—. Ayer por la noche ya estropeé un traje, no puedo permitirme estropear otro.

—¿Volviste a meterte en una pelea?

—Algo así.

Simon estudió a Becking con detenimiento, en busca de las secuelas de su estancia con Desjardins. Por suerte no parecía tener ninguna. Estaba en forma y con buena salud y seguía teniendo aquel aspecto tan común que le permitía pasar desapercibido en cualquier parte. Richard tenía el pelo y los ojos de un color indefinido, una complexión del montón y su voz carecía de cualidades memorables. En resumen, nunca llamaba la atención y la gente se acercaba a él porque parecía inofensivo y agradable.

Entonces besó a la camarera en la mejilla y la puso en el suelo con instrucciones de que volviese a llenarle la jarra de cerveza. Después le lanzó una moneda al francés y también le dijo que se fuera.

—¿Cómo es que te has quedado sin dinero de un modo tan inesperado? —le preguntó a Simon cuando se quedaron a solas.

—Eddington ha bloqueado mis fondos —respondió, tamborileando con los dedos en la mesa—. Ha sido una estupidez por mi parte. No tenía intención de volver a Inglaterra durante un tiempo y debería haberme ocupado de mis asuntos antes de partir.

—Maldita sea.

—Tómatelo como una lección y aprende, ¿vale?

—No puedo creer que haya tenido la desfachatez de provocarte de esta manera. —Richard silbó y se apoyó en la red del respaldo de la silla—. Tiene que estar desesperado. Aunque, si te soy sincero, me gusta imaginarme a Eddington así.

La risa de Simon se convirtió en un ataque de tos, porque el humo de la taberna no le sentó nada bien a sus pulmones, todavía resentidos por el fuego de la noche anterior.

—Cuando volví a Francia con *mademoiselle* Rousseau creía que iba a poder llevar adelante mi proyectada vida libre de preocupaciones. Ahora éstas me rodean por todas partes. Eddington me ha demostrado que mis deseos le importan un rábano, así que no me queda más remedio que

acudir a ti, amigo mío.

—Sabía que no habías venido a verme por casualidad. —El rostro de Richard se iluminó con una sonrisa—. Pero reconozco que me gustaría que te quedases aquí a pasar la noche bebiendo y con mujeres.

—Dejémoslo para otro día —contestó Simon, pensando en Lynette, mientras recorría el interior del local con la mirada. Ella era la única mujer que le interesaba. De hecho, le interesaba tanto que le dolían los testículos, una incomodidad que hacía tanto tiempo que no sentía que ya se le había olvidado.

—Dime —gritó Richard cuando una banda improvisada empezó a tocar una canción escandalosa—, ¿en qué puedo ayudarte?

En ocasiones, Simon había propiciado deliberadamente encuentros en lugares ruidosos y asestados de gente. El jolgorio disimulaba sus preocupaciones y protegía los secretos que intercambiaban los agentes. Ahora esa taberna lo estaba poniendo furioso.

—¿Qué misión te ha encargado Eddginton? —le preguntó a Richard, inclinándose encima de la mesa para que lo oyera.

—Me dijo que investigase a *mademoiselle* Rousseau y al señor James.

—Yo quiero que hagas lo mismo, pero que añadas al vizconde Grenier y a su familia a la lista.

Richard arqueó una ceja y sonrió. Al inglés le encantaban los desafíos.

—Sé más discreto de lo habitual —prosiguió Simon, incorporándose un poco cuando aparecieron dos jarras de cerveza entre los dos—. Hay algo que no encaja. La familia Grenier está ocultando algo, o a alguien; un secreto que los obligó a abandonar Francia.

—Me ocuparé de ello y te daré un día de ventaja.

—¿Un día de ventaja? —gritó Simon, justo en el mismo instante en que la música cesaba tras una aguda nota.

Richard se rio al ver que su amigo lo fulminaba con la mirada.

—Te mandaré toda la información que consiga sobre James y *mademoiselle* Rousseau un día antes de dársela a Eddington. El vizconde irá por separado, no te preocupes, Eddington no ha mostrado interés por él. —Luego se encogió de hombros y bebió profusamente—. Ojalá pudiera hacer algo más para ayudarte.

—Esto es más que suficiente. —Simon levantó la jarra para brindar—. Te estoy tremendamente agradecido.

Eddington iba a pagarle a Richard por el encargo, Simon en cambio le estaba pidiendo un favor. Al carecer de familia, valoraba mucho el regalo de la lealtad y la amistad.

—Estoy en deuda contigo por negociar mi liberación —dijo Richard.

—Es lo que habría hecho cualquiera.

—No lo es y lo sabes perfectamente.

Los labios de Simon apenas habían tocado el borde de la jarra cuando alguien le golpeó por detrás e hizo que la cerveza se le derramase y le manchase la barbilla, el pecho y finalmente los pantalones. Él miró el estropicio y gruñó furioso. Apartó la silla de la mesa y le plantó cara al hombre.

—Espere un segundo —le dijo, sin poder quitarse de la cabeza que le habían estropeado otro traje.

El culpable del estropicio, un hombre de la misma altura que Simon pero que pesaba el doble, miró la mancha que se le seguía extendiendo por los pantalones y cometió un error

monumental.

Se rio.

—Pobre tipo —masculló Richard—. No tiene ni idea de la paliza que está a punto de recibir.

Simon echó un brazo hacia atrás y le dio un puñetazo.

—Me arrepiento profundamente de haber vuelto a París. Esta ciudad sólo me ha traído desgracias.

A Lynette la sobresaltó la nota de dolor que detectó en la voz de su madre y se levantó para sentarse junto a ella en el sofá de terciopelo rosa.

Los últimos rayos de sol de la mañana se colaban a través de las finas cortinas de la ventana y bañaban el salón con una luz muy agradable. A pesar de que los sueños que había tenido con Simon todavía la ruborizaban, Lynette había dormido bien. Se había levantado descansada, valiente y decidida a contarle a su madre parte de lo que había averiguado el día anterior. Y también a hacerle esas preguntas cuyas respuestas seguía esperando.

—*Maman*...

—¡Te dije que te mantuvieras alejada de él! —la riñó Marguerite casi temblando—. ¿Por qué no me obedeciste?

—¡Porque tengo que saber quién es esa mujer!

—¡Lysette está muerta! —Su madre se puso en pie y la bata y el camisón revolotearon entre sus pies—. La vi con mis propios ojos.

—Dijiste que... que... estaba carbonizada.

—Le vi el pelo, el vestido, los zapatos...

Se tapó la boca con una mano para contener un sollozo y se dio media vuelta.

—Quizá tú hayas asumido su muerte —le dijo Lynette mirando a Solange a los ojos, antes de bajar la vista al suelo al sentir la amenaza de las lágrimas—. Pero yo no. Siento como si me faltara una parte.

—¡Ese hombre se está aprovechando de tu dolor! —Marguerite cerró los puños a los costados.

—Y ¿por qué iba a hacer eso?

—Eres rica y hermosa. Cualquier hombre querría casarse contigo.

—¡Es un espía inglés! —replicó ella—. ¿Qué crees que ganaría casándose con una francesa cuya familia vive en Polonia?

—Tal vez quiera pasarse el resto de la vida sin hacer nada.

A ella se le escapó la risa.

—Hay cosas que no sabes, Lynette.

—Sí, *maman*. No lo he olvidado. Me lo recuerdas cada día cuando dices algo que todo el mundo parece entender menos yo.

—Lo que sucedió en el pasado debe quedar en el pasado.

—Eso es absurdo. Ya no soy una niña.

Marguerite la señaló con un dedo.

—Lo que es absurdo es que me dejase convencer y que te dejase hacer algo que sabía perfectamente que acabaría así. Tú sí que te has aprovechado de mi dolor. Echaba tanto de

menos tus sonrisas y ver el brillo en tus ojos que me dejé cegar y tú te aprovechaste.

—Vuelven a brillarle los ojos —interrumpió Solange en voz baja.

—¡Cortesía de ese charlatán!

—No es un charlatán. —Lynette defendió a Simon con tanta calma como pudo.

—Analicemos los hechos —dijo Marguerite—. Ese hombre, un don nadie cuya presencia en Francia es más que cuestionable, ve a una joven rica en un baile atrevido. Se acerca a ella, le quita la máscara, la besa... Sé que te besó, Lynette, ¡no me mientas!

Ella se sonrojó y se tragó la réplica.

—El hombre susurra el nombre de la joven —prosiguió su madre— y ella, perdida en esa telaraña que es su primera seducción, oye sólo lo que quiere oír. «Lynette» se convierte en «Lysette». Más tarde, él la rescata valientemente y aviva el enamoramiento y ella le sigue como una idiota. Y le cuenta lo bastante sobre sí misma como para que él pueda orquestar una farsa orientada a ganarse su confianza y la oportunidad de acostarse con ella y quedarse con todo su dinero.

—*Mon Dieu*! —masculló Lynette, cruzándose de brazos—. Es un cuento increíble.

Su madre se rio sin humor.

—¿Tan increíble como que esa mujer pueda ser tu hermana muerta? ¿Una mujer a la que no puedes ver en persona porque es una asesina? Por favor, Lynette. ¿Una asesina?

Dicho así, toda la historia parecía bastante improbable. Pero su madre no había hablado con Simon Quinn.

—Tú no lo entiendes —le dijo—. Si te reúnes con él verás...

—Jamás —sentenció Marguerite—. No voy a cometer más locuras. Y tú tampoco. Te prohíbo que vuelvas a verlo. Si me desobedeces, te arrepentirás. Te lo prometo.

Lynette se puso en pie de un salto y notó que le sudaban las manos.

—Dale un poco de tiempo...

—¿Tiempo para qué? —Su madre empezó a caminar nerviosa de un lado a otro, mirando de vez en cuando a Solange, que estaba sentada bebiendo una taza de té—. ¿Para que siga creándote dudas sobre tu propia familia? ¿Para que siga distanciándonos hasta que sólo puedas confiar en él? ¿O tal vez quieres que espere a que estés embarazada de su hijo bastardo para que a nadie le quepa la menor duda de que tu reputación está destrozada?

—Me estás insultando sin fundamento —se defendió ella, disimulando su pánico con la indignación—. Simon me pidió que me mantuviese alejada de él. Me dijo que me fuese y que pusiera tanta distancia como me fuese posible entre los dos.

—Un táctica muy hábil para ganarse tu confianza. ¿Acaso no lo ves? —contestó su madre, levantando ambas manos—. Si eres tú la que va detrás de él y no al revés, consigue mantener la apariencia de que es inocente. —Marguerite se acercó a Solange y le pidió—: Ayúdame.

Su amiga suspiró y dejó la taza de té.

—Hay hombres que actúan como ha descrito tu madre, *chérie*.

—Pero tú no crees que Simon Quinn sea uno de ellos —añadió Lynette.

—Si te soy sincera, no lo sé. Nunca nos han presentado formalmente.

—Eso no importa —afirmó Marguerite, echando los hombros hacia atrás—. Tu padre llegará dentro de unos días y lo pondré al tanto del asunto. Mientras, no saldrás de esta casa bajo ningún concepto.

—¡Tal vez papá me escuche y entre en razón!

Los azules ojos de su madre adquirieron el tono frío del acero.

—Tal vez él te case con el primer hombre con mano férrea que encuentre, para ver si logra enderezarte.

—¡Mamá!

El corazón de Lynette se detuvo un segundo y cuando volvió a funcionar se le aceleró. Su abuela le había hecho eso a su madre. Aunque sus padres eran un matrimonio bien avenido, era evidente que no había pasión entre ellos. Ni fuego. Tenían una relación muy fría y Lynette se estremeció al pensar que ése podía ser también su destino.

—Podrías haberme amenazado con cualquier otra cosa —le recriminó a su madre con amargura—, y tal vez te habría hecho caso.

Marguerite se tensó y se cruzó de brazos.

—Basta. Ni una palabra más. Ve a tu dormitorio y cálmate.

—¡No soy una niña! No puedes impedirme que averigüe la verdad sobre esa mujer.

—No te atrevas a desobedecerme. No pienso tolerar que me montes estas escenas.

A Lynette se le saltaron las lágrimas. Marguerite retrocedió, pero no se amedrentó.

—Vete a tu cuarto.

Ella giró sobre sus talones y salió del salón hecha un basilisco.

—Me encantaría verle la cara al otro tipo —dijo Eddington, riéndose tan animadamente que se vio obligado a dejar la copa de vino encima de la mesa—. Me encanta verlo pelear.

Simon habló mientras masticaba un trozo de ternera.

—No hubo nada que ver. El tipo estaba de pie un segundo y al siguiente, tumbado en el suelo.

—Pero entonces la comparsa del hombre inconsciente se unió a la fiesta.

—Bueno. —Simon se encogió de hombros—. Así es como funcionan las cosas.

Eddington le indicó a un sirviente que ya podía retirarle el plato.

—¿Qué estaba haciendo usted allí?

—Buscando pelea, qué si no —contestó él sarcástico. Se fijó en la postura relajada del conde al otro lado de la mesa y no se dejó engañar por ella—. Que me extorsionen me pone de mal humor y necesito desahogarme.

A Eddington le tembló la comisura del labio.

Alguien llamó a la puerta y Simon voceó a quien fuera que entrase.

—Disculpe, milord —dijo el mayordomo—. Señor, tiene una visita.

A Simon se le encogió el estómago al instante con una extraña mezcla de ilusión e inquietud. Dado que estaba en presencia del conde, no le preguntó al sirviente quién era, sencillamente asintió y apartó la silla de la mesa.

—Si me disculpa, milord...

—Por supuesto.

Simon notó la mirada de Eddington sobre él hasta que cerró la puerta a su espalda. Entonces miró al mayordomo.

—Rubia y guapa, señor —contestó el hombre a la pregunta que él no había llegado a formularle.

La frente de Simon se perló de sudor, le costó respirar y lamentó que le bastase con pensar en Lynette para que su cuerpo reaccionase de ese modo. Si hubiera tenido los medios necesarios

para irse de allí, lo habría hecho por el bien de ella.

Inspiró hondo y cruzó el vestíbulo que conducía al salón de la planta de abajo. Se detuvo un instante al ver el resplandeciente vestido azul de Lynette. Ella estaba de pie, dándole la espalda, acariciando con la punta de los dedos un jarrón chino expuesto en un pedestal de madera. Pero no se la veía relajada, tenía los hombros echados hacia atrás y toda ella desprendía tensión.

—Lynette —dijo en voz baja, alegrándose perversamente de verla—, no tendrías que haber venido.

Ella se dio media vuelta y Simon vio que había cometido un error.

—Señor Quinn —lo saludó una voz ronca y sin embargo dura.

—Vizcondesa Grenier. —Y le hizo una reverencia.

Después la invitó a que se sentase y volvió a mirar hacia la puerta para indicarle al mayordomo que les trajese algo de beber. En cuanto el sirviente desapareció, dispuesto a informar al ama de llaves de la petición, Simon tomó asiento frente a la vizcondesa y la observó abiertamente.

Coincidía por completo en que la madre podía pasar por hermana de Lynette. Tenía el mismo color de pelo y los mismos ojos azules. Además, su belleza carecía de arrugas y su figura seguía siendo tan esbelta y sensual como la de su hija.

—Es usted muy atractivo —le dijo ella, estudiándolo con los ojos entrecerrados—. Es comprensible que Lynette se sienta atraída por usted.

Simon esbozó una media sonrisa.

—Gracias. Puedo ver de dónde ha sacado su hija tanta belleza. Las dos son las mujeres más hermosas que he visto nunca.

—Y ¿qué me dice de la asesina? —le preguntó la vizcondesa con frialdad—. Deduzco que ella también es hermosa, ¿no?

—Sí, por supuesto. —Se sentó más cómodamente y admiró el fuego que desprendía la mujer y que le había transmitido a su hija.

—Por supuesto —repitió ella, y sonrió apretando los dientes—. ¿Qué quiere?

Simon arqueó una ceja.

—Veo que va directa al grano.

Ella entrelazó las manos desnudas en el regazo. Llevaba los dedos adornados con distintas gemas de tamaños impresionantes. En el pelo le brillaban pasadores con brillantes y una aguja con un zafiro le sujetaba el sombrero.

Aquella mujer había acudido allí dispuesta a cegarlo con su riqueza. Simon estaba impresionado, pero también se sentía profundamente insultado. Lo segundo le dio risa. Él había sobrevivido vendiendo cualquier cosa que pudiese interesarle a alguien, incluido su cuerpo. Aquél era el peor momento para empezar a tener escrúpulos.

—No quiero nada —afirmó.

—Quiere a mi hija —lo corrigió ella—, o el dinero que va a heredar.

—No quiero su dinero.

La vizcondesa se rio con desprecio.

—No me diga que es amor. No creo que pueda soportarlo.

—No —reconoció él—, no es amor. Pero la deseo y soy lo bastante canalla para quedármela si surge la oportunidad. Y por eso mismo le he pedido a ella que se mantuviera lejos de mí.

—Qué honorable por su parte —se burló la mujer, y durante ese instante a él le recordó a

Lysette. El brillo de sus ojos se había apagado y en sus labios apareció una mueca de desdén.

—Me alegro de que lo apruebe —contestó Simon, extendiendo un brazo por encima del respaldo del sofá, consciente de que si lo veía cómodo eso la pondría a ella más furiosa.

Por su parte, él también estaba cada vez más enfadado. Una cosa era que lo llamasen libertino cuando se comportaba como tal, pero que lo acusasen de serlo justamente cuando estaba haciendo lo correcto y se estaba sacrificando, no le estaba sentando nada bien.

—¿Por qué ha elegido a mi hija? —le preguntó la vizcondesa—. Usted puede tener a cualquier mujer que desee. ¿Qué me dice de un viuda adinerada? ¿O acaso no sería lo bastante maleable?

Simon sonrió sin humor.

—Sé que le parecerá difícil, por no decir imposible, creer que no soy un cazafortunas. Admiro a su hija; ha demostrado tener la misma fuerza y determinación que usted al venir aquí. Además es muy guapa, y yo al fin y al cabo soy un hombre. No puedo evitar fijarme en sus atractivos físicos. Pero, más allá de todo eso, no tengo segundas intenciones. Fue ella la que vino a verme, no al revés. Si no hubiese venido, yo no habría ido a buscarla.

La dama apretó los dientes.

—Excelencia —Simon se sentó recto—, lo mejor sería que abandonasen París de inmediato. Se lo recomiendo encarecidamente. Esa mujer que se parece tanto a su hija está metida en asuntos muy peligrosos. Sería muy desafortunado que alguien las confundiera.

—La mujer a la que usted llama Lysette —siseó la vizcondesa.

—Lysette Rousseau, sí. —Se encogió de hombros—. Yo no le puse el nombre, así que si no le gusta, lo siento, pero no me lo haga pagar a mí.

Ella palideció y él se dio cuenta.

—¿El nombre le resulta familiar? —le preguntó, apoyando los antebrazos en los muslos—. Cualquier información que pueda darme y que me permita esclarecer este asunto será muy bien recibida y se lo agradecería.

—¡Los asuntos de mi familia no le incumben! —Se puso en pie para distraerlo y alejar la atención de Simon de su rostro—. Dice que es mi hija la que lo persigue. Entonces ¿por qué no se va usted? Permítame que lo invite a unas vacaciones.

Simon también se incorporó.

—No.

—Vamos, seguro que hay algún lugar que le apetezca visitar. ¿España? O tal vez quiera volver a Inglaterra.

—¿Polonia? —sugirió él, entrelazando los dedos a la espalda, para evitar cerrar los puños. Tenía los nudillos doloridos y magullados por la pelea en la taberna de la noche anterior. El dolor lo obligó a centrarse y a contener su temperamento.

—Y ¿qué me dice de unas vacaciones permanentes? Unas que durasen toda la vida, ¿qué le parecería? —La vizcondesa lo preguntó con los hombros echados hacia atrás, el mentón levantado y una sonrisa inocua. Una mezcla de encanto y determinación muy similar a la de Lynette.

Aquella mujer no lo sabía, pero conocer un poco mejor la vida de la joven sólo le hizo desearla más. El vizconde era un hombre afortunado por tener una esposa así. Y el futuro marido de Lynette sería igual de dichoso.

Ese pensamiento lo abatió y borró su rabia y su resentimiento, dejándolo sólo cansado y resignado.

—Dígame cuál es su precio —lo urgió la vizcondesa.

Simon se cruzó de brazos.

—Da por hecho que no soy caro.

El triunfo iluminó los ojos de la mujer.

—¿Con una casa como ésta? —Señaló a su alrededor con un brazo—. Soy una mujer, señor Quinn. Sé perfectamente lo que valen las cosas. Lograr que se vaya de aquí va a costarme una fortuna, lo sé.

Él sintió náuseas y el amargo sabor de la bilis le impregnó la lengua. Aceptar dinero a cambio de alejarse de Lynette lo ponía enfermo, pero era innegable que debía considerarlo. Si la vizcondesa estaba dispuesta a darle sólo la mitad de lo que Eddington le había confiscado, podría vivir sin problemas durante el resto de su vida. Libre de preocupaciones. Podría hacer las maletas y dejar el mundo del espionaje atrás para empezar de cero en otra parte.

Lynette estaría a salvo de él y ya no podría seguir investigando a Lysette.

Gruñó en silencio. Odiaba a Eddington por haberlo dejado sin dinero y haberlo puesto en esa situación. Por culpa de las maquinaciones del conde, ahora estaba atrapado allí, en la misma ciudad que una mujer a la que no se podía resistir y a la que jamás podría tener.

A no ser que aceptase la oferta de la vizcondesa.

Exhaló profundamente y el cansancio de los últimos días lo abatió de repente.

—Necesito tiempo para pensar.

Durante un segundo, pensó que ella iba a discutírselo, pero finalmente asintió.

—Le mandaré un mensajero por la mañana. ¿Le parece bien?

—No, no me parece bien. —Simon la fulminó con la mirada. Sabía que la mujer se comportaba así porque estaba protegiendo a su hija, pero odiaba ser la amenaza que hubiese provocado esa necesidad de protección—. Usted cree que me estoy planteando la posibilidad de aceptar su insultante oferta porque me preocupa mi bienestar, cuando en realidad lo único que me preocupa es Lynette. Estoy dispuesto a irme de aquí porque tengo miedo de que, si me quedo, ella termine cruzándose con Lysette Rousseau.

—Y de que se entregue a usted y arruine su reputación.

—Eso también —reconoció; después de aquella conversación, no le veía el sentido a andarse con subterfugios.

—Es una pena que no esté dispuesto a gastarse su propio dinero para irse de vacaciones.

—Sí —apretó la mandíbula—, una auténtica pena.

Marguerite descendió los pocos escalones que separaban la casa de la acera y se detuvo un segundo para recomponerse del impacto que le había causado estar con un hombre tan atractivo como Simon Quinn.

Era peligroso.

No se había fijado en él en el jardín de Orlinda. Había mucho humo y ella sólo estaba preocupada para llevarse a Lynette de allí y ponerla a salvo. Pero ahora, a la luz de las lámparas de aquel lujoso y elegante salón, Simon Quinn la había dejado sin aliento. Aquel pelo negro azabache y aquellos ojos azules podían hacerle perder el juicio a cualquier mujer.

Había conocido a muchos hombres a lo largo de los años, pero en poquísimas ocasiones había encontrado a uno con el mismo atractivo arrollador que Saint-Martin. Esa clase de

hombres no sólo eran guapos físicamente, sino que cuando miraban a una mujer lo hacían con los cinco sentidos y lograban que se sintiera como si fuese la única persona en el mundo. La única capaz de llamar su atención. Un hombre así jamás apartaba la vista y jamás se fijaba en otra. Un hombre así miraba con los ojos llenos de respuestas que hacían que la mujer se preguntase si en la cama también sería tan intenso y meticuloso.

Algunas eran inmunes a esos hombres que exudaban tanta sexualidad, pero Marguerite no era una de ellas y Lynette se le parecía muchísimo.

Suspiró y cogió la mano que le tendía el cochero para ayudarla a subir al carruaje. Hubo una época en la que estaba convencida de que Lynette se casaría joven. Al igual que ella, su hija adoraba a los hombres y era sensual por naturaleza. Pero las similitudes entre las dos eran más de las que Marguerite había creído en un principio.

Igual que ella, que también pospuso la elección de esposo hasta que su madre tomó cartas en el asunto, Lynette no parecía tener ninguna intención de decidirse. La vizcondesa creía que la reticencia de su hija se debía a que, sencillamente, lo estaba pasando bien y no tenía prisa por casarse. Ahora sospechaba que había estado buscando a su Saint-Martin particular. Un hombre capaz de seducirla por completo y de satisfacer los deseos inconfesables de todas las damas.

Marguerite estaba tan alterada que se llevó una mano al estómago. Conocía muy bien a Lynette. Sabía que amenazarla con casarla a la fuerza para ver si así su esposo lograba dominarla equivalía a declararle la guerra. Era demasiado terca, demasiado apasionada y demasiado independiente como para aceptar órdenes sin rechistar.

Si hubiese podido pensar con claridad y no se hubiese dejado llevar por el pánico, Marguerite jamás le habría sugerido algo semejante. Ahora Lynette iba a rebelarse, tan cierto como que el alba seguía a la noche. Lo único que podía hacer para salvar a su hija era eliminar la tentación. Y por eso había ido en busca de Quinn antes de que Lynette tuviese tiempo de actuar.

Pero ahora que había puesto el plan en marcha necesitaba dinero. Y jamás lograría acceder al de Grenier en tan poco tiempo.

Sólo podía recurrir a una persona con tal petición, pero si iba a reunirse con él necesitaba recuperarse, organizar hasta el último detalle del encuentro, y más fuerza de voluntad de la que poseía.

—¿Excelencia? —le preguntó el lacayo—. ¿Adónde vamos?

A Marguerite le tembló la voz.

—A casa.

11

Lynette esperó impaciente a que transcurriesen dos horas después del regreso de su madre antes de escaparse por la ventana.

No era inusual que la vizcondesa saliese a pasear sola después de una discusión. Lynette había heredado esa misma costumbre y solía encerrarse en sí misma cuando estaba furiosa. Era un sentimiento que entendía a la perfección. Por desgracia, esa noche no la iban a dejar salir, así que no tuvo más remedio que pasear de un lado a otro de su dormitorio durante horas, pensando en Simon sin cesar.

A pesar de las apariencias, ella creía en él, y necesitaba verlo para advertirlo de que su familia podía tomar represalias. No iba a permitir que nadie le hiciese daño por su culpa.

Con ese objetivo en mente, esperó a que fuese lo bastante tarde para no correr el riesgo de que su madre fuese a hablar con ella y lo organizó todo para escaparse.

Colocó dos almohadas bajo las sábanas en forma de cuerpo humano y cubrió la parte de la cabeza con una de sus pelucas. Aquello no engañaría a nadie de cerca, pero si alguien echaba un vistazo desde la puerta, creería que estaba durmiendo.

Se puso un abrigo con capucha y saltó al jardín trasero de la casa, para después dirigirse al callejón. Allí la estaba esperando uno de los mozos del establo, un muchacho llamado Piotr, que llevaba años trabajando para la familia de Lynette. Ella siempre había sido buena con él, le llevaba dulces y caramelos siempre que podía y había cultivado adrede una especie de alianza para que la ayudase cuando hacía de las suyas. Esa noche, Lynette había saltado de la ventana llevando unos pantalones y una chaqueta de hombre y un tricornio bajo el brazo, y, después de cambiarse en los establos, se reunió con Piotr.

Éste le entregó las riendas de un caballo ya ensillado y después montó en el suyo para acompañarla, como hacía siempre. El chico sabía usar un arma y disparar con precisión, igual que la mayoría de los sirvientes de la familia De Grenier. Lynette no podía quitarse de la cabeza el consejo de Simon de que debía evitar a toda costa que la confundiesen con Lysette Rousseau. Cualquiera que los viera ahora, creería que eran dos jóvenes cabalgando sin más.

Los cascos de los caballos resonaban en la calle. La noche era oscura, pues la luna creciente estaba medio oculta por las nubes. La brisa era bastante fresca y se le colaba por las mangas del abrigo, enfriándole la piel acalorada.

¿Simon estaría en casa o habría salido? Tal vez no estuviera solo...

¿Qué le diría si llegaba y lo encontraba en compañía de otra persona? De una mujer.

Lynette inspiró despacio y profundamente, intentando calmar su corazón. La postura que mantenía al cabalgar —la cabeza gacha y los hombros inclinados hacia delante para ocultar su rostro— sólo contribuyó a aumentar la sensación de que estaba lanzándose por un precipicio.

Ella no solía acobardarse ante nada y, sin embargo, en ese momento tenía miedo.

Miedo de que alguien la viese, miedo de encontrar a Simon con otra o de no encontrarlo en casa, miedo de que sus padres jamás la perdonasen por haberlos desobedecido.

Y a pesar de todo no dio media vuelta. La necesidad de estar con Simon podía más que su aprensión. Él la calmaba y al mismo tiempo reavivaba su espíritu. Un espíritu que había desaparecido cuando Lysette murió.

Cuando estaba con aquel hombre sentía que era ella misma. Libre de artificios y de evasiones. Libre de la obligación de comportarse con aquella moderación desconocida para ella.

«No hagas nada para alterar el equilibro. No hagas nada que lleve a tus padres a pensar que han perdido a la hija buena y tranquila y se han tenido que quedar con la mala», se había dicho, tras la muerte de su hermana.

Detuvo el caballo delante la casa. No estaba segura de cómo había llegado hasta la puerta, ni de por qué respiraba como si hubiese ido corriendo. Se sentía mareada, desorientada. Deseaba más que nunca abrazar a Simon y absorber su fuerza.

Parpadeó atónita al ver a un mayordomo delante de ella, un hombre fornido, cuya peluca no escondía lo joven que era. El único gesto que delató que lo sorprendía ver a una mujer vestida de hombre en la puerta de la casa fue la elevación de una ceja. Después, él se apartó sin necesidad de que Lynette dijese ni una sola palabra y cerró la puerta.

—*Mademoiselle* —le dijo. A ella el pulso le latía tan rápido que le resonaba en los oídos y le pareció como si la voz del mayordomo tuviese eco—. ¿Me permite el abrigo y el sombrero?

Lynette le entregó el sombrero, pero conservó puesto el abrigo.

—Debo advertirle que el señor Quinn está de muy mal humor esta noche.

—¿Está solo? —susurró, alentada por la amabilidad que vio en los ojos del sirviente.

—Tiene un invitado alojado en casa, pero su excelencia el conde ahora mismo está ocupado. —Extendió un brazo para señalarle el camino—. ¿Me permite que la acompañe al salón antes de ir a avisar al señor Quinn de su llegada?

—¿Le importaría mu... mucho que fuese a buscarlo yo misma?

Tenía miedo de que, si lo esperaba abajo, Simon la obligara a irse.

Por otra parte, sabía qué pasaría si subía aquella escalera.

Y el mayordomo también, a juzgar por el rubor que le tiñó las mejillas antes de volver la cabeza hacia un lado.

—La segunda puerta a la derecha —murmuró—. Me encargaré de acompañar a su sirviente a la cocina.

—Gracias.

Lynette se sujetó tan fuerte de la barandilla que los nudillos se le pusieron blancos. Subió con sumo cuidado, porque las piernas no dejaban de temblarle. Cuando llegó al rellano del piso de arriba, se detuvo.

El pasillo apenas estaba iluminado; sólo había dos velas encendidas en dos candelabros muy separados. Aunque la decoración era completamente distinta, a Lynette le recordó la casa de la baronesa Orlinda y la sangre se le aceleró.

Salía luz por debajo de dos puertas. Una estaba a la izquierda y la otra a la derecha. Pasó junto a la primera, pero las voces provenientes del interior la detuvieron. Tal como estaban las cosas, ya tenía los nervios a flor de piel y no sabía cómo reaccionaría si se encontraba con alguien inesperado.

El miedo a que la descubrieran la paralizó. Y entonces, gracias a Dios, la conversación se animó y Lynette pensó que los que estaban hablando no podrían oírla si pasaba por delante de la habitación. Iba a hacerlo cuando las voces volvieron a detenerse y, acto seguido, se oyó el distintivo sonido de unos cuerpos cayendo encima de una cama. Se mordió el labio inferior y se

quedó donde estaba.

Una risa femenina atravesó la puerta, seguida por la de un hombre.

La voz de barítono de éste se volvió más ronca y seductora. La mujer ronroneó algo que hizo gemir al hombre... y unos movimientos rítmicos, constantes e interminables atravesaron la pared.

Sexo.

A Lynette se le paralizaron los pulmones, se llevó una mano a la garganta y el sudor le perló la frente.

No podía dejar de escuchar. Se apoyó en la pared y abrió y cerró los puños. Juntó las piernas para aliviar la palpitación que sentía entre ellas y se mordió el labio inferior cuando los gritos de placer aumentaron de volumen y llenaron el pasillo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Lo único que sabía era que tenía los sentidos sobreestimulados, la piel demasiado caliente, la boca demasiado seca y los pechos doloridos y con los pezones apretados.

La puerta de la derecha se abrió de golpe y una luz dorada inundó el corredor. Lynette se apartó de la pared en cuanto vio a Simon acercándose furioso hacia ella. Sólo llevaba pantalones y los tenía desabrochados, lo que dejaba al descubierto un tentador triángulo de piel morena y un sendero de vello negro que desaparecía justo... encima de la abultada e impresionante prueba de su deseo. Tenía un abdomen plano y musculoso y, a causa de los puños cerrados, se le marcaban los bíceps. Llevaba el pelo suelto y sus mechones de seda negra le rozaban los fuertes hombros.

Lynette nunca había visto nada tan bello y salvaje.

Ni había deseado tanto a nadie como a él.

Simon se detuvo a medio camino y se quedó mirándola sin parpadear. El ritmo al que le subía y bajaba la caja torácica se alteró, así como el aire que los rodeaba. La furia se convirtió en una lujuria tan ardiente que Lynette sintió que la quemaba.

—Simon —susurró, levantando una mano para tocarlo.

Dos pasos más y él la cogió entre sus brazos y la pegó a su torso. Ella le rodeó el cuello y apretó los pechos contra él y los labios contra su garganta.

Olía a tabaco, a brandy y a cuero, y esa fragancia calmó la angustia que Lynette sentía. Ahora por fin estaba donde tenía que estar: con Simon. Él la cogió en brazos y la llevó hasta su dormitorio, cerrando la puerta de un puntapié.

«Te necesito.» Lynette tenía muchas ganas de decírselo, pero se le cerró la garganta.

Simon lo sabía, su rostro estaba hambriento, sus ojos brillaban febriles a la luz de las velas. Depositó a Lynette en los pies de su enorme cama y le desabrochó la lazada de la garganta. El abrigo que la había protegido hasta entonces cayó a sus pies y se sintió desnuda a pesar de que iba completamente vestida.

—¿Qué diablos llevas puesto? —le preguntó furioso.

—Un disfraz.

—Dios. —Apretó la mandíbula—. ¿Tienes idea de cómo me afecta ver tus ojos pidiéndome que te folle? —le preguntó con crudeza—. Y además te presentas aquí con este atuendo que marca todas y cada una de las curvas de tu cuerpo.

A Lynette la excitó oírlo hablar así. No lo habría dicho nunca, pero así era.

Lo miró.

—¿Se parece a cómo me afecta a mí... —le tocó el ombligo y deslizó los dedos hasta el vello que desaparecía bajo los pantalones—... ver esto?

Simon le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

—¿Por qué has venido?

Lynette le sonrió.

—¿Lo echaré todo a perder si confieso que he venido por mí?

—No.

—Mi madre cree que el matrimonio me centrará y me calmará. Y si casarme es de verdad lo que se propone, antes quiero descubrir qué es el placer.

La tensión endureció aún más el torso de Simon. Era un hombre muy atractivo, aunque no poseía la belleza delicada y elegante de un hombre refinado. El suyo era un atractivo rudo, propio de alguien que ha sobrevivido utilizando su físico.

—Tu madre ha venido a verme esta noche —murmuró él, sujetándola por las caderas para acercarla más—. Me ha ofrecido dinero a cambio de que me vaya lejos de aquí.

La indignación y la tristeza batallaron dentro de Lynette.

—¿Qué le has dicho?

La miró a los ojos.

—Que me lo pensaré.

Un dolor agudo e insoportable atravesó el pecho de Lynette. Le costó respirar, pero no se apartó. Tal vez se estaba comportando como una tonta, pero no creía que un hombre pudiese mirarla de esa manera y no sentir nada por ella, aunque fuese un poco.

—¿Por qué?

—Han bloqueado mi dinero. No puedo irme por mis propios medios, no puedo permitírmelo.

—¿Y tienes que irte?

Él apoyó una mejilla en su frente.

—Por tu bien tendría que haberlo hecho ya.

—¿Tendrías? —susurró ella, recorriéndole la columna vertebral con los dedos, sintiéndolo temblar como un caballo salvaje.

—Ahora ya no es necesario. Tu virginidad será mía en menos de una hora.

Simon enredó los dedos en la lazada deshecha del cuello de la camisa de Lynette y tiró de ella acercándola. Se incendió entero al verla y ella se excitó al sentir su aliento contra su frente.

—Cuando amanezca —susurró Simon—, me temo que no te quedará ni un ápice de inocencia.

Había cazado y había capturado a su presa e iba a devorarla.

Lynette se estremeció de lo dispuesta que estaba a ser devorada.

—No tengo miedo.

Simon se detuvo. La energía que emanaba de él era completamente primitiva. Lynette podía oler el aroma de la lujuria, podía sentir cómo la emoción le hacía temblar los dedos, podía notarla en la respiración entrecortada de él.

Ella le ofreció la boca y Simon la aceptó. Con sus labios poseyó los de ella, con la lengua recorrió su boca y el sexo de Lynette tembló y se humedeció.

Simon le acarició los pechos y la sensación fue muy intensa gracias a la poca tela que había entre los dos. Lo único que a ella le cubría la piel era la camisa que todavía llevaba. Entonces él la empujó suavemente hacia atrás, haciéndola caer sobre la cama.

—¿Simon? —dijo Lynette nerviosa.

—Cada vez que me miras, me suplicas sexo con los ojos. —Se agachó entre las piernas

separadas de ella y empezó a desabrocharle las botas—. Me has vuelto medio loco. No puedo más, debo desnudarte o entraré en ti incluso antes de quitarte la ropa.

A pesar de que carecía de experiencia, Lynette sabía que ése no era el orden habitual de las cosas. Pensar que estaba con un hombre con un apetito sexual extraordinario y con fama de ser un amante excepcional la mantenía en vilo y agudizaba su deseo hasta convertirlo en algo peligroso.

Cuando él le quitó las botas, a Lynette se le puso la carne de gallina. Simon debió de fijarse, porque se detuvo y le acarició los tobillos con ternura para tranquilizarla. Se los acarició y se los masajeó hasta llegar a la planta de los pies, todavía cubiertos por medias, y le presionó el arco con los pulgares. El calor de esas caricias la afectó profundamente y la excitó como si él la estuviese tocando entre las piernas y no los pies.

Gimió de placer y cerró los ojos.

Simon le dio un beso en la almohadilla del pie y se levantó para acercarse al botón de los pantalones.

Al tener los ojos cerrados, el crepitar de los leños en el fuego y el sonido de las actividades de los ocupantes del otro dormitorio aumentaron y añadieron más sensualidad a la marea de ésta en la que Lynette estaba flotando.

La cama olía a Simon, a pura y deliciosa masculinidad. Giró la cabeza y presionó la nariz contra las sábanas para impregnarse de su olor.

—Quiero que tu olor se me pegue a la piel —confesó, estrujando las sábanas, cuando él le acarició el estómago.

Simon tiró con demasiada fuerza de la cinturilla del pantalón, porque Lynette oyó la tela romperse. Sonrió.

—Sujétate fuerte —le ordenó él. Y, deslizando los brazos debajo de su cuerpo, la levantó.

Ella se sujetó a sus antebrazos e inspiró hondo ante aquel movimiento tan brusco y violento. Ahora estaba en pie, prácticamente desvestida.

Simon le quitó los pantalones empujándolos hacia el suelo. La camisa le resultó un poco más difícil, pero no demasiado. Se la quitó por la cabeza y la dejó sólo con las medias.

Por raro que pareciese, Lynette sintió que todavía llevaba demasiada ropa.

Él la cogió entonces en brazos y ella echó la cabeza hacia atrás para observarlo con ojos asustados, porque su cerebro estaba intentando procesar el aluvión de sensaciones hasta aquel momento desconocidas: el vello y la piel sudada de Simon rozando sus pechos, el aire acariciándole las nalgas, los brazos de un hombre rodeándole la espalda.

Él seguía con el rostro tenso y marcado por el deseo. Tal vez debería tenerle miedo por aquella falta de delicadeza, pero de Simon no temía nada. Lynette sabía, como sólo puede saberlo una mujer, que en ese instante a él lo único que le importaba era ella.

Caminó hacia la cama y volvió a dejarla encima. Se la quedó mirando, devorándola con los ojos. Después la acarició con suavidad y el tacto de su piel la hizo entrar en calor, produciéndole una opresión en el pecho. No la estaba tocando para seducirla, lo estaba haciendo porque quería que ella supiera lo hermosa que le parecía.

Lynette se esforzó para mantener los ojos abiertos y libró una batalla contra sí misma para no rendirse a él y a aquel sentimiento de vulnerabilidad. Su cuerpo había dejado de pertenecerle. Ahora ardía y temblaba y se moría por aquel hombre. Perdió cualquier poder que hubiese podido tener para atarlo a ella tanto como Simon la había atado a él.

—Tienes unos pechos preciosos —murmuró Simon, acariciándoselos—. Unos pezones

maravillosos.

La atrapó contra el colchón, el vello de su torso le rozó la piel como una cortina de seda negra. Su aliento era húmedo y con sus entrecortadas idas y venidas le atormentaba los pechos. Sus pezones se endurecieron y exigieron más caricias.

—Simon —suspiró Lynette, absorta al ver cómo un espécimen tan sensual y apasionado estaba completamente dedicado a ella.

Él la miró entre divertido y resuelto.

—Todavía no.

—¡Por favor!

Su áspera lengua le recorrió el pecho, mientras Lynette se arqueaba hacia arriba y gemía.

—¿Es esto lo que quieres? —la provocó él.

Ella negó con la cabeza.

—Me duele, Simon.

Él entonces se detuvo y la ternura le transformó el semblante. Abrió la boca y con sus perfectos dientes blancos le mordió el pezón con cuidado y rodeó el pecho con los labios succionándolo.

—Sí —suspiró Lynette, incorporándose.

Simon le acarició los pechos con una mano mientras le deslizaba la otra por un costado para sujetarla por la cintura y evitar que se moviese.

—Estate quieta —la riñó, levantando la cabeza para mirarla.

—Te necesito.

La lenta sonrisa que él esbozó hizo que a ella se le anudara el estómago.

—Lo sé.

Cuando los dedos de él acariciaron los rubios rizos de su entrepierna, ella se quedó sin aliento. La yema de un dedo se deslizó entre sus húmedos pliegues y él la acarició hasta causarle agonía de tanto placer. Lynette perdió la vergüenza y separó las piernas desesperada.

—Estás tan húmeda y tan caliente...

Simon se humedeció los labios y ella gimió sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro. Mientras él exploraba la entrada de su sexo, Lynette temblaba, se tensaba y no paraba de sollozar.

Con la punta del dedo, recorrió la abertura y entonces entró un poco hacia el interior. El cuerpo hambriento de la joven lo succionó y lo llevó en dirección al lugar que más lo necesitaba.

—Dios santo —masculló Simon—. Estás tan apretada y tan excitada...

—Tómame —le suplicó ella, pues aquella sensación de vacío y su propia desesperación la estaban torturando. Levantó una mano y tiró del pelo de él para acercarlo más.

—Todavía no. —Su acento irlandés era ahora más pronunciado.

Lynette adoraba ese acento, empezaba a adorarlo todo de él. Excepto esas dos palabras que le acababa de decir.

—No puedo soportarlo más. —Temblaba de pies a cabeza, se había convertido en una anhelante masa de deseo.

—Conmigo puedes soportarlo todo, *a thiasce*. —Una sonrisa anticipó el regreso de sus labios al pecho de ella.

Lynette había visto con cuánta reverencia él había pronunciado esas palabras.

—¿Qué significa? —le preguntó.

—Mi tesoro.

Le rodeó un pezón con la boca y lo envolvió en su calor. Ella se movió frenética, derretida por las palabras cariñosas y por el placer que le causaban los labios de él.

Aquello era lo que necesitaba, lo que se había negado a sacrificar por su familia o por el futuro que se suponía que iba a tener. En toda su vida, Simon había sido el único que le había inspirado una confianza ciega y un deseo inexplicable. Si eso era lo único que iba a poder conseguir de él, lo aceptaría sin miedo a las consecuencias y atesoraría el recuerdo de esa noche de posesión para siempre.

Él movió la lengua alrededor de su pezón erecto y se lo empezó a succionar. El hilo invisible que unía esa parte del cuerpo de ella con su sexo tiró de éste e imitó el compás de los movimientos de la lengua. El dedo que Simon tenía entre sus piernas entró hasta el primer nudillo y le causó tanto calor que la piel de todo el cuerpo le empezó a arder.

—¡Simon!

Él se movió, le cubrió la boca con la suya y con el pulgar le acarició el botón de nervios que había justo encima de la entrada de su sexo. El placer se propagó por Lynette como fuego y arqueó la espalda y gimió dentro de la boca de Simon. Su sexo se apretó alrededor del dedo de éste como un guante, se humedeció y facilitó los movimientos de él, que la penetró más y más con el dedo.

El desgarro de su virginidad apenas le dolió, pues sucedió en medio de su primer e intenso orgasmo. En realidad, pareció afectarle más a Simon, pues gritó más que ella y todo su cuerpo se estremeció. Los besos de él se volvieron más cortos, más fervientes. Movió la mano despacio, acariciándole con ternura los labios del sexo.

—Lynette —susurró con la voz rota—, perdóname.

Ella lo rodeó con los brazos y tiró de él hasta que sus mejillas se tocaron.

—Quería que sucediera, *mon amour*. Lo quiero todo contigo, tanto si realmente es todo como si tengo que conformarme sólo con un poquito. Durante tanto tiempo como sea posible.

Simon se apoyó encima de ella unos segundos y retiró el dedo del interior de su cuerpo. Entonces le dijo nervioso y excitado:

—Tengo que moverte un poco hacia arriba.

Ella intentó ayudarlo sujetándose a él, luchando contra la languidez que se había apoderado de sus músculos. Simon apoyó una rodilla en el colchón y después la otra y en esa postura los desplazó a ambos hacia arriba.

Dejó a Lynette en medio de una multitud de almohadones de distintos tamaños, texturas y colores. Luego se sentó sobre los tobillos, se puso las manos en los muslos y se la quedó mirando.

Ella le tendió los brazos, ofreciéndole la invitación que él parecía estar esperando.

Simon se puso de rodillas y se desabrochó los botones del pantalón, mientras Lynette se lo quedaba mirando.

Se le secó la garganta.

La punta de su impresionante erección sobresalía desafiante por la bragueta abierta y le apuntaba directamente al ombligo.

Lynette sabía que recordaría esa imagen durante el resto de su vida: Simon de rodillas con las piernas separadas, el cabello negro suelto cayéndole sobre los hombros, los músculos del estómago tensos y cubiertos de sudor y su miembro erecto y apuntando hambriento hacia arriba.

Ella se humedeció los labios y del pecho de él escapó un gruñido de deseo.

Un segundo más tarde, Simon tenía los pantalones por las rodillas y se tumbó de espaldas

para terminar de quitárselos. Gloriosamente desnudo e impresionantemente excitado, se tumbó encima de ella, fuerte y bronceado.

La languidez desapareció por completo del cuerpo de Lynette, que ahora ardía por él igual que antes en el pasillo. Y Simon, como siempre, lo sabía. Una suave sonrisa quitó dureza a la mandíbula que él seguía apretando. Y a ella se le rompió el corazón al ver aquellos labios tan voluptuosos y aquellos ojos resplandecientes de ternura.

Con las rodillas le separó las piernas, apoyó un brazo en el colchón, justo al lado del hombro de Lynette, y sus bíceps temblaron por el esfuerzo que hizo para no dejar caer su peso encima de ella. Deslizó el otro brazo entre los dos y cogió su erección para llevar la tensa punta a la entrada de su cuerpo.

El calor que desprendía el miembro de Simon la hizo gemir y moverse desesperada. Él se apoyó entonces con las dos manos en el colchón y la única parte de su cuerpo que quedó tocando el de ella fueron los muslos y la punta de su sexo. Sedosa y ardiente.

Lynette echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, clavándole las uñas en los antebrazos cuando él movió las caderas y empujó hacia delante. Se le aceleró la respiración, lo arañó, y supo que iba a perder la cabeza por culpa de la vorágine de emociones que la estaban invadiendo.

El olor de la piel de Simon era ahora más intenso, la envolvía, impregnaba su mente cada vez que respiraba. El vello de su torso y de sus piernas la excitaba sin remedio y subrayaba las diferencias entre los dos: la dureza de él y la suavidad de ella; la fuerza de él y la debilidad de ella; su tamaño y el de ella.

—Eres tan dulce... —gimió él—. Dios santo, eres tan dulce y estás tan apretada...

—Por favor... Simon...

Luchó por levantar las caderas y hacer que él la poseyese más profundamente, más rápido. Pero su peso la retenía y la obligaba a aceptar su ritmo, las pulsaciones de su miembro dentro de ella. Simon avanzaba y retrocedía muy despacio, dándole a Lynette el tiempo necesario para adaptarse a sentir un hombre en su interior por primera vez. Pero ella no podía permitirse el lujo de perder el tiempo.

—Hermosa —le dijo con voz ronca, al notar cómo se apretaba a su alrededor. Movió las caderas con pericia y empujó su miembro erecto hasta el corazón del sexo de ella. Le sujetó el rostro con las manos—. Mírame.

Lynette se obligó a levantar los párpados, que le pesaban de deseo. Vio la devastadora mirada de Simon fija en ella, tenía los ojos húmedos y tremendamente azules, los pómulos sonrojados, el pelo se balanceaba con sus movimientos.

Gimió y se sujetó a él.

—Más.

—Pronto —masculló él.

—Simon... Te lo suplico...

Pero él se negó a ceder y mantuvo aquel ritmo lento y tan erótico hasta llegar al final del sexo de ella con su erección. Lynette podía sentir los latidos del corazón de Simon, cada palpitación que recorría las venas de su miembro, cada centímetro de piel. Era el acto de dominación más primitivo. Estaba llena de él, tan llena que no podía moverse.

—Por fin estoy donde quiero estar desde la noche en que te vi por primera vez.

Apartó las manos del rostro de Lynette y entrelazó sus dedos con los de ella. Entonces se movió, se apartó hasta que lo único que quedó dentro de ella fue la punta y después volvió a entrar muy despacio.

La fricción hizo que Lynette encogiera los dedos de los pies. La punta del enorme miembro de Simon acarició una sensible zona que hasta entonces no sabía que tuviera. No podía creerse que hubiese podido penetrar dentro de ella por completo, pero la realidad era que parecían estar hechos el uno para el otro, a pesar de la inexperiencia de su cuerpo.

Simon levantó las caderas y volvió a bajarlas despacio y seguro de sí mismo, su experiencia era evidente en la habilidad que tenía para convertir cada movimiento en puro placer. Observaba a Lynette como un halcón, pendiente de cada suspiro, de cada gemido de placer, y repetía esas caricias para volver a provocárselos.

Aun perdida en el éxtasis que él le proporcionaba con tanta maestría, Lynette sintió su atenta mirada. Por eso lo quería, por eso había arriesgado tanto para estar con él. Deseaba sentir esa clase de placer, ser el centro de atención de un amante experto. Quería que le hiciera el amor ese hombre al que adoraba.

Simon estaba dejando su marca en Lynette deliberada y metódicamente; se estaba asegurando de que ella recordase sus caricias, su olor, todas y cada una de las sensaciones que provocaba en su cuerpo. Para siempre. Saber que el fin se estaba acercando, que esa noche no iba a repetirse, despertó en él una intensa desesperación.

El sudor le empapó la piel, el pelo se le pegó a la frente y las mejillas. Lynette se movió frenética debajo de él, sacudió la cabeza de un lado a otro mientras Simon la poseía con deliberada lentitud. Dentro, fuera. Profundamente. Apartándose hasta dejar sólo la punta. Construyendo el deseo de ella segundo a segundo, llevándola al clímax lentamente, sin prisa y de un modo completamente inolvidable.

Lynette le rodeó las caderas con las piernas y lo empujó hacia ella para ver si así aceleraba sus movimientos, pero no lo consiguió. Nada habría podido mover a Simon, que se limitó a sonreírle y a atormentarla pasándole la lengua por los pezones.

Cuando el orgasmo por fin la alcanzó, fue devastador; la lentitud con la que había llegado al pináculo del placer desembocó en unos espasmos violentos que le recorrieron todo el cuerpo. Su sexo atrapó la erección dentro de ella y Simon se estremeció, aliviado de placer. Lynette gritó una y otra vez y no dejó de pronunciar el nombre de él mientras temblaba.

—Sí —le susurró Simon, con la boca pegada a su oído—, derrítete por mí, *a thiasce*. Adáptate a mí.

Y era lo que estaba haciendo. Podía sentir cómo su cuerpo se estaba adaptando al de él a la perfección. Simon alargó el placer hasta que Lynette creyó que iba a morir. Los adictivos movimientos de su miembro prolongaron el clímax de ella hasta que no pudo ni respirar de lo feliz que se sentía.

Hasta que las piernas de Lynette se aflojaron y cayeron exhaustas sobre la cama, Simon no buscó su propio placer. Se movió dentro del trémulo sexo de ella con tanta determinación que Lynette estuvo a punto de no poder soportar tanta intensidad. Él le susurró palabras eróticas al oído, le dijo cómo se sentía dentro de su cuerpo, el efecto que tenía en su deseo su perfume, cómo lo estaba afectando su entrega.

—Por ti —susurró ella, apretándole los dedos—. Sólo por ti.

Finalmente, Simon salió de su cuerpo con un rugido de agonía y, de rodillas, se sujetó el miembro y eyaculó sobre el estómago de Lynette, como una madeja de seda que se devana. Unos gemidos guturales salieron de su garganta y ella se quedó absorta al ver la fuerza con la que salía su semen.

Ella le había hecho aquello, lo había llevado hasta el final. E incluso al límite del orgasmo,

había pensado en ella y la había protegido.

Cuando terminó, Simon bajó la cabeza, con lo que el cabello le escondía la cara, mientras su torso subía y bajaba trabajosamente para respirar. Un semental exhausto después de cabalgar con dureza.

Lynette le habría dicho algo, pero tenía la boca demasiado seca y el cuerpo agotado. Simon se levantó de la cama y ella le tendió una mano. Él le besó cada uno de los dedos con los ojos oscurecidos por la emoción.

Se dirigió detrás de un biombo que había en la esquina y Lynette oyó el sonido del agua. Cuando Simon reapareció, tenía la cara, el pelo y el torso mojados y caminaba más tranquilo y relajado, con un paño húmedo en la mano. No le daba ninguna vergüenza seguir desnudo y estar medio erecto. Se sentó en la cama y le sonrió y entonces le pasó el paño mojado por el estómago.

—¡Oh! —exclamó ella sorprendida. El agua fría sobre su piel caliente le provocó cierto alivio y se sintió incluso mejor después de beber el vaso de agua que él le llevó luego.

—Gracias —murmuró al devolvérselo.

Simon deslizó también el paño entre las piernas de Lynette. La tocaba con devoción, con mirada tierna y llena de algo parecido al agradecimiento.

—Estás muy callado —le dijo ella, cuando él dejó la toalla a un lado—. ¿No tienes nada que decir?

Simon se detuvo e inspiró profundamente. La garganta se le movió al tragar despacio y la tensión fue más que evidente en sus hombros. Cuanto más tiempo pasaba, más lo adoraba Lynette. Simon no le dijo una frase ensayada, ni un comentario gracioso, ni nada que pudiese convertir aquel momento tan extraordinario en mundano.

—¿Es posible que Simon Quinn, el famoso amante, se haya quedado sin habla por culpa de una virgen? —sugirió ella, golpeándose el mentón con un dedo.

Una risa profunda y masculina llenó el aire y detuvo el corazón de Lynette. Él se agachó y le besó la punta de la nariz.

—Bruja.

Ella le sonrió y le pidió que volviese a la cama.

12

Marguerite paseaba nerviosa arriba y abajo del salón de la planta superior de casa de Solange. Nunca había estado tan alterada; tenía las palmas de las manos sudadas y el pulso errático.

Después de volver de casa de Quinn, se había pasado horas discutiendo consigo misma. Por un lado quería disculparse con su hija por las cosas que le había dicho, pero por otro sabía que, como madre, Lynette era su responsabilidad y que eso la legitimaba para tomar cualquier medida necesaria para protegerla.

Odiaba esa clase de maquinaciones, odiaba tener que amenazar a Lynette con casarla con alguien a la fuerza, cuando sabía cómo era escuchar esa clase de amenaza de su propia madre. Su hija se le parecía demasiado y ahora sus vidas tenían más paralelismos que antes. Teniendo en cuenta cómo había acabado ella, a Marguerite no le parecía aceptable que a Lynette le ocurriese lo mismo.

Solange había ido al teatro con su amante y Lynette estaba durmiendo, igual que la mayoría de los sirvientes. La casa estaba en silencio, la noche era tranquila. Pero la serenidad que la rodeaba sólo servía para hacer más evidente su estado de nervios.

¿Cómo podía prepararse para volver a reunirse con el corazón que había perdido años atrás, cuando sabía que volvería a extraviarlo?

Había pasado mucho tiempo, así que tal vez él no acudiese a la cita. ¿Creería que ella lo había traicionado? ¿Sabía que lo había abandonado para protegerlo?

Oyó unos leves toques en la puerta y el sonido irrumpió en el silencio de tal manera que Marguerite se sobresaltó. Intentó dar permiso para entrar, pero tenía la garganta demasiado seca. Cogió la copa de jerez que tenía encima de la mesa, la vació de un trago y volvió a intentarlo.

—Adelante.

La voz le salió baja y ronca por el alcohol, pero la puerta no tardó en abrirse. Vio a una doncella, que se hizo a un lado tras hacerle una leve reverencia. Un instante después entró Philippe.

Marguerite se llevó una mano al corazón, sus sentidos se derrumbaron al colisionar contra las emociones que la asaltaron.

Mon Dieu, seguía siendo imposiblemente perfecto. Su cuerpo seguía siendo impresionante; su porte, más distinguido por el paso del tiempo. Incluso las vetas plateadas que tenía en las sienes combinaban a la perfección con su pelo rubio. Eran una mejora y no un defecto.

Él miró a la doncella y la despidió con un movimiento de muñeca. La joven se fue, cerrando la puerta tras ella.

Philippe se quedó de pie donde estaba, observando a Marguerite largo rato con la misma desesperación que ella, con su misma necesidad de registrar todos los cambios. Ver que él seguía amándola fue para Marguerite como recibir un golpe en el pecho, se quedó sin aliento y le dolió el corazón.

—*Mon coeur* —la saludó Philippe con una reverencia—. Perdona el retraso, quería

asegurarme de que nadie me veía ni me seguía.

Iba exquisitamente vestido, con unos pantalones de montar marrones que se ajustaban a sus poderosos músculos, y una levita color azul marino. Sujetaba el sombrero con ambas manos como si fuese un escudo.

—Tienes buen aspecto —consiguió decir ella, señalando una silla con mano temblorosa.

—Pura fachada, me temo. —Se sentó sólo después de que Marguerite lo hiciera y eligió el asiento que quedaba justo delante del de ella—. Tú, en cambio, estás más que hermosa. Mucho más bella que cuando eras mía.

—Todavía soy tuya —susurró Marguerite.

—¿Eres feliz?

—No soy infeliz.

Él asintió, comprendiendo lo que quería decir.

—¿Y tú? —quiso saber ella.

—Sobrevivo.

Él no vivía. Saber eso le rompió el corazón y una lágrima resbaló por la mejilla de Marguerite.

—¿Alguna vez has deseado que no nos hubiéramos conocido?

—Nunca desearé tal cosa —afirmó Philippe vehemente—. Tú siempre has sido la única luz de mi vida.

Ella sentía lo mismo y se lo dijo con la mirada.

—Es irónico que me uniese al cuerpo del Secret du Roi para darle sentido a mi vida y que por culpa de ellos perdiese mi único motivo de alegría —apuntó él en voz baja—. Si te hubiese esperado y no me hubiese alistado... qué distinta sería ahora nuestra vida.

—Tu esposa...

—Murió. —El remordimiento tiñó la respuesta.

—Eso había oído. —Se cayó del caballo mientras cabalgaba. En sus vidas había habido demasiadas tragedias. Un castigo, tal vez, por su indiscreción—. Te doy mis más sinceras condolencias.

—Tú siempre has sido sincera —respondió él con una sonrisa afectuosa—. Mi esposa estaba con su amante cuando sucedió. Me gusta pensar que al menos al final fue feliz.

—Espero que lo fuera. —«Espero que tú lo seas», pensó, pero no se lo dijo. No serviría de nada desear algo que sólo los haría más desgraciados.

—Tienes dos hijas.

—Ahora sólo me queda una. Perdí a la otra hace dos años. —Marguerite cogió aire—. Ellas son el motivo por el que te he pedido que vineras aquí esta noche.

La tristeza ensombreció el rostro de Philippe, y Marguerite comprendió que él creía que lo había mandado llamar por otro motivo. Era un hombre muy listo y sin duda sabía que esa clase de relación sería una agonía para ambos, y sin embargo no podía evitar desearla. Marguerite lo entendía. Una parte de ella deseaba que intentase seducirla, pues ambos sabían que lo lograría. Philippe podía hacerla enloquecer de lujuria y evitar que su conciencia se inmiscuyera.

—Cualquier cosa que necesites, si está en mi mano dártela, es tuya.

—Mi hija mayor ha conocido a un hombre aquí en París. Simon Quinn. ¿Has oído a hablar de él?

Philippe frunció el cejo.

—No que yo recuerde.

—Ese hombre ha convencido a Lynette de que en París hay una mujer idéntica a ella, es decir, a su hermana, y que incluso se llama igual que ésta: Lysette.

—¿Por qué?

—Por dinero, me imagino. —Se alisó nerviosa la falda del vestido—. Esta tarde he ido a visitarlo y le he ofrecido todo lo que quiera a cambio de que se marche de la ciudad para no volver. De momento no ha declinado la oferta.

—A veces pienso que debo dar las gracias por tener sólo hijos. Me temo que no toleraría demasiado bien a los cazafortunas.

A Marguerite se le encogió el estómago.

—Ésta es la primera vez que me pasa algo parecido con una de mis hijas. No sé cómo manejar el asunto. Tengo que proteger a Lynette sin hacer que se enemiste conmigo.

—Admiro el coraje que has tenido al ir a enfrentarte tú sola con ese hombre. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—¿Puedes averiguar más cosas sobre él? ¿Por qué está interesado en mi hija? A juzgar por las apariencias, diría que es un hombre rico. Y le confesó a Lynette que en el pasado había trabajado como espía para Inglaterra. Nosotros vivimos en Polonia y De Grenier sólo ayuda al monarca desde el exterior, no ocupa ningún cargo de confianza. ¿Qué puede ganar ese hombre acercándose a Lynette?

—¿Y si de verdad siente algo por ella? Si es la mitad de guapa que su madre, a cualquier hombre le resultará irresistible.

Marguerite esbozó una triste sonrisa.

—Gracias, pero, si ése fuera el caso, ¿por qué se ha inventado esa historia tan rocambolesca sobre esa otra mujer?

—No lo sé. —Philippe se inclinó hacia delante—. ¿Sabes quién es esa mujer? ¿Conoces su apellido?

Marguerite dudó un segundo y se retorció las manos sobre el regazo.

—Rousseau.

Philippe retrocedió como si lo hubiese golpeado.

—*Mon Dieu*!... ¿Crees que es familiar mía?

Edward se quedó tumbado unos instantes en la oscuridad, intentado discernir qué lo había despertado. Cuando un gemido atravesó el silencio de la noche, se puso en pie de un salto y abandonó el sofá donde dormía, a escasos pasos de la cama de Corinne.

Prendió la única vela que había en la mesilla de noche y se sentó en un extremo del colchón para tocarle la frente con una mano. Estaba ardiendo. Tenía lágrimas en las comisuras de los ojos y el pelo empapado y pegado a las sienes, el pecho le subía y bajaba con dificultad.

Otra pesadilla. A lo largo de las dos últimas noches había tenido varias y todas habían terminado con lágrimas y súplicas de clemencia.

¿Serían así todas las noches de su vida? ¿Tenía esas pesadillas por culpa de la fiebre o estaba condenada a sufrir para siempre ese tormento?

Edward sintió una opresión en el pecho al pensar en el dolor de la joven. Empapó un paño en el agua que había en un cuenco junto a la jarra y después lo escurrió y se lo pasó con cuidado por la frente y las mejillas para calmarla, pero no pudo detener las lágrimas o la angustia.

Se puso en pie y tiró del cubrecama para apartarlo, dejándola en camisón bajo el aire de la noche. Corinne gimió y se hizo un ovillo.

Él soltó una maldición. Odiaba verla así, muerta de miedo, y la furia lo dominó cuando vio que se mordía el labio inferior y se cubría la boca con los puños para evitar que se le escapasen gemidos de dolor.

Edward apretó las manos y el agua que todavía humedecía el paño goteó en la alfombra, junto a sus pies desnudos.

¿Por qué no salía corriendo de allí y se alejaba tanto como pudiera de ella? Corinne estaba tan traumatizada que se preguntó si alguna vez se recuperaría. En los cuatro días que llevaba en aquella casa, él no había dormido más de una hora seguida, lo que disminuía considerablemente su capacidad para realizar su trabajo, lo único que tenía sentido en su vida.

—Ninguna fulana, por tentadora que sea, merece tantos quebraderos de cabeza —dijo entre dientes.

Corinne sacudió los hombros al oír esas crueles palabras y a Edward lo embargó el remordimiento. Suspiró y volvió a su lado. Dejó el paño en el cuenco y se tumbó en la cama a su lado. Después se sentó y apoyó la espalda en el cabezal.

Se puso cómodo, cogió a Corinne, esquivando los puñetazos que ella intentó darle y, sin hacer caso de sus insultos, le sujetó las muñecas con una mano y la pegó a su costado.

La joven luchó con una fiereza sorprendente, teniendo en cuenta su tamaño, y Edward supuso que el miedo le daba fuerzas. Pero él no la soltó y apretó la mandíbula cada vez que ella lograba asestarle un golpe o darle una patada; al menos consiguió mantenerse alejado de sus dientes.

Debilitada por la fiebre, la respiración dificultosa y la mala alimentación de los últimos días, Corinne no tardó en cansarse y acabó desmayándose encima de él, tosiendo y temblando.

Entonces Edward empezó a cantar una canción sencilla que recordaba de su niñez. Mientras lo hacía, observó que el sonido de su voz parecía calmarla.

Al final, Corinne se abrazó a él, con sus pequeñas manos aferradas a su camisa. Ella seguía oliendo como un borracho, pero a Edward no le importó. Era menuda y delgada y le gustaba sentir el peso de su cuerpo; sus curvas encajaban a la perfección con los ángulos del de él.

Por eso estaba allí, por eso les había mentido a los sirvientes de Corinne, y para que dejasen de intentar echarlo había insinuado que eran amantes.

Por cómo la sentía en sus brazos, por lo bien que encajaba con él. Edward tenía una daga que era su preferida por esos mismos motivos. La empuñadura se adaptaba a la palma de su mano como si se la hubiesen hecho a medida. Sí, la hoja era afilada y en más de una ocasión se había cortado al sujetarla, pero valía la pena poseer un arma tan valiosa.

Y tampoco podía olvidar el modo en que Corinne le respondía cuando estaba dormida. Era como si la voz y las caricias de Edward pudiesen atravesar su caparazón. Como si alguna parte de ella también supiera que él era el único con el que encajaba.

Notó que los latidos del corazón de Corinne iban aminorando y los suyos hicieron lo mismo. Pronto respiraron al unísono y sus corazones latieron como uno solo.

Cerró los ojos y se durmió.

Simon sonrió al sentir los dedos de Lynette deslizándose por el vello de su torso. Estaba

acurrucada a su lado, con una pierna entre las de él, peligrosamente cerca de su erección. Tenerla tan íntimamente abrazada a su cuerpo lo mantuvo erecto y excitado. Si esa noche no fuese su primera vez, a esas alturas ya habría vuelto a poseerla. Pero lo era, así que estaba esperando. Su objetivo final era demasiado importante como para echarlo a perder por culpa de la impaciencia.

Él tenía la mirada fija en la chimenea, un brazo doblado bajo la cabeza y el otro alrededor de los hombros desnudos de Lynette. Volvió a mirarla y sintió que se le retorcían las entrañas. Tenía la melena rubia alborotada, con mechones sujetos por algunas horquillas y otros sueltos a causa de la intensidad de su deseo.

Qué bella estaba cuando se dejaba llevar por la pasión, sin avergonzarse de nada y sin contenerse, suplicándole que la penetrase como si fuera a morirse si no lo hacía. Ella no había tratado su miembro como algo separado de su cuerpo, un instrumento de placer, sino como parte de él y sólo de él.

De todas las mujeres cuya cama había compartido, Simon estaba completamente seguro de que Lynette era la única que quería a Simon Quinn y no a un amante cualquiera que fuese guapo, experimentado y estuviese bien dotado.

Ahora que había conocido a la vizcondesa, sabía a qué clase de censura iba a tener que enfrentarse Lynette. Sabía qué tipo de futuro le esperaba y la importancia que tenía su virginidad para su hipotético esposo. Ella había sacrificado ese futuro para el que se había estado preparando toda la vida por pasar una noche a su lado. Lo emocionaba pensar que para Lynette él valiese tanto.

—¿Por qué te retienen el dinero? —le preguntó ella, incorporándose para mirarlo.

—Para obligarme —contestó, acariciando la suave piel de su hombro—. Dimití y al parecer mis superiores no saben aceptar un «no» por respuesta.

—Entonces eres su esclavo —contestó ella, furiosa por él.

—En cierto modo, pero sólo por un tiempo.

—¿Qué quieren que hagas? —Lynette se sentó y sujetó la sábana pudorosamente bajo las axilas para cubrirse el torso. Tenía las piernas dobladas y sobresalían por el otro extremo y el resultado final le pareció a Simon de lo más atractivo.

—Nuestra amiga, Lysette Rousseau, ha vuelto a las andadas y está tramando algo. Se ha reunido con varios miembros de la Revolución y quieren saber por qué.

—¿Y no pueden pedírselo a otro?

—Al parecer no. —Se quedó pensando un momento y después le preguntó—: ¿El apellido que utiliza te resulta familiar?

—¿Rousseau? No, no demasiado. ¿Por qué?

—Por nada. Sólo es una teoría.

Ella pasó los dedos por un lazo que había en el extremo de la sábana.

—¿Quieren que la seduzcas?

—Lo sugirieron —murmuró él, observándola detenidamente.

Lynette apretó sus preciosos labios.

—No lo harás, evidentemente.

—Evidentemente —Simon le sonrió.

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó ella, mirándolo furiosa al ver que se estaba riendo.

—¿Celosa?

Lynette lo miró seria durante un segundo y después le sonrió.

—¿Me contarás lo que averigües de ella?

Él dio unos golpecitos a su lado con una mano.

—Si vuelves a tumbarte aquí, me lo pensaré.

Lynette hizo lo que le pedía y Simon apartó la sábana para que no hubiese nada entre los dos. Los pechos de ella quedaron recostados sobre su torso y los rizos de su sexo le hacían cosquillas en el muslo. Él nunca se había quedado tan absorto con esos detalles, nunca hasta ese punto. Ahora cada célula de su cuerpo estaba pendiente de todas las de ella.

—Hace poco —empezó a contar Simon rodeándola con los brazos—, *mademoiselle* Rousseau me acompañó en un viaje a Inglaterra. Afirmaba estar buscando a un asesino y su principal sospechoso era uno de mis hombres, pero yo sabía que éste era inocente.

—¿Lo encontraste?

—Sí, y todo acabó bien, pero entonces descubrí que el objetivo de Lysette nunca había sido atrapar a mi amigo, sino que su misión era otra completamente distinta. No consiguió llevarla a cabo, pero yo aprendí una lección muy valiosa. Vi a esa mujer apuñalar a un hombre y traicionar a uno de sus camaradas sólo para salvar el pellejo.

—Oh... —Apoyó la cabeza más pesadamente encima de él.

—¿Qué pasa, *a thiasce*? —murmuró, al notar que había cambiado su estado de ánimo.

—No se parece en nada a mi hermana. Esta mujer es un monstruo.

Simon la abrazó con más fuerza, consolándola lo mejor que pudo.

—En su defensa diré que a veces es como si se odiase más a sí misma que al resto del mundo y que el hombre al que mató no era un buen hombre. La saña con que lo atacó sugería que posiblemente él le había hecho mucho daño en el pasado. Estaba dominada por una furia como no había visto nunca antes en ninguna mujer.

Lynette se estremeció.

—No puedo imaginarme matando a nadie.

—Espero que nunca tengas que hacerlo. Sea cual sea el motivo, quitarle la vida alguien es algo que nunca puedes olvidar.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró con ojos azules como de porcelana.

—¿Tú has matado a alguien?

—Por desgracia, sí.

Retrocedió al ver que ella también lo hacía. Tenía miedo de que dejase de adorarlo; no sabía si podría soportarlo.

—¿A mucha gente?

—A más de la que me gustaría.

Lynette se quedó en silencio largo rato y Simon se preguntó si estaría buscando el modo de apartarse de él e irse de su casa. Pero cuando volvió a hablar, dijo:

—Gracias por decirme la verdad.

—Gracias por no salir corriendo.

Ella se encogió de hombros.

—Veo que sus muertes te atormentan.

—¿Lo ves? —le preguntó con voz ronca, impregnada de vulnerabilidad y más desnudo que lo que indicaba su cuerpo.

—Sí, está en tus ojos. —Le tocó la frente con la mano—. Sé que no lo habrías hecho si no te hubieses visto obligado a ello.

Simon le cogió la mano y le besó la palma.

—Me abruma la fe que tienes en mí.

La generosidad de Lynette era un tesoro para Simon. Ella era un tesoro. Que creyese tan ciegamente que él era bueno, basándose únicamente en cómo la había tratado, lo cambiaba todo. Sabía que tenía las manos manchadas de sangre y sin embargo confiaba en que sólo había actuado así por necesidad. No lo juzgaba ni despreciaba, sus más que insignificantes sentimientos ya no eran ignorados. Lynette no juzgaba su futuro basándose en los pecados de su pasado.

—Yo no soy el único libro abierto que hay en esta cama —le dijo ella sonriéndole—. Y a mí se me da muy bien leer.

—Ah, ¿sí? —Arqueó las cejas—.Y ¿qué lees ahora?

—Que estás totalmente loco por mí —contestó, sin una gota de humildad.

Simon se rio.

—Eres incorregible.

—Tendrías que haberte dado cuenta de eso cuando dejé que me besaras.

—¿Que me dejaste? —Él sonrió de oreja a oreja—. Cariño, ni queriendo habrías podido impedírmelo. Eras como arcilla en mis manos.

—Supongo que crees que eres irresistible, ¿no? —se burló ella.

Simon se puso encima de ella, atrapándola contra el colchón. Se detuvo un segundo y se deleitó al contemplar su pelo rubio y su piel blanca encima de las sábanas color borgoña.

—Vamos, resístete.

—Me resultará bastante difícil intentarlo si me estás aplastando.

—¿Aplastando? —Se apartó de inmediato.

—Bueno, eres un hombre muy grande.

—Para poder satisfacerte mejor —ronroneó él, subrayando cada palabra con un movimiento de su pene erecto sobre el muslo de ella y rozándole la nariz con la suya—. No te gustaría estar con un hombre más pequeño, *a thiasce*.

—¿Estás hablando de tu miembro?

Él se rio al verla tan atónita.

Lynette lo empujó por los hombros.

—¡Lo digo en serio, Simon! ¿De verdad los hay de distintos tamaños?

—Sí, por supuesto. Eso varía tanto como la altura o el peso.

Ella abrió los ojos como platos.

—Entonces, tal vez un hombre más bajo que tú no tendría que esforzarse tanto para entrar en mí.

Él refunfuñó sólo de pensarlo.

—La altura de un hombre no tiene nada que ver con el tamaño de su miembro.

—Oh. Qué interesante.

—Espero que no te lo parezca demasiado.

—¿Celoso? —le devolvió la pregunta que él le había hecho antes y Simon sonrió.

Luego se movió de nuevo y se colocó entre las piernas separadas de Lynette. Le acarició los labios del sexo con la punta del miembro y gimió al notar que ella se excitaba de inmediato.

Lynette se sujetó de sus hombros y le clavó las uñas de aquella manera que a Simon ahora le gustaba tanto, cuando en el pasado le había molestado. Nunca había encajado bien que una mujer le dejase una marca en la piel para herir el orgullo de otra, pero ahora, allí, para siempre, quería las marcas de Lynette en su cuerpo. Quería que todo el mundo supiera que ella se había

entregado a él y viceversa.

Deslizó una mano entre los dos y colocó la punta de su pene en la puerta del paraíso. A ella se le aceleró la respiración y cuando la llama empezó a arder, se le cerraron los ojos.

—¿Lo ves? —susurró—. Me parece que eres demasiado grande para mí.

Simon bajó la cabeza y la besó hambriento y desesperado. Su boca lo enardecía, tanto por las palabras que salían de ella como por el placer que le causaba. Tenía los labios suaves y húmedos, deliciosos. Y el modo en que temblaban bajo los de él y se separaban para dejarlo entrar, hacía que el corazón se le quisiera salir del pecho.

—Dios, sentirte es... —gimió, hundiéndose despacio en las estrechas profundidades del sexo de Lynette—. ¿Ves? —dijo, mientras pasaba los brazos por debajo de la espalda de ella para retenerla en la postura exacta—. Puedo acariciarte en lo más profundo —empujó—, y poseerte al máximo... —Trazó un círculo con las caderas, un movimiento destinado a hacerla enloquecer de placer—. Estoy perfectamente formado para darte todo lo que necesites.

—Ya veo... —suspiró Lynette.

Simon penetró hasta lo más profundo, descubrió sus puntos de placer, se deleitó con su humedad, con sus suculentos pliegues. Jamás se había sentido tan fascinado por el acto sexual, nunca se había imaginado que pudiese sentir el placer de una mujer como el suyo propio. No sólo en sentido posesivo, sino de verdad.

Igual que la vez anterior, se tomó su tiempo y la poseyó lenta y profundamente.

El sol terminaría por salir y ella tendría que irse, su familia intervendría, y ya no podrían volver a estar juntos. Simon sintió el avance de las agujas del reloj incluso en medio de aquel placer que le nublaba la mente. Pero su objetivo no era follársela tantas veces como pudiera. Y tampoco quería saciarse de ella para después olvidarla, o darle tantos orgasmos que Lynette no pudiese olvidarlo nunca. Cualquier hombre que mereciese la pena era capaz de llevar a una mujer al orgasmo.

Pero ningún otro hombre podría hacerle el amor como él.

Lo que Simon quería era calidad, darle un placer que le rompiera el alma, para poder meterse dentro y convertirse en parte de su ser.

Hundió el rostro en su melena y la sujetó con fuerza. Absorbió la sensación de notar sus pezones contra su torso, la suavidad de sus pechos. Toda ella era suave, dulce, perfecta, y tan hermosa que dolía mirarla.

Lynette se arqueó debajo de él, movió la cabeza de un lado a otro y susurró su nombre sin cesar, como una letanía. Era muy generosa con su pasión, no se guardaba nada, se lo daba todo. Ninguna de las mujeres de su vida se había metido en su cama sin reservas. Sus orígenes humildes, su sangre irlandesa, su falta de estatus social y de propiedades o la carencia de familia... Simon no tenía nada que ofrecer excepto unas horas de gimnasia sexual en la cama.

La inocencia y la pureza de Lynette lo habían vencido. No sólo su virginidad, que atesoraría para siempre, sino su inmaculado corazón y su mente. Incluso una prostituta tenía el corazón puro la primera vez que se enamoraba. Ningún recelo la obligaba a ir con cuidado, no tenía heridas del pasado ni tampoco ningún miedo, y ningún sueño roto que remendar.

Lynette nunca antes había amado a ningún hombre en ningún sentido. Él era el primero.

Y Simon vendería su alma por poder ser el último.

Él nunca había tenido hogar, nunca había pertenecido a ningún lado y nada le había pertenecido sólo a él. Nunca había poseído algo que considerase irreemplazable y valioso.

Hasta Lynette.

Esa noche, ella le pertenecía sólo a él. La enormidad del regalo que le había hecho lo hizo temblar.

—*Mon coeur* —susurró Lynette, rodeándolo con los brazos para darle seguridad.

Simon siguió poseyéndola despacio, decidido a alargar aquella unión tanto como le fuese posible. Su miembro se estremecía y le dolía, tenía los testículos duros y pegados al cuerpo. Si a esas alturas no hubiese estado ya completamente loco por ella, no habría podido soportarlo. Lynette era muy apasionada y su sexo vibraba alrededor de su erección de un modo absolutamente delicioso.

—Dios —dijo Simon entre dientes, arqueándose hacia atrás al notar aquella sensación en la base de la espalda que le tensaba todo el cuerpo—. Me gusta tanto... —gimió—. Tanto, tanto, maldita sea...

—Por favor —suplicó ella seductora.

—Dime qué necesitas —le pidió él, lamiéndole el lóbulo de la oreja—. Dímelo y te lo daré.

—Hazlo otra vez —suspiró—. Otra vez...

Simon la penetró profundamente y movió las caderas pegado a ella, para rozarle así el clítoris, dándole la estimulación final que requería.

Lynette se tensó y de inmediato se precipitó hacia el orgasmo. Le arañó la espalda y gritó su nombre al derrumbarse entre sus brazos, mientras con su sexo succionaba el dolorido miembro de él.

Simon gritó, apretó los dientes y cerró los puños en la almohada mientras Lynette temblaba a su alrededor, debajo de él, atrayendo su semen hacia su interior. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para resistir y esperó a que el último espasmo hubiese amainado antes de salir de dentro de ella y eyacular en la sábana. Con cada gota de semen temblaba más y más.

Fue el orgasmo más intenso de su vida y puso en cuestión todo lo que él creía saber sobre el sexo.

A medida que el líquido ardiente salía de su dolorido miembro, pensó que aquello era una injusticia. Su semilla jamás germinaría en el cuerpo de Lynette, ella nunca formaría parte de su futuro.

Por fin había encontrado su hogar y no podía quedarse.

13

—Rousseau es un apellido muy común, Philippe —dijo Marguerite cansada—. Te habría pedido ayuda de todas formas.

Se puso en pie y cogió la copa de jerez vacía. Se acercó al aparador y volvió a llenársela, y después sirvió brandy en otra copa, que calentó con pericia en una llama antes de dársela a él.

Philippe se había levantado cuando lo hizo ella y la estaba mirando con aquellos ojos llenos de amor con los que Marguerite soñaba. Al coger la copa le rozó los dedos y la piel de ella ardió al recordar aquella caricia en otras partes más íntimas de su cuerpo.

—¿Por qué no le pides ayuda a tu esposo? —le preguntó en voz baja.

—Tengo mis motivos.

—Dime cuáles son.

A Marguerite le tembló el labio inferior y él inclinó la cabeza para recorrérselo con la lengua. Philippe gruñó al hacerlo y apretó los dedos encima de los de ella.

Al notar su sabor, el cuerpo adormecido de Marguerite despertó al sentir cerca al amor de su vida.

—En mi corazón le he sido infiel todos estos años —susurró y tembló tanto que el jerez que había en su copa le salpicó los dedos—. La única dignidad que me queda es saber que no le he sido infiel de verdad.

Notó lo mucho que le dolió a Philippe soltarla y dar un paso atrás. El torso le subía y bajaba pesadamente del esfuerzo que había hecho y las fosas nasales se le habían dilatado.

—Pues entonces dime la verdad —dijo furioso entre dientes, vaciando de un trago la copa que ella le había preparado—. Si no puedes darme nada más, al menos dame eso.

A pesar de que Marguerite sabía que él tenía motivos de sobra para enfadarse, no pudo soportar el dolor que resonaba en su voz.

—¡Te lo he dado todo!

—Me hubiese gustado que hubieses confiado en mí para protegerte.

—¿Crees que te dejé porque estaba preocupada por mi seguridad? —le preguntó atónita—. Abandoné a mi familia, a mis amigos, dejé atrás todo lo que quería y me fui sólo con lo puesto, y ¿crees que lo hice por mí?

Philippe apretó peligrosamente la copa.

—¡Estabas medio muerto! —exclamó, reviviendo el dolor de esos días—. Te dieron tal paliza que me dijeron que no ibas a sobrevivir ni una semana. Pero yo estaba convencida de que sí. —Dejó su copa en la mesa y le dio la espalda—. Sabía que ibas a sobrevivir, porque no podía imaginarme la vida sin ti.

—Marguerite...

Oyó que él también dejaba la copa en la mesa, al lado de la de ella, y lo sintió acercarse. Se volvió para mirarlo y levantó una mano para detenerlo.

—Por favor. Tú eres mi debilidad. Si me tocas, me derrumbaré y después me odiaré a mí

misma. No amo a De Grenier. No puedo porque te amo a ti. Pero ha sido bueno conmigo a pesar de que sabe lo que siento. A pesar de que no he podido darle el hijo que tanto deseaba.

Philippe se detuvo y apretó los dientes.

—Si es un marido tan ejemplar, ¿por qué no le pides ayuda?

—¿No quieres ayudarme?

—Sabes que lo haré. Si tú me lo pidieras, me arrancaría el corazón y te lo daría sin preguntarte nada.

Marguerite se mordió el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Él ha sido bueno conmigo, pero no tanto con mis hijas. No es cruel, sólo... indiferente. —Tembló al soltar el aliento y apartó la mirada de la de Philippe—. Después de dar a luz a las niñas, me dijeron que ya no podría volver a concebir. Creo que inconscientemente las odia por ello.

—Es un idiota. —Philippe exhaló profundamente y su cuerpo abandonó la actitud de combate para adoptar una postura de resignación—. Entonces, quieres que investigue tanto a Simon Quinn como a Lysette Rousseau. ¿Necesitas algo más?

—Dinero. El señor Quinn todavía no ha aceptado mi oferta, pero si lo hace me gustaría resolver el asunto cuanto antes. De Grenier iba a salir de Viena con rumbo a París una semana después de nosotras. Si ha cumplido la agenda prevista, no llegará hasta dentro de unos días. Supongo que podría esperar, pero, en lo que atañe a mi hija, una hora de retraso puede ser de vital importancia para evitar que se meta en más líos. Lynette ya se ha escapado una vez para ir a ver a escondidas a Quinn.

—Entonces se parece a su madre —señaló Philippe con tanto cariño que a ella le costó respirar.

—Se parece demasiado.

—Déjame cargar con el peso de tus preocupaciones, *mon coeur*. Te daré el dinero que necesitas, sólo dime cuánto.

—Gracias, Philippe. Te lo devolveré en cuanto me sea posible.

—Sólo te pido una cosa a cambio. —Se le ensombreció la mirada—. Cuando tenga información, quiero entregártela en persona. Si no puedo tenerte, al menos quiero verte.

A ella se le secó la boca.

—Es demasiado peligroso.

—Sí —convino él—. Mucho, pero no puedo evitarlo. Cuando te vayas, nunca volverás a París, ¿verdad?

Marguerite negó con la cabeza.

—No.

Philippe se cruzó de brazos y la levita se le tensó, revelando aquellos músculos tan bien definidos que ella seguía recordando demasiado bien. Los años lo habían tratado bien. A Marguerite seguía pareciéndole tan devastadoramente guapo como cuando lo vio por primera vez.

—Te protegeré, no dejaré que nadie nos descubra —le prometió él—. Pero tú tendrás que protegerte de ti misma; sabes que yo jamás te rechazaré.

—Philippe...

—No confías en ti y deberías hacerlo. Has decidido no volver a acostarte conmigo y no vas a cambiar de opinión. Eres una mujer demasiado honorable, demasiado leal, demasiado tozuda. —La sonrisa que esbozó revelaba tal desánimo que Marguerite sollozó al comprender que ella

era la causa—. No puedo criticar tu manera de ser, porque es precisamente el motivo por el que te amo tanto como lo hago.

Ella intentó morderse la lengua, pero no pudo. Era injusto que su amor fuese una flor que sólo se abría en la oscuridad, que tenía que mantener alejada de la luz del sol y que luchaba por sobrevivir en la árida tierra de sus corazones, alimentándose de las lágrimas de ambos y de sus recuerdos.

—*Je t'aime* —susurró.

—Lo sé.

Lynette se despertó al sentir que algo le hacía cosquillas en la punta de la nariz. Exhausta como estaba, apartó la causa de las cosquillas con una mano y siguió con los ojos cerrados con la esperanza de volver a dormirse.

—Hora de levantarse, *a thiasce*.

El sonido de la grave voz de Simon despertó algo más que su cerebro. Todas sus terminaciones nerviosas volvieron a la vida al oírla.

—Simon —dijo sonriendo, sin abrir los ojos.

Él se inclinó hacia ella, su piel olía a jabón de bergamota. Le acarició la frente con los labios.

—La bañera te está esperando.

—¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto.

Lynette gimió.

—Tus sirvientes seguro que te odian.

Simon se rio y se apartó.

—Tal vez sea algo que les pido cada día.

Ella refunfuñó desde lo más profundo de su garganta.

—Pensar en ti hace que tenga que bañarme con agua fría a diario —le explicó él para hacerse perdonar.

Lynette abrió un ojo y, cuando lo vio, se maravilló de que estuviese tan atractivo sin haber dormido nada y después de haberse pasado tantas horas sudando y haciendo ejercicio. Ahora llevaba el pelo recogido en una coleta, pero no se había puesto la camisa y sólo lo cubrían unos pantalones.

—¿Otra vez? —le preguntó Simon, arqueando una ceja negra—. Eres insaciable.

—Hum... —Se tumbó de espaldas y se desperezó, y se sorprendió cuando él le apretó los pechos con ambas manos—. ¿Quién es el insaciable?

—No pienso dejar pasar ninguna oportunidad de tocarte.

Lynette soltó el aliento pesadamente. Estaba agotada y no quería dejar atrás esas horas que había compartido con él.

—¿Es eso lo que somos? ¿Una oportunidad?

Él la reprendió con la mirada y después le tendió una mano.

—Creo que tienes que pasearte desnuda un rato para pedirme perdón por haberme preguntado eso.

Ella arrugó la nariz y aceptó su mano. Simon la levantó y la abrazó, y después le dio un

cachete en las nalgas que la pilló por sorpresa. Le besó la nariz.

—Ya veo que la falta de sueño te agria el humor.

Lynette le rodeó la cintura con los brazos y deslizó los dedos por la cinturilla del pantalón.

—Tener que dejarte es lo que me agria el humor, *mon amour*.

—Chis. —Le colocó un dedo en los labios y entrelazó los de la otra mano con los de ella para acompañarla hasta la habitación contigua.

Allí la estaba esperando una hermosa y enorme bañera llena de agua caliente, cuyo vapor la atraía con la promesa de aliviar el dolor que sentía en algunas partes del cuerpo, algo que iba descubriendo con cada paso que daba. Ver que Simon era tan detallista la emocionó profundamente y le demostró que para él ella significaba mucho más que unas horas de placer sexual.

No había ningún sirviente y la tensión que le provocaba caminar desnuda desapareció. Le sonrió.

—¿Qué es lo que has pensado que te ha hecho sonreírme como una sirena? —le preguntó Simon, sujetándola para que pudiese entrar en la bañera.

—Estaba pensando que debo de haberme convertido en una descarada si soy capaz de pasearme desnuda con un hombre por una habitación sin sentirme rara.

—Deja que te asegure que no tienes nada de raro.

Lynette se sentó en aquella bañera tan grande con un suspiro de alivio. Le dolían partes que ni siquiera sabía que tuviera y le pesaban las piernas y los brazos de cansancio. Pero, en términos generales, en su vida se había sentido tan bien como en ese momento. Estaba segura de que esa felicidad se debía a que Simon la había saciado completamente. Solange siempre tenía cierto aire de indulgencia que resultaba muy atractivo y Lynette por fin sabía a qué se debía.

Él se arrodilló a su lado y empezó a bañarla. Echó espuma de jabón perfumado en un paño y se lo pasó con cuidado por los brazos. Ella lo observó con los ojos entrecerrados y admiró con descaro los músculos que se apretaban y aflojaban bajo su piel con cada movimiento. Era un hombre muy viril y sin embargo la tocaba con suma ternura.

Entonces deslizó las manos en el agua entre las piernas de ella y Lynette gimió.

—¿Te duele mucho? —le preguntó preocupado, deteniendo la caricia.

—No más de lo normal, supongo. —Le guiñó un ojo—. Teniendo en cuenta tu tamaño.

Pero Simon no desarrugó el cejo ni dejó de estar preocupado. Con dedos firmes y a la vez algo inseguro, le separó los labios del sexo. Lynette separó las piernas tanto como le fue posible dentro de los confines de la bañera y le demostró que no le tenía miedo y que no le había hecho daño.

A él se le entrecortó la respiración y se le notó en la mirada, que pasó de afectuosa a algo mucho más profundo. Las caricias dejaron de ser de preocupación y pasaron a ser eróticas. Deslizó la punta de sus dedos rugosos por encima del pequeño botón donde culminaban las terminaciones nerviosas de Lynette y que a ésta le causaba tanto placer.

Ella se sujetó del borde de la bañera y flexionó los dedos cuando él la tocó. Su tacto era suave y seguía atormentándola.

—¿Simon?

—Deja que te mire —susurró él, acariciándola rítmicamente—. Abre los ojos y mírame.

Lynette gimió cuando notó que su sexo volvía a apretarse, los músculos se tensaban y se le sonrosaban las mejillas por el calor del agua y el fuego que Simon estaba prendiendo en su cuerpo.

—Eres suave como la seda, *a thiasce* —murmuró él.

Lynette estaba completamente expuesta, prisionera de su mirada, con los labios entreabiertos y gimiendo desesperada por que su cuerpo se tensaba como un arco a la espera del orgasmo.

El agua empezó a balancearse y a formar olas producidas por cada uno de los movimientos de la mano de Simon en la zona más íntima de ella. Una vez y otra, llevándola al borde del tormento. Lynette echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la bañera al tiempo que levantaba las caderas buscando instintivamente el modo de liberar esa tensión.

—Me gustaría que estuvieras dentro de mí —susurró, al notar que su sexo se apretaba buscándolo.

—Córrete por mí —le pidió él, deslizando con cuidado un dedo en su interior y moviéndolo hacia delante y hacia atrás—. Deja que sienta lo mucho que me necesitas dentro de ti.

Lynette arqueó la espalda y llegó al orgasmo en silencio, con él mirándola. Fue un momento tan íntimo que sintió que no había secretos entre los dos.

Luego ladeó la cabeza y le ofreció la boca, junto a un ruego sin aliento:

—Bésame.

Él aceptó con un gruñido y se inclinó buscando su boca. Esta vez, Lynette puso en práctica todo lo que Simon le había enseñado respecto a los besos y le deslizó la lengua entre los labios, moviéndola hasta que él se apartó soltando una maldición y respirando pesadamente.

Se puso en pie y le tendió una mano.

—Tenemos que vestirnos y tienes que volver a tu casa antes de que sea demasiado tarde.

La entrepierna de Simon quedó a la altura de los ojos de Lynette, que no pudo evitar ver lo mucho que le había afectado verla cautiva de la pasión. Si él se preocupase sólo de su propio placer, en ese mismo instante podría volver a poseerla. Que ella volviese más tarde a su casa no era problema suyo.

Lo único que tendría que soportar más adelante sería la ira de De Grenier, pero su padre no lo obligaría a casarse con ella... porque Simon no era el hombre adecuado para su hija.

Por lo tanto, sólo le estaba pidiendo que volviese a casa para protegerla. Una prueba más de que su preocupación era auténtica.

Lynette se vistió sin ganas, igual que Simon. Le temblaron las manos cuando vio el desgarro en la cinturilla del pantalón que había cogido para disfrazarse esa noche. Que ella le hubiese provocado una reacción tan primitiva la dejaba sin habla, pero no tanto como saber que Simon había sido capaz de dominarse.

Con el corazón en un puño, lo siguió hasta la puerta y se enfrentó al frío aire de la noche. El cielo estaba oscuro y las calles prácticamente desiertas, con la excepción de unos cuantos tenderos que se preparaban para empezar el día.

Piotr la estaba esperando en la esquina, con las riendas de los dos caballos en la mano. El de Simon también estaba allí preparado, el mismo en el que ella lo había visto montado la noche que llegó a París.

Él la ayudó a montar primero y luego subió a su caballo, manteniendo una mano en la empuñadura de su daga. Estaba alerta a pesar de que mantenía una postura relajada. Un cazador disfrazado.

Lynette se lo quedó mirando y le resultó casi imposible creer que aquel hombre tan formidable hubiese estado temblando entre sus brazos.

Cabalgaron en silencio hacia la casa de Solange. Piotr se colocó adrede detrás de ellos, que

avanzaban el uno al lado del otro. Lynette había pasado calor de camino a la casa de Simon, pero ahora estaba temblando de frío. Un frío que procedía del interior de su cuerpo y se extendía hacia fuera.

Desmontaron al llegar al callejón y Piotr corrió al establo con los dos caballos. Simon se quedó junto a Lynette, con los ojos brillantes y los hombros tensos.

—Si averiguo algo importante —le dijo—, os mandaré una nota a ti y a la vizcondesa. Espero que me hagas caso y que te vayas de París en cuanto te sea posible. Hasta entonces, mantente lejos de cualquier peligro. Te lo suplico.

Ella se mordió el labio inferior y asintió, y una emoción peor que el dolor le oprimió el pecho.

Simon le sujetó el rostro con ambas manos y le dio un intenso beso demasiado breve en los labios, que no dejaban de temblarle.

—Gracias. —A él le temblaban las manos cuando se apartó—. Entra en casa.

Con paso apesadumbrado, Lynette se dirigió hacia el establo, donde tenía su ropa. Miró hacia atrás una vez y encontró a Simon mirándola fijamente, con las manos sujetas a la espalda. Las lágrimas le nublaron la visión y abandonó el callejón sollozando en silencio.

Edward se despertó con un agudo dolor en el cuello. Gimió exhausto y se desperezó, y descubrió que había pasado cuatro horas durmiendo sentado en la cama de Corinne. Se apartó del cabezal y echó los hombros hacia atrás varias veces; al mismo tiempo la buscaba a ella con la mirada.

Corinne estaba acurrucada encima de unas almohadas, en el extremo más alejado de la cama, mirándolo. Tenía unas ojeras tan oscuras que parecía que le hubieran golpeado los ojos.

Edward dejó de moverse y la miró cauteloso.

—Buenos días.

—¿Estás borracho? —susurró ella.

Él estuvo a punto de sonreír, pero se obligó a contenerse.

—Me temo que eres tú la que huele a vodka. Tenías mucha fiebre y teníamos que bajártela.

—¿Por qué estás aquí?

—Hace tres días que me lo pregunto.

—¿Tres días? —repitió horrorizada.

Edward se levantó de la cama y extendió los brazos a ambos lados, mirando el reloj. Al cabo de poco tendría que irse a trabajar y tal vez ella no le dejara regresar.

Se acercó a la jarra de cristal que había en la mesilla de noche y sirvió un vaso de agua. Rodeó la cama por el otro lado, moviéndose deliberadamente despacio para no aumentar la tensión que sentía vibrar dentro de Corinne. Ésta se volvió y lo miró.

—¿Puedes sentarte? —le preguntó Edward.

Ella parpadeó confusa y agotada.

—Creo que sí.

—Si necesitas que te ayude, sólo tienes que decírmelo.

Se movió con mucho esfuerzo, pero logró sentarse sola.

—¿Dónde están los Fouché?

—Supongo que preparándose para la jornada. Son muy viejos —señaló.

—Thierry no.

—A *madame* Fouché no le pareció adecuado que se ocupase de ti.

Ella estiró la mano y cogió el vaso de agua. Parecía una niña en medio de aquella cama tan grande, se la veía menuda y delicada.

—¿Y le pareció bien que tú lo hicieras?

—No tuvo elección, y al final pensó que era más aceptable que te cuidase tu amante que su hijo.

Ella se atragantó con el primer sorbo y él le dio con cuidado unas palmaditas en la espalda.

—Es mentira, claro está —le aclaró Edward enseguida, para evitar que temiese que hubiera pasado algo mientras estaba enferma.

—Eres increíblemente arrogante —contestó ella.

—Sí, es verdad. Se incorporó—. Tengo que prepararme para ir al trabajo. ¿Me permites que venga a visitarte mañana por la noche?

Corinne se lo quedó mirando.

Edward esperó, sabía que se pasaría todo el rato pensando en ella.

Pero sería mejor que esa noche la dedicase a investigar a Quinn, el misterio que llevaba dos días acosándolo. Al día siguiente no tenía que trabajar ni que ocuparse de nada, así que podría recuperar horas de sueño. Y por la noche podría volver al lado de Corinne completamente descansado, y tal vez con cierta información.

Además, ella también necesitaba tiempo para recuperar fuerzas. Edward sabía que ahora se sentía muy vulnerable y que eso hacía que se pusiera a la defensiva. Un paso en falso por su parte podía echarlo todo a perder.

Alguien llamó a la puerta y segundos más tarde apareció *madame* Fouché resoplando tras subir la estrecha escalera de servicio. Se detuvo al ver a Corinne despierta y le hizo una reverencia.

—Buenos días, *madame* Marchant.

Ella frunció el cejo.

—Buenos días.

Corinne seguía sin responder a su pregunta, así que Edward interpretó resignado su silencio como una negativa.

—Necesita beber mucho líquido —le dijo al ama de llaves—. Caldo de carne y de verduras con un poco de sal. Y mucha agua.

—Sí, señor.

Edward le tendió una mano a Corinne y ella colocó la suya encima. Tenía la piel delgada como el papel, cubierta de venas azules muy finas. Era tan frágil y tan fuerte en otros sentidos... Le besó la mano y se apartó.

Volvería a visitarla cuando se hubiese recuperado del todo. Su relación no iba a acabar así.

—¿Dónde están tus gafas? —le preguntó Corinne.

—Se rompieron en el incendio.

Ella le apretó los dedos.

—Me salvaste la vida.

—De hecho, estabas a punto de salvarte tú sola. Yo sólo te cogí en brazos.

—Y me has cuidado durante tres días. Gracias.

Él le hizo una reverencia, le soltó la mano y se dio media vuelta.

—Me gustaría que vinieras a verme mañana —le dijo ella, con apenas un hilo de voz.

Los pasos de Edward vacilaron un segundo, pero ningún otro gesto delató el alivio que sintió. No quería parecer ansioso, y mucho menos delante de una mujer que les tenía tanto miedo a los hombres.

—Hasta entonces —fue lo único que dijo, pero salió de la casa sonriendo.

Desjardins entró silbando en su despacho después de desayunar. Le había salido muy bien que James hubiese empezado a buscar a Lysette por el lado equivocado de la mansión de Orlinda. Así la joven había estado expuesta al fuego más tiempo del que él había previsto. El médico le había asegurado que se recuperaría sin secuelas y James estaba tan enamorado que se había pasado las tres últimas noches cuidándola personalmente.

Esa clase de casualidades eran una constante en su vida. Él siempre había sido un hombre con suerte. Como por ejemplo con los Fouché. Al principio no le había parecido bien dejar a Lysette a cargo de un matrimonio tan mayor y que apenas podían ayudarla, pero no podía permitirse pagar a alguien mejor, pues no quería despertar las sospechas de su esposa. La condesa Desjardins era una mujer muy hermosa, demasiado como para estar casada con un hombre de aspecto tan anodino como él, pero lo amaba a pesar de eso. Y él la amaba a ella, quien jamás le permitiría mantener a una amante o usar los servicios de una cortesana.

Lysette era uno de sus secretos, igual que lo era todo lo que había hecho con el objetivo de medrar socialmente.

Al final, la edad de los Fouché había resultado ser una bendición, ya que James había podido comportarse de nuevo como un héroe.

El conde acababa de sentarse a su escritorio cuando alguien llamó a la puerta abierta del despacho. Sonrió al ver al mayordomo.

—Hágalo pasar —le dijo.

Conocía perfectamente la identidad del hombre que había ido a visitarlo, pues llegaba a la hora prevista.

Un segundo más tarde, entró Thierry con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, milord.

—Sí que lo son.

Le sonrió sincero, aquel hombre llevaba veinte años a su servicio y se había ganado su cariño. Thierry había desempañado varios papeles a lo largo de los años, desde correo hasta lacayo. Actualmente se hacía pasar por hijo de los Fouché y así podía seguir de primera mano cómo evolucionaba la relación entre Lysette y James. A pesar de su edad, los Fouché no tenían ninguna dificultad para adaptarse a cualquier situación, y se habían convertido en los padres ficticios de Thierry de la noche a la mañana.

—¿Cómo está Lysette? —preguntó el conde.

—Se ha despertado esta mañana.

—Una noticia excelente.

—Evidentemente está cansada y débil —añadió el hombre—, pero tiene buen aspecto.

Desjardins se apoyó en el respaldo de la silla y estiró las piernas hacia delante.

—¿Alguna novedad sobre cómo Lysette y James piensan seguir adelante con su relación?

—Él volverá mañana.

—¿Esta noche no irá a verla?

—No, y la verdad es que no lo culpo. *Mademoiselle* Rousseau no es una mujer fácil de tratar cuando está inconsciente, cortesía de lo que le hicieron Depardue y sus hombres.

—Maldito sea.

Desjardins nunca olvidaría cómo estaba Lysette cuando la vio por primera vez, asustada y maltratada, violada por todos aquellos hombres, que se la habían ido pasando hasta arrebatarle casi por completo el espíritu. Pero al final la desgracia de ella también le había resultado útil, porque le proporcionó los instrumentos necesarios para ganarse su lealtad y que le dijera su verdadera identidad. Con el paso del tiempo sabría si lo segundo llegaría a servirle de algo, pero en todo caso era un arma que tenía allí, lista para utilizar cuando hiciera falta.

—Iré a visitarla esta noche —dijo el conde—. Díselo para que esté preparada.

—Sí, milord. —Thierry se echó hacia delante y dejó en un extremo del escritorio una de aquellas cartas con lacre negro que el conde tanto odiaba—. Me la han entregado cuando venía de camino hacia aquí.

Últimamente, Thierry se había convertido en el único mensajero que le entregaba cartas de L'Esprit, claro que también era una de las pocas personas a las que Desjardins veía con asiduidad.

El conde apretó la mandíbula y metió la carta dentro de un cajón, del que sacó una bolsa con dinero.

—Tómate la noche libre. Pero quiero que averigües por qué Quinn fue a visitar a Lysette. Necesito que estés en casa cuando él vuelva a verla. Si tenemos suerte será mañana.

—Por supuesto. —Thierry se levantó y cogió la bolsa que le lanzó el conde—. Estoy a su servicio, como siempre.

Desjardins contestó unas cuantas cartas que tenía pendientes y, cuando el reloj de pared dio la una, se puso en pie y se tiró de las mangas de la chaqueta con movimientos precisos, fruto de la experiencia.

Su bella esposa apareció en la puerta, poniéndose los guantes.

—¿Estás listo, Desjardins? —le preguntó. Llevaba el pelo negro perfectamente recogido y en las orejas lucía unas esmeraldas del mismo color que sus ojos.

—Sí, por supuesto. —Rodeó el escritorio—. Estoy tan impaciente como tú por ir a ver a la baronesa Orlinda.

Su esposa había querido ir a consolar a la baronesa de inmediato, pero él retrasó la visita tanto como pudo, diciéndole que la multitud de curiosos que sin duda habrían acudido a la casa de su hermana les impediría alojarse allí.

La mujer se estremeció.

—Me da muchísima pena lo que le ha pasado a mi hermana —dijo—, igual que me la daría cualquiera a quien le sucediera lo mismo, pero la verdad es que esto es lo pasa cuando te comportas de un modo tan inmoral.

—Cierto —convino él.

Desjardins no temía que su esposa se enterase de que él había asistido al baile. La baronesa jamás hablaba de sus invitados con nadie y los asistentes nunca confirmaban su asistencia.

—¿Nos vamos? —le preguntó, ofreciéndole el brazo.

Para él, aquella visita no iba a ser meramente un acto social. Si lo fuera, habría dejado que su esposa acudiese a casa de su hermana en representación de ambos. Desjardins quería averiguar si la presencia de Quinn en el baile había sido mera casualidad o si respondía a algo más. Después de saber que el irlandés había ido a visitar a Lysette, dudaba que fuese lo segundo.

Lysette le había dicho que Quinn había dejado de trabajar para el servicio de espionaje inglés, pero, si eso era cierto, ¿qué hacía todavía en París?

Probablemente lo mejor sería matarlo sin más. Ningún gobierno vengaría la muerte de un hombre que ya no hacía labores de espía para ellos.

La idea tenía cierto mérito y Desjardins la guardó en un rincón de su mente para seguir madurándola más adelante.

14

Apenas era mediodía cuando Simon recibió la primera carta. Con una caligrafía preciosa y muy femenina, la vizcondesa le preguntaba si había tomado una decisión respecto a la conversación que habían mantenido el día anterior. Se planteó quemar la misiva, pero luego la lanzó furioso al fondo de un cajón.

Más tarde recibió otra, en ésta sólo había escrita la dirección de una sastrería. Nada más. A diferencia de la de la vizcondesa, esa nota alegró a Simon.

Se puso la chaqueta y salió sin perder un segundo. Estar en su casa era ahora un tormento, no sólo estaba invadida por Eddington, sino también por los recuerdos de Lynette. Era el último lugar donde quería estar y al mismo tiempo el único donde podía esperar hasta recibir noticias o hasta que se hiciera de noche y pudiese ir a ver a Lysette.

Cabalgó a toda velocidad, perseguido por aquella sensación de estar atrapado que lo estaba obligando a comportarse de un modo que iba en contra de su forma de ser. No podía avanzar ni tampoco retroceder y la falta de información le impedía actuar.

A pesar de que conocía el lugar al que se dirigía, no tuvo más remedio que ir dando un rodeo para asegurarse de que nadie lo seguía.

Las campanillas que tintinearon cuando abrió la puerta avisaron de su llegada al establecimiento, pero no vio a ninguno de sus conocidos dentro.

Se quitó el sombrero y miró las bobinas de tela y al cliente que estaba hablando con la mujer pelirroja que se ocupaba de atenderlo, hasta que vio una mano saludándolo detrás de una cortina. Se dirigió hacia allá y se deslizó tras la pesada tela para acceder a la trastienda, donde encontró a Richard.

—Veo que te has tomado tu tiempo, Quinn —lo saludó el otro hombre, riéndose.

Richard estaba sentado a una mesa cubierta de retales y carretes de hilo. Como era habitual en él, se lo veía tranquilo y relajado, pero Simon no se dejó engañar por las apariencias, a pesar de que cualquiera lo haría.

Se sentó en la silla que le señaló su amigo y dejó el sombrero sobre la mesa.

—Has elegido un lugar muy interesante para nuestra reunión.

—Cortesía de Amie. —Richard señaló a una chica de aspecto discreto que estaba cosiendo en una esquina—. Y de su madre, Natalie.

La pelirroja apareció por la espalda de Simon llevando una bandeja con unas tazas de té desparejadas y una tetera y se dispuso a servir el té.

—El marido de Natalie es sastre —le explicó Richard—. Pero esta semana está enfermo en casa.

—*Merci beaucoup* —le dijo Simon a la mujer, después se besó los dedos y le lanzó el beso a la joven Amie, que se sonrojó y bajó la vista.

—Se te dan muy bien las damas —se quejó Richard—. Yo tardé dos horas en conseguir que me mirase.

—Pero tus esfuerzos merecieron la pena.

—Preferiría ser como tú y no tener que esforzarme tanto.

Simon cogió la taza que Natalie le ofrecía y se sentó tan confortablemente como pudo en su silla, algo coja.

—Dime que has averiguado algo valioso.

—No sé si es valioso, pero te aseguro que es jodidamente interesante. —Richard rechazó la taza de té, cruzó los brazos por encima de la mesa y se inclinó hacia delante—. El vizconde Grenier es probablemente el encargo más fácil que me han hecho nunca.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Estuvo involucrado en un escándalo tan sonado que la gente todavía se acuerda.

—Es maravilloso que pasen esas cosas.

—Sí lo es. Al parecer, estaba prometido con Marguerite Piccard, un diamante de primera clase, según tengo entendido.

—Todavía lo es —afirmó Simon, dejando la taza sin haber tomado ni un sorbo. Lo que le apetecía era una copa, no una taza de té.

—Pero ella lo abandonó antes de la boda y se fugó con el marqués de Saint-Martin, un famoso libertino que ya estaba casado. He oído un montón de historias sobre mujeres llorando desconsoladas por la calle por ese hombre, pero es obvio que su reputación no detuvo a *mademoiselle* Piccard.

Simon recordó a la gélida mujer que había ido a visitarlo a su casa y arqueó ambas cejas. Entonces pensó en Lynette presa de la pasión. Al parecer, tanto la madre como la hija sabían luchar por lo que querían.

—Fue su amante durante un año —prosiguió Richard—, pero entonces volvió con De Grenier, que se casó con ella a pesar de todo. Es diplomático o algo por el estilo, y se fueron a vivir a Polonia, que es donde han residido desde entonces. De Grenier vuelve a menudo a París, pero siempre viene solo. Tuvieron dos hijas, aunque una falleció hace unos años.

—¿La ruptura con Saint-Martin fue amigable?

—Dicen que el libidinoso marqués estuvo muy enfermo después de separarse de ella. Nadie lo vio durante meses y nunca ha vuelto a ser el mismo de antes.

Simon frunció el cejo y sopesó cuidadosamente la información.

—¿Qué año era cuando sucedió todo eso?

—Mil setecientos cincuenta y siete. Y, bueno, no sé si tiene algo que ver, pero el apellido de Saint-Martin es Rousseau.

—No puede ser una coincidencia. En todo este asunto ya hay demasiadas.

—¿Qué significa? ¿Lo sabes?

—Tal vez. —Simon deseó haber dormido más y estar más lúcido y se maldijo por estar tan atontado—. No le digas nada de esto a Eddington.

—Por supuesto que no —replicó Richard—. Sabes de sobra que no lo haré.

Simon se puso en pie.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme qué diablos está pasando? —preguntó su amigo.

—No, todavía no.

—Maldita sea, Quinn... ¡No te vayas! Todavía no he terminado.

Simon se detuvo en seco y esperó.

—Te contaré un secreto si tú me cuentas otro a cambio —ofreció Richard.

—Becking... —le advirtió él.

—Oh, está bien. Dado que me sentía eufórico después del éxito de anoche, esta tarde me he detenido un segundo en casa de *mademoiselle* Rousseau. De hecho, me he parado antes de venir aquí. Uno de los sirvientes salía y he decidido seguirlo. Ha ido directamente a casa de Desjardins y allí lo han dejado entrar como si fuese una visita y no un sirviente cualquiera.

—Un poco raro —murmuró Simon—, pero no del todo sorprendente. Estoy convencido de que Desjardins mantiene al personal de Lysette, es de suponer que quiera recibir informes sobre las actividades y las visitas que recibe.

—Todavía no he llegado a la mejor parte. —Richard se echó hacia atrás y le sonrió—. Ese tal James también ha seguido al sirviente. Y el tipo es condenadamente bueno. No tenía ni idea de que estaba allí hasta que he montado para venir hacia aquí y lo he visto al doblar la esquina.

—Así que el ratón sabe que le han tendido una trampa —asintió Simon—. Un trabajo excelente, Becking, como de costumbre. Esta información puedes contársela a Eddington, debería bastar para tenerlo contento durante unos días.

—Eh. Hoy he tenido suerte.

Simon le dio unas palmadas en el hombro.

—Dime si averiguas algo respecto al marqués.

—Ya estoy trabajando en ello —le aseguró su amigo—. Tanto por tu bien como por el mío. Hacía mucho tiempo que no me encargaban una misión tan interesante.

Simon le sonrió, abandonó la sastrería y cabalgó decidido hacia la casa de Lysette.

Desjardins tocó nervioso la carta que llevaba en el bolsillo, mientras subía la escalera que conducía al dormitorio de Lysette. Otra petición de L'Esprit, esta vez en relación con Simon Quinn. Éste se estaba acercando demasiado a Lysette para su gusto. Si no se andaba con cuidado, terminaría perdiéndola.

Llegó a la puerta, llamó una única vez y después entró sin esperar que le diesen permiso. Al fin y al cabo, estaba en su casa.

—*Ma petite* —le dijo, acercándose a la cama.

Lysette estaba sentada en el lecho, más incorporada que tumbada. Llevaba camisón y el cubrecama la cubría desde los pechos. Se la veía pequeña y frágil. A Desjardins le recordó a su hija Anne y se le hizo un nudo en la garganta.

—Milord —murmuró ella con la voz todavía ronca por el humo.

—¿Cómo te sientes? —Cogió una silla y la acercó a la cama para sentarse cerca de la joven.

—Cansada. Confusa.

—No puedo hacer nada para aliviar lo primero, pero tal vez pueda ayudarte con lo segundo.

Lysette suspiró, lo que le provocó un ligero ataque de tos. Cogió un pañuelo que tenía en el regazo y se tapó los labios con él.

—¿Ha vuelto ya el médico?

—No que yo sepa.

—Lo mandaré llamar cuando me vaya.

—Gracias.

Desjardins le sonrió.

—Haría cualquier cosa por ti.

Ella asintió seria.

—Espero que tú sientas lo mismo por mí —le dijo él.

—¿Acaso no te lo he demostrado a lo largo de estos dos últimos años?

—Sí, por supuesto. —Apoyó un tobillo en la rodilla de la pierna opuesta—. Pero el mundo está cambiando, hay guerras que se están fraguando. Los amigos se convertirán en enemigos y los enemigos en amigos. Así es como funciona.

Lysette parpadeó desconcertada y frunció el cejo.

—¿Qué ha pasado?

El conde paseó la vista por el dormitorio y vio que el sofá rosa estaba donde no debía.

—¿Es ahí donde ha dormido James?

—Supongo.

Su tono le sonó raro y la miró.

—¿Ese hombre es el motivo de tu confusión?

—Sí. —Estrujó el pañuelo con los dedos frágiles—. No entiendo por qué se ha molestado tanto, a no ser que no sea tan inocente como aparenta. Tal vez tenga algún interés oculto en ti.

—Lo dudo. ¿Tan difícil de creer es que tú le intereses de verdad?

—¿Por qué? Ni siquiera me conoce.

Desjardins se encogió de hombros.

—Y ¿qué es lo que tiene que saber para interesarse por ti? ¿Cuál es tu comida preferida, el lugar al que más te gusta ir? Todo eso es muy interesante y está bien para iniciar una conversación, pero lo cierto es que no sirve para cambiar la reacción que nos provoca una persona cuando la conocemos. Basta con un instante para saber si queremos conocer más o no a alguien. Es obvio que James siente eso por ti.

Ella apretó los labios.

—Creo que te ve como un puzle —añadió Desjardins— y es la clase de hombre al que le gusta resolverlos.

—Un puzle —repitió Lysette.

—Eso creo.

—Hum... —Lo miró fijamente—. Dime por qué has venido.

—Para asegurarme de que estabas bien.

—Seguro que Thierry ya te lo ha contado.

—Sí —reconoció el conde con una sonrisa—, pero hay cosas de las prefiero asegurarme con mis propios ojos.

—¿Tienes miedo de que me escape? —le preguntó en voz baja.

—Podrías intentarlo. Quinn no parece dispuesto a olvidarse de ti. Tal vez vuestra relación sea más complicada de lo que me has contado.

—¿Lo dices porque vino a verme?

—Lo digo porque tiene a un hombre apostado vigilando la casa.

Lysette se tensó y miró a Desjardins con desconfianza. Había algo raro en él esa mañana, una tensión que distaba mucho de su habitual actitud relajada. Le puso los nervios a flor de piel y la obligó a estar alerta. Los depredadores nerviosos representaban un gran peligro.

—Tengo que confesar —murmuró el conde— que me tranquiliza ver que no te alegras de saberlo.

—Por supuesto que no —contestó airada—. No me gusta que me espíen. Bastante tengo con que tú estés al corriente de todo lo que hago.

—Ojalá fuera así.

Lysette soltó el pañuelo y se cruzó de brazos.

—Dime qué te preocupa. —En su estado actual, carecía de la paciencia necesaria para seguir con aquella conversación absurda.

Desjardins sacó una carta del bolsillo y la lanzó hacia ella. Cayó grácilmente junto a su muslo y Lysette la cogió y la examinó. Se fijó en el lacre negro y en que carecía de sello. En la parte frontal no había escrita ninguna dirección.

Miró a Desjardins y le preguntó:

—¿Puedo leerla?

—Adelante, por favor.

Abrió la misiva con más cuidado del habitual y la leyó.

—¿De quién es? —preguntó después, asustada al leer el tono con el que el autor de la carta exigía recibir más información sobre Simon y amenazaba con hacerle daño a la hija de Desjardins si no le hacían caso.

—De un hombre llamado L'Esprit —contestó el conde, con la voz exudando veneno—. Una espina que tengo clavada en el costado desde hace dos décadas.

Las manos de Lysette cayeron sin fuerza encima del colchón. No podía creerse que Desjardins estuviese metido en una situación que lo hacía sentirse tan indefenso como ella.

—¿Y todo este tiempo te ha estado amenazando con tu familia?

—Desde el principio. De lo contrario no lo habría ayudado. —Se puso en pie y paseó furioso de un lado a otro del dormitorio—. L'Esprit es el motivo por el que te encargué que te acercaras a James. Está muy interesado en Benjamin Franklin y pensé que, si tú averiguabas algo importante a través de su secretario, podría utilizarlo para obligarlo a salir de las sombras.

—Haré lo que pueda, por supuesto.

—Ahora ya es demasiado tarde. Ya has leído lo que pide. El hombre de Quinn siguió a Thierry hasta mi casa y L'Esprit no tardará demasiado en relacionar a Thierry o a Quinn contigo.

Lysette se quedó helada de repente y se tapó más con la sábana.

—Veo que esto lo tiene muy alterado.

—A ti también debería alterarte —replicó Desjardins—. Depardue era el espía que L'Esprit tenía infiltrado en los Illuminés. Si averigua que mataste a su mejor lugarteniente, seguro que vendrá a buscarte. Tendrás suerte si te mata, lo he visto destruir a hombres.

—¿Destruir? —repitió Lysette, más asustada por el estado de Desjardins que por lo que éste le estaba diciendo.

A pesar de todo lo que habían pasado juntos, ella nunca lo había visto inseguro.

—Hace tiempo se enfrentó al marqués de Saint-Martin y le arrebató todo lo que amaba. No respetó nada.

—¿Qué podemos hacer?

—Utiliza tu enfermedad para meterte en la vida de James. Deja que te cuide tanto como quiera. Cultiva la vinculación que siente contigo. No te será difícil, al fin y al cabo, te salvó la vida.

—Y ¿qué me dices de Quinn? Seguro que volverá.

—Yo me ocuparé de él.

La respuesta del conde era una amenaza y a Lysette se le revolvió el estómago. Los nervios de Desjardins se le habían contagiado.

—Haré lo que pueda con James. Lo prometo.

—Gracias. —Desjardins se acercó y le besó la mano. Después cogió la carta de L'Esprit y

volvió a guardársela en el bolsillo—. Buscaré otra casa donde instalarte. Tengo la sensación de que éste ya no es un lugar seguro.

Y dicho esto se fue, cerrando la puerta tras él. Lysette se quedó tumbada, con la mejilla apoyada en la almohada y lloró en silencio. Tenía miedo de no poder averiguar su pasado antes de morir.

—Tu vida es un desastre.

Lysette se incorporó sobresaltada, con el corazón latiéndole desbocado al oír esa voz de barítono a su espalda. Se volvió en dirección al saloncito contiguo y vio a Simon apoyado en el marco de la puerta, con la mirada fija en la otra, por la que prácticamente acababa de salir Desjardins.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó, sentándose mejor y secándose furiosa las lágrimas.

—Vamos —la tranquilizó él, apartándose de la puerta—, sabes que todos tenemos nuestros métodos.

Ella lo observó entrar en su dormitorio como si tuviese todo el derecho del mundo a estar allí. Simon cogió la silla que el conde había dejado vacía, la giró y se sentó al revés, con las manos apoyadas en el respaldo.

Se lo veía tan masculino y dominante en medio de aquel entorno tan femenino... y él no hacía ningún esfuerzo por adaptarse o por resultar menos incongruente. Simon era tan opuesto a Edward que Lysette no pudo evitar notarlo. Éste era tan masculino como Simon, pero esa mañana había sido capaz de mitigar sus instintos por ella. Notó una opresión en el pecho y apartó el recuerdo de su mente. En ese momento no podía pensar en Edward. Sencillamente, era más de lo que podía soportar su alma atormentada y agotada.

—Háblame de ti, Lysette —le pidió Simon, con aquella voz ronca suya, mientras la miraba atentamente con los ojos.

—Debería matarte por haberte metido en mi casa —dijo ella, ocultando el tumulto de emociones que sentía bajo la rabia, tal como había aprendido a hacer para poder seguir con vida.

—Me gustaría ver cómo lo intentas. Estás tan débil como un gatito.

—Gritaré y vendrán a ayudarme.

—¿Los sirvientes a los que paga Desjardins? —Simon se rio.

Ella apretó la mandíbula. Quinn tenía razón, estaba débil, algo que se había prometido a sí misma que no le volvería a pasar.

—No he venido a hacerte daño —le aseguró él en voz baja, poniéndose serio—. Lo único que quiero saber es quién eres.

—¿Por qué?

—Creo que he conocido a un pariente tuyo y quiero saber si estoy en lo cierto.

Lysette palideció y de los nervios le sudaron las manos.

—¿Qué te hicieron tus padres para que tuvieras que montar esta farsa? —le preguntó despacio—. ¿Te amenazaron con casarte a la fuerza, con quitarte la dote?

—¿Qué quieres? —le preguntó entre dientes.

Él arqueó una ceja.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Mi familia está muerta.

Simon chasqueó la lengua.

—Mentir es pecado. Aunque supongo que en tu caso será un mal menor.

—Eres tan engreído... —lo atacó Lysette—. Te comportas como si lo supieras todo. Como

si fueras un ser superior.

—La verdad es que ahora mismo tengo la sensación de que no sé nada. Y espero que tú puedas ayudarme.

Lysette había sobrevivido gracias a su capacidad para juzgar a las personas, y tenía la sensación de que Simon estaba siendo sincero con ella. Su mente racional le decía que tenía que ser una trampa, pero su corazón afirmaba lo contrario.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Tu hermana te quiere con locura y sigue llorando desconsolada tu pérdida. ¿Acaso no sientes nada por ella? ¿Tu corazón es tan frío que puedes expulsarla de tu vida sin pestañear?

—¿Mi... hermana? —Lysette se llevó una mano a la garganta cuando notó que la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor. Se le revolvió el estómago y buscó a tientas el cuenco que tenía en la mesilla de noche.

Simon se movió tan rápido que apareció a su lado justo cuando la silla en la que estaba sentado golpeó el suelo. Le sujetó la palangana mientras ella vomitaba con violencia. El cuerpo de Lysette estaba tan agotado que había sido incapaz de soportar tanto estrés.

Cuando terminó y se desplomó exhausta sobre las almohadas, Simon se acercó a la puerta y la cerró. Instantes más tarde, alguien llamó y giró el pomo, sacudiéndolo durante unos segundos para intentar abrirla.

Una voz femenina se oyó a través de la madera.

—*Madame* Marchant, ¿se encuentra bien?

Simon arqueó una ceja y retó a Lysette a descubrir su presencia.

Ella tomó aire y contestó:

—He tirado la silla al suelo cuando he ido a coger la palangana. No tiene de qué preocuparse.

—Iré a por mi llave y la ayudaré —ofreció *madame* Fouché.

—¡No! Por favor. Sólo quiero dormir.

Hubo una larga pausa.

—De acuerdo. Utilice la campanilla que tiene en la mesilla de noche si me necesita.

Simon pegó la oreja a la puerta durante un rato. Cuando se convenció de que el ama de llaves no iba a volver, asintió y volvió a acercarse a Lysette. Levantó la silla del suelo y, tras colocarla bien, esperó pacientemente a que empezase a hablar.

—¿Qué quieres que diga? —le preguntó ella con un horrible y cruel dolor de cabeza. Veía puntos negros y le sudaba la frente.

—Estoy intentando averiguar qué tienes que ver con Lynette.

—¿Lynette?

Una sombra pasó por el atractivo rostro de Simon.

—El nombre no te suena de nada, ¿no es así?

Ella negó con la cabeza y sintió un atisbo de esperanza que la mareó

—¿Dónde está tu familia, Lysette? ¿Quiénes son?

—No lo sé —susurró, sintiéndose tan vulnerable como si estuviese desnuda frente a una multitud.

—¿Cómo es posible que no sepas de dónde procedes? Yo soy un bastardo y sé que nací en Dublín y que mi madre era modista.

Ella tragó saliva y buscó el paño húmedo que tenía en una bandeja en la mesilla de noche, para pasárselo por el cuello, que le ardía de fiebre.

—No recuerdo nada de mi vida más allá de los últimos dos años.

Simon se quedó perplejo mirándola.

—¿Cómo es eso posible?

—¡Ojalá lo supiera! —exclamó la joven, llorando quedamente—. Lo deseo con toda mi alma.

—Maldita sea. —Simon se levantó y empezó a pasear, igual que había hecho antes Desjardins—. Hace dos años, una joven dama con tu nombre murió en un accidente y fue enterrada por su familia. Le sobrevivieron su hermana gemela, Lynette, y sus padres.

—¿Gemela?

¿Podría ser verdad? ¿Por fin el destino iba a ser bueno con ella y le iba a dar una hermana cuya autenticidad no podría ser cuestionada?

—Sí. —Simon se detuvo y suspiró cansado, pasándose las manos por el pelo, despeinándose. No pareció darse cuenta ni importarle demasiado—. ¿Cómo es que te pusiste este nombre?

—Depardue me llamaba Lysette. Y pensé que... me pegaba, así que me lo quedé.

—¿Depardue?

—Sí. Por desgracia él es lo primero que recuerdo. —Se estremeció y volvió a sentir arcadas. Si hubiese tenido algo en el estómago, habría vuelto a vomitar.

—¿Y Rousseau? ¿O es Marchant?

—Desjardins me puso el apellido de Rousseau, me dijo que le iba bien a mi nombre. Y utilizo Marchant como protección, básicamente contra Depardue. No le hizo ninguna gracia perderme y, aunque después de que Desjardins interviniese ya no pudo quedarse conmigo, si hubiera sabido dónde estaba habría venido a buscarme.

—Conmigo no lo utilizaste.

—Se suponía que ese viaje a Inglaterra iba a ser mi última misión para el conde. Me prometió que si conseguía averiguar el nombre de tu superior me dejaría libre. No vi la necesidad de ocultarte quién era, en especial cuando sé que tampoco es mi nombre verdadero.

—Me parece que Desjardins sabe perfectamente quién eres —dedujo Simon poniéndose en jarras—. Creo que quiere tenerte cerca para utilizarte como moneda de cambio o para negociar con alguien cuando llegue el caso.

—No... —Le tembló el labio y se lo mordió para ocultarle aquella muestra de debilidad.

—¿De verdad crees que le importas? ¿Que por eso te manda a matar a cualquiera que se interponga en sus planes?

Lysette no dijo nada, pero se le rompió el corazón al comprobar que no tenía nadie a quien recurrir. No, no creía que Desjardins la quisiera, pero confiaba en que sintiera algún cariño por ella, aunque fuera sólo un poco.

Simon se acercó a la cama y se sentó a su lado para cogerle las manos. La miró con franqueza a la cara y dijo:

—Tu familia te quiere. Te echan mucho de menos. A pesar de todo lo que has hecho, te recibirán con los brazos abiertos, estoy seguro.

Lysette tragó saliva.

—No me lo merezco. Ya no.

—Eso no tienes que decidirlo tú —replicó él emocionado, mientras le acariciaba el dorso de las manos con el pulgar—. Pero alguien quiere verte muerta. Y ese alguien se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que todo el mundo crea que lo estás. En una cripta de Polonia hay

una tumba con tu nombre y un cuerpo dentro. Y de momento creo que es mejor que sigas enterrada.

—¿Saben que existo? —le preguntó, apartando una mano para secarse las lágrimas.

—En cierto modo, pero tu hermana es la única que todavía tiene esperanzas. Tu madre vio un cadáver, y también su esposo. A ella le está costando hacerse a la idea.

—Entiendo.

—Pero cuando te vean no les cabrá ninguna duda —le aseguró.

—A ti nunca te he caído bien —susurró ella—. ¿Por qué me estás contando esto? ¿Por qué no dejas que me sigan dando por muerta?

—Ojalá pudiera —contestó Simon, negando con la cabeza—. Estoy convencido de que sólo llevarás dolor a sus vidas.

Lysette pensó en todo lo que él le había contado, en lo enfadado que parecía al hablar de su hermana y abrió los ojos al comprenderlo.

—Lo haces por Lynette, ¿verdad? Estás haciendo todo esto por ella.

Simon tensó la mandíbula.

Lysette se rio con suavidad y él se levantó de la cama, soltando una maldición.

—Pobre Simon —se burló—, tiene que ser descorazonador sentir algo por una mujer que es idéntica a mí.

—Bruja. —La fulminó con la mirada, aunque Lysette no se asustó. Simon ladraba, pero sólo mordía cuando era necesario.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tú seguirás comportándote como siempre —le dijo él—. No le cuentes a nadie lo que te he dicho. Dame tiempo. Todavía hay demasiadas cosas que no sabemos.

—Hay un hombre que anda buscándote.

—Eso he oído. Déjamelo a mí.

Lysette aguantó un momento la respiración mientras buscaba las palabras adecuadas para contestarle a Simon, para demostrarle su gratitud.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

—Puedes. Cuando averigües algo sobre Edward James, sea lo que sea, cuéntamelo a mí primero.

—¿Sobre James? —El corazón dejó de latirle un segundo—. ¿Por qué tienes que meterlo en todo esto?

—Porque es el motivo por el que todavía estoy en París, enredado en la telaraña de tu pasado. —Simon volvió al salón contiguo, distraído por sus pensamientos—. Ponte buena —murmuró—, es probable que dentro de unos días te necesite.

Y se fue tan rápido como había venido.

Lysette se tumbó en la cama, exhausta de mente y cuerpo, debatiéndose entre el júbilo y el más profundo remordimiento.

—Edward —murmuró, abrazándose a la almohada.

El destino era tan injusto..., le daba algo con una mano y con la otra se lo arrebataba. ¿Siempre tenía que acabar haciendo daño a las personas que eran buenas con ella?

Ocultó la cara en la almohada y lloró hasta quedarse dormida.

15

Simon abandonó la casa de Lysette con mucho más de lo que había llegado, es decir, con ropa que pertenecía al lacayo, a Thierry. Los dos tenían más o menos la misma complexión y altura, y era poco probable que el hombre fuese a visitar en ese instante a Desjardins, que era justamente a donde se dirigía Simon.

Escondió su propia ropa detrás de un arbusto que había frente al muro de piedra del jardín trasero y salió por un callejón. Se caló el tricornio de Thierry hasta las cejas y echó a andar hacia la casa del conde con las manos en los bolsillos.

La distancia no era corta ni larga. Era perfecta para pensar en las piezas de información que había recabado e identificar las que todavía le faltaban. Iba mirando a su alrededor a su paso, pero nada le pareció fuera de lugar. Estaba tan alerta que lo sorprendió ver una mano enguantada que salió de un carruaje negro sin identificar y algo destartalado, que se detuvo delante de él justo en la esquina de la casa de Desjardins.

Simon se paró en seco, pero se recuperó al instante y agachó la cabeza para evitar que lo reconocieran, cogiendo la carta que apareció frente a sus ojos. Las cortinas del carruaje estaban echadas y tanto la mano como el brazo perfectamente cubiertos.

—Dile que me estoy impacientando —amenazó una voz ronca proveniente del interior.

Tras unos golpes en el techo, el vehículo se alejó.

Simon siguió caminando, tocó la carta que se había guardado en el bolsillo y fingió normalidad. Sin embargo, por dentro su desasosiego iba en aumento.

Al parecer, L’Esprit no era una invención de Desjardins, tal como Simon había creído en un principio. Era real, lo que lo convertía en otra amenaza que controlar.

Llegó a los escalones de la casa del conde y llamó a la puerta con impaciencia. Ésta se abrió y apareció un mayordomo dispuesto a dejarlo entrar, hasta que vio que no era Thierry.

—*Monsieur* Quinn.

Simon buscó una de sus tarjetas de visita, se la entregó y después se coló en el vestíbulo antes de que pudiesen negarle la entrada.

El sirviente abrió la boca para protestar, pero, al ver que él entrecerraba los ojos, cambió de opinión y lo acompañó al estudio de su señor, donde Quinn se puso cómodo y se sirvió una copa de brandy antes de sentarse.

—Quinn —lo saludó Desjardins al entrar poco después—. Es todo un placer.

Pero la mirada del conde se detuvo más de la cuenta en la ropa de Thierry, delatando así su preocupación, y Simon aprovechó esa ventaja

—Tengo algo para usted —le dijo, dejando la copa en la mesa para coger la carta de L’Esprit. La examinó con gestos exagerados—. Un sello muy interesante. O la falta del mismo.

—Deme eso —le dijo Desjardins enfadado, chasqueando los dedos.

—No. —Simon rompió el lacre y sacó los papeles.

El conde se lanzó encima de él y se los arrebató.

Simon sonrió.

—¿Qué quiere ahora L'Esprit?

Desjardins palideció.

—¿Qué sabe de L'Esprit?

—No lo suficiente, pero usted va a contarme ahora muchas cosas.

—Váyase de aquí. —Le temblaban las manos cuando se metió la misiva en el bolsillo—. Antes de que haga que le echen.

—¿Y va a dejar que me vaya sin investigarme un poco más? No es nada propio de usted— se burló Simon, fingiendo desconcierto—. Me pregunto qué es lo que lo tiene tan alterado. ¿El miedo tal vez?

—¡Eso es absurdo! —exclamó el conde—. Usted no es nadie. No me interesa ni a mí ni a Inglaterra. Si hago que se ocupen de usted nadie lo echará de menos ni se preocupará por lo que le pueda haber pasado.

—¿Me está amenazando? —Simon sonrió y se inclinó hacia delante—. Supongo que pensó lo mismo sobre Lysette Baillon. ¿O usted la llama Rousseau? Tengo que reconocer que estoy confuso. Sea como sea, se equivocó. A ella sí la echan de menos y sí que la están buscando.

Desjardins cerró los puños.

—Explíquese.

—No, no. El único que va a explicarse aquí es usted.

—Lo mejor que puede hacer ahora es irse del país y olvidar todo lo que cree haber averiguado. Si sigue investigando este asunto, terminará en el infierno.

—Lleva veinte años atado a L'Esprit. Yo puedo ayudarlo... si me apetece —concluyó Simon.

Desjardins se sentó, el interés que despertó en él ese ofrecimiento lo traicionó.

—¿A cambio de qué?

—Yo me quedaré con Lysette y usted saldrá de su vida para siempre como si nunca hubiese formado parte de ella.

—¡Ya sabía que le gustaba! —exclamó, satisfecho consigo mismo.

—Dejemos a un lado lo que cree saber y háblame de L'Esprit.

El conde apretó los labios y se apoyó en el respaldo de la butaca, cruzándose de brazos. Hizo una larga y premeditada pausa y entonces empezó a hablar y Simon a escuchar con mucho interés.

Cuando terminó el relato, éste le preguntó:

—¿Cuánto tiempo pasó entre la destrucción de Saint-Martin y la siguiente carta de L'Esprit?

—Diez años, más o menos.

—Y cuando volvió a recibir noticias de él, ¿no apareció en su bodega?

—No.

—¿No le pareció raro?

—Toda nuestra relación me parece rara —respondió Desjardins furioso.

—Las primeras cartas no tienen una caligrafía distintiva y L'Esprit se reunió con usted en la bodega. Las últimas tienen una letra muy característica y L'Esprit no se le acerca para nada. Las primeras notas iban acompañadas de joyas, las de ahora no...

—Una sí —lo corrigió el conde—. Pero la rechacé y me negué a ayudarlo, y entonces volvió a escribirme amenazando a mi familia.

—¿Y nunca se ha preguntado si procedían de alguien distinto?

Desjardins se quedó pensándolo.

—¿Por qué habría tenido que hacerlo?

Simon se encogió de hombros.

—L'Esprit es único. Incluso a usted tiene que parecérselo —añadió el conde.

El insulto no le pasó desapercibido a Simon, pero decidió ignorarlo.

—Todo puede ser duplicado, si uno es lo bastante listo.

Desjardins meditó esa afirmación con cuidado.

—Y ¿cómo pretende ayudarme?

—Creo que hoy he demostrado que podemos engañarlo.

—¿Pretende tenderle una trampa haciéndose pasar por Thierry?

—No. —Simon tamborileó con los dedos sobre su rodilla—. Creo que Thierry conoce a L'Esprit mejor de lo que usted cree. Había algo en la voz del hombre cuando me ha hablado. No me estaba ordenando nada propiamente, ha sido algo más parecido a una reprimenda, como si no le estuviese hablando a un subordinado.

—*Absurde*. Thierry lleva años a mi servicio.

—La lealtad que inspira un hombre como usted puede comprarse, y comete un error si no se plantea la posibilidad de que tal vez L'Esprit también conozca a Thierry desde hace años.

—No cometo ningún error y sigo sin entender cómo puede ayudarme —le dijo el conde—. Si Thierry trabajase para L'Esprit, a estas alturas ya habría traicionado a Lysette.

—¿Por qué? ¿Acaso L'Esprit organizó su secuestro?

Desjardins no dijo nada y su silencio explicó muchas cosas.

—Organice un encuentro con Saint-Martin —le dijo Simon poniéndose en pie—. Infórmeme sobre la hora y el lugar cuando lo sepa.

—Da por hecho que confío en usted —lo retó el conde, levantándose.

—¿Tiene elección?

Desjardins apretó más los labios.

—¿Qué es lo que tiene pensado?

—Voy a tender una trampa.

—¿A quién?

Simon sonrió y caminó hacia la puerta, salió del estudio y torció a la derecha, en dirección al vestíbulo de la casa.

—Tendrá que hacer todo lo que le diga si quiere descubrirlo.

Cruzó la cocina y después bajó la escalera que conducía a la bodega. Desjardins se apresuró a ir tras él y tuvo que correr para seguirle el paso. Abrió la puerta que conducía a las catacumbas y miró dentro.

—Necesito una antorcha.

—Lo dice como si yo las tuviera siempre a mano —se quejó el conde.

Simon miró a su alrededor y arqueó una ceja. Pasó un largo momento, pero al final Desjardins suspiró exasperado y fue a la cocina. Cuando volvió, llevaba una antorcha en la mano.

—No hay nada ahí abajo, Quinn.

—Por supuesto que no. —Simon se adentró en el pasillo de piedra y cerró la puerta tras él.

Tal como había sospechado, media hora más tarde, Simon salió al cementerio donde se había reunido con aquellos rufianes la noche en que fue a liberar a sus hombres. Los caminos que circulaban por debajo de la ciudad se extendían y enredaban durante kilómetros, pero los rastros de las antorchas y el olor a humo delataban las rutas más concurridas.

La casa donde residía Lynette estaba a pocas calles de distancia. Simon lanzó la antorcha al suelo y se dirigió hacia allí, convencido de que tanto la joven como su madre tenían que saber de la existencia de Lysette lo antes posible.

Las horas y días venideros iban a ser muy peligrosos —desenterrar secretos del pasado siempre lo era— y si le sucediera algo malo a él, Lysette no tenía suficiente información como para encontrar a su familia. Y entonces Lynette jamás sabría que su hermana seguía viva, aunque no fuera la misma de antes.

Cruzó el callejón que conducía a la casa de la cortesana y llamó a la puerta de servicio. Decir que la doncella que le abrió se sorprendió encontrar allí una visita sería una obviedad. Sin embargo, la joven recuperó el aplomo enseguida, le permitió entrar en la casa y le pidió que esperase en el salón mientras ella iba en busca del mayordomo.

Cuando se quedó solo, Simon aprovechó para observar la elegante decoración de la habitación y descubrió un par de detalles que le hicieron sonreír. El salón estaba pintado en tonos blancos y dorados dignos de un rey, pero había algunas cosas que delataban la naturaleza sensual de su propietaria, si uno lo observaba con detenimiento. Ninfas y sátiros medio desnudos danzaban por las molduras y los pies de las lámparas, y las estatuas griegas tenían ciertas modificaciones que harían sonrojar a cualquier dama.

—Señor Quinn, me alegra ver que se ha vestido para la ocasión.

Giró sobre sus talones y descubrió a la vizcondesa entrando como una reina en el salón. Llevaba un vestido más informal que el día que fue a visitarlo a su casa. Uno con un estampado floral de seda que la hacía parecer tan joven como sus dos hijas. Pegada a sus talones, entró una atractiva morena que le sonrió con dulzura y Simon entendió que tuviese tanto éxito en su profesión. Les hizo una reverencia a ambas.

La vizcondesa los presentó bruscamente y después lo invitó a sentarse.

—Habría bastado con que me mandase una nota —le dijo con frialdad.

—¿Para informarla de que Lysette está viva y con buena salud? —replicó—. Incluso yo, que carezco de buenos modales, tengo más tacto.

Marguerite se tensó y miró a Solange, que estaba sentada a su lado. Ésta alargó la mano y entrelazó los dedos con los de su amiga.

—¿Qué quiere, señor Quinn? —le preguntó la vizcondesa—. No estoy de humor para jugar esta clase de juegos con usted.

Él ignoró el comentario y se dijo que su reacción era comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Ella dice que no se acuerda de nada, excepto de los dos últimos años de su vida y que por eso no los ha buscado antes.

—Qué práctico —se burló Marguerite sarcástica—. Si no recuerda nada, seguro que no cometerá el error de recordar los detalles equivocados. Y ¿cuándo la traerá? Estoy convencida de que se muere de ganas de vivir en medio de nuestras riquezas.

—No la traeré hasta asegurarme de que nadie corre peligro.

—Oh, comprendo. ¿Cuánto dinero me costará asegurarme de que nadie corre peligro?

Simon sonrió y pensó que algún día, cuando todo aquello se aclarase, disfrutaría hablando

con la vizcondesa.

—¿Alguna vez oyó hablar de un hombre llamado L'Esprit cuando estaba con el marqués de Saint-Martin?

La vizcondesa palideció.

—Comprendo —murmuró él—. ¿Se ha puesto en contacto con usted a lo largo de estos últimos años?

—¿Qué tiene que ver esto con usted?

—Me parece raro —señaló— que tanto usted como el conde Desjardins se pongan tan a la defensiva al hablar de un hombre que lleva años amenazándolos.

—Algunas cosas son privadas y muy dolorosas. Y no resulta fácil contárselas a un desconocido del que desconfías.

—Yo confío en él.

La voz de Lynette le acarició la piel como los rayos del sol y le presionó el pecho con tanta intensidad que le dolió. Simon se puso en pie y se preparó para mirarla. Cuando lo hizo, le costó respirar al ver las ojeras que tenía bajo los ojos y los labios hinchados como consecuencia de sus besos.

Nunca le había parecido más hermosa.

Inclinó la cabeza.

—*Mademoiselle* Baillon, es usted como una aparición.

—Señor Quinn. —Tenía la voz ronca y le recordó sus gemidos en la cama—. Está muy atractivo disfrazado.

—Lynette... —la riñó la vizcondesa—. Por favor, vuelve a tu habitación.

—No. —La joven cruzó el salón y se sentó en una butaca dorada, con las manos agarrando firmemente los reposabrazos—. Creo que me quedaré. El señor Quinn ha venido aquí por mí.

Simon sonrió y se sentó.

—Yo no...

Solange apretó la mano de su amiga y la vizcondesa cerró la boca.

—Desjardins se ha pasado los últimos diez años recibiendo encargos de L'Esprit —prosiguió él.

—No se me ocurre ningún otro hombre que se merezca tanto esa clase de tormento —dijo la vizcondesa.

—Creo que Desjardins está relacionado con lo que le sucedió a Lysette, aunque me pregunto si L'Esprit de ahora es el mismo hombre que usted conoció como tal hace veinte años.

Solange se inclinó hacia delante.

—¿Qué está insinuando señor Quinn?

Él les explicó las diferencias que existían entre los dos métodos de comunicación.

—Pero no entiendo por qué alguien necesitaría ocultarse de esa manera —dijo la vizcondesa—, ni por qué querían a Lysette.

—¿De verdad es ella? —preguntó Lynette esperanzada.

—Sí —contestó Simon con suavidad—. Eso creo. Pero no es la hermana que usted conocía. No tiene recuerdos, excepto de los dos últimos años, y la mujer en la que se ha convertido no es la que era antes.

—No me importa —insistió Lynette.

—Tal vez le importe cuando la conozca —le advirtió él, aunque con la mirada le prometió que estaría a su lado.

Ella asintió y lo miró con tanta adoración que Simon se preguntó cómo diablos conseguía seguir sentado.

—Creo —dijo, devolviendo su atención a la vizcondesa— que L'Esprit que antes quería vengarse de Saint-Martin ahora quiere vengarse en su nombre.

La mujer frunció el cejo.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Quién puede tener algo en contra de usted o de sus hijas? ¿Quién tiene motivos para envidiar su felicidad y querer destruirla?

Ella se puso en pie.

—¿Se está refiriendo a Saint-Martin?

Simon también se levantó.

—Dejardins me ha dicho que el objetivo de L'Esprit era destruir a Saint-Martin, sin embargo, el nuevo L'Esprit, el que escribe las notas a mano y no se reúne con él en la bodega, exige cosas que no tienen nada que ver con el marqués y cuyo único objetivo es atormentar a Desjardins.

—Saint-Martin jamás me haría daño —afirmó Marguerite—. Jamás.

—¿Quién es Saint-Martin? —preguntó Lynette.

—Todo el mundo dice que cuando usted lo abandonó se quedó destrozado —continuó Simon—. En cambio usted se casó, ha tenido hijas y ha vivido una vida plena.

—Y ¿cómo es posible que supiera lo de L'Esprit? —lo desafió la vizcondesa—. La primera y única carta que recibí de éste me llegó la noche que abandoné Francia, y me llevé esa misiva conmigo. Saint-Martin no la ha visto nunca.

—Si L'Esprit estaba tan decidido a arrebatarle la felicidad al marqués, ¿por qué no se ha regodeado en su victoria? ¿Por qué no le ha mandado algo para decirle que su desgracia no ha sido fruto del destino, sino de un plan perfectamente orquestado? ¿Qué satisfacción te da derrotar a tu enemigo si él ni siquiera sabe que le has vencido?

—*Mon Dieu* —susurró Solange.

—Él no es capaz de tal atrocidad —insistió la vizcondesa.

Simon miró a Lynette, pero siguió dirigiéndose a la madre.

—Un hombre puede enloquecer de deseo, excelencia.

—¿Usted qué cree que ha pasado, señor Quinn? —le preguntó la joven, mirándolo a los ojos.

—Creo que su hermana fue raptada —elucubró Simon—. Creo que vistieron otro cadáver con su ropa y que lo quemaron junto con el carruaje. Creo que esos actos fueron cometidos por un hombre llamado Depardue, que trabajaba para Saint-Martin. De algún modo, el cerebro de Lysette resultó dañado y perdió la memoria. Desjardins se enteró de lo que le había pasado y se la llevó de allí perfectamente consciente de quién era. Le creó una identidad falsa y la ha estado utilizando estos dos años con la esperanza de poder entregársela a L'Esprit a cambio de su libertad. No creo que Saint-Martin sepa que Lysette está viva.

—Yo no creo nada de todo eso —afirmó la vizcondesa, pero la palidez de su rostro y el temblor de sus manos desmentían sus palabras.

—¿Y todo esto sólo porque mi madre puso punto final a su aventura? —preguntó Lynette.

—Es una posibilidad.

—No, no lo es. —La vizcondesa echó los hombros hacia atrás—. Usted no lo conoce, señor Quinn, y no puede hacer tales afirmaciones sobre su carácter.

—O tal vez usted le atribuye unos sentimientos hacia sus hijas que él no puede sentir. Al fin y al cabo, usted sabe mucho más que él.

—Es usted muy listo, señor Quinn —afirmó Solange.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Lynette.

Simon miró a la vizcondesa con la esperanza de que ella hablase y le explicase la verdad a su hija. Pero la dama no dijo nada y apartó la mirada.

Lynette suspiró.

—*Maman*, si queremos salir de ésta, tienes que guardarte menos secretos.

—Si queremos liberar a Lysette por completo, tenemos que obligar a L'Esprit a revelarse —dijo Simon—. Lynette y ella estarán en peligro mientras su identidad siga siendo un misterio.

La joven se puso en pie.

—Le ayudaré en todo lo que pueda.

—¡Tú no harás nada y no te inmiscuirás en esto! —le exigió su madre, enfadada.

—Lo siento, *maman* —contestó Lynette sin vacilar—. No quiero desobedecerte, pero no puedo permitir que el señor Quinn arriesgue su vida por nosotras, y tampoco que Lysette siga viviendo como hasta ahora si puedo hacer algo para evitarlo. Ella haría lo mismo por mí.

—No sabes si esa mujer es tu hermana.

—Lo sé —dijo Lynette—. No me cabe la menor duda.

Solange exhaló sonoramente.

—¿Qué podemos hacer señor Quinn?

—Hable con De Grenier cuando llegue dentro de unos días. Cuéntele mis sospechas. Necesitaremos la ayuda de todos los hombres que podamos encontrar.

—De Grenier... Sí, tiene razón—. El alivio de la vizcondesa fue palpable—. Él lo ayudará.

—Mientras tanto —dijo Simon— haré todo lo que pueda para mantener a Lysette a salvo. —Miró a Lynette—. Usted quédese en casa, por favor, *mademoiselle*. Me dolería mucho que le sucediera algo malo.

—Claro —sonrió ella para tranquilizarlo—. No correré ningún peligro innecesario.

Simon inclinó la cabeza.

—Estoy a su servicio para cualquier cosa que necesite, pero no venga a mi casa durante un tiempo. No es seguro para ninguna de las tres —concluyó, mirando a la vizcondesa.

—Gracias, señor Quinn —dijo Lynette, acercándose a él y tendiéndole la mano.

Cuando Simon se la besó, el olor de su piel lo llenó de buenos recuerdos. Se obligó a soltarla y luchó contra los instintos que le exigían que la cogiese en brazos y se la llevase de allí para protegerla de todo mal.

Solange también se acercó a él.

—Tenga cuidado, señor Quinn.

La vizcondesa ladeó la cabeza.

—Si lo que dice de Lysette es verdad, habré contraído una gran deuda con usted.

—No ha contraído usted ninguna deuda. No he venido aquí porque esperase recibir nada a cambio.

Miró a Lynette una última vez y deseó poder estar a solas con ella para poder contarle lo que pensaba y sentía. Él nunca había tenido a nadie con quien compartir sus pesares y preocupaciones.

—Cuídese mucho.

Y se marchó dejando atrás una angustia que confiaba en poder calmar.

Simon se dio cuenta de que lo estaban siguiendo dos calles después de abandonar la mansión Tremblay.

Su sombra era bastante hábil, pero él era mejor.

Se deslizó entre dos carruajes y rodeó el segundo por el lado opuesto para aparecer detrás de su perseguidor. En la manga de la chaqueta de Thierry llevaba oculta su daga y, con un ágil movimiento, la desenvainó y se la colocó en la palma de la mano.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó a su perseguidor, manteniéndose unos pasos detrás del hombre.

El tipo fingió indiferencia, pero aminoró la marcha de manera gradual y después se volvió y se tocó el ala del sombrero con elegancia.

—Tal vez yo puedo ayudarlo a usted —le contestó.

—El marqués de Saint-Martin, supongo.— Pero Simon ya conocía la respuesta.

Saint-Martin ladeó la cabeza ligeramente.

—Señor Quinn.

Se midieron con la mirada.

—¿Qué le parece si buscamos un lugar más tranquilo para hablar? —propuso Simon.

—Por supuesto.

Avanzaron juntos con cautela y eligieron una taberna que había en la calle. Olía a carne estofada y a cerveza y los clientes iban correctamente vestidos, tirando a elegantes.

Se sentaron en una esquina, mirándose el uno al otro, y Simon observó al marqués mientras éste se quitaba el sombrero.

Alto, rubio y bien proporcionado, hacía muy buena pareja con Marguerite Baillon. Y sus hijas sin duda eran preciosas.

—La vizcondesa me pidió que lo investigase, señor Quinn.

—¿Y se lo está pasando bien con el encargo?

—Inmensamente. —El marqués esbozó una media sonrisa y golpeó la mesa con los dedos —. Es usted un individuo muy interesante.

—Y usted también.

—Los secretos enterrados casi siempre es mejor dejarlos bajo tierra —sugirió Saint-Martin en tono amenazador.

—Qué frase tan enigmática —murmuró Simon, echándose hacia atrás—. Yo también tengo una para usted: no sirve de nada cerrar la puerta del establo cuando la yegua ya se ha escapado.

El marqués entrecerró los ojos y le advirtió con la mirada.

Simon no se dejó engañar por su aspecto elegante ni por su rostro angelical. Desprendía una aguda intensidad y una profunda desesperación. Simon recordó que aquel hombre ya no tenía nada que perder emocionalmente, y eso lo convertía en un adversario muy peligroso. El semblante adusto del marqués también lo obligó a pensar en su futuro, un futuro que no incluía a Lynette. Tal vez él tuviese ese mismo aspecto al cabo de unos años. Y al pensarlo se le rompió el corazón.

—Vaya con cuidado, señor Quinn. Está pisando terreno peligroso.

—La suya es la cuarta amenaza que recibo hoy —afirmó Simon cortante—. Creo que es una especie de récord.

—Al parecer, despierta impulsos asesinos —le dijo el marqués con una sonrisa que le heló la sangre.

Él se rio.

—Y usted también. Háblame de L'Esprit.

Saint-Martin se tensó.

—¿Disculpe?

—Tengo que confesarle que estoy impresionado con su habilidad para suscitar odio. Tal vez no le importará explicarme por qué lo ha hecho.

Lo único que delató la furia del hombre fueron los nudillos, que se le pusieron blancos.

—¿No piensa hacer ningún comentario? —preguntó Simon—. No importa. No permitiré que siga amenazando a la vizcondesa y a su familia. Tal como ha dicho, los secretos del pasado es mejor dejarlos donde están. Nadie debería desenterrarlos ni volver a utilizarlos.

—¿Acaso cree que puede evitarlo? —le preguntó el marqués en voz baja—. Yo no.

—Un hombre desesperado recurre a medidas desesperadas. Usted lo sabe mejor que nadie.

—Es usted muy listo, señor Quinn. —Saint-Martin se puso en pie con el sombrero en la mano—. Rece para ser también prudente. Si lo es, tal vez salga de esto con vida.

Simon sonrió y dijo en voz alta mientras el marqués se alejaba:

—Con ésta van cinco amenazas en un día.

La puerta de la taberna se cerró tras el hombre sin hacer ruido.

16

Lysette se despertó al oír el cerrojo de su dormitorio. Parpadeó y cuando abrió los ojos doloridos vio la cabeza de *madame* Fouché asomando por la puerta.

—¿*Mademoiselle* Marchant? —le preguntó en voz baja, probablemente no podía ver bien en la oscuridad—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, adelante —contestó ella aclarándose la garganta.

El ama de llaves entró y se apresuró a encender las lámparas y a avivar el fuego. Se acercó a la cama, limpiándose las manos en el delantal.

—El señor James está abajo y dice que le gustaría verla.

—Hágalo subir dentro de diez minutos —le dijo Lysette, consciente de que antes debería vestirse e instalarse en otra habitación, pero sintiéndose incapaz de hacerlo. Además, en su dormitorio se sentía a salvo, lejos del mundo exterior y protegida de las miradas de los empleados de Desjardins.

Madame Fouché salió segundos más tarde y cuando volvió iba acompañada de Edward. Lysette se había lavado la cara y llevaba una bata encima del camisón. Lo estaba esperando sentada en una silla frente al fuego, con las manos entrelazadas sobre el regazo, como si estuviese serena y recuperada.

O eso pensaba ella.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó él, agachándose frente a ella y mirándola preocupado. Iba muy bien vestido, con un traje gris sin adornos pero de corte elegante, y con el pañuelo perfectamente anudado—. Has estado llorando.

La emoción que vio en su rostro la impulsó a levantar una mano y acariciarle la mejilla con dedos inseguros y temblorosos. Él exhaló cuando sus pieles entraron en contacto y el sonido sorprendió tanto a Lysette que apartó la mano.

Edward anticipó el movimiento y le sujetó la muñeca con tanta rapidez que prácticamente fue imposible verlo. Volvió a acercarle la cara a la palma de la mano y la recostó en ella. Sus ojos se oscurecieron con una emoción que asustó a Lysette... y que le causó un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Por qué vienes a verme? —le preguntó emocionada.

—Porque no puedo estar lejos de ti.

—¿Qué esperas que pase entre nosotros?

Edward inhaló despacio y profundamente, sin dejar de mirarla ni un segundo.

—Espero que me des el tiempo que necesito para enseñarte cómo podrían ser las cosas entre nosotros si me dieras la oportunidad de conocerte.

—Cuanto más me conozcas, menos te gustaré.

—Sabes que eso no es verdad. Puedes sentirlo. Puedo verlo en tus ojos. —Colocó una mano encima de las de ella y apretó—. Si no, no estarías tan asustada.

—Quieres acostarte conmigo... —susurró.

Edward se puso en pie y le tendió ambas manos para ayudarla a levantarse. Ella, de pie frente a él, empezó a temblar.

Edward le acarició una ceja y la miró con deseo y ternura al mismo tiempo.

—Estás asustada, pero no de mí. Lo que te da miedo son tus recuerdos. Y yo puedo sustituirlos por otros nuevos. Puedo hacerlos desaparecer.

Lysette vio su boca acercándose despacio. Edward le dio tiempo para rechazarlo. Una parte de ella quería hacerlo, la que sabía qué pasaría después de ese beso. Otra parte estaba enamorada de los labios de Edward, de su seriedad y sobriedad. No había nada frívolo en él.

Aquel hombre era un ancla y ella iba a la deriva. Era imposible que resistiese la tentación de aferrarse a él y encontrar por fin la calma. Llevaba sola tanto tiempo, incapaz de confiar en nadie excepto en sí misma... Y ahora estaba otra vez allí... sin vacilar.

—Sí, te deseo —reconoció inseguro, con los labios a apenas un milímetro de los de ella—. Pero puedo esperar. Lo haré hasta que estés lista, tardes lo que tardes.

Lysette se quedó helada, luego el corazón se le aceleró y notó que se precipitaba a un ataque de pánico.

La boca de él la tocó, suave pero sin titubear. Edward le deslizó la lengua por la comisura de los labios y recorrió cada curva. El olor a sándalo y verbena saturó las fosas nasales de Lysette y le calentó la sangre y el cosquilleo se extendió de nuevo por su cuerpo.

Sintió un calor en el vientre que se propagó hacia abajo.

Empezó a humedecerse entre las piernas, gimió y se sujetó a las solapas de la chaqueta de Edward, dolorosamente consciente del aire frío que sentía en la espalda y del fuego que desprendía el hombre que tenía delante.

—Déjame entrar, Corinne.

Lysette tembló y abrió la boca, y cuando la lengua de él se movió segura dentro de ella, suspiró de placer. Las similitudes con el acto sexual eran evidentes y sus temblores se convirtieron en espasmos.

Edward se apartó con la respiración entrecortada.

—¿Lo ves? —le dijo— Puedo parar. Siempre. Tú mandas y yo obedezco, Corinne.

—Lysette.

Él la miró confuso.

—¿Disculpa?

—Me llamo Lysette. —Le rodeó las muñecas con las manos—. Te he mentido.

Algo parecido a la risa surgió de la garganta de Edward. Fue un sonido breve y ronco, casi como un ladrido.

—Lysette te pega más.

—Trabajo para Desjardins —prosiguió, incapaz de contenerse—. Necesita información sobre el señor Franklin y me estaba utilizando para sonsacártela.

—¿Estaba? —Le puso una mano en la nuca y la otra en la cintura.

Lysette se quedó mirándolo, temerosa de respirar.

—No soy una buena persona. He hecho cosas...

—No me importa. —Edward la miró con ojos ardientes—. Lo único que me importa es cómo serás conmigo a partir de este momento. Tienes que decidirte, Lysette: ¿confiarás en que puedo cuidar de ti, igual que he hecho desde que te conocí, o me dirás que me vaya y permanezca lejos de ti?

A ella le costó tragar.

—Quiero confiar en ti.

—Supongo que es un principio.

Le masajeó los músculos del cuello y con ese gesto estuvo a punto de volverla loca. El cerebro de Lysette quería seguir asustado y le exigía que saliese huyendo. Pero su cuerpo, una criatura nada de fiar, se estaba derritiendo con sus caricias. Con el tacto de su mano, con su cuerpo pegado al de ella.

—Yo nunca he confiado en nadie —reconoció.

—¿Nunca?

Lysette sonrió con tristeza.

—Al menos, que yo recuerde. ¿Quieres oír la historia de mi vida? Lamentablemente es muy corta, pero cierta.

Edward le besó la punta de la nariz.

—Me sentiré honrado de escuchar cualquier verdad que quieras contarme. Pero preferiría que volvieras a la cama y que bebieras un poco de caldo.

—Como quieras. —Le flaqueó la sonrisa, agradecida por que se preocupase tanto de ella.

Con una mano al final de la espalda, él la guio hasta la cama.

Para su propia sorpresa, Lysette lo siguió sin temer que tuviese segundas intenciones. La media sonrisa que apareció en los labios de Edward hizo que la concesión hubiese valido la pena.

Marguerite estaba en la cama medio dormida cuando una voz masculina procedente de la habitación contigua a la suya la despertó. Se sentó, apartó las sábanas y cogió la bata que tenía a los pies de la cama. Luego corrió hacia la puerta y cuando la abrió se encontró frente a frente con su marido.

De Grenier estaba cubierto de polvo del viaje y visiblemente cansado, pero su atractivo rostro se iluminó al verla. Marie, la doncella de Marguerite, estaba detrás de él, sujetando el bastón y el sombrero.

—He llegado a París esta noche —dijo él—, y en cuanto he visto tu nota he venido hacia aquí directamente.

—Puedes retirarte —le dijo Marguerite a la doncella, entrelazando un brazo con el de De Grenier para acompañarlo al interior del dormitorio.

Cerró la puerta tras ellos, pero antes se fijó durante un instante en el rostro de preocupación de su doncella. A Marie nunca le había gustado que el vizconde estuviese con su señora. La mujer la acompañaba desde la época de su aventura con Saint-Martin y Marguerite suponía que esa preferencia se debía a que, sencillamente, le gustaba más uno que el otro.

—¿Por qué estás aquí, en París? —le preguntó De Grenier acercándose a la chimenea para tender las manos hacia el fuego.

—Tengo tanto que contarte... —le dijo ella nerviosa—. Han pasado tantas cosas desde la última vez que hablamos...

Su relación era muy distante. Su marido se pasaba más tiempo lejos de casa que con ella y, cuando estaba, prácticamente vivía en su despacho, ocupándose de los asuntos diplomáticos entre Francia y Polonia. Pero Marguerite también tenía la culpa. Su corazón pertenecía a otro hombre y nunca se había entregado a su marido como debería.

—Tal vez antes deberíamos instalarnos en nuestra casa —sugirió De Grenier.

—Eso nos llevaría horas y no puedo esperar tanto. Creía que iba a volverme loca si no llegabas.

Él asintió y se quitó la chaqueta. Dejó al descubierto sus anchos hombros, cubiertos ahora sólo por la camisa y el chaleco. Tenía diez años menos que Saint-Martin, su cuerpo estaba en su mejor momento y él sabía cuidarlo. Tenía el pelo negro y sin canas. Las mujeres lo admiraban y lo deseaban, lo adulaban, y sin embargo él siempre parecía estar demasiado distraído como para darse cuenta.

Se sentó en una silla y se quitó los zapatos.

—Tienes toda mi atención, *madame*.

Marguerite asintió y entrelazó las manos a su espalda mientras le relataba los sucesos de aquella última semana. Caminó agitada de un lado a otro, pero habló con claridad. El asunto era demasiado importante como para cometer un error.

—¿Y tú te crees lo que dice ese hombre, ese tal Quinn? —le preguntó su marido cuando terminó—. Dices que viste el cuerpo de Lysette con tus propios ojos, Marguerite. ¿Cómo es posible que esa mujer sea nuestra hija?

—No lo sé. Te confieso que estoy muy confusa.

—¿Qué quieres que haga? —Se puso en pie y se acercó a ella para cogerle las manos. Le dedicó una mirada clara y directa, con el cejo ligeramente fruncido.

—¿Qué opinas de la teoría de Quinn sobre L'Esprit? —le preguntó—. ¿Crees que tiene sentido?

De Grenier suspiró y negó con la cabeza.

—¿Me estás preguntando si creo que Saint-Martin es el responsable de todo esto? No tengo ni idea. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. ¿Qué le pasó al L'Esprit original? ¿Qué papel juega Desjardins?

—Detesto a ese hombre —siseó Marguerite—. Me asusta el mal que llego a desearle.

Dándole un beso en la frente, De Grenier dijo:

—Mañana visitaré a Quinn y juzgaré por mí mismo si es sincero.

—Gracias.

Marguerite lo miró agradecida. En todas las tragedias que le habían acontecido en la vida, él siempre había estado a su lado, ofreciéndole apoyo y comprensión.

Una de las manos de él se deslizó desde sus hombros hasta uno de sus pechos y ella respiró entre los dientes, sorprendida por lo abrupto del avance. Le acarició el pezón con el pulgar, se lo rodeó y excitó hasta endurecérselo.

—Es muy tarde —murmuró De Grenier, observando la reacción de ella con los ojos entrecerrados—. Acostémonos aquí. Mañana por la mañana os llevaré a ti y a Lynette a casa y resolveremos este dilema.

Marguerite asintió. Como siempre, pensó en Philippe y se le encogió el estómago. Hizo a un lado los sentimientos de culpabilidad e infidelidad que la asaltaron y con mucho esfuerzo dejó que su marido se acostase con ella.

Lysette se quitó la nieve de las botas antes de entrar corriendo en casa y subir la escalera.

Lynette había vuelto a coger el manguito que menos abrigaba, sólo para descubrir más tarde que hacía frío suficiente como para haber llevado el más grueso. Teniendo en cuenta lo a

menudo que se quejaba de lo gélidos que eran los inviernos en Polonia, ya tendría que haberse acostumbrado a no salir de casa sin la ropa adecuada.

Pero Lynette era así y Lysette la quería. Su hermana era tan vibrante y despreocupada, tan atrevida... Los hombres revoloteaban a su alrededor y elogiaban su belleza. A pesar de que eran gemelas, nunca hacían lo mismo con ella.

Lynette no había hecho ningún comentario acerca de su falta de previsión con el manguito y se había comportado como si no pasara nada, pero Lysette se fijó en que temblaba y se lo preguntó.

Ese día habían salido a pasear con su madre para admirar el jardín de invierno de la condesa de Fedosz. Eran un grupo reducido, formado sólo por las familias de la zona, que se habían quedado atrapadas por la tormenta de nieve. En aquel instante todos paseaban por distintos senderos, contemplando las estalactitas de colgaban de las ramas, creando formas que las favorecían más que las hojas que las llenaban el resto del año.

Lysette cruzó corriendo el pasillo y entró en el vestidor de Lynette para coger el manguito grueso y luego se dispuso a bajar la escalera a toda velocidad.

Pasaba por delante del dormitorio de su madre cuando tropezó, y al bajar la vista vio que, a pesar de que los cordones estaban mojados, se le había deshecho el lazo de una de las botas.

Se arrodilló en la alfombra, dejó el manguito en el suelo y se ató la bota. En medio del silencio, de repente oyó unas voces —una masculina y otra femenina— que salían de la puerta entreabierta del dormitorio de su madre.

¿Quiénes eran? Y ¿por qué estaban en los aposentos de la vizcondesa?

Se puso en pie con el manguito en la mano y se acercó un poco más. Miró por la abertura y se quedó petrificada al descubrir la identidad de la pareja que había dentro.

Él tenía una mano en la garganta de ella y le susurraba palabras malsonantes al oído. Flexionaba y relajaba los glúteos, cubiertos por el pantalón, cada vez que la penetraba, clavándola contra la pared.

Marie tenía los ojos completamente abiertos bajo la cofia y las fosas nasales dilatadas por el miedo. Entre gemido y gemido de dolor, le suplicaba al hombre que la perdonase.

—Tengo que ver todas las cartas que salen de esta casa —le recordó él—. Lo sabes perfectamente.

—Lo siento —sollozó Marie—. Es la primera vez que fallo.

—Una vez ya es demasiado.

El sonido del acto sexual se mezcló con el llanto y la respiración de Marie. La escena horrorizó tanto a Lysette que pensó que iba a desmayarse. En vez de eso, se tapó la boca con una mano y fue retrocediendo despacio, luchando contra unas náuseas tan intensas que estuvo a punto de vomitar en medio del pasillo.

Su espalda chocó contra algo sólido. Se sobresaltó y gritó tras su mano.

—No deberías haber visto eso —le susurró una voz masculina al oído.

Un dolor agudo le atravesó el cráneo. El pasillo empezó a dar vueltas a su alrededor y después se sumió en la oscuridad.

Lysette se despertó gritando y temblando de miedo y horror al recordar lo sucedido.

—Lysette. —Edward se levantó de la butaca en la que estaba sentado frente al fuego. Se había quitado la chaqueta y sus ojos azules hinchados indicaban que él también se había quedado dormido—. ¿Has tenido otra pesadilla?

—*Mon Dieu*... —susurró ella, llevándose una mano al corazón. Nunca se había alegrado

tanto de ver a alguien como en ese momento a Edward—. Bendito seas por estar aquí.

—Siempre estaré aquí —le dijo él, sentándose a su lado mientras le llenaba un vaso de agua —. Me he quedado porque he pensado que esta noche estarías inquieta, después de contarme tu historia.

—Al parecer, tengo más cosas que contarte —susurró ella, cogiendo el vaso de agua.

Él asintió preocupado.

—Te escucho.

Simon se despertó antes del amanecer. A pesar de que sólo había dormido unas cuantas horas no estaba cansado. Estaba alerta y listo para entrar en acción, así que se dirigió a su despacho y empezó a trazar un plan, pues sabía que necesitaba encontrar un señuelo adecuado para que funcionase. Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de lo rápido que pasaban las horas, una circunstancia que constató cuando su mayordomo le entregó la tarjeta de la visita de alguien que solicitaba verlo.

Levantó las cejas y miró el reloj. Eran casi las once.

—Hágale pasar.

Dejó la pluma a un lado y esperó. Y cuando el hombre alto y moreno apareció en la puerta, le tendió la mano.

—Buenos días, señor James.

—Señor Quinn. —Edward James le estrechó la mano con fuerza y seguridad y Simon supuso que esos adjetivos también podían atribuírsele al hombre.

—Su visita es inesperada, pero no mal recibida. —Simon le señaló la butaca opuesta a la que él ocupaba y observó a Edward James con detenimiento.

Llevaba un sobrio traje marrón oscuro. La prenda estaba bien cuidada, el nudo del pañuelo era perfecto y los zapatos se veían recién lustrados. No destacaba en nada, excepto quizá en el exceso de pulcritud.

—Antes que nada —le dijo James con brusquedad— voy a dejarle claro que nunca averiguará nada acerca de los asuntos de Franklin a través de mí. Jamás. Y tampoco lo logrará Desjardins. Así que los dos tendrán que buscarse a algún otro desgraciado al que atormentar y perseguir.

Simon se apoyó en el respaldo de la silla y seguidamente reprimió una sonrisa.

—Comprendo.

—No, no lo comprende —contestó James al tiempo que fruncia el cejo—, pero lo hará.

—¡Dios santo! —exclamó Simon eufórico—. Otra amenaza. Tengo que estar haciendo algo bien.

—Tal vez a usted le resulte gracioso, señor Quinn, pero yo...

—Tengo que tomármelo con humor —lo interrumpió él, dejando de sonreír—, porque para mí hay demasiado en juego. Mucho más de lo que puedo soportar perder.

James entrecerró los ojos.

—Espero que sea discreto con su relación con *madame* Marchant —añadió Simon.

—*Mademoiselle* Rousseau —lo corrigió James—, o comoquiera que se apellide de verdad. Y yo siempre soy discreto, señor Quinn. Lo sé todo sobre ella, o lo poco que ella es capaz de recordar. Hasta el último sórdido y triste detalle. No puedo justificar las atrocidades que ha

cometido, pero puedo comprender que algunas necesitase hacerlas, así como la sensación de indefensión y melancolía que experimenta. —James levantó la mandíbula antes de continuar—: Pero no confunda mi empatía con debilidad. No soy de la clase de hombre que pierde la cabeza por una mujer. A pesar de lo que siento por ella, usted mismo podrá comprobar que mis emociones no afectan a mi capacidad para reaccionar ante el peligro o al subterfugio.

—Admirable.

—Lysette afirma que usted puede sacarla de este laberinto de problemas.

—Así es —asintió Simon.

—He venido a ayudarlo.

Alguien llamó a la puerta y cuando Simon levantó la vista, vio a Eddington escudriñando a su visita con la mirada.

—Buenos días, caballeros —los saludó el conde con mucha floritura.

James se puso en pie. Simon se quedó sentado, aunque hizo las presentaciones de rigor.

—Disculpen mi intromisión, esta mañana tengo cita en el sastre —explicó su excelencia, tocándose la chorrera de la camisa con sus dedos enjoyados—. Ayer vi un chaleco divino y pensé que tenía que hacerme con él cuanto antes. ¿A alguno de ustedes le apetece acompañarme?

—A mí no, milord —contestó Simon reprimiendo una sonrisa.

—No, gracias, milord —respondió James con el cejo fruncido.

—Es una lástima —dijo Eddington colocándose el monóculo en el ojo, para observar a James de la cabeza a los pies—. Qué se le va a hacer. Buenos días, caballeros.

Tras la partida del conde, se quedaron unos instantes en silencio y entonces James comentó:

—Supongo que esa actitud presumida que adopta engaña a mucha gente.

—A la mayoría sí. —Simon se quedó pensativo mirando la puerta.

—¿Por qué pone esa cara? —preguntó James.

—¿Qué cara? —replicó Simon, mirándolo de nuevo.

—Como si hubiera descubierto algo.

—Estaba pensando en que las apariencias engañan. Y en que podríamos utilizarlo a nuestro favor, teniendo en cuenta que tenemos a dos mujeres idénticas en nuestras manos.

—*Mademoiselle* Rousseau está demasiado enferma.

—Lo sé. —Simon tamborileó con los dedos encima de los papeles que tenía en el escritorio —. Pero lo sabemos muy poca gente. Usted, yo, Desjardins... Y nadie más.

—¿No se lo ha dicho a su familia?

—No. Alguien quería verla muerta y, gracias a que Desjardins la ha escondido, todavía no saben que sigue con vida. Tal vez haya llegado el momento de que saquemos a L'Esprit de su error.

—Anoche Lysette tuvo una pesadilla. —James se cruzó de brazos—. No sé si fue fruto de su imaginación o si es un recuerdo de algo que le sucedió de verdad.

—A estas alturas, cualquier de las dos cosas es mejor que lo que tenemos.

—Estoy de acuerdo. Vio a un hombre violando a una doncella porque ella no había logrado interceptar una de las cartas de la vizcondesa.

—¿Reconoció al hombre?

—No. Por desgracia sólo lo vio de espaldas. Alto, moreno, de espalda ancha... Podría ser cualquiera.

—Pero sabemos que hay un hombre al que le gusta maltratar a las mujeres —señaló Simon.

—Depardue. —El tono de voz de James reveló las ganas que tenía de vengarse de ese

individuo.

—Exacto. Y sospecho que...

Otro golpe en la puerta hizo callar a Simon, que se encontró con la mirada de su mayordomo.

—Otra visita, señor —le dijo el sirviente.

Simon cogió la tarjeta que le entregó en una bandeja de plata y la leyó y después miró a James.

—Prepárese, James —le aconsejó.

Éste asintió y su postura se tornó más rígida.

—Informe a su excelencia de que tengo una visita —le dijo Simon a su mayordomo, poniéndose en pie—, pero que será bienvenido si quiere acompañarnos.

Segundos más tarde, un hombre moreno, alto y muy atractivo entró en el despacho de Simon. Llevaba un traje discreto pero elegante de terciopelo verde y se acercó a Simon confirmando varias de sus sospechas. Intrigado por ver si James también las compartía, esperó impaciente a que llegase el momento de las presentaciones.

—Buenas tardes, milord —lo saludó Simon.

—Señor Quinn.

—Milord, ¿me permite que le presente al señor Edward James? Conoce a su hija Lysette. Señor James, le presento al vizconde Grenier.

Simon observó con atención el rostro de James y se preguntó si era consciente de las diferencias sociales que existían entre Lysette y él. En favor de éste, Simon tuvo que reconocer que se mantuvo inexpresivo mientras saludaba a De Grenier.

Los dos hombres se sentaron en las butacas que Simon tenía frente a su mesa de escritorio.

—Puede hablar con total libertad delante del señor James, excelencia —le dijo Simon.

—Como puede imaginarse, la vizcondesa se quedó muy alterada después de su visita de ayer —comenzó el vizconde muy serio—. He venido aquí para organizar un encuentro con esa mujer que usted afirma que es nuestra hija y para hablar de su teoría sobre L'Esprit.

—Quizá pudiese contarnos lo que sabe, excelencia —propuso Simon—. ¿Ha recibido alguna carta de L'Esprit?

—No. Sin embargo, estaba con la vizcondesa cuando ella recibió la suya. Llegó el día en que Saint-Martin fue atacado y dado por muerto, así que deduje que era peligrosa.

—Al parecer, Lysette está recuperando la memoria.

—Ah, ¿sí? —El vizconde pareció sopesar esa información durante unos instantes—. Me alegra oírlo. Si le preguntamos cosas que sólo la verdadera Lysette conocía, podremos asegurarnos de su identidad.

—¿Usted vio el cuerpo que identificaron como el de ella? —le preguntó Simon.

—Por desgracia, no. Me habría gustado liberar de esa carga tan pesada a mi esposa, pero esos días me encontraba en París. Volví una semana después del accidente.

—¿Desapareció alguna mujer de la zona durante esa época? —le preguntó James.

—No tengo ni idea, señor James —contestó el vizconde—. A decir verdad, estuve varios meses sin prestar la menor atención a lo que sucedía a mi alrededor. Mi esposa estaba destrozada, mi otra hija muerta de tristeza y sintiéndose culpable. Al parecer, Lysette había ido a buscar algo para ella cuando sufrió el accidente.

—¿Un manguito tal vez? —le preguntó James, entrecerrando los ojos.

—Sí. —De Grenier se tensó y miró a Simon con los ojos muy abiertos—. Es realmente

Lysette, ¿verdad? ¿De qué otro modo si no sabría eso?

—Sí, es Lysette.

El vizconde se apoyó en el respaldo y levantó los hombros como si le hubiesen quitado un peso de encima.

—El regreso de Lysette le devolverá la felicidad a mi familia, al menos en parte. ¿Ella no recuerda nada de lo que le pasó?

—No del todo. —James no apartó la mirada del vizconde, pero Simon detectó que estaba a la espera de instrucciones sobre cómo proceder.

—Lysette corre peligro —dijo él entonces—, y lo seguirá corriendo mientras L'Esprit siga con vida.

—¿Y usted cree que Saint-Martin es L'Esprit? —De Grenier miró alternativamente a un hombre y al otro con los ojos completamente resplandecientes—. ¿Porque quiere vengarse de que mi esposa lo abandonó?

—Es la conclusión más lógica, a no ser que usted sepa de alguien que quiera hacerle tanto daño.

—No. No se me ocurre nadie más.

—Entonces ¿qué vamos a hacer para obligarle a salir de su escondite? —preguntó James.

—Creo que la mejor manera de lograrlo es sacando a pasear a Lysette —sugirió Simon—. Aunque tengo que advertirle de que la muchacha no está bien, milord.

—¿Qué quiere decir con que no está bien? —De Grenier se inclinó hacia delante—. ¿Qué le pasa? Tendría que estar atendiéndola un médico.

—Ya la ha visitado uno, excelencia —le dijo James—. Y se está recuperando, pero todavía no está bien para salir a pasear o para correr ningún riesgo.

—Y ¿cómo sugieren que lo hagamos? —preguntó seguidamente el vizconde.

—Si usted está de acuerdo, milord —siguió Simon—, podríamos intercambiar a sus hijas. Lysette podría quedarse con Solange Tremblay y Lynette se instalaría en la casa de Lysette. Allí es donde le tenderíamos la trampa. A mí me sigue un hombre de L'Esprit, así que dudo que tengamos que asistir a demasiados lugares para que sepa que Lysette está bien.

De Grenier se quedó con la boca abierta un segundo y después la cerró.

—¿Quiere que arriesgue la vida de una de mis hijas para salvar a la otra?

—No se me ocurre ninguna otra manera.

—Pues siga pensando —dijo el vizconde—. Según ha contado usted mismo, Lysette sabe cuidarse sola. Lynette en cambio es muy inocente, sería un blanco fácil.

—Estoy abierto a cualquier idea, milord. Puedo decirle que la seguridad de Lynette es mi mayor preocupación y el motivo por el que me he inmiscuido en todo esto. Tal vez debería hablarlo con su esposa y con ella y después puede ponerse en contacto conmigo y decirme qué sugieren.

El vizconde miró a James, que se encogió de hombros.

—No se me ocurre otra alternativa, milord.

De Grenier se puso en pie y asintió.

—Hablaré con la vizcondesa y le mandaré mi respuesta cuando hayamos tomado una decisión. Mientras tanto, le pido por favor que piense en otras alternativas que no impliquen la intervención de Lynette.

—Intentaré mantenerla lo más alejada posible de todo esto —afirmó Simon.

De Grenier lo observó con los ojos entrecerrados y asintió.

—Creo que eso sí que me lo creo, señor Quinn.
Se estrecharon la mano y el vizconde se fue, dejando a Simon a solas con James.
—Eso que ha dicho antes sobre que venía a ayudarme... —empezó Simon.
James sonrió dispuesto.
—Dígame qué necesita.

17

A Lynette le estaba resultando prácticamente imposible estarse quieta. El corazón le latía desesperado y bajo los guantes tenía las palmas de las manos sudadas. A medida que el carruaje avanzaba inexorablemente por la calle hacia el lugar donde iba a reunirse con Lysette, se movía más y más nerviosa en el asiento. Su hermana estaba viva y a escasos minutos de distancia. Era un milagro demasiado extraordinario para ser cierto.

—Lynnete —le dijo De Grenier, advirtiéndola con el tono de voz—. Si sigues moviéndote así te marearás.

—No puedo evitarlo, milord.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes —le dijo su madre, esbozando una trémula sonrisa.

—Yo sigo teniendo mis reservas respecto a todo esto —masculló su padre—. Si es una farsa, dudo que Quinn pueda protegeros a ambas.

—Yo confío en él —dijo Lynette ofendida—. Incondicionalmente.

¿Acaso su padre se había ofrecido a protegerla? Lynette se contuvo para no burlarse. Si contaba todos los días que habían pasado en la misma casa, le sobrarían los dedos de una mano. Él siempre estaba fuera. Ella se había pasado años esperando ansiosa cualquier muestra de afecto por su parte, hasta que se dio cuenta de que él jamás le perdonaría que fuese su hija y no su hijo.

—Es obvio que estás embobada con ese hombre —le dijo con una mueca de disgusto.

—Sí. —Mantuvo la cabeza bien alta—. Lo estoy.

Su madre puso una mano encima de la de su padre y él se calló. Lynette le sonrió agradecida.

El carruaje se detuvo y ella miró por la ventana, frunció el cejo al ver que estaban en un cementerio.

—¿Por qué nos hemos parado aquí? —preguntó.

—Ésta es la dirección que Quinn nos ha mandado antes —contestó De Grenier.

Lynette se sintió confusa hasta que vio a Simon, alto y fuerte, vestido con un traje color canela que lo hacía parecer aún más un atractivo depredador. Sus miradas se encontraron y la de él cambió y se tornó más intensa. Más hambrienta. Ardía de pasión y era muy posesiva.

Lynette se quedó sin aliento y el calor se extendió por toda la piel.

«Mi amante.»

Apretó los dedos en el marco de la ventana del carruaje, mientras las emociones que la asaltaban le resultaban difíciles de procesar: alivio y alegría, lujuria y añoranza. Pero a pesar del torrente de sentimientos que fluía dentro de ella, su corazón estaba firmemente anclado en medio de la tormenta, seguro de lo que sentía y de la pureza de esos sentimientos.

«Doy gracias por tenerte a mi lado.»

Las palabras no pronunciadas se quedaron atrapadas en su garganta y le ardieron los ojos por las lágrimas que no derramó. Simon estaba haciendo todo aquello por ella. Absolutamente

todo. Y Lynette no iba a poder seguir adelante sin él. Era su fuerza la que la empujaba. El amor que le daba le permitía enfrentarse a sus padres y a Lysette, a esa mujer que iba a resultarle una desconocida.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y le dolió al verlo y dio las gracias por haber recibido un regalo como Simon.

«Te he echado de menos.»

Articuló las palabras sin sonido y él le leyó los labios y apretó la mandíbula. Con un movimiento brusco de la mano, le ordenó al cochero que se apartase de la puerta del carruaje y la abrió él mismo para ayudar a Lynette a bajar. Le besó la mejilla disimuladamente antes de dejarla en el suelo.

—*Mademoiselle* Baillon —la saludó emocionado—, me ha robado el aliento.

—Tú me has robado el corazón —susurró ella.

La exhalación de Simon se oyó en el silencio del cementerio. El modo en que la miró la quemaba y le sonrojó las mejillas y le secó los labios.

—Señor Quinn.

El padre de Lynette salió por la puerta del carruaje y le tendió una mano a su esposa.

Simon apartó la vista de Lynette, con el torso subiéndole y bajándole trabajosamente. Ella sintió su anhelo, lo olió en el aire, se estremeció al notar que su deseo por él también despertaba. Le dolieron los pechos y se le humedeció la entrepierna. Era una respuesta animal, puramente instintiva. Que las reacciones de ambos se debieran a los sentimientos que había experimentado ella al llegar allí le dijo a Lynette todo lo que necesitaba saber.

—Es por aquí —les indicó Simon, acompañándolos por el cementerio.

Ella aceleró el paso y entrelazó un brazo con el de Simon.

—Lynette —la riñó su padre—. Camina con nosotros.

Ella levantó la vista y al ver que Simon tenía el cejo fruncido, le guiñó un ojo.

—Bruja —le dijo en voz muy baja. Pero una sonrisa se insinuó en sus labios y a ella se le aceleró el corazón.

—Amor —respondió ella.

Su ronroneo le acarició la piel y la tranquilizó para el próximo encuentro con su hermana. El peso que se había instalado en sus hombros esa mañana se aflojó un poco. Simon le cogió una mano, se la estrechó y la miró diciéndole que comprendía que estuviese nerviosa y alterada.

Él lo comprendía todo de ella, de un modo que no lograba la gente que hacía años que la conocía.

Se acercaron a una cripta con la puerta abierta y Lynette aminoró la marcha al ver el subterráneo que partía de ella.

—Tenemos que entrar ahí —le dijo Simon.

Lynette asintió y se levantó la falda color zafiro con una mano.

—*Mon Dieu* —exclamó su madre—. ¿De verdad es necesario?

—La casa de Desjardins está vigilada. Éste es el lugar más seguro para hacer el cambio. He entrado en la casa con Lysette y saldré con Lynette. Si alguien nos está observando, no notará la diferencia.

Ella miró a su madre por encima del hombro y le sonrió para tranquilizarla.

—Te irás de aquí con Lysette, *maman*. Deberías estar contenta.

—Pero tú estarás en peligro, *ma petite* —le dijo la mujer, seria.

Su padre apretó los labios y sujetó a la vizcondesa con fuerza.

Lynette volvió a mirar hacia delante y se cogió de nuevo del brazo de Simon mientras éste la guiaba por las entrañas de la ciudad. Cruzaron un laberinto de pasillos de piedra con la antorcha que llevaba Simon como única luz. Al final, él giró y tomó otro camino que los condujo a una escalera que terminaba en una puerta de madera.

Colocó la antorcha en el gancho que había en la pared y abrió la puerta de la bodega. Las hileras de botellas de vino ocupaban casi todo el espacio y Lynette se sorprendió durante un instante. Era una visión tan inocua después de haberse pasado tanto rato en las catacumbas que el cambio tan repentino le hizo resurgir la aprensión de antes.

Simon volvió a apretarle la mano y los hombros de ella volvieron a tensarse.

El corazón le latía más rápido con cada paso que daba y la respiración se le fue acelerando hasta que de pronto atravesaron la cocina y llegaron a la casa, donde se encontró frente a un hombre menudo y delgado, vestido con un traje de seda dorada. Él la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies.

—Fascinante —dijo y su voz resonó en el silencio de la mansión.

—Lynette, permite que te presente a...

Simon se interrumpió cuando De Grenier se lanzó encima de Desjardins y lo lanzó al suelo. Viendo que iba a haber pelea, Simon cogió a Lynette y a la atónita vizcondesa y tiró de ellas llevándoselas del despacho del conde, que cerró con llave.

Lynette se había quedado tan sorprendida por el ataque de su padre que tardó varios segundos en palpar la tensión que llenaba la estancia en la que estaban Simon, su madre y ella. Primero la sintió en la nuca, donde le erizó el vello, y después en el escalofrío que le recorrió la espalda.

Inhaló profundamente y se dio media vuelta muy despacio, aguantando la respiración y con el corazón golpeándole las varillas del corsé.

Vio a Lysette junto a la chimenea. Estaba pálida y llevaba un vestido de color blanco con flores bordadas. Estaba cogida de la mano de un hombre de aspecto sombrío, vestido de gris.

Lynette la observó sin parpadear y se encontró con su querida hermana en el aspecto físico, pero con una desconocida reflejada en sus ojos. Una desconocida fría y que desconfiaba de ella. Si no fuese por el hombre que tenía al lado, el señor Edward James, según Simon, tal vez habría tenido alguna duda. Pero James era exactamente la clase de pretendiente que habría elegido Lynette para su hermana.

Sin decir ni una palabra, dio un paso hacia delante, sin darse cuenta de que estaba llorando, hasta que las lágrimas le cayeron sobre el pecho.

Su hermana miró a James y éste le dio ánimos. Entonces se acercó un poco más a ella y le colocó la mano en la parte baja de la espalda para empujarla hacia delante.

Un sollozo resonó en el aire cargado de emoción y su madre pasó corriendo junto a ella para ir a abrazar a Lysette con un grito de júbilo. El rostro de su hermana se descompuso y la fachada se desmoronó para dejar paso a una joven profundamente herida.

Era un encuentro tan íntimo que Lynette apartó la vista y buscó a Simon. Él debió de sentir que lo necesitaba, porque apareció a su lado y le rodeó la cintura con un brazo.

—*A thiasce* —murmuró, dándole un pañuelo—. Me duele verte llorar, aunque sean lágrimas de felicidad.

Le apretó la cintura con su fuerte mano y ella se apoyó en él para absorber su fuerza y recomponerse.

La vizcondesa se apartó de Lysette y, con manos temblorosas, le acarició la cara. La miró,

la tocó. Recordó. Lysette no paraba de llorar quedamente, los hombros le subían y bajaban; estaba tan frágil que temblaba con la intensidad de sus emociones.

Entonces buscó a su hermana con la mirada.

—Lynette —murmuró, extendiendo una mano.

Marguerite se recompuso con mucho esfuerzo, dio un paso atrás y se rodeó con los brazos, mientras se balanceaba sobre los talones.

Simon besó a Lynette en la frente.

—Estaré aquí cuando me necesites —le susurró.

Ella asintió y se apartó de él. Dio un paso hacia delante y luego otro. Vio que Lysette hacía lo mismo y buscó en su rostro alguna muestra de condena o de furia por haber sido la causante de tanto dolor para ella.

Pero en las facciones de su hermana no había nada excepto esperanza, alegría y tanto miedo que a Lynette se le rompió el corazón. Igual que había hecho su madre, se sujetó la falda con una mano y corrió lo que quedaba de camino.

Las dos chocaron y el impacto las sacudió. Fue como si dos mitades separadas a la fuerza volviesen a encajar.

Rieron y lloraron y se aferraron la una a la otra sin dejarse hablar. Las palabras y las lágrimas se mezclaban y borraron los años que habían pasado separadas. De repente fue como si nunca hubiesen estado alejadas la una de la otra, como si todo aquello hubiese sido una horrible pesadilla.

Marguerite se unió a ellas y las tres se sentaron en el suelo, en medio de los remolinos de sus faldas y con las melenas doradas resplandeciendo en medio del salón blanco de la casa de Desjardins.

No oyeron que los hombres se iban y las dejaban allí solas.

Simon miró a James en el pasillo tras cerrar la puerta.

—¿Lysette va a seguir adelante con el plan?

—Sí. No le ha hecho ninguna gracia, pero ha aceptado llevarlo a cabo.

—Excelente. Reza para que lo que falta salga tan bien como lo que ya hemos hecho. —Señaló hacia el salón, del que salían unos gritos.

Se detuvieron en la puerta y se quedaron mirando a Desjardins, sentado frente a una chimenea vacía y con el labio y la nariz ensangrentados, y a De Grenier, que estaba en el escritorio del conde, mirando las cartas de L’Esprit que había esparcidas por encima.

—Esta mañana, *mademoiselle* Baillon ha recordado más cosas que ayer —le dijo James—. Creo que reconciliarse con su madre y su hermana logrará que lo recuerde todo.

De Grenier levantó la vista del escritorio.

—Excelente —contestó Simon mirando a Desjardins—. ¿Ha organizado un encuentro con Saint-Martin?

—Me ha dicho que la próxima vez que se reúna conmigo será en el infierno —farfulló el conde tras el pañuelo empapado de sangre.

—Muy bien —dijo Simon encogiéndose de hombros—, pues entonces, veamos qué podemos hacer para llevarlo allí.

Eran casi las dos de la tarde cuando el carruaje de Simon partió de la casa de Desjardins. El vehículo avanzaba despacio hacia la residencia de Lysette, a un ritmo deliberadamente lento para que cualquiera pudiera verlos.

Simon se apoyó en respaldo y mantuvo el rostro impasible para no revelar ninguno de sus pensamientos. Las cortinas estaban recogidas para facilitar la vista a los curiosos, así que ahora lo único que podían hacer era esperar. Si había analizado la situación correctamente, no iban a tener que esperar demasiado.

De vez en cuando, desviaba la mirada hacia la mujer que llevaba delante, fascinado por lo mucho que podía cambiar una persona según el atuendo que llevase. Lynette y Lysette eran idénticas y sin embargo el vestido con flores bordadas y el de seda color zafiro las convertían en dos personas distintas. De cerca, las marcas de la vida, o la ausencia de ellas, hacían que fuese fácil distinguirlas, pero de lejos era imposible y una podía hacerse pasar por la otra.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de Lysette, Simon echó un vistazo a la fachada y se fijó en que alguien había apartado las cortinas de la ventana del piso superior. Un escalofrío le nació en la nuca y se extendió por toda su columna vertebral. Sus instintos le dijeron que algo iba mal y él confiaba ciegamente en ellos.

Así que puso en marcha su plan. Para deleite de su posible público, el hombre de traje color canela y la mujer con el vestido blanco con flores bordadas descendieron del coche con suma elegancia. Ella llevaba el sombrero ladeado y sus rizos rubios caían como una cascada por un lado. Él puso una mano sobre las suyas, pagó al cochero y, cuando éste se fue, subieron los escalones de la casa.

El silencio de dentro era ensordecedor. Y nada normal. Lysette tenía pocos sirvientes, pero siempre se oía algo de movimiento.

Se adentraron en el vestíbulo. Ambos estaban tensos y sin aliento, y volvían la cabeza de un lado a otro en busca de una trampa. Él cogió a Lynette por la muñeca e intentó ponerla a su espalda, pero ella se negó.

Despacio y con mucho cuidado, recorrieron la casa habitación tras habitación. Trabajando juntos como si siempre lo hubiesen hecho.

Subieron la escalera y llegaron a la primera puerta que conducía al salón superior. Él cogió el picaporte y la abrió poco a poco, hasta que tropezó con algo en el suelo que la bloqueó. Bajó la vista y vio un brazo con la mano salpicada de sangre. Intentó retroceder, pero no fue lo bastante rápido.

Apareció el cañón de una pistola, seguido por el rostro de la persona que la sujetaba.

—*Bonjour* —dijo una voz masculina.

—Thierry —murmuró Lynette con voz carente de emoción.

El falso criado pasó por encima del cadáver y salió al pasillo, furioso.

—Tú no eres Quinn —estalló.

Eddington tiró de las mangas del traje color canela de Simon y sonrió.

—Tienes razón, campeón. No soy Quinn.

Marguerite llevó a su hija a casa de Solange sin soltarla de la mano. De Grenier iba detrás, llevando una bolsa con todas las cartas que L’Esprit le había escrito a Desjardins. Marguerite se estremecía sólo de pensar en ese nombre y le horrorizaba pensar que Lysette había estado dos

años secuestrada. Dos años de purgatorio a los que únicamente había sobrevivido gracias a su amor por Lynette.

—Por aquí, *ma petite* —le dijo Marguerite, guiándola por la escalera. La mano de Lysette tembló dentro de la de su madre y a ésta se le rompió el corazón al ver que su hija tenía tanto miedo.

Le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la frente.

—Éste es el dormitorio que ha estado utilizando Lynette —le dijo, cuando llegaron a la primera puerta del piso de arriba.

Entraron y encontraron la habitación hecha un desastre a causa de los nervios de Lynette mientras buscaba qué ponerse para la ocasión.

—Marie. —Marguerite llamó a su doncella y soltó la mano de Lysette para ir a buscarla. Entró en el vestidor y en el salón, pero no encontró rastro de ella por ninguna parte.

—Espera aquí un segundo —le dijo a Lysette preocupada—. Tal vez esté en mi dormitorio. Te confieso que yo también estaba muy nerviosa por verte y que mis aposentos están tan hechos un desastre como la habitación de Lynette.

Lysette asintió y entró en el dormitorio, mientras Marguerite cruzaba el pasillo en dirección al suyo. Había vestidos y camisones esparcidos por todas partes, encima de la cama y de todas las sillas.

—¿Marie?

No era propio de la doncella desaparecer dejando todo aquel estropicio sin recoger. Marguerite empezó a preocuparse, aceleró el paso y se acercó al *boudoir*. Cruzó la puerta corriendo y lo que encontró allí la detuvo y tuvo que llevarse una mano a los labios para no gritar aterrorizada.

Marie la miraba sin vida desde el suelo. Le salía espuma por la boca y tenía los labios azules. En una mano sujetaba un montón de papeles y en la otra una barra de lacre.

—¡Marie! —sollozó Marguerite, apenada y horrorizada. Un escalofrío la recorrió entera y se convirtió en hielo en sus entrañas, causándole unos intensos temblores.

El terror la empujó a salir corriendo e ir en busca de Lysette. Cuando la encontró, cerró la puerta tras ella. Tenía la respiración tan entrecortada que temía desmayarse.

—*Maman*! —Lysette se acercó a ella—. ¿Qué pasa?

—Marie... —intentó hablar—. Marie está muerta.

Había muerto igual que los sirvientes de la casa de Saint-Martin, tantos años atrás. Envenenada. Marguerite reconocería los síntomas en cualquier parte.

—No —susurró Lysette. Le temblaban los labios y los ojos se le habían llenado de lágrimas.

A Marguerite se le hizo un nudo en el estómago y notó que la habitación empezaba a girar a su alrededor.

—*Mon Dieu*, ¿qué vamos a hacer?

El picaporte se movió y Marguerite dio media vuelta, asustada, y protegió a su hija con su cuerpo.

La puerta se abrió y entró Saint-Martin.

Simon se sujetó de la ventana del carruaje y se puso los pantalones de Eddington tan rápido

como pudo. El trayecto hasta la casa de Solange Tremblay no era largo, pero en esos momentos un tiro de piedra le parecía demasiado lejos.

En esa partida estaba en juego la seguridad de Lynette y lo detestaba. Pero si ganaba, todos quedarían libres. El riesgo era muy elevado, pero el premio era incalculable.

Si conseguía la bendición de sus padres, podría cortejar a la preciosa Lynette. Podría conquistarla y enamorarla, cuidarla. Seguro que si conseguía capturar al enemigo que llevaba tantos años atormentándolos al menos se plantearían la posibilidad de concederle su mano.

—¡Más deprisa! —le gritó al conductor, odiando aquellos inevitables minutos de espera. Se sentó y se puso las botas. La ansiedad le impedía respirar.

«Dios santo, por favor, que no le pase nada.»

Decidido, cogió la daga y se colocó bien la vaina.

—¿Eres L'Esprit? —le preguntó Eddington al tipo, sin apartar la mirada del cañón que le estaba apuntando al pecho.

El hombre que sujetaba el arma era algo y fornido, más o menos como Quinn, pero con unos ojos fríos y oscuros.

—¿Dónde diablos está Quinn? —exigió Thierry furioso.

—Es obvio que aquí no.

—Maldito seas —lo insultó—. Si hubiera sabido quién era ella, a estas horas sería un hombre rico.

—Lamento decepcionarte —dijo Eddington, que estaba completamente alerta a pesar de las apariencias en sentido contrario—. Tal vez yo pueda ayudarte a encontrar a Quinn.

—¡Necesito que él la mate! —le explicó Thierry, señalando a Lysette con el arma por encima del hombro de Eddington.

—Vaya —dijo éste—. Ahora lo entiendo. Espía inglés mata a espía francesa. Así nadie sospechará nada, ¿no es así?

—Creo que es mejor que no lo provoque —susurró *mademoiselle* Baillon—. Tiene un arma.

—Ya lo veo. Entonces ¿qué hacemos? Si no es L'Esprit no nos sirve de nada.

—¿Quién eres tú?

—Un amigo de Quinn.

La frustración de Thierry era palpable y peligrosa.

—Entrad en el dormitorio.

Eddington siguió a *mademoiselle* Baillon y pensó que tal vez en el futuro no sería adecuado seguir utilizando a Quinn. Ese hombre llevaba meses metiéndose en un lío tras otro y cada vez era un activo menos valioso. Al fin y al cabo, ¿de qué servía un espía cuyas actividades clandestinas eran conocidas por todo el mundo? Y... ¿de que servía un espía que metía a sus superiores en esas complicaciones?

Apenas habían puesto un pie en la habitación cuando oyeron un golpe seco seguido de un gemido y un estampido. Eddington se agachó y giró sobre sus talones listo para entrar en acción y defenderse a sí mismo y a *mademoiselle* Baillon, pero se encontró con el señor James blandiendo un candelabro.

Thierry estaba inconsciente en el suelo y la pistola se había disparado por accidente cuando le cayó de la mano. —¡Edward! —exclamó *mademoiselle* Baillon, corriendo hacia él para

abrazarlo.

—Perdóname —dijo él, tras darle un beso en la frente—. He venido tan rápido como he podido.

Eddington frunció el cejo.

—Usted no es *mademoiselle* Baillon.

Ella sonrió.

—Lo soy, pero no Lysette.

Marguerite se quedó sin aliento al ver a Saint-Martin entrando en la habitación, seguido por De Grenier... apuntándolo con una pistola en la espalda.

Se le bloquearon los pulmones de terror.

—Philippe —susurró. Se le rompió el corazón al ver el dolor y los remordimientos reflejados en los ojos de él.

Detrás de ella, Lysette soltó un grito ahogado y retrocedió llevándose a su madre con ella. Protegiéndola, cuando tendría que ser al revés.

Todos esos años había permitido que sus hijas vivieran con un monstruo.

—Mira a quién he encontrado merodeando por aquí —dijo De Grenier—.Tengo que decir que su visita no podría ser más oportuna. Creía que me llevaría unas horas traerlo aquí.

—¿Por qué? —preguntó Lysette con voz trémula.

—Para matarte, *ma petite* —contestó el vizconde, atravesándola con cada palabra.

—¡No! —Marguerite extendió los brazos y protegió a Lysette—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Es tu hija!

La sonrisa de De Grenier les heló la sangre.

—No, no lo es. Debes de creer que soy un idiota. No podría parecerse más a Saint-Martin aunque quisiera.

Marguerite mantuvo la cabeza alta y desvió la vista hacia Philippe. Éste estaba mirando a Lysette y la sorpresa y la alegría eliminaron las marcas que su trágico pasado le habían dejado en el rostro. A Marguerite los ojos se le llenaron de lágrimas al presenciar aquel instante que había esperado durante tanto tiempo y que ahora llegaba rodeado por la tragedia.

Se obligó a mirar de nuevo a su esposo y le suplicó:

—Tú la has criado —le recordó—. La has visto crecer. Eres el único padre que conoce.

—Y ha sido todo un placer. —Los ojos le brillaron con malicia—. Saber que tenía todo lo que Saint-Martin deseaba: la mujer que amaba, las hijas que había engendrado. Follarme a su esposa y matarla fue un regalo, pero la satisfacción me duró muy poco. Tenerte a ti cada día ha sido lo que más me ha gustado.

Un rugido salió del torso de Philippe y la amenaza que llevaba implícita asustó a Marguerite.

—Tú eres L’Esprit —dijo Lysette, apretando la mano de Marguerite.

—Todo estaba saliendo a la perfección —dijo De Grenier—, lo único que necesitaba era que tú siguieses estando muerta. Tendré que matar a Desjardins cuando acabe con esto. Sus maquinaciones lo han echado todo a perder.

—Simon tenía razón —afirmó Lysette en voz baja—. No te imaginas cuánto lamento que Simon tuviera razón.

Algo en la voz de Lysette le puso a Marguerite los pelos de punta. Una corriente fría atravesó la habitación y la confusión y la incertidumbre se apoderó de ella.

—¿De qué diablos estás hablando? —De Grenier le dio una patada a Philippe para que terminase de entrar.

Éste se tropezó, pero se recuperó al instante y giró sobre sí mismo para proteger a su amada, mientras ella a su vez protegía a Lysette. Marguerite se sintió agradecida de tenerlo a su lado, pero al mismo tiempo tuvo un miedo atroz de que fuera a sucederle algo malo.

—Simon sospechaba que tú eras el culpable de todo —dijo Lysette.

—Ah, ¿sí? Tipo listo.

—Sí, sí que lo es —convino ella—. Por eso mismo Lysette está lejos de aquí y sus recuerdos están a buen recaudo, y yo en cambio estoy aquí.

—Mientes. —De Grenier entrecerró los ojos.

—¿Lynette? —preguntó Marguerite, aturdida por la revelación de que nadie era quien aparentaba.

—De momento yo soy la que tiene más buena salud de las dos —explicó Lynette encogiéndose de hombros—, y soy perfectamente capaz de ocuparme de ti.

El vizconde esbozó una pérfida mueca y a Marguerite la destrozó comprobar que se había entregado a un hombre que sólo quería hacerle daño.

—No estés tan segura de ti misma, *ma chérie*. A estas horas, Quinn ya está muerto y tu hermana también. Pronto podréis reuniros todos en el infierno.

Marguerite sollozó y buscó la mano de Philippe con la suya, mientras el corazón se le inundaba de miedo y de dolor. Era un tormento sin igual tener a su familia por fin reunida e intacta para volver a perderla para siempre.

—He vuelto de entre los muertos —dijo entonces una voz con acento irlandés.

De Grenier soltó un grito de agonía y Marguerite vio horrorizada como la punta de una daga aparecía a través del hombro derecho de su esposo, que cayó al suelo de rodillas, mientras Saint-Martin le daba una patada para quitarle el arma.

Quinn apareció detrás de la puerta con una daga ensangrentada en la mano.

Lynette cogió a Marguerite y la apartó de en medio.

Grenier gritó y se puso en pie para lanzar a Saint-Martin al suelo.

Quinn saltó por encima de ambos y fue corriendo hacia Lynette y Marguerite.

Pero ésta no iba a permitir que aquello siguiera adelante ni un segundo más. Inhaló en busca de coraje, esquivó a Quinn y fue a por la pistola abandonada en el suelo. Sin embargo, una mano la sujetó por el tobillo y le hizo perder el equilibrio hasta derribarla. Cayó hecha un ovillo y pateó a su asaltante. Tocó la pistola con dedos sudorosos y el arma se deslizó por la madera.

Nadie volvería a hacerles daño a sus hijas. No mientras a ella le quedase un hálito de vida.

Por fin cogió el arma, la sujetó con firmeza en la palma de la mano, giró sobre sí misma hasta quedar tumbada de espaldas y buscó a De Grenier. Éste se puso de rodillas y blandió una daga por encima de Saint-Martin.

—¡No!

El grito de Lynette resonó en la habitación y le dio a Marguerite la fuerza para hacer lo que tenía que hacer.

Saint-Martin golpeó a De Grenier con la parte interior de la mano y le rompió aquella nariz aguileña que lo hacía tan atractivo. El sonido del hueso al quebrarse resonó como un trueno.

Marguerite apuntó y apretó el gatillo.

18

Cuatro semanas después...

Simon bajó de su carruaje y subió los escalones de la puerta principal de la residencia de Marguerite Baillon. Hacía un día resplandeciente y muy hermoso, y el aire era fresco gracias a la breve llovizna de aquella misma mañana. Vista desde fuera, la casa era alegre y las flores rojas de la entrada daban la bienvenida a los visitantes.

La puerta se abrió antes de que tuviese tiempo de llamar y ante él apareció el añorado rostro de Lynette.

—Buenas tardes, *mademoiselle* Rousseau —la saludó, quitándose el sombrero para hacerle una reverencia.

—Llega tarde, señor Quinn —lo riñó ella muy seria.

—No es verdad —se quejó él, sacándose el reloj del bolsillo—. Es la una en punto, la hora exacta a la que te visito cada día.

—Casi pasan cinco minutos de la una. —Lo cogió por el brazo y tiró de él hacia el vestíbulo para cerrar la puerta. Le quitó el sombrero y lo lanzó con acierto al perchero, donde se quedó colgando de un gancho.

—Buen tiro —la felicitó Simon, mirando su cara resplandeciente de felicidad.

—No cambies de tema.

—Estás enfadada conmigo. —Le sonrió—. ¿Me has echado de menos, *a thiasce*?

—Ya sabes que sí —contestó ella, llevándolo hasta el salón—. He creído que no ibas a venir.

—Nada podría mantenerme lejos de ti —murmuró en voz baja, mientras flexionaba los dedos para contener las ganas que tenía de tocarla. Por todas partes.

Las semanas de abstinencia empezaban a pasarle factura, pero estaba decidido a cortejarla como era debido. Lysette y ella habían decidido adoptar el apellido de Saint-Martin para arreglar lo que había estropeado De Grenier en el pasado. Al ser declaradas bastardas, su reputación había quedado hecha añicos y las había sacado del mercado matrimonial. Y por eso precisamente Simon quería cortejar a Lynette como lo habría hecho desde el principio si hubiese sido digno de ella y si ella no hubiese sido víctima de un escándalo.

—Creo que tal vez te estás enamorando de mí, Simon —le dijo Lynette con una sonrisa muy femenina y llena de satisfacción.

—Tal vez —reconoció él, apretándole la mano que le había colocado en el antebrazo.

Lynette era muy valiente. Él la admiraba tanto como la deseaba. Ella no quería creer que el hombre al que consideraba su padre fuese capaz de tanta maldad, pero a pesar de eso confió en Simon y demostró poseer mucho coraje al seguir adelante con su plan. La fortaleza con que ella se había enfrentado al lado oscuro de su mundo lo había cautivado sin remedio.

No era fácil convivir con él. Era un hombre rudo, los años que se había pasado viviendo en

la calle lo habían endurecido y había sobrevivido sólo gracias a su astucia y a sus puños. Hacía falta ser una mujer muy extraordinaria para amarlo y enamorarse de él a pesar de todo. Era un milagro que hubiese conocido a Lynette, una dama de alta cuna pero fuerte al mismo tiempo, dulce y apasionada. Ella lo aceptaba tal como era y tal como iba a ser, y lo amaba.

A lo largo de las últimas cuatro semanas, Simon le había mostrado lo mejor y lo peor de sí mismo. La había visitado a diario, tanto si estaba de buen humor como de mal humor. A veces la deseaba tanto que estaba cortante, pero a ella no parecía importarle. Lynette también le había enseñado las distintas facetas de su temperamento; a veces era dulce y otras estaba pensativa o enfadada. Simon descubrió que prefería estar con Lynette enfadada antes que con cualquier otra mujer del mundo.

Estaba completamente enamorado y feliz de estarlo.

Entraron en el salón, donde estaban Lysette y el señor James sentados en un sofá frente a la ventana, leyendo juntos un libro. La vizcondesa bordaba sentada en una butaca y el marqués de Saint-Martin estaba tras el escritorio.

—¿Lo ves? —murmuró Lynette—. Saint-Martin y el señor James ya han llegado.

Simon sacó de nuevo el reloj del bolsillo y frunció el cejo.

—Tal vez necesito un reloj nuevo —le dijo.

—O un anillo.

La miró a los ojos y ella le guiñó uno.

—Señor Quinn —lo saludó el marqués—. Acérquese, si es tan amable, por favor.

—¿Querrás pasear luego conmigo por el jardín? —le preguntó Lynette.

—Pasearé contigo por cualquier parte.

La sonrisa que le dedicó lo reconfortó por dentro y le ofreció el hogar que se había pasado tantos años buscando. Él le pertenecía a ella. Después de toda una vida de soledad, la presencia de Lynette era como un oasis en medio del desierto.

—Iré a buscar mi chal mientras tú hablas con el marqués. —Salió corriendo y la falda verde a rayas blancas revoloteó tras ella.

Simon se acercó al escritorio.

—Buenas tardes, milord.

—Buenas para usted también. —Saint-Martin se incorporó y señaló el montón de papeles que tenía delante.

—¿Son los documentos que tenía la doncella?

—Sí. Pobre Marie. No puedo imaginarme el purgatorio por el que debió de pasar todos estos años. Llegar a quitarse la vida... —Negó con la cabeza—. Ojalá hubiera sabido que nosotros no íbamos a culparla.

—¿Ha encontrado algo que explique los motivos de De Grenier?

El marqués soltó el aliento y asintió mientras se echaba hacia atrás en la silla.

—Hubo una mujer en mi pasado. Nuestra aventura fue muy breve y olvidable, excepto por el modo en que ella reaccionó a la ruptura. Su mente enfermó y empezó a pasear por delante de mi casa llorando, montando una escena siempre que nos cruzábamos.

—Me temo que he oído algo al respecto —le dijo Simon con tono compasivo.

—La gente todavía habla del tema. Es vergonzoso para todas las partes implicadas. En esa época yo todavía no conocía a Marguerite, así que no entendía por qué esa mujer estaba tan alterada. No sabía qué era el amor o la obsesión. —Se frotó la nuca—. Por desgracia, no supe reaccionar como era debido y la familia de la dama se la llevó de la ciudad para evitar que

siguiera avergonzándolos.

—¿De Grenier la conocía?

—Al parecer estaba enamorado de ella. Era una prima lejana y tenía esperanzas de casarse con ella. Pero la mujer se suicidó poco después de que se la llevasen de París y el vizconde me culpó a mí de lo sucedido. Y tal vez con razón.

Simon le puso una mano en el hombro.

—Aunque tal vez su relación con ella sacó a la luz la enfermedad —dijo—, creo que habría enloquecido más adelante por algún otro motivo. A juzgar por el comportamiento de De Grenier, sospecho que las enfermedades mentales son frecuentes en esa familia.

—Ojalá fuese tan sencillo. —El marqués levantó una mano y le dio unas palmadas a la de Simon. El gesto fue tan paternal que éste se emocionó profundamente—. Marguerite sigue muy afectada por el papel que jugó en la muerte de De Grenier. Tiene pesadillas y Lysette también. Me he perdido años de la vida de mis hijas. Su infancia se ha esfumado y no tardarán en casarse. —Saint-Martin arqueó una ceja—. Porque van a casarse, ¿no?

Simon se rio y dio un paso atrás.

—No puedo casarme con las dos, milord. Sólo con una.

—¿De qué se ríe, señor Quinn? —le preguntó Lynette, que apareció en el salón con una sonrisa. Le tendió la mano desnuda y él se la cogió y se la acercó a los labios.

—De nada —esquivó la pregunta y entrelazó el brazo con el de ella—. ¿Vamos a dar un paseo?

—Me gustaría mucho.

Se disculparon con los demás y abandonaron el salón en dirección a las puertas que conducían al exterior. En cuanto salieron al jardín, Simon la acercó a él y respiró profundamente el olor a lluvia y el seductor perfume de Lynette.

—¿Sabes una cosa? —murmuró ella con una sonrisa—, cuando te vi por primera vez, me pareciste muy atractivo y pensé que jamás sentarías la cabeza por una mujer.

—¿Sentar la cabeza? —Arqueó ambas cejas—. No sé si me gusta esa frase.

—¿Oh? —Lo miró entre las pestañas color chocolate—. ¿Acaso sus intenciones conmigo no son honorables, señor Quinn?

—Conque señor Quinn, ¿eh? —Se colocó tras un arbusto muy alto y la arrastró con él. Le sujetó la cara entre las manos y la besó, dando rienda suelta a una minúscula parte del deseo insaciable que sentía por ella.

Le lamió los labios, se los mordió, los torturó. Bebió los sonidos sin sentido que salían de su boca, las súplicas con las que le pedía más de lo que él podía darle. Deslizó la lengua hacia lo más profundo de la boca de Lynette. La lamió, la saboreó, la devoró.

—Tú no quieres que siente la cabeza, *a thiasce*.

—Deja que vaya a verte esta noche —susurró ella, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—No me tientes —le pidió él.

—Simon. —Se rio exasperada y abrió los ojos—. Vas a volverme loca. ¿Tienes idea de los sueños que tengo contigo? ¿De cuánto te echo de menos? A veces pienso en ti de noche y siento tus manos en mi piel, tu boca en mis pechos, tu cuerpo sobre el mío...

—Maldita sea. —Tiró de ella hacia él y movió las caderas encima de la tela de la falda. Tenía el miembro erecto y le temblaba prisionero en los confines del pantalón—. Podrías hacer pecar a un santo.

—Hay una glorieta en esa esquina... —sugirió ella, lamiéndose los labios que él acababa de besar.

—Estoy intentando cortejarte como es debido, maldita sea.

—¿No te parece que es un poco tarde, teniendo en cuenta que ya has estado dentro de mí? —Tembló pegada a él—. A veces puedo sentirte moviéndote en mi interior...

Simon rugió y volvió a besarla y a dar gracias por la pasión de Lynette y por la generosidad con que se entregaba a él. Sin timidez y sin reservas, confiando implícitamente, tal como había hecho desde el principio.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó sin aliento.

—Quiero darte tiempo —le explicó él con la voz ronca, mientras le colocaba un rizo rubio detrás de la oreja—. Quiero que estés segura de que soy exactamente lo que quieres.

Lynette levantó las cejas.

—¿Y si encuentro a otro hombre? ¿Me dejarás que me vaya sin más?

Simon apretó sin querer las manos encima de ella y se obligó a soltarla.

—No.

Lynette le rodeó la cintura con los brazos y eliminó la distancia que él pretendía poner entre los dos.

—Eso pensaba. Así que nos estás torturando a ambos para nada.

—No tengo nada que ofrecerte.

—Ofréceme tu corazón y tu cuerpo, es lo único que necesito. El resto, un hogar, una familia, lo crearemos juntos. Saint-Martin me ha prometido una dote más que generosa.

—No me hace falta —dijo Simon, reanudando la marcha para ver si así aliviaba la tensión sexual que Lynette le causaba—. Al final, por raro que parezca, Eddington ha cumplido su palabra.

—Perfecto. —La sonrisa de Lynette le dijo que se alegraba por él, pero Simon sabía que habría seguido a su lado aunque nunca hubiese recuperado el dinero—. Mi madre y mi padre tienen intención de casarse.

Él sonrió contento. Era difícil encontrar una pareja más afín.

—Les deseo lo mejor.

—He pensado que sería el momento ideal para irnos de luna de miel a Irlanda —murmuró ella—. Así les daríamos la oportunidad de estar solos y celebrar su reencuentro sin intromisiones.

—Lynette. —Simon se rio y la cogió en brazos para empezar a dar vueltas con ella—. Vas a hacer conmigo lo que quieras durante el resto de mi vida, ya lo estoy viendo.

Ella le puso las manos en los hombros y le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Acaso me culpas por querer empezar nuestros días juntos, y nuestras noches, lo antes posible? Si sigues haciéndote el remolón, pensaré que estás esperando a encontrar a alguien mejor.

—No existe nadie mejor que tú.

—Por supuesto que no. —Enredó los dedos en el pelo de él y lo miró con sus ojos azules llenos de amor—. Pídemelo.

Con un suspiro exagerado, la dejó en el suelo y apoyó una rodilla en el camino de grava.

—Lynette Rousseau, ¿quieres hacerme el gran honor de convertirte en mi esposa?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y le temblaron los labios.

—Oh, Simon...

Él se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una caja con un anillo.

Ella abrió los ojos como platos.
—¿Lo has tenido todo este tiempo?
Simon sonrió.
—¡Oh! —Pataleó furiosa y después se dio media vuelta y salió corriendo.
Simon se rio y fue tras ella. Jamás la iba a dejar escapar.

Agradecimientos

Gracias a mi crítica particular, Annette McCleave (<www.annettemccleave.com>) por animarme y apoyarme. Le estoy muy agradecida.



SYLVIA DAY, número uno en las listas del *The New York Times* y número uno a escala internacional, es autora de más de una veintena de novelas premiadas y traducidas a más de cuarenta lenguas. Es número uno en veintitrés países, con decenas de millones de ejemplares impresos en todo el mundo. La serie «Crossfire» ha sido comprada para televisión por la famosa productora Lionsgate.

Visita a la autora en <www.sylviaday.com>, <www.facebook.com/ AuthorSylviaDay> y en Twitter @SylDay.

No me tientes
Sylvia Day

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Don't Tempt Me*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Ian Spanier Photography

© Sylvia Day, 2008

© de la traducción, Anna Casanovas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2015

ISBN: 978-84-08-13843-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.,
www.newcomlab.com